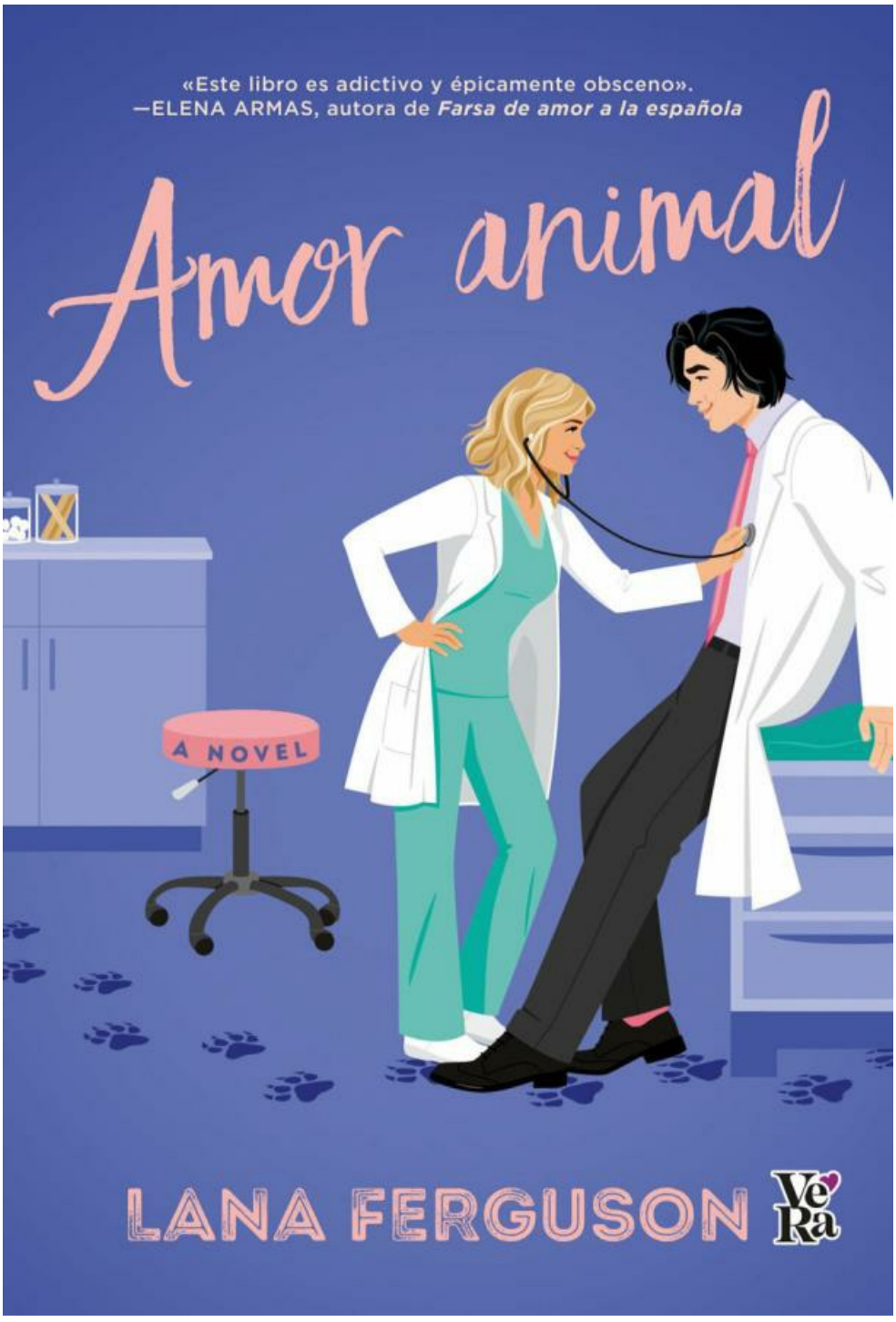
«Este libro es adictivo y épicamente obsceno».
—ELENA ARMAS, autora de *Farsa de amor a la española*

Amor animal



LANA FERGUSON

Ve Ra


«Este libro es adictivo y épicamente obsceno».
—ELENA ARMAS, autora de *Farsa de amor a la española*
Amor animal
A NOVEL
LANA FERGUSON
VeRa

«Este libro es adictivo y épicamente obsceno».
—ELENA ARMAS, autora de ***Farsa de amor a la española***

Amor animal



LANA FERGUSON

VeRa



Dos lobos que cambian de forma, una relación falsa y una conexión apasionante que resultará más real de lo que imaginan.

Mackenzie Carter ha tenido un desastre de citas últimamente. Desde un experto en maquetas de trenes hasta un tipo extrañamente obsesionado con su cola… Y nada indica que vaya a mejorar. A solo un año de la residencia, la obsesión de su abuela porque encuentre pareja y siente la cabeza, la va a volver loca. En un momento determinado y al sentirse acorralada, solo se le ocurre decir que ha conocido a alguien y el primer nombre que le viene a la cabeza es: Noah Taylor, el lobo feroz del Hospital General de Denver. Y precisamente ¡el último hombre con el que saldría!

Noah Taylor, un cardiólogo de renombre y mal genio, ha pasado toda su vida ocultando lo que es: un lobo alfa que cambia de forma, el más fuerte, poderoso y amenazador de la manada. Por si fuera poco, todavía no ha encontrado a su omega, la cambiaformas destinada a pasar toda su vida a su lado, la única capaz de calmar sus brutales instintos. Hasta ahora había mantenido su designación en secreto, pero una denuncia anónima hace que todo salga a la luz.

A Noah le quedan dos opciones: sincerarse ante el consejo y arriesgar su carrera, o buscarse una pareja. Y ahora la médica de urgencias le pide que sea su novio falso, el mismo día que lo llaman para reunirse con la junta… Tiene que ser el destino, ¿verdad?

Esta transacción será muy beneficiosa para ambos, pero lo que comienza como un acuerdo temporal por conveniencia pronto se convierte en un deseo incontrolable… Y más rápido que una luna cambiante, Mackenzie y Noah se darán cuenta de que la conexión que los une puede ser más fuerte que cualquier instinto animal.

LANA FERGUSON es una fanática del sex positive y sus obras siempre tienen una buena dosis de picante. Cuando no está escribiendo, la encontrarás cantando canciones de musicales, discutiendo sobre por qué Batman es el mejor superhéroe y obligando a sus amigos a ver las ediciones extendidas de El Señor de los Anillos. Lana vive casi siempre en su cabeza, pero a veces se la puede encontrar persiguiendo a su corgi por algún que otro bosque.

Amor animal

LANA FERGUSON

Vé Ra

A mi más vieja amiga, quien en el momento de la publicación de este libro, seguro que todavía no ha terminado de leerlo por ese «tema raro de los lobos». Te quiero, idiota. No sabes lo que te estás perdiendo.



CAPÍTULO 1

Mackenzie

—Estoy viendo a alguien.

En retrospectiva, mentir fue mucho más fácil de lo que creía. No es plato de buen gusto mentirle a la mujer que te ha criado desde los doce años, pero, después de siete citas fallidas (¿o son ocho?; la verdad, ya he perdido la cuenta) en tres meses, parece necesario.

La reacción de mi abuela Moira es inmediata, tal como imaginaba.

—¿Qué? ¿A quién? ¿Es alguien del trabajo? ¿Lo conozco?

Sé que si no interrumpo esta retahíla de preguntas, enseguida se convertirán en un interrogatorio policial.

—No —respondo al momento—. No lo conoces. —Al menos esa parte no es del todo mentira, ya que yo tampoco lo conozco, pues no existe.

Mi abuela tiene buenas intenciones, no puedo decir lo contrario, pero su gusto en hombres (tanto humanos como cambiaformas) es pésimo. He tenido citas con cambiaformas expertos en modelismo ferroviario que querían olerme ya en la primera cita, y he tomado café con humanos analistas de datos que me preguntaron si podía conservar la cola cuando estoy en mi forma humana (ni siquiera quiero ahondar en el proceso mental que se oculta tras esa pregunta). Y todas esas citas fracasadas enfatizan la idea de que estoy mejor si me enfoco en mi trabajo en vez de en la ilusión de mi abuela de que encuentre a un hombre agradable con el que asentarme y darle muchos nietos. Como si no tuviera suficientes cosas con las que lidiar. A veces pienso que, cuando se trata de mi condición de animal omega, ella no es mejor que los hombres con los que me organiza citas.

Sé que mi condición es poco común, pero eso no me hace muy diferente a todos los demás cambiaformas. Quizá antes sí, cuando los cambiaformas aún vivían ocultos, siguiendo unas reglas jerárquicas desconocidas para el resto del mundo, pero ahora solo implica que llevo adosado el sambenito de que soy mejor en la cama que otros cambiaformas. Juro que todas las personas a las que se lo he contado esperaban que me pusiera caliente inmediatamente; por lo tanto, ahora me reservo esa información.

—¿Desde cuándo salís? ¿Qué edad tiene? ¿Es un cambiaforma? Sé que estás muy ocupada, cariño, pero no me estoy haciendo más joven, y me encantaría escuchar las risas de…

—Abuela, es demasiado pronto para pensar en eso. —Me estremezco solo de pensar en bebés llorones—. No hace mucho. Es algo muy, muy reciente. Prácticamente aún está dentro del envoltorio.

—Ah, Mackenzie, ¿por qué no me lo has dicho? ¿Quieres romperme el corazón?

—Sabes que el trabajo me desborda en estas fechas. Ha habido cuatro riñas de bar en el último mes, sin mencionar las colisiones múltiples a causa del hielo en las carreteras… Urgencias es una absoluta pesadilla. Creo que estoy desarrollando un síndrome del túnel carpiano de tanto suturar.

—Trabajas demasiado, cariño, ¿no podrían transferirte a un área menos… ajetreada?

Suele hacer esa pregunta, pero ya sabe la respuesta. Me encanta trabajar en urgencias. Incluso en los peores días, me voy a dormir sabiendo que estoy salvando vidas.

—Abuela…

—Sí, sí. Entonces, háblame del hombre, al menos dime de qué especie es —insiste, y sé cuál es la respuesta más obvia para mantenerla tranquila.

—Es un cambiaforma —afirmo, aún inquieta después de mentirle—. Lo adorarás. —Basándome en la certeza de que enseguida adivinaría la mentira si le dijera que lo he conocido en cualquier otro sitio, dado que no voy a ningún otro sitio, tomo una decisión rápida—: Lo he conocido en el trabajo.

Casi puedo oír cómo entrechoca los talones, debe de estar haciendo un pequeño baile triunfal en la cocina mientras hablamos, convencida de que su nieta por fin se asentará con un lobo guapo, que les va a dar muchos nietos a los abuelos. Eso me hace sentir mucho más culpable, pero pensar en el modelista ferroviario refuerza mi convicción.

—Tengo que conocerlo, ¿cuándo lo traerás? Podrías invitarlo a cenar… Hace mucho que no vienes, querida, sería agradable verte y conocer a tu nuevo amigo.

—No —niego enseguida—. Ya te he dicho que es demasiado reciente y nos lo estamos tomando con calma. No quiero arruinarlo. Podría… causar incomodidad en el trabajo.

—Al menos dime el nombre, por favor.

Entro en pánico, porque no se me ocurre ningún nombre. Hay buenos candidatos para novio ficticio en mi planta en este momento, pero no puedo recordar a ninguno de ellos. ¿Es un castigo por haberle mentido a la abuela? ¿El universo me está castigando por ser una mala nieta? Siento que mi hipocampo se funde dentro de mi cabeza, incapaz de encontrar cualquier sílaba que pudiese coronar mi mentira mal planificada.

—Ah, esto… —Siento cómo se me seca la boca mientras pienso en algo, lo que sea—. ¿Su

nombre? Se llama…

Lo que sí puedo hacer es contar con una mano a los miembros del personal del Hospital General de Denver con los que no tengo afinidad. Uno de los beneficios de ser una de las médicas más jóvenes de urgencias, con solo veintinueve años, es que me tratan como a la bebé del equipo, y aunque a veces puede ser un fastidio, también implica que me he hecho muy pocos enemigos desde que empecé a trabajar el año pasado. De hecho, me arriesgaría a decir que a la mayoría de las personas que he conocido aquí les gusto, pero eso no significa que no haya excepciones. Bueno, creo que soy agradable. Siempre y cuando la otra persona no intente olerme el cuello.

Sin embargo, eso tampoco significa que todas mis relaciones laborales sean un lecho de rosas. Y, por supuesto, la puerta de la sala de descanso se abre justo cuando estoy pensando en eso, para dar paso a una mata de cabello grueso y oscuro, que llega casi hasta el marco de la puerta, sobre el cuerpo fornido de uno de los pocos médicos que entran en la categoría de los que «no tengo afinidad». El recién llegado gira, con su ceño fruncido permanentemente sobre unos labios gruesos y rosados, y me observa con sus ojos azules penetrantes, como hace siempre desde que lo conozco: con una mirada adusta, que revela que le molesta encontrar a otra persona respirando en la misma habitación en la que ha entrado. Y, claro, como el universo intenta castigarme por todas las mentiras piadosas antes de que termine de formularlas, su nombre es el primero que mi mente logra formular, por desgracia.

—Noah —le digo a mi abuela casi susurrando para que él no me oiga—. Se llama Noah Taylor.

Mi abuela está extasiada y su voz se aleja, mientras yo observo cómo el más arisco cambiaforma de los que he conocido me da la espalda para servirse café, y mi mente sigue haciendo funcionar los engranajes a toda pastilla. Creo que no es la idea más descabellada que he tenido. No es la mejor, por supuesto, pero hay peores opciones. Supongo. Además, no tiene por qué enterarse del asunto. Incluso puede que acceda a tomarse una fotografía conmigo y sonría por primera vez en su vida. Eso me daría unas semanas, ¿no? ¿Qué daño puede hacer una fotografía inocente? Seguro que hasta Noah Taylor se toma fotografías.

En realidad, ahora que lo pienso, no estaría tan segura.

—Tengo que volver al trabajo, abuela —advierto para interrumpir el interrogatorio interminable que ya no soporto—. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, de acuerdo. Pero quiero más detalles. No creas que esta conversación acaba aquí.

—Sin duda —respondo, consciente de que así es.

Sigo mirando la espalda de Noah, que, mientras se sirve café en una taza, sube y baja los hombros suspirando, como si hubiera tenido una noche larga. Es cardiólogo intervencionista y forma parte del equipo fijo del hospital, además de ser jefe de su departamento; por eso es un médico muy solicitado: cualquiera que tenga una molestia en el corazón es derivado a él de inmediato. Por lo que sé, debe de dormir aquí; de hecho, no puedo asegurar que no se haya construido una especie de guarida en el sótano. Trabaja aquí desde mucho antes que yo, diría que algunos años, pero solo necesité una reunión para ver que es un verdadero imbécil, sobre todo cuando me dijo que «apenas parecía tener edad para hacer una sutura». Solo diré que no es

alguien que vaya a codearse con otros cambiaformas solo por camaradería.

Cuando por fin se gira tomando un sorbo de café, me pilla mirándolo y eleva una de sus cejas perfectas.

—¿Puedo ayudarla?

—Tal vez —respondo con honestidad—. ¿Cómo ha ido la noche?

Parece dudar del motivo de la pregunta y de por qué eso debería importarme. Pasa un momento antes de que abra la boca.

—Pésima, si quiere saberlo. Dos ataques al corazón, para empezar. He colocado siete stents en las últimas cinco horas y, por si fuera poco, ahora tengo que lidiar con la maldita junta y su ignorante… —De repente, entorna los ojos, como si se percatara de que está teniendo una conversación con otra empleada sin gruñir—. ¿Por qué lo pregunta?

—Eh, por… cortesía profesional. Parece cansado, suena como si hubiese tenido una noche terrible.

No parece impresionado por mi intento de tener una conversación amigable. Creo que debe de ser la primera vez que alguien intenta entablar una conversación con él.

—Exacto, así que perdóneme si no tengo ganas de conversar.

—Como si fuera una novedad —comento y pongo los ojos en blanco.

—Claro —dice sin más, y levanta la taza—. Creo que me acabaré esto en mi oficina.

—No, ¡espere!

Noah se da la vuelta, aún perplejo, quizá por caer en la cuenta de que esta debe ser la conversación más larga que hemos mantenido en los últimos seis meses. Ahora que lo pienso, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que respondió a mi saludo educado en el pasillo. Nadie puede culparme a mí. Creo que la última vez que me dirigió la palabra fue para decirme que tenía los cordones desatados sin ni siquiera reducir la marcha. No estoy segura de que eso cuente como conversación.

Ahora ya me mira irritado, como si le estuviera haciendo perder el tiempo.

—¿Sí?

No puedo creer que esté por pedirle ayuda al Abominable Hombre de Colorado. Debe ser una de las peores ideas que he tenido en la vida, pero ya estoy metida en ello.

—Me preguntaba… —Sé que voy a arrepentirme de ello—. Si se tomaría una foto conmigo.

—¿Cómo? —Noah me mira totalmente confundido.

—Una foto. Tal vez podría sonreír. Estoy dispuesta a pagarle por ello. Con un café de la mejor calidad y bocadillos… —Me mira desconcertado, como si no supiera el significado de la palabra y, la verdad, lo creería—. De acuerdo, sin bocadillos. Lo que usted quiera, solo necesito una foto.

—Explíqueme por qué tomarse una fotografía conmigo la ayudaría.

—Bueno, es complicado —respondo. Él me mira por una fracción de segundo, antes de volver a girarse para irse, cansado de la conversación, así que lo interpelo otra vez—. De acuerdo —suspiro—. Escuche, sé que sonará ridículo, pero necesito usarle.

—¿Disculpe? —Sus cejas se elevan casi hasta el techo.

—No es gran cosa, necesitaba a alguien del trabajo y me quedé en blanco cuando me preguntó el nombre. Y, como usted estaba ahí parado, el suyo fue el único que se me ocurrió. Lo único que necesito es una fotografía. Nada más. Creo que eso me dará suficiente tiempo para…

—¿De qué demonios está hablando?

Respiro hondo, arrepentida de antemano.

—Necesito que sea mi novio ficticio.

Permanece en la puerta durante varios segundos, en los que se me revuelve el estómago por la vergüenza. Sé que debería haberle dicho un hombre cualquiera a mi abuela. Sé que tendría que haberle dicho que estaba acostándome con algún colega a escondidas para que se sonrojara y dejara de preguntar, pero yo no suelo hacer esas cosas. Y, si no gano algo de tiempo, me espera una noche de viernes de diversión con algún intelectual que intentará explicarme cómo funcionan las criptomonedas. ¿Ya he mencionado que tuve unas cuantas citas muy malas?

Noah sorbe un poco de café antes de cerrar la puerta y atravesar la sala de descanso. Esquiva las otras mesas de madera de la habitación y deposita su cuerpo fornido en la silla acolchada opuesta a la mía. No dice nada durante un momento, solo me analiza con una mirada errática, al tiempo que el reloj de pared a mi derecha marca los segundos. Luego bebe otro sorbo de café, y su nuez de Adán sube y baja cuando traga.

—Explíquese —dice al dejar la taza sobre la mesa.

***

La taza de Noah ya está casi vacía y su expresión no dista mucho de la que tenía hace diez minutos, cuando comencé a explicarle mi horrible historial de citas y mi aversión a tener aún más, lo que a la postre me condujo a mentir.

—Así que, quiere que finja ser su novio… ¿para no tener novio?

—No tendrá que hacer nada.

—Entonces, no veo para qué me necesita.

Estoy segura de que jamás he estado tan cerca de él, al menos no durante tanto tiempo. Percibo que emana un fuerte olor a supresores, lo que me resulta extraño, ya que la mayoría de los cambiaformas machos evitan su uso, pues a cualquiera le levanta el ego el hecho de que alguna cambiaforma corra hacia ellos atraída por la esencia esparcida en una habitación cerrada. ¿Será una decisión profesional? Quizá su olor no sea agradable. Aunque descartaría esa teoría, porque, aunque parezca extraño, aún puedo percibir un ligero rastro debajo del olor de los supresores; creo que necesita una dosis más fuerte. Tampoco me quejaría si no los usara, debe de ser un olor agradable. Amaderado. Como agujas de pino y aire fresco. Me evoca correr por la nieve a cuatro patas.

Pero no debería estar centrándome en eso.

—Una fotografía para probar que es real y contener a mi abuela para que deje de organizarme citas algunas semanas al menos. Seguramente debe de saber cómo sonreír, ¿no? Puede pensar en algo que le resulte agradable, como gruñirles a niños pequeños o criticar a los baristas de Starbucks.

—No hago ninguna de esas cosas —replica—. Gracias.

—Era solo una suposición. —Me encojo de hombros—. Vamos, no le costará nada y eso me ayudaría mucho.

—Ayudarla —repite pensativo, con la mirada en la taza. Luego la levanta para beber el último trago—. Y, de nuevo, ¿por qué haría eso?

Lo miro con el ceño fruncido. Debo admitir que es irritante que sea uno de los hombres más atractivos que conozco, ya sea cambiaforma o humano. Tiene rasgos bien marcados, ojos azules penetrantes, que contrastan con la piel suave y pálida, y parecen ver más de ti de lo que tú quisieras que viera. Y no puedo decir que su nariz aguileña no me haga pensar en qué cosas podría hacer con ella… si su personalidad no fuera tan arisca.

—¿Por camaradería interespecie? —sugiero. Él ni se inmuta, así que resoplo—. La verdad, ¿le mataría hacer algo amable por una vez? Eso suponiendo que supiese qué significa hacer algo amable y cómo llevarlo a cabo.

Está analizándome otra vez. Sus ojos escrutan desde mi cabello rubio arena hasta mis ojos de color ámbar y mis labios, que ahora hacen un mohín, como si evaluara algo, pero no estoy segura de qué. No sé si está pensando en ayudarme o en encontrar la forma más satisfactoria de decirme que estoy jodida.

—Nunca fui muy adepto a la camaradería con los de mi misma especie —responde por fin, y yo siento como mi estómago diera un vuelco, consciente de que es la peor idea que he tenido jamás —. Pero…

—¿Pero? —pregunto animada.

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo que nos beneficie a ambos.

Ahora es mi turno de mirarlo confundida. No se me ocurre nada que Noah Taylor pueda necesitar de mí, ni de nadie en realidad, dado que nunca lo he visto hablando con nadie ni por una fracción del tiempo de lo que lleva hablando conmigo sin rugir una orden en el proceso.

—¿Y yo qué podría hacer por usted?

Me preparo para lo peor. Tal vez me pida que derive el grueso de sus consultas a otros cardiólogos, lo que sería un incordio, dado que es el más solicitado. O quizá me pida que limpie su oficina solo por el placer de verme hacerlo. Suena a la clase de tortura sádica que podría gustarle a Noah. Ni siquiera me imagino cómo será su oficina, pero apostaría a que no le falta limpieza. Seguro que ha puesto protectores plásticos sobre todas las sillas y demás superficies. Podría ofrecerme para ocuparme de sus órdenes de admisión por un tiempo determinado, algo irritante, pero posible al menos. Valdría la pena con tal de salvarme de algunas citas horribles, ya que, al parecer, soy demasiado débil para decirle que no a los ojos de cachorro de mi abuela.

Ay, Dios, ¿y si se trata de tener sexo? Lo etiqueté como un amargado célibe que se conforma con masturbarse frenéticamente los fines de semana, pero ¿y si es como todos los demás libidinosos a los que he conocido? Es lo único que está fuera de discusión por completo, y, si es tan idiota como para sugerirlo, le daré una patada en sus espinillas ridículamente largas. No es que sepa que soy una omega, no tiene forma de saberlo, así que no creo que busque nada perverso.

Me tenso cuando se inclina hacia adelante en la silla, con los dedos cruzados sobre la mesa, y me mira con una intensidad abrasadora con sus ojos penetrantes, la misma que siempre noto cuando tengo la desgracia de cruzarme con él. Al menos no parece la mirada de alguien que está a punto de proponerme tener sexo. O tal vez sí, dado el contexto. No lo sé, es difícil pensar cuando me mira de ese modo.

Pero resulta que no tiene intenciones de pedirme ningún favor sucio, sino algo mucho peor. Y lo más descabellado es que su expresión no cambia en absoluto, ni siquiera un poco cuando lo dice.

—Necesito una pareja.

—¿Necesita una… pareja? —Ahora soy yo quien lo mira confundida y como una tonta, supongo.

Noah asiente, como si hubiera dicho algo razonable, como si no acabara de proponerme el equivalente a un matrimonio —lo último que me interesa que me proponga un extraño al que ni siquiera creo agradable (y no me lo tomo personal, en absoluto, pues nadie parece agradarle)— bebiendo el café malo del hospital.

—Y rápido —agrega.

Vamos de mal en peor, al parecer.



CAPÍTULO 2

Noah

Es una pésima idea.

Mientras lo sugiero, espero arrepentirme de hacerlo, pero si la solución milagrosa a mis problemas cae del cielo sobre mi regazo, me inclino a aceptarla. Sé que la doctora Carter (una chica joven, testaruda y demasiado habladora para mi gusto) no sería mi primera elección para compañera ficticia, pero, dado que tendré una reunión con la junta en msenos de una hora para discutir cierta información que decidí omitir, no tengo muchas opciones.

—¿Necesita una… pareja?

Percibo la confusión en sus labios de aspecto suave y en su ceño delicado, fruncido sobre sus ojos de color ámbar. Sé que lo que le estoy pidiendo no es algo sencillo, pero estoy desesperado y quizá tan loco como para preguntárselo de todas formas. Sobre todo teniendo en cuenta que a ella también le serviría.

—Y rápido —agrego, con lo que recibo más confusión de su parte.

La doctora Carter tamborilea con los dedos en el borde de la mesa mientras le doy tiempo para que procese lo que le estoy proponiendo. No es que pueda permitirme el lujo de perder el tiempo, pero me han dicho (muchas veces) a lo largo de mi vida que se atrapan más moscas con miel que con hiel, y este es un buen momento para poner a prueba esa teoría.

—Una compañera es… mucho más que una foto.

—Sí, pero… piénselo. Con una fotografía ganará, ¿cuánto? ¿Una semana, dos cuando mucho? Con mi cooperación ganará mucho más que eso, meses si quiere.

—Pero intento inventar un novio ficticio para evitar buscar una pareja —afirma disgustada—. No busco atarme a la personificación de Óscar el Gruñón para evitar más citas malas. —Se detiene con el tino suficiente para mostrarse arrepentida—. Lo siento, sin ánimo de ofender.

—No me ofende —respondo con sinceridad—. Créame, no estoy interesado en morderla.

Arruga la nariz como si la hubiera ofendido, lo que contradice su objeción anterior, o tal vez todo la ofende, no estoy seguro.

—Bueno, yo tampoco estoy interesada en que lo haga. Ni usted ni nadie.

—Entonces, creo que nos podemos beneficiar mutuamente —le digo—. No tengo que morderla para eso. —Ella aún se muestra insegura, así que me froto el rostro con una mano y suspiro—. Hay… algo acerca de mí que he estado ocultando con mucho esfuerzo. Algo que pone en riesgo mi posición en el hospital. Y, de repente, me encuentro… expuesto.

—¿Qué, que atacó a un transeúnte o algo parecido durante un celo?

—En absoluto. —Presiono los labios y frunzo el ceño—. Soy la viva imagen del control.

—Sin duda —sentencia.

Creo que tal vez se esté divirtiendo a costa mía, pero lo ignoraré, pues su negativa podría costarme mi trabajo.

—Existen… obstáculos para personas como yo. Nociones arcaicas ridículas, que me hubieran impedido avanzar a la posición que tengo ahora, y por eso… puede que no le haya informado a la junta de mi condición cuando me contrataron.

—¿Qué condición? ¿De cambiaforma? Hay muchos trabajando aquí, yo incluida.

—No como yo. —Mis fosas nasales se dilatan, porque la idea de que el secreto que he estado guardando con tanto cuidado se desmorone me irrita cada vez más.

—No le estoy entendiendo.

—Soy… un alfa.

Me mira con los ojos entornados, como si estuviera burlándome de ella, pero luego veo que las sospechas desaparecen cuando me analiza, sin duda en busca de señales del comportamiento de Lobo Feroz de las fábulas que suele asociarse a mi designación. Los alfa son escasos, por supuesto, y quizá por eso haya tantas ideas extrañas asociadas con el rango. En otros tiempos, significaría que estoy destinado a dirigir una manada, a perpetuar un clan… pero en nuestra sociedad más modernizada, solo significa que soy un poco más fuerte, un poco más rápido, un poco… más que un cambiaforma promedio.

Quizá por eso haya tantos estigmas asociados al rango.

Ella sigue evaluándome con detenimiento, pero no parece desmotivada en absoluto por lo que soy. Incluso hay algo en su expresión casi… ¿curioso? Es muy diferente a cómo esperaba que reaccionara. En el pasado, cuando las personas descubrían lo que soy, recibía miradas de reojo, cautelosas, y por eso en la universidad decidí que haría todo lo posible para que nadie más lo descubriera. Sin embargo, aquí estoy, exponiendo mi corazón a una colega a la que apenas conozco, con la esperanza de que ella pueda ser la solución que estoy buscando.

—Usted no… Mmm. —Arruga la nariz otra vez, parece ser un hábito cuando piensa—. En realidad, ahora que lo menciona sí puedo verlo. Eso explica su personalidad chispeante.

—La mayoría de los rumores en torno a los alfa son sumamente exagerados —replico con los ojos entornados.

—Oí que hizo llorar a una asistente de enfermería.

—También fue un poco exagerado.

—No sé, mi amiga Priya, de Anestesiología, asegura que la gente vio a la pobre chica salir corriendo de la habitación con…

—Escuche, de verdad que no tengo mucho tiempo. El tema es que he podido desempeñar mi trabajo aquí durante años sin tener ataques de rabia incontrolables, ni morder a ningún trabajador ni nada de eso que las personas inventan para evitar que individuos como yo ocupemos puestos sometidos a mucha presión. Y un maldito mensaje anónimo no debería arruinar todo lo que he conseguido.

—¿Alguien le ha delatado? — pregunta con los ojos muy abiertos.

—Eso parece.

Aún siento el impulso de romper algo a golpes al pensar en ello, pero supongo que eso no ayudaría mucho en mi situación.

—¿Y qué tiene que ver una pareja con todo eso?

—Existe una teoría ampliamente aceptada de que los cambiaformas alfa emparejados son mucho más… dóciles que los que no tienen compañera. Es ridículo, pero eso parece darnos vía libre en el trabajo. Un alfa sin pareja solo podría ser bueno para ser guardaespaldas de alguien o para ser un buen campeón de lucha, pero uno emparejado se libra de un escrutinio más severo.

—Me pregunto por qué será.

—Por alguna idea estúpida sobre parejas predestinadas y de que uno completa lo que al otro le falta o algo así.

—Así que morderme sería algo así como su Xanax, básicamente.

—A falta de una mejor explicación, sí.

—Sip —suelta, con aspecto de que la idea la ha descolocado por completo—. Suena como si la junta hubiera estado hablando con mi abuela.

—No comprendo hacia qué lado se inclina, doctora Carter.

Entonces, se cruza de brazos, se reclina en la silla y me dedica una sonrisa astuta que me indica que, probablemente, no me va a gustar.

—Así que el Lobo Feroz de cardiología necesita mi ayuda. —Asiente distraída como si lo estuviera considerando—. De hecho, es genial. ¿Alguna vez le ha pedido ayuda a alguien?

¿Estoy despojándole de su estricta virtud?

—Muy gracioso —replico con el ceño fruncido.

—Lo siento —dice riendo—. No es gracioso, lo sé. Tiene razón, en primer lugar, no debería tener que preocuparse por eso, ya que es usted increíble en su trabajo… —Percibo cómo mis cejas se elevan ante el cumplido, y también por el hecho de que comprenda lo ridículo de toda la situación, pero ella levanta una mano para evitar cualquier comentario al respecto—. No se emocione, aún es usted bastante idiota. Sin ofender.

Frunzo los labios. Supongo que debería haber esperado una respuesta así.

—No me ofende, supongo.

—Como sea, es un estigma horrible —concede con una expresión más suave—. Entiendo por qué está tan molesto. ¿Han amenazado con despedirle?

No estoy seguro de que en verdad entienda lo irritante que es el asunto, pero aprecio su compasión.

—No estoy seguro —digo elevando mis hombros hasta el punto de que pueda ser visto como un signo de duda—. Solo me comunicaron que tendría que reunirme con la junta para discutir mi situación de alfa sin pareja. El tono de la circular no inspiraba confianza y no es algo que quiera dejar a la suerte, después de todo el tiempo que le he dedicado a este lugar.

—Claro…

El reloj de pared cercano va añadiendo segundos, lo cual me acerca cada vez más a la reunión que podría arrebatarme todo por lo que he estado luchando. Y, ahora, por algún extraño giro del destino, parece que todo se reduce a esta pequeña médica rubia que, de hecho, podría estar disfrutando con mi sufrimiento. No estoy seguro de qué pensar al respecto.

—Entonces, dígame cómo funcionaría esto —añade por fin—. ¿Cómo convencemos a la gente de que estamos emparejados? —Hace una mueca al decir la palabra, como si le costara decirlo —. Cuando nunca nos dirigimos la palabra, y usted huele a supresores baratos.

—¿Disculpe? ¿Baratos? —replico sorprendido.

—Lo siento. No pretendía ser desagradable, me refería a que, si aún puedo sentir su esencia… no deben de ser tan buenos.

—¿Puede olerme? —Eso me sorprende aún más.

—Sí, ¿no debería? Supuse que necesita una dosis más potente y que los tomaba para que ninguna de las enfermeras quisiera invitarle a salir o algo así.

—Estoy… —Ha pasado mucho tiempo desde que algo me sorprendiera tanto, pero la idea de que la doctora Carter pueda olfatearme, incluso ahora, sin duda lo ha hecho. No debería haber una

nariz en la Tierra capaz de oler algo en mí que no fuera los supresores. Invierto mucho dinero cada mes para asegurarme de ello—. Uso la dosis más alta considerada segura para mi peso de los mejores supresores del mercado —le aseguro sorprendido—. Es imposible que aún pueda olerme.

—Huele como a agujas de pino —dice, y se encoge de hombros. Y debe notar mi estupor, porque agrega—: No es que huela mal. En fin, ¿cómo funcionaría el asunto?

Creo que una parte de mí no esperaba que ella considerase la oferta. Es decir, es absurdo después de todo, así que tal vez por eso me quedo un momento sin saber cómo responder a su pregunta. No había tenido tiempo de pensar en ello, ya que la idea se me había ocurrido poco después de oír que ella necesitaba ayuda.

—Bueno, debe ser convincente. —Me cruzo de brazos y miro la mesa mientras pienso—. Podríamos… decirles que estábamos manteniendo nuestra relación en secreto.

—¿Y por qué lo habríamos hecho?

—Usted es una nueva aquí —respondo. Sigo pensando—. Lleva cuánto, ¿seis meses aquí?

—Más de un año. —dice entornando los ojos.

—De acuerdo. Lo siento. De todas formas, sería razonable que no quisiera estar asociada románticamente con alguien de mi posición y antigüedad al principio, supongo que no querría que nadie pensara que tenía ventaja por los logros de su pareja. Seguro que querría abrirse camino sin estar ligada a un nombre importante. Sería una razón más que justificada para mantener nuestro emparejamiento en secreto.

Ella parece un poco desconcertada por mi evaluación de su carácter, pero no dice nada al respecto.

—¿Y los supresores? Quiero decir, en teoría… ¿cómo habríamos mantenido relaciones sexuales todo este tiempo si está medicado?

—Le aseguro que los supresores no me afectan en absoluto en ese aspecto. —No puedo evitar fruncir el ceño otra vez.

—¿De verdad? No le imaginaba del tipo que tiene citas.

—No lo soy.

—Y definitivamente no me da la impresión de ser un tipo de aventuras de una noche.

—No creo que esta línea de interrogación sea prudente.

—De acuerdo, de acuerdo. —Asiente distraída otra vez y hace esa cosa con la nariz, que sin duda debe ser un hábito. No puedo decidir si es irritante o adorable—. Entonces, parece que esto será más beneficioso para usted que para mí. Es decir, yo quiero un mero descanso de las citas, no

conseguir un verdadero compañero ficticio.

—Mi esencia evitaría que cualquier cambiaforma a diez kilómetros a la redonda piense siquiera en acercársele con intenciones románticas.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —Observo cómo sus ojos se hacen más grandes y sus labios rosados se abren sorprendidos por la certeza en mi tono.

—Porque nadie que sienta mi esencia en usted se atrevería a tocarla.

Parece sorprendida otra vez, con la boca abierta, pero ahora hay algo más, algo mezclado con la sorpresa, que se parece mucho a la curiosidad de nuevo, por extraño que parezca. Creo que puedo asumir con seguridad que soy el primer alfa que conoce. No es una idea descabellada, dado que yo solo conozco a uno además de mí. Percibo cómo su garganta sube y baja cuando traga saliva, cómo presiona los labios y desvía la mirada.

—Interesante —dice casi susurrando.

Casi puedo ver los pensamientos acelerados dentro de su cabeza por la expresión calculadora con la que imagino que está evaluando cada ángulo de lo que le ofrezco o, más bien, le solicito.

—Así que, ¿qué haremos, pasar nuestras vidas en una relación falsa beneficiosa para ambos?

—No lo creo. —Ahora es mi turno de arrugar la nariz—. Solo necesito ganar algo de tiempo para resolver las cosas.

—Tiene sentido —responde despreocupada, pero aún parece sumida en sus pensamientos—. Entonces, ¿unas semanas? ¿Un mes?

—No estoy seguro —respondo con honestidad. Aún no sé si es una buena idea abrirme de esta forma ante esta mujer con la que apenas he hablado antes de hoy, pero llegado este punto, no tengo otra opción—. Estoy considerando una oferta de trabajo en Albuquerque. Están intentando reclutarme desde hace tiempo y me han ofrecido un puesto de jefe de personal. Sus opiniones sobre mi rango de alfa no son tan anticuadas como las de la junta de aquí y dada mi trayectoria intachable…

—Pero si descubren que ha estado mintiendo…

—No lo llamaría exactamente una mentira —argumento.

—Que ha estado omitiendo intencionadamente su rango de alfa todo el tiempo que ha trabajado aquí…

Asiento con seriedad, sin avergonzarme por mi omisión, ya que, para empezar, es un estigma ridículo, así que lo consideré un mal necesario. No es que soliciten esa información específica durante la entrevista, ya que hacerlo podría generar acusaciones de discriminación. Ese detalle menor fue el que me ayudó a aliviar cualquier culpa por no haberlo mencionado.

—Podría dar una imagen negativa de mí. Algo que también preferiría no dejar al azar.

—Así que seremos pareja hasta que esto pase, luego usted desaparece, y ¿fingimos una ruptura? —Ella parece considerarlo—. ¿Es posible que las parejas de lobos se separen?

—Con dificultad —le informo—. Es una opción, sin duda. O puede seguir usando mi nombre para librarse de las citas, si prefiere. No me importa. Puede contar la historia que quiera cuando me haya ido.

—Qué romántico —ríe.

—Le aseguro que esto es una transacción comercial, doctora Carter. El romance no tendrá nada que ver en ello.

Y entonces exhibe una sonrisa radiante, como si esta conversación le resultara divertida, y mis ojos se detienen por un instante demasiado largo en sus dientes blancos perfectos y los pequeños hoyuelos en sus mejillas.

—Claro —afirma—. Suena perfecto.

—¿Sí? —Siento que el nudo en mi estómago comienza a aflojarse, pero solo un poco.

—*Bueno, me libraré de las citas y tendré las ventajas de estar con el Hombre del Saco del Hospital General de Denver*.

—¿Cómo dice?

—No se preocupe, no le llaman así en realidad —afirma y, cuando frunzo el ceño, agrega—: Bueno, la mayoría no lo hace.

—¿Esto significa que… que está de acuerdo? —Siento el pecho agitado por los nervios ante la posibilidad de que mi esfuerzo se pierda por algo estúpido como que mi genética sea inaceptable.

—Umm. —Se lleva un dedo al mentón y me mira más complacida consigo misma de lo que me gustaría—. Bueno, suena divertido.

—Doctora Carter, no tenemos tiempo para…

—Mack —me interrumpe—. Todos me llaman Mack. Ya que haremos que todos crean que te dejé acostarte conmigo con regularidad, creo que podemos dejar el «doctora Carter».

Su irreverencia me provoca algo muy diferente a lo que debería: siento que se me seca la garganta y que mi pecho se acalora por las imágenes que despierta su broma descarada. Son imágenes para las que no tengo tiempo ni necesito, así que me apresuro a bloquearlas, al tiempo que mantengo el rostro en blanco.

—¿Mack? ¿Ese es tu nombre?

—Bueno, técnicamente es Mackenzie, pero nadie me llama así, a excepción de mi abuela.

—Creo que prefiero Mackenzie.

—De alguna manera, no me sorprende —ríe—. Como sea, no me importa cómo me llames.

—Entonces… ¿es un sí?

—Si acepto, tendrás que conocer a mi abuela en algún momento, y tendrá que creérselo. Me refiero a cenas familiares, anécdotas, el paquete completo. No quiero que mi abuela saque su pequeña agenda negra durante mucho tiempo.

—De acuerdo. Puedo… ir a cenar. —Estoy seguro de que el disgusto está escrito en mi rostro, pero no tengo otra opción.

Espero mientras me observa, cada segundo cae como un peso sobre mis hombros, hasta que por fin respira hondo y exhala. Su expresión me indica que debe de estar tan sorprendida como yo por su respuesta.

—Sí, lo haré —responde, no del todo segura.

No había notado que estaba conteniendo la respiración, hasta que el aire escapa con alivio. Asiento con la cabeza, mientras miro la hora en el reloj de pared, me preparo para poner el plan improvisado en marcha y rezo por que sea suficiente para ganar tiempo para salir de este embrollo. Quizá también para encontrar al maldito que envió el anónimo y hacer que se arrepienta. Pienso que tal vez juzgué mal a la doctora Cart… a Mackenzie, supongo, porque es más razonable de lo que creía.

—Entonces, ¿cuál es el plan, cariño? —pregunta, más divertida de lo necesario.

Tengo que contenerme para no gruñir.

Pensándolo bien…



CAPÍTULO 3

Mackenzie

—Explícamelo como si tuviera cinco años —dice Parker estupefacto.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Dejo de desenvolver mi barra de chocolate, porque no sé qué más podría explicarle.

Mi mejor amigo desde hace dieciséis años está en su pequeño cubículo del sótano, en el Departamento de Sistemas, y me mira como si estuviera ladrándole en lugar de hablarle. Es curioso, porque me ha visto cambiar de forma miles de veces en el transcurso de nuestra amistad. Pero él no se está riendo. De hecho, sus mejillas pálidas tienen un tinte rojizo, que sé bien que es producto de la ansiedad. El color resalta sus pecas, y también sé bien que eso le molesta.

—No sé —responde exasperado y se alborota el cabello pelirrojo con la mano—. Tal vez la parte en la que le dijiste a la junta del hospital que el Maldito Noah Taylor es tu pareja secreta.

Ah, claro. Esa parte.

La realidad es que todavía me cuesta creer que aceptase el trato. Cuando Noah me explicó su problema, me sonó como el argumento de un K-drama o algo así. Estoy convencida de que he leído algo semejante en alguna sinopsis mientras buscaba qué ver en Netflix hace unas semanas. Si no estuviera segura de que Noah no ha hecho una broma en su vida, hubiera creído que todo el asunto lo era. Pero aquí estoy, sentada en el escritorio de Parker, desenvolviendo un Twix, después de haber conseguido una pareja muy arisca, al menos ante la junta administrativa del hospital.

—Baja la voz, podría venir alguien —le advierto.

—Ah, y eso me convertiría en tu cómplice, ¿no?

—No seas tan dramático —replico con los ojos en blanco.

—¿Cómo hiciste para convencer a la junta de que todo esto no es más que una absoluta mentira? Que, por cierto, lo es. Lo sabes, ¿no?

Yo también tengo problemas con esa parte todavía. Mi confianza en que Noah sería capaz de llevar a cabo este pequeño ardid apenas llegaba al treinta por ciento, y en parte accedí solo para

tener un asiento privilegiado para contemplar el espectáculo… pero, vaya, el tipo sabe cómo controlar una situación. Debe ser algo de alfas.

Saco un trozo de la barra de chocolate del envoltorio y me encojo de hombros.

—Resulta que, cuando Noah habla, la gente escucha. ¿Quién lo hubiera pensado?

—¿Estamos jugando a algún tipo de juego que desconozco, en el que me das la menor cantidad de detalles posible para que sufra una combustión espontánea?

—¿Estás haciendo pucheros? —Le toco la nariz—. Eres adorable cuando estás frustrado.

—Necesito más detalles, Mack. Me estás matando —afirma, pero lo desestimo sacudiendo la mano.

—Había montado todo un discurso sobre cómo habíamos mantenido nuestra relación en secreto para que yo pudiera conseguir una reputación por mis propios méritos o algo así. La verdad, fue bastante convincente. Incluso hizo que se disculparan por invadir nuestra privacidad. Fue realmente asombroso.

—¿Y de verdad se lo creyeron?

—Supongo que sí, ya que firmamos una declaración de relación personal. —Me encojo de hombros otra vez.

—Cielos, Mack. ¿Acaso has pensado en lo que…? ¿Puedes parar, por favor?

—¿Qué? —Me saco la barra de chocolate de la boca.

—Deja de rascar la cobertura con los dientes. —Hace una mueca—. Es asqueroso.

—Pero la galleta es mi parte favorita. Lo sabes.

—No hace que el proceso sea más agradable de ver. Además, no quiero que pongas tus dedos chocolatosos por todo el escritorio.

—¿Acabas de decir «chocolatosos»?

—Juro por lo más sagrado que te voy a echar de mi cubículo.

—Sí, claro. —Retomo lo que estaba haciendo—. Deberían vender las galletas sin cobertura entonces.

—Da igual. ¿Y Moira? ¿Crees que tu abuela se va a creer que de repente tienes pareja?

—Solo es un novio —explico.

—¿Qué?

—Para el hospital somos pareja. Pero para mi abuela solo somos novios. —Es una distinción sutil, pero importante.

—Ah, así que ahora tienes múltiples engaños en marcha —resopla Parker—. Vas a ir rodando en una bola de mentiras, ¿eh?

—Eres ridículo. Todo saldrá bien —le aseguro—. Solo piensa, voy a estar un buen tiempo sin tener que fingir que me importa un cuerno la fantasía de ser futbolista de algún hombre desconocido.

—Diría que eso es una victoria, excepto porque ahora tendrás que pasar tiempo con el Maldito Noah Taylor.

—No creo que ese sea su primer nombre.

—¿Seguro? ¿Cómo podrías saberlo? —lamenta con los brazos en el aire—. ¡Aceptaste participar de su conspiración sin saber absolutamente nada sobre él!

—No tenía muchas opciones.

—¿Por qué no me lo pediste a mí?

—¿Porque somos amigos desde la escuela tal vez?

—¿Nunca has leído De amigos a amantes?

—¿Y tú?

—No tengo por qué justificar mis gustos literarios ante ti.

—De literatura erótica, querrás decir.

—Son romances, querida. Son bonitos.

—¿Por qué lees romances? ¿Las cosas con el Yogui Ardiente no funcionan?

—Todo está bien con el Yogui Ardiente, gracias. Iremos a cenar este fin de semana.

—Mmm. Me pregunto cómo se verá con leggins.

—Deja de cambiar de tema —resopla mi amigo.

—De hecho, es relevante para el tema. No creo que mi abuela crea que de repente te gustan las mujeres. Te vio besándote con Trey en la graduación.

—Aún no puedo creer que aceptaras que viniera de carabina —dice, ofendido de que lo haya mencionado.

—Tampoco es que pudiera negarme.

—Uff —suspira y se masajea la sien—. Haces que me explote la cabeza. Sabes que esto terminará mal, ¿cierto? No hay forma de que acabe bien.

Lamo el caramelo de mis dientes mientras contemplo la galleta desnuda. En realidad, es probable que él tenga razón. No tengo ni idea de cómo haremos que esto funcione a largo plazo. Pero también creo que Noah tiene mucho más que perder que yo, así que debe de ser por eso que me siento tan tranquila.

—Lo dejaré en manos del destino.

Parker reclina la silla de su oficina y se frota el rostro.

—¿Ya has pensado en lo difícil que será? No es un cambiaforma cualquiera, es un alfa, Mackenzie. ¿Has escuchado esas historias? ¡Y tú eres una omega! ¿Qué harás si intenta imponer su dominio lobuno sobre ti?

—Cielos —resoplo—. No lo creo. Trabajo con él desde hace un año y todavía no se ha enamorado de mí como un loco. Estamos bien.

—Pero estaba usando supresores, ¿no? Sé que soy un simple humano, pero creo que eso supone una diferencia sustancial. Además, no has pasado tiempo con él, no creo que cruzarse en los pasillos cuente como interactuar. ¿Al menos sabe lo que eres?

—Esto… —expreso desconcertada—. Bueno, no se lo mencioné. Se me olvidó por completo. No creo que importe. Todo ese asunto de alfas y omegas es un cuento chino. Tampoco es que seamos tantos como para hacer suposiciones sobre cómo nos afectamos unos a otros. Está bien.

—¿Se lo dirás?

Muevo la cabeza de arriba abajo mientras lo pienso. Aunque estoy bastante segura de que las probabilidades de que Noah de pronto quiera clavar los dientes en mi glándula omega si se lo digo son mínimas, aunque siempre hay una posibilidad. De todas formas, puedo cortar los lazos con él cuando quiera si eso pasa, pues tener un compañero de verdad no está en mi lista de deseos. Posiblemente nunca lo esté, de hecho.

—¿Y arriesgarme a que quiera ser mi Jacob Black, el de Crepúsculo?

—¿Qué?

—«Cuando la ves, todo cambia; de repente, ya no es la gravedad lo que te mantiene en la tierra, sino ella».

—¿Es una cita de Crepúsculo?

—En realidad, es de Eclipse. Y no me mires así, no tengo por qué volver a justificarme por mi obsesión con la saga.

—Cielos. —Se restriega los ojos—. Y si tú… Ya sabes.

—¿Si yo qué? —pregunto enarcando una ceja.

—Ya sabes —enfatiza incómodo—. Si entras en… Joder, ya sabes.

Me reiría de él si no estuviera segura de que se enfadaría mucho más.

—¿Te refieres a entrar en celo?

—¿No lo has considerado?

—Por supuesto que sí. —Algo. Como por un segundo—. Faltan meses para el próximo, así que no tengo que preocuparme por eso. Relájate, Parker. Nadie me llevará a su guarida en un futuro cercano.

—Es que recuerdo que así fue como tus padres acabaron…

—No —lo interrumpo.

—Lo siento —se disculpa—. Sé que no te gusta hablar de ellos. Pero eso fue lo que sucedió.

—No soy como ellos —murmuro—. No me enamoraré de Noah a primera vista, ni le pediré que me marque de verdad la primera vez que mis hormonas se descontrolen.

—Bien —concede con un suspiro—. ¿Así que de verdad se trata solo del pequeño cuaderno negro del horror de tu abuela?

—Modelismo ferroviario, Parker —enfatizo—. ¿Sabes quién tuvo el primer tren a escala?

—No —responde levantando una ceja.

—Bueno, yo sí. Uno de los sobrinos nietos de Napoleón, al parecer.

—¿Crees que era porque él también era bajito?

—¡Eso fue lo que dije! —exclamo chasqueando los dedos—. Funcionó con mi cita.

—No lo dudo. —Parker me lanza una mirada, la misma que pone siempre cuando quiere decirme que soy estúpida—. Entonces, ¿por qué aceptaste esto?

—Te lo dije. Estoy cansada de que mi abuela siempre…

—Nop. Inténtalo otra vez.

Entorno los ojos, le doy un mordisco a la galleta de mi Twix (de verdad que es la mejor parte, y mi misión en la vida es encontrar en la naturaleza esa galleta sin ninguna cobertura) y la mastico despacio.

—No lo sé —admito al final—. Yo misma me he metido en esto en cierto modo. A fin de cuentas, fui yo quien se acercó primero, ¿recuerdas? La parte de que me marque con su esencia

suena como un mal necesario. Al parecer, un pequeño abrazo de Noah, ¡y todos los demás cambiaformas se mantendrán alejados de mí!

—Claro, porque eso no será incómodo. —Parker pone los ojos en blanco.

—Como sea, no es gran cosa. Y la verdad, para ser honesta, el tipo parecía bastante desesperado. Podrá ser un idiota, pero es un buen médico. Es una tontería que intenten quitarle su trabajo cuando nunca les ha dado un motivo real.

—¿Desde cuándo somos los caballeros blancos? ¿Desde cuándo nos preocupa ayudar a Noah Taylor? No solo es un idiota, Mack. Podría ser un demonio. ¿No has oído esa vez en que hizo tropezar a una auxiliar de enfermería y se rompió la nariz?

—En realidad, no conocía esa versión, pero me contaron que toda esa historia fue «sumamente exagerada».

—Eso es lo que quiere que creamos —murmura él.

—Todo estará bien. —Doy otro mordisco asintiendo al aire—. Perfectamente bien.

—Lo que tú digas, querida —bufa.

Me lamo los dedos, sin dejar de asentir distraída mientras voy por una segunda barra de chocolate y me aseguro a mí misma que todo estará bien. Es decir, son solo unas cuantas mentiras y una relación ficticia. Nunca ha pasado nada grave por algo así.

***

Otra cosa que puedo contar con los dedos de una mano es la cantidad de veces que me he encontrado con Noah Taylor en el trabajo (contando la reunión de esta tarde por nuestra nueva pareja explosiva supersecreta), así que me sorprende verlo dos veces en un mismo día, en especial al final de un turno de doce horas, cuando la gente empieza a salir por la mañana. Él parece sorprendido de verme, porque deja de soplarse aire caliente en las manos cuando atravieso las puertas automáticas mientras me pongo el abrigo. El viento revuelve su cabello oscuro, que se sacude sobre su rostro, y la luz superior de la entrada hace que sus ojos parezcan más oscuros de lo que son mientras me miran. Una vez más, noto lo grande que es. ¿Siempre ha sido tan alto? ¿Nunca lo había notado solo porque desvío la mirada cuando paso junto a él en los pasillos? Debe medir al menos treinta centímetros más que yo, y no es que sea baja, mido un metro setenta.

—Doctora Carter.

Dejo de mirarlo boquiabierta y tuerzo los labios.

—¿Es esa la manera de dirigirte a tu pareja?

—Eh. —Hace una mueca—. Cierto. Bien dicho… Mackenzie.

Me río mientras empiezo a enrollarme la bufanda alrededor del cuello.

—En verdad te va a resultar difícil hacer esto, ¿cierto?

—Admito que no estoy acostumbrado a tener que ser tan… consciente de otra persona.

—Vaya. —Sé que no pretende ser gracioso; el concepto de gracia le debe resultar ajeno, pero, demonios, me resulta cómico lo sincero que parece ser—. Va a ser un desastre.

—Saldrá todo bien —dice estoicamente—. Aunque deberíamos reunirnos pronto. Si queremos que tire adelante, tendremos que aprender a conocernos mejor.

Finjo estar horrorizada.

—Al menos podrías invitarme a cenar antes de ir de lleno a «aprender a conocernos mejor».

Noah suelta un suspiro, que forma una nube blanca en el aire frío de septiembre, y sacude la cabeza; parece exhausto.

—Me alegra que te resulte tan divertido, pero en este momento necesito una ducha y una cama, y luego olvidar este día. Podemos reunirnos mañana. Puedo hacer una reserva para comer, ¿estás libre?

—Déjame pensar. —Me pellizco el puente de la nariz mientras hago un repaso mental de mis horarios—. Tengo trabajo hasta el viernes. ¿Qué tal el sábado? Tengo yoga a las once, pero podríamos almorzar más tarde.

—¿Yoga?

—Sí. Es un gran alivio para el estrés. Tal vez deberías probarlo algún día. He oído que es difícil hacerse una cirugía a corazón abierto uno mismo.

—Paso —responde—. El sábado está bien. Tengo cirugía por la tarde, pero no será hasta las cuatro, así que estoy libre antes. —Mira su reloj—. Entonces, supongo que deberíamos darnos los números y… organizarnos.

—He oído que la primera prueba que debes pasar en el Juego de los recién casados es «¿A qué número llamarías en caso de emergencia?».

No tenía intención de molestarlo tanto, pero él hace que me resulte muy fácil. Es como una estatua de jardín, solo que más… rígido. También más alto.

—Como sea, aquí está mi número —dice sacando una tarjeta de negocios de su cartera. Si no estuviera tan segura de que está al borde de una embolia pulmonar después del día que ha tenido, me echaría a reír, pero me limito a aceptar la tarjeta con gracia para leer la caligrafía elegante.

—Genial. Quizá también debería conseguir tarjetas.

—Puedo recomendarte una excelente imprenta si quieres.

—Ah, sí, claro. —Ya ni siquiera tengo corazón para decirle que estoy bromeando—. Entonces, supongo que… te enviaré un mensaje más tarde.

—Sí, podemos hablar después de dormir un poco. —Se queda parado por un momento, inquieto, como si estuviera rumiando sobre algo que no logra expresar. Desvía la mirada de mí al suelo y de nuevo a mí con una expresión tensa—. Supongo que debería… darte las gracias por lo que has hecho hoy. Me has salvado.

—Me tomo muy en serio mi juramento hipocrático —sentencio—. Salvar vidas y todo eso.

—Claro. —Su boca hace algo extraño, se arquea un poco, como si quisiera sonreír pero no recordara cómo—. Ah, y… quizá debería… —Mira alrededor del aparcamiento semivacío con el ceño fruncido, al tiempo que se eleva sobre las puntas de los pies para cerciorarse de que no hay nadie cerca. Luego camina hacia mí de repente y me acorrala contra la gran fila de arbustos plantados a ambos lados de la entrada trasera—. Supongo que debería… —Su expresión parece de dolor—. No hay forma educada de hacer esto, así que solo…

Ahora estoy muy cansada (un turno de doce horas ya basta para ello, sin tener en cuenta las conspiraciones y las decisiones que cambian la vida), así que tal vez por eso me cuesta tanto comprender lo qué le está resultando tan difícil a Noah. Cuando sus dedos gruesos me rodean, sus manos hacen que mis bíceps se sientan como ramitas. Levanta la cabeza una vez más para asegurarse de que nadie esté mirando.

—Noah, ¿qué estás…?

Admito que hace… tiempo que no tengo ninguna clase de intimidad con un hombre, ya sea humano o no, así que estoy segura de que esa es otra razón que contribuye a mi desconcierto cuando Noah comienza a acorralarme.

—Lo siento —dice en voz baja y todavía con expresión dolorida—. Por ahora no será muy potente, hasta que deje de tomar los supresores. —Parece molesto con la idea de dejar de tomarlos, pero imagino que surgirá la pregunta de por qué aún los necesita ahora que ya no nos escondemos—. Pero por ahora tendrá que ser suficiente.

De repente, me percato de su intención y estoy mucho más despierta de lo que estaba cuando salí.

—Ah, no tienes que…

No tengo oportunidad de terminar lo que estaba diciendo, dado que Noah está en modo profesional, inclinándose para atraerme con fuerza hacia su cuerpo fornido para darme un abrazo extraño e incómodo que me aplasta contra su pecho. Percibo el olor intenso a supresores impregnados en su ropa de inmediato, pero debajo de eso, así de cerca… alcanzo a sentir el aroma a pino y a invierno, que resulta fresco y agradable una vez que lo identificas.

La situación me desconcierta tanto que ni siquiera tengo tiempo de reaccionar al principio. La lana del abrigo de Noah por poco me corta la respiración mientras me abraza como si fuera la primera vez que lo hace con alguien. Podría partirme la columna vertebral si apretara un poco más. Sé que habíamos hablado sobre los beneficios de impregnarme con su olor, pero no esperaba que fuera tan «directo» al respecto. Supongo que ese fue mi primer error.

A fin de cuentas, es Noah Taylor.

Conozco perfectamente de qué va eso de impregnar a alguien, porque tengo casi treinta años y ya he tenido relaciones que han durado más de unos meses, pero en general fue algo que sucedió por accidente durante el sexo; definitivamente no es algo que haya hecho a propósito entre los arbustos frente a mi lugar de trabajo. Además del sentido literal de que podemos convertirnos en lobos fuera de los límites de la ciudad (aprobaron esa ley en 1987, después de que un chico se estrellara contra una tienda después de emborracharse), ser un cambiaforma implica que nuestros cuerpos funcionan de forma un poco diferente a los de los humanos promedio. Los olores nos afectan, nos marcan, a veces incluso nos controlan, por lo tanto, ocupan un papel importante en nuestras vidas sin que lo notemos. En especial teniendo en cuenta que un cambiaforma tiene tres veces más glándulas odoríferas que un humano normal, todas sensibles al tacto. La más grande se encuentra justo en la base de la garganta, esperando a que algún compañero cambiaforma aparezca e impregne su esencia en ella. Es casi como besarse hasta marearse y luego oler la colonia de tu novio, excepto que la colonia no se lava durante días, dependiendo de la intensidad.

—Noah —murmuro contra su ropa—. Esto no es…

—Eh, claro. No va a durar mucho. Déjame…

Suelto un chillido cuando él se acurruca contra mí para poder frotar su cuello contra el mío y al sentir el frío de su piel desnuda. Su barba de tres días pincha y me hace cosquillas en la piel, y mi cuerpo responde poniéndose en tensión. Mis labios se separan mientras contengo el aliento, y mis rodillas se convierten en gelatina, al tiempo que él se tensa. La glándula en mi cuello se siente cálida cuando él me toca, un calor punzante que se cuela más adentro de mí y se extiende por mis extremidades. Noah emite un sonido extraño, como si intentara aclararse la garganta y no pudiera, y percibo su aliento cálido contra el cuello por un instante antes de que se aleje.

Se ve confundido, menos incómodo que antes, pero igual de desorientado. Me mira con el ceño fruncido y los labios apretados. Veo cómo sus ojos bajan de mi rostro a mi garganta antes de encontrarse, por fin, con los míos. Sus labios se abren, pero vuelven a cerrarse cuando recobra el sentido.

—Eso debería… —Parpadea y sus ojos se desvían a mi garganta otra vez—. Eso debería ser suficiente.

—Por un radio de diez kilómetros, ¿cierto? —logro decir con un hilo de voz.

—Es lo que hay, lo tomas o lo dejas —asegura con nerviosismo.

Durante la comida tendremos que trabajar en eso de reconocer un chiste. Será lo primero que hagamos, sin duda. Después de esto, ¿por qué parece un poco más atractivo que hace un minuto?

—Lo tomo, y espero que mantengas tu palabra —respondo. Ahora soy yo quien se siente incómoda al percatarme de que sigue aferrando mis brazos con fuerza—. Eh, deberíamos alejarnos de los arbustos.

Él me suelta de inmediato, y su expresión revela que tampoco se había percatado de que seguía sujetándome. Por fin logra aclararse la garganta.

—Hasta mañana, doctora… Mackenzie.

—Claro. —Me rodeo con los brazos, aunque sea para estabilizarme, porque mis estúpidas rodillas se han aflojado de verdad. ¿Qué demonios es esto? ¿Es cosa de alfas?—. Hasta mañana, Noah.

Su mirada permanece sobre mí por un momento antes de que sacuda la cabeza como para aclarar sus pensamientos. Luego inclina la cabeza como saludo y me da la espalda, difícil de ignorar debido a lo ancha que es, algo en lo que normalmente no me suelo fijar. No me importa lo ancho que sea un hombre, ¿por qué mi subconsciente hace que mis cejas se muevan de forma libidinosa?

Permanezco cerca de los arbustos mientras observo cómo se marcha hacia su radiante Mercedes negro en el estacionamiento, hasta que la distancia entre los dos es suficiente para permitirme respirar. El aire frío en los pulmones despeja mi mente, pero no borra el olor de Noah adherido a mí. A pesar de la calidad de sus supresores, ahora que lo huelo de cerca, es fuerte y no me molesto en resistir el impulso de llevar la nariz a mi hombro para sentirlo un poco más. Algo hace que mi piel se sienta demasiado ajustada, como si fuera de una talla pequeña para mí; la sensación de correr a cuatro patas por la nieve palpita dentro de mí por un instante. Lo siento como algo placentero, como si hubiera sido creado solo para mí, y tan solo pensar en ello me da escalofríos.

Tranquilízate, Mackenzie. No creemos en esa estupidez de la supercompatibilidad.

De todas formas, presiono la nariz contra mi hombro para inhalar un poco más del olor de Noah.

Sí, si fuera hombre, tampoco querría estar a menos de diez kilómetros de esto.

Suelto el aire y sacudo los pies, uno cada vez, para recordarle a mis malditas rodillas quién manda antes de dirigirme a mi automóvil.



CAPÍTULO 4

Noah

A pesar de lo cansado que estaba cuando salí del trabajo esta mañana, no he dormido bien. He dado vueltas de un lado a otro durante todo el día, y mis cortinas oscuras no han conseguido aliviar mi inquietud. Es… extraño lo que el contacto con Mackenzie ha provocado en mí, una reacción que no se parece a nada que recuerde haber experimentado antes. Pero, a fin de cuentas, he pasado gran parte de mi vida adulta evitando a las personas todo lo posible para ahorrarme situaciones como esta.

Me digo a mí mismo que se debe a que hace años que no me acercaba así a alguien, por eso mi cuerpo ha reaccionado de la manera en que lo hizo cuando la abracé. Eso es todo. No puedo fingir que no ha pasado… mucho tiempo desde que tuve intimidad con alguien, e, incluso cuando la tuve, siempre fui cuidadoso para evitar impregnar a la otra persona con mi esencia. Sé lo que la potencia de mi olor puede hacerle a los demás, por eso siempre he hecho todo lo posible por evitar la posibilidad de que una mujer se aferre a mí después de experimentar esa potencia. Debe de ser por eso que hacía tanto tiempo no me acercaba a alguien como lo he hecho con Mackenzie. No merecía la pena, dado lo mucho que me he esforzado por mantener mi rango en secreto.

Sí, sin duda fue por eso que ayer me sentí tan alterado, pienso. El aroma suave y etéreo de su esencia a madreselva fue una sorpresa para mi sistema hormonal, eso es todo.

Aunque nada de eso explica por qué demonios no puedo dormir.

Llegada la noche, el sonido de mi móvil junto a la cama acaba con mis intentos fallidos de conseguir algo parecido al sueño. Lo alcanzo a tientas mientras ruedo sobre la almohada.

—¿Hola?

—Noah —dice una voz familiar al otro lado—. ¿Cómo estás?

—Paul —murmuro cansado.

Paul Ackard tiene unos treinta años más que yo y, curiosamente, es lo más cercano a un amigo que tengo. Todavía mantenemos un contacto frecuente, dada la relación de mentor-aprendiz que desarrollamos durante el tiempo en que me estuve esforzando para llegar a mi puesto actual. De

hecho, fue Paul quien me recomendó para el puesto de jefe de departamento cuando se retiró.

Giro el cuello e intento sentarme en la cama.

—En este momento, agotado.

—¿Noche difícil?

—No tienes idea —respondo con una risa seca.

—Puede que la tenga —comenta él—. Sé que alguien te delató.

—¿Cómo te has enterado? —Me deja boquiabierto.

—He trabajado en ese hospital durante veinticinco años, Noah —ríe Paul—. Tengo bastantes amigos ahí.

Suelto un suspiro.

—Tú no has dicho nada, ¿verdad?

—Por supuesto que no —exclama un tanto ofendido—. Te recomendé para el puesto a pesar de conocer tu secreto. ¿Por qué me habría vuelto en tu contra y te delataría ante la junta?

—Claro —afirmo, y sacudo la cabeza—. Perdona. Sé que no lo harías, es solo que ha sido una semana de locos.

—Puedo imaginarlo —reconoce con amabilidad—. Por eso quería ver cómo estabas lidiando con ello.

—Esto, yo… —Frunzo el ceño, preguntándome si es seguro contarle sobre Mackenzie y nuestro… acuerdo. Confío en Paul, desde luego, pero con todo lo que ha pasado en estas últimas veinticuatro horas, de repente desconfío de muchas cosas—. Me las arreglo. Al menos no me despedirán.

—Eso es bueno —suspira—. No conozco toda la historia y estaba preocupado. ¿Tienes alguna idea de quién podría haberlo hecho?

—La verdad es que no. —Bajo las piernas de la cama para estirarme—. Muy pocas personas lo saben y no sé quién podría haberlo notado con la cantidad de supresores que uso.

—Es cierto —concuerda—. Me alegra que lo estés llevando bien… Pero de todas formas me preocupa que estés expuesto. Acuérdate del alboroto que montó Dennis cuando te ascendieron antes que a él. Le encantaría saber algo así contra ti. —Emite un sonido de disgusto—. No crees que él haya tenido nada que ver, ¿verdad?

—No creo que eso sea posible —respondo negando con la cabeza—. Nunca hablamos fuera del trabajo, y no tiene conexión con ninguna de las personas que lo saben. Que, por cierto, recuerda que es un círculo extremadamente pequeño.

—Es verdad. —Paul guarda silencio por un momento mientras considera mis palabras—. Aun así, ten cuidado.

Siento una punzada de culpa en el pecho por no contarle lo de Mackenzie, pero me digo a mí mismo que es por la seguridad de ella. Eso ayuda, pero solo un poco.

—Lo haré —le aseguro—. Todo va a ir bien.

Al menos, eso espero.

—Bueno, mantenme informado —insiste—. Con gusto te ayudaré en todo lo que pueda.

—Te lo agradezco —respondo con honestidad.

—Intenta no estresarte por eso. Serían estúpidos si te dejaran ir, más allá de tu condición. Eres el cardiólogo intervencionista más brillante que ese hospital haya tenido jamás. Aparte de mí, claro —bromea, y me hace reír.

—Por supuesto.

—Hablamos pronto, Noah.

—De acuerdo. Hasta pronto.

Me quedo sentado al borde de la cama por un momento después de colgar, observando con ojos cansados el sol que desaparece por el horizonte. Ya es oficial, no voy a ser capaz de conciliar el sueño.

***

Ya hace horas que cayó la noche cuando decido que un día como el de hoy merece una bebida fuerte, así que me sirvo un escocés, al que le doy vueltas en mi mano, sentado frente a la chimenea en mi sillón preferido del salón. Hace quince minutos recibí un mensaje de Mackenzie, que voy releyendo varias veces mientras intento decidir qué responder. También intento recordar cuándo fue la última vez que le envié un mensaje a alguien que no fuera de trabajo a excepción de mi madre.

Mackenzie: Hola, espero que hayas descansado. Soy Mack, alias Mackenzie, alias doctora Carter. Supongo que si las cosas siguen así, estaré ocupada los próximos días, pero puedes escribirme si necesitas algo relacionado con el emparejamiento. Cuenta conmigo para cualquier asunto de espionaje. Ah, olvidé decirte que mi clase de yoga termina a mediodía, pero hay un café cerca del estudio que me encanta, podemos encontrarnos allí el sábado. Dime si te parece bien. Estoy lista para nuestra primera reunión conspirativa.

Por décima vez desde que logré de milagro que esta mentira funcionara, pienso que no podría haber elegido a una peor cómplice. Tengo la sensación de que Mackenzie Carter hará que toda esta experiencia sea insoportable. Está divirtiéndose demasiado con ello, eso seguro. La próxima vez que la vea debo recordarle lo perjudicial que puede resultar para mi carrera que las cosas salgan mal.

La próxima vez que la vea.

Doy un trago lento al vaso de whisky y dejo caer el teléfono en mi regazo mientras observo cómo danzan las llamas detrás de la puerta de la chimenea de leña. Todavía no se me ocurre quién podría haberme descubierto ni por qué informaría de ello a la junta. Ni siquiera estoy seguro de qué ganaría alguien con mi despido, pero he estado pensando en ello. Estoy seguro de que debe de tratarse de un asunto personal, lo que no reduce las posibilidades, dado que el consenso general en el hospital es que, fuera del trabajo, soy insoportable.

Bebo otro trago, al tiempo que maldigo mi suerte. Seis años. He logrado mantener el secreto en el hospital durante seis años, solo para que un correo electrónico lo arruine todo. De hecho, son más años, si cuento el tiempo de residencia y la Facultad de Medicina, cuando comencé a esforzarme de verdad por mantenerlo en secreto. Es absolutamente ridículo.

Suspiro mientras cojo el teléfono, consciente de que esta es mi situación ahora y no tengo más opción que aceptarla, un pensamiento que, aunque sea extraño, me lleva de vuelta a Mackenzie Carter. Leo su mensaje otra vez, la séptima, y termino el whisky antes de dejar el vaso en la mesita auxiliar.

Noah: Conozco el lugar. ¿12.30 está bien? ¿Te dará tiempo a estar lista?

Ella tarda mucho menos tiempo que yo en responder.

Mackenzie: Está bien. ¿Cómo estás? ¿Ya en crisis?

Me toma por sorpresa, pues, al igual que con el intercambio de mensajes, no recuerdo que nadie que no fuera mi madre se haya preocupado por mí más allá de asuntos de trabajo.

Noah: Estoy bien. ¿Y tú?

Mackenzie: Bueno, ya sabes, no es la primera vez que tengo un novio-compañero coconspirador ficticio. No es para tanto, ya soy una experta.

Mis labios se curvan ligeramente.

Noah: Claro. Entonces me alegra estar en tan buenas manos para mi primer dolo.

Mackenzie: Sé que soy médica, pero debo insistir en que uses menos palabras que tenga que buscar en Google.

Noah: Recibido. Mañana te escribo para confirmar.

Mackenzie: Estaré esperando junto al teléfono, cariño

Niego con la cabeza al dejar caer el móvil y me cubro la boca sin ningún motivo, porque estoy solo en casa.

Mackenzie no está aquí para verme sonreír.

***

La sensación en mi pecho es nueva, eso es seguro. O al menos no puedo recordar la última vez que la sentí. Es un aleteo extraño, como de nervios, pero no sé por qué. ¿Estoy nervioso por el acuerdo que le propuse y lo que significaría si no lo lográramos? ¿O estoy nervioso por volver a ver a Mackenzie, consciente de que gran parte de mi carrera está en sus manos?

Sea como fuere, estoy mirando la puerta mientras reservo una mesa en la pequeña cafetería. Miro la hora otra vez y frunzo el ceño al comprobar que ya pasan cinco minutos de la hora acordada. ¿Habrá cambiado de parecer? Sé que podría enviarle un mensaje, pero una parte de mí está preocupado por si en verdad ha cambiado de opinión y, si eso fuera cierto, ¿qué voy a hacer?

No he vuelto a verla desde el día en que la impregné con mi olor fuera del hospital, una experiencia que no olvidaré fácilmente. De hecho, me he sentido incómodo desde ese momento,

a lo que hay que sumar que esa misma noche dejé los supresores, por lo que me he sentido mucho más ansioso de lo que recuerdo haber estado jamás. Me consolé diciéndome que seguramente se debía a la singularidad de nuestra extraña sociedad, y de hecho sus mensajes me ayudaron. Me aseguraban que no había cambiado de opinión, al menos por ahora.

La campanilla sobre la puerta de entrada del café, señal de su llegada, me aparta de la preocupación creciente. Por extraño que parezca, la huelo antes de reconocerla, pues su olor se impregnó en mí tanto como pretendí impregnar en ella el mío. A decir verdad, no he dejado de sentir su esencia desde esa mañana en los arbustos, y, ahora que está cerca, es mucho más intensa.

Y no estoy seguro de si es bueno o malo.

Me saluda moviendo los dedos al verme sentado en la esquina del fondo, y yo le respondo mientras se acerca entre la multitud. Se ha recogido el espeso cabello en una especie de moño desordenado sobre la cabeza y trae el rostro sonrojado como si acabara de terminar el entrenamiento. Antes de sentarse frente a mí, se quita el pesado abrigo para revelar una prenda ajustada de color neón, que la cubre de la cabeza a los pies, y que, aun así, no deja mucho a la imaginación.

—Lo siento —se disculpa al acomodarse—. La clase comenzó tarde porque el instructor estaba atrapado en un atasco. Tendría que haberte avisado —concluye, al tiempo que se aparta un mechón de color miel de la frente para acomodarlo detrás de la oreja.

—Está bien —le aseguro, evitando mirar su atuendo. Es ciertamente ajustado, ¿así es la ropa de yoga ahora?—. No hace mucho que he llegado.

Es mentira, pero no tiene por qué saberlo.

—Así que… —comienza y se inclina apoyada sobre los codos—. ¿Cómo has estado? ¿Sigues en crisis?

—No estaba en crisis.

—Todos tus mensajes sonaban como si quisieras comprobar que no había cambiado de parecer —replica con una mueca.

—Bueno… no puedo decir que no me preocupaba que lo hicieras.

—Deja de preocuparte —añade—. No te abandonaré, lo prometo. Y —se acerca un poco más, con expresión seria—, ¿cuál es el plan?

Tardo un momento en procesar la pregunta, pues el hecho de que se acerque no hace más que intensificar su olor, que forma como una nube entre los dos. ¿Por qué no lo había notado antes?

—Nuestro plan. Claro —respondo distraído.

También huele un poco a mí. Pero supongo que esa es la idea, pienso.

—Mierda. Tengo hambre. —Se lleva una mano al estómago e inclina la cabeza para sentir el olor en el aire—. ¿Te importa si busco algo de comer primero?

—No, está bien. Yo voy.

—No es necesario —dice extrañada.

—Es lo menos que puedo hacer, considerando que se supone que es una cita —insisto, y sus mejillas se sonrojan un poco y sus ojos se hacen más grandes.

—Ah, vale, es verdad. —Su expresión vuelve a la normalidad, sonriente, y se reacomoda en la silla—. Nunca creí que tendría una cita para comer con el temible y viejo Noah Taylor. No puedo dejar pasar la oportunidad.

—¿Viejo? —pregunto con el ceño fruncido.

—Es un decir, no te alteres. —Frunce la nariz—. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y seis.

—Vaya, no está mal. Eso arruina mi plan de estar con un hombre mayor por dinero —dice alegremente, mientras yo niego con la cabeza.

—¿Los chistes son parte del trato o dejarás de hacerlos en algún momento?

—Aún no lo he decidido. Y tú me lo pones muy fácil.

No estoy seguro de lo que quiere decir con eso, pero no importa.

—¿Qué quieres comer?

—Tráeme la sopa del día.

—¿No quieres saber de qué es?

—No. Es sopa, seguro que me gusta —afirma.

—De acuerdo. —Me levanto de la silla, sin mirar la extensión de su cuello cuando estira los brazos al aire—. ¿Algo más?

—Tienen una versión del Pink Drink, ¿puedes traerme uno?

—¿Pink Drink?

—Tú pídelo, ya saben lo que es.

—Bien.

Pedir una sopa es sencillo, pero podría haberme ahorrado la mirada de la empleada cuando le

pedí «su versión del Pink Drink». Lo llevo todo a la mesa y lo pongo frente a Mackenzie, que lo mira encantada hasta que nota que no he pedido nada para mí.

—¿Tú no comes?

—Comí en casa.

—Creo que has olvidado el concepto de cita.

—Y te quedas corta —respondo con sinceridad.

—Ya, claro, olvidé con quién estaba hablando —bromea con una sonrisa sobre la pajita de su batido.

—Lo siento, esto es nuevo para mí —comento sin saber bien por qué.

—Está bien, todas mis citas de los últimos tiempos fueron forzadas, así que no estoy mucho mejor que tú. No te preocupes.

—¿En verdad han sido tan malas como para que accedieras a algo así? —Ella me mira enarcando una ceja mientras destapa la sopa, así que añado—: No me estoy quejando.

—Terribles. De lo peor. Mi última cita me preguntó si era verdad que los cambiaformas tenían una forma intermedia.

—No entiendo.

—Va. —Hace una mueca al recordarlo—. Quería saber si podía mantener las orejas y la cola para… ya sabes…

Tardo un segundo en comprenderlo.

—Asqueroso.

Ella se ríe y prueba una cucharada de sopa antes de gemir complacida.

—Carne y cebada. Delicioso.

Siento curiosidad por su historia, pero presiento que no quiere dar más detalles, porque, de hecho, no lo hace.

—Y ¿qué tengo que saber sobre ti? —pregunta en cambio—. Dime los cinco datos principales sobre Noah.

—¿Cinco?

—Estoy segura de que al menos tienes cinco.

—He sido cardiólogo intervencionista durante los últimos tres años, al menos —digo con el ceño

fruncido hacia la mesa.

—¿En serio? —jadea por lo bajo, pero incluso yo percibo que intenta hacerse la graciosa—. No datos médicos, tontorrón. Hechos importantes, cosas que tu pareja debería saber.

Tengo que pensar sobre ello. ¿Existen hechos dignos de compartir que consideraría íntimos?

—Bueno… terminé la especialidad aquí, con el exjefe del departamento, el doctor Ackard. Él fue quien me recomendó que aceptara el puesto. Y aún somos amigos, de hecho.

—Siguen siendo datos médicos, Noah —advierte entre risas—. Aunque el hecho de que tengas un amigo de verdad sí es información ultrasecreta.

La miro indefenso. Ella parece percibir mi lucha interior, porque me echa un capote.

—¿Qué hay de tus padres? ¿Viven aquí? —Lame un poco de caldo de la cuchara, y el movimiento de su lengua me distrae por un momento.

—Sí, viven en el centro —asiento con torpeza.

—Genial. ¿Y son tan hoscos como tú? ¿O tú eres alguna clase de anomalía?

—Son… normales, supongo. Callados. Les gusta el golf y tomar té. No hay mucho que contar. ¿Y los tuyos?

—No tengo —dice con desinterés—. Mis abuelos me criaron desde que tenía doce.

—¿Por qué?

—No te lo van a preguntar en un examen ni nada —dice con el ceño fruncido.

—Tengo curiosidad. —Y es verdad, aunque sea extraño.

No parece querer hablar del tema, pero después de un momento y otra cucharada de sopa, se encoge de hombros.

—Mi madre murió en un accidente de tráfico cuando yo era niña. Después de eso, mi padre nunca se recuperó. Estaban emparejados, como en uno de esos romances de cuentos de hadas. —Su mirada se vuelve distante—. Cuando ella se fue, él… se desmoronó.

—¿Le ocurrió algo?

Hace una pausa, deja la cuchara dentro del tazón, y sus labios se curvan hacia abajo.

—Creo que le recordaba a ella y por eso se volvió demasiado difícil mirarme. Tal vez por eso se fue.

No estoy seguro de cómo procesar esa información. Siento un cosquilleo intenso de compasión hacia ella en el pecho, pero no sé qué hacer al respecto ni cómo expresarlo.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. —Me hace un gesto con la mano para restarle importancia y vuelve a centrarse en la comida—. Es agua pasada.

—Aun así. Debió de haber sido difícil experimentar eso siendo aún una niña.

—Apenas los recuerdo ya. —Mackenzie se encoge de hombros—. Solo demuestra que la imprimación está sobrevalorada. Creo que lo de la imprimación es cosa de aficionados.

—Tú dijiste que eras una experta en la materia —le recuerdo con frialdad.

—Exacto —afirma sonriente y me señala con la cuchara otra vez—. En verdad, no es para tanto. Mis abuelos son geniales. Bueno, excepto por esa tontería de las citas a ciegas. Pero eso es solo cosa de mi abuela. Ella piensa que necesito «sentar la cabeza» para ser feliz o algo así. —Limpia la cuchara con la boca otra vez mientras analiza mi expresión, y yo no puedo fingir no haber notado el movimiento de su lengua contra el plástico—. Tocará el cielo con las manos cuando te conozca.

—Suena como demasiada presión —murmuro.

—Para nada. Eres médico y eres un cambiaforma. Ya está planeando nuestra boda y ni siquiera te ha conocido.

—Insisto, mucha presión.

—No te preocupes —ríe—. Cuando huyas a Albuquerque, me aseguraré de hablar mal de ti.

—Perfecto.

Termina la sopa y emite un gemido satisfecho antes de dejar la cuchara y apartar el tazón.

—Estaba deliciosa. Gracias.

—Creo que la sopa me sale barata si tenemos en cuenta el favor que me estás haciendo.

—Es un anticipo —responde con seriedad—. Prepárate para recibir pedidos mucho más importantes en el futuro.

—Por supuesto. —Mis labios se curvan hacia arriba.

—Vaya, santo Dios, eso era casi una sonrisa, ¿no?

—Por supuesto que no.

—De acuerdo. Tenía miedo de que te hicieras daño.

—¿Tu manto es del mismo color que tu cabello?

Mackenzie parece tan sorprendida por la pregunta como yo por haberla hecho de repente. Ni siquiera estoy seguro de por qué lo he hecho, solo sentía curiosidad desde que entró aquí.

—¿Qué? —pregunta confundida.

—Lo siento. Es que… eso es algo que debería saber, ¿no?

—Eh, sí, eso creo. —Asiente al aire—. Lo es. Mismo color. ¿Esa es tu forma de preguntar si este es mi color de cabello natural?

—Yo… No. Solo tenía curiosidad. Es un color bonito.

En verdad lo es. El sol que entra por las ventanas amplias del café hace que el tono trigueño de su cabello atraiga la luz y parezca más dorado. Y, mientras lo estoy pensando, me pregunto de dónde ha salido ese hilo de pensamiento.

Ella saca su móvil, lo que me distrae de lo que estaba pensando, y me ignora para escribir algo.

—Lo siento. Quería anotar tu primer cumplido. Quién sabe cuándo me harás otro.

—Estás decidida a hacer que esto no sea fácil, ¿verdad?

—¿Dónde estaría la diversión si fuera fácil? —Se encoge de hombros y sonríe mientras guarda su móvil.

—Mmm.

—No has terminado de decirme los cinco datos sobre ti.

—Sigo pensándolos, para ser honestos.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—¿Filete? —Tengo que pensarlo.

—¿Cómo lo comes?

—Jugoso.

—Puaj. —Otro gesto de desagrado—. ¿Tienes que ser tan salvaje?

—Así sabe mejor —replico con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Y la tuya?

—Sopa —responde sin dudarlo.

—¿Alguna en particular?

—Nop. Si viene en forma de sopa, me la comeré.

—Eso es… interesante.

—¿Y tu manto es del mismo color que tu cabello?

—Eh… Puede que sea un poco más oscuro. Hace mucho tiempo que no me transformo. No siento la necesidad con los supresores.

—Así es como acabas mordiendo a un transeúnte —dice provocativamente, y yo pongo los ojos en blanco.

—Lo dudo. ¿Cuándo fue la última vez que te transformaste?

—Mmm. —La forma en la que arruga la nariz atrae mis ojos—. Durante mi último celo. Fui a uno de esos spas fuera de la ciudad. El lugar está rodeado de bosques.

No había pensado en lo que implicaba mi pregunta. Por supuesto que se transforma durante el celo, pues las hormonas harían que fuera muy incómodo evitarlo. Ojalá lo hubiera pensado antes de abrir la boca, porque ahora no puedo dejar de pensar en el celo de Mackenzie, lo que no es para nada apropiado.

—Por cierto, ¿has dejado de tomar los supresores?

—Así es. —Tampoco estoy muy feliz de haberlo hecho—. Hace dos días.

—¿Cuánto crees que tardarás en eliminarlos por completo de tu sistema?

No le digo que, si tomo la intensidad de su olor como parámetro, ya no queda mucho por eliminar.

—No lo sé con exactitud, en realidad. Los uso desde la adolescencia. ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad. —Su expresión es indescifrable, pero sus fosas nasales se hinchan cuando inhala.

—La verdad saldrá a la luz para entonces —lamento—. Todos en el hospital lo sabrán.

—Y te tendrán más miedo que antes —responde sonriente.

—Me alegra que la idea te resulte tan entretenida.

—Intento pensar sobre qué rumores sobre ti puedo esparcir. ¿Prefieres que piensen que tocabas el bajo en una banda de heavy metal de cambiaformas o que formabas parte de una banda secreta de alfas moteros?

—¿No hay una tercera opción en la que soy cardiólogo intervencionista y nada más?

—Qué aburrido —se queja.

—¿De verdad vamos a lograrlo?

Debe percibir mis dudas, porque su expresión entretenida se disipa y me mira con más seriedad.

—No voy a estropearlo, te lo prometo.

Recuerdo la conversación después de que habláramos con la junta en la que me prometió lo mismo, a pesar de la facilidad con la que creyeron en nuestro ardid. Fue casi como si no quisieran tener que lidiar con la alternativa. Sus promesas son innecesarias, dado que podría haberme mandado a freír espárragos en lugar de ayudarme, pero no puedo mentir: su dedicación me tranquiliza.

—De acuerdo. —Le tomo la palabra—. ¿Cuándo tendré que presentarme ante tu abuela?

—Quiere que te lleve a cenar pronto —responde con una mueca—. No piensa perder el tiempo, pero creo que puedo contenerla al menos una semana más. Con suerte nos dará algo de tiempo para prepararnos.

No menciono que estoy bastante seguro de que todo el tiempo del mundo no bastaría para prepararme para esta situación ridícula, porque eso sería de poca utilidad.

—¿Trabajas mañana?

—Sí, turno de día. ¿Y tú?

—*Tengo dos consultas por la mañana y un bypass a las tres.*

—¿Cuánto crees que tardarán los demás en enterarse? —pregunta, y luego se muerde el labio.

No parece preocupada, pero puedo notar que, debajo de las bromas y las provocaciones, está pensando en lo que la mentira implicará para nuestras vidas en el hospital. Ya me imagino los rumores: una médica de emergencias, recién salida del período de residencia, es la compañera secreta del mayor cretino del Hospital General de Denver (sí, estoy al tanto de mi reputación). Es el rumor más jugoso que haya circulado por aquí. Será un día laboral memorable, eso seguro. Ya puedo sentir cómo mi vida pacífica se va escapando entre mis dedos.

Suelto una risa ahogada, seca, mientras niego con la cabeza.

—Créeme. Ya lo saben.



CAPÍTULO 5

Mackenzie

Debo admitir que una parte de mí en verdad creía que este asunto entre Noah y yo no sería gran cosa. Mis últimos turnos han sido tan ajetreados que no he tenido tiempo para levantar la cabeza y ver que mis compañeros de trabajo empezaban a ser esquivos. Claro que había asumido que la noticia se difundiría, pero creo que no estaba preparada para lo jugoso que les resultaría a todos; supongo que subestimé lo extraño que es que este lugar tenga un buen cotilleo. Es como la sangre para los tiburones.

Ahora lo noto en las miradas furtivas cuando camino por el pasillo, lo escucho en los susurros que se detienen en cuanto entro en una habitación. Demonios, una enfermera a la que no conocía me abordó en la sala de descanso, apenas una hora después de que empezara mi turno, para preguntarme si de verdad estaba saliendo con Noah Taylor. No sé si sentía envidia de mí o le preocupaba que pudiera haberme tomado de rehén. Para ser justos, cualquiera de los dos escenarios es totalmente posible. Es decir, puede que Noah sea malhumorado, pero no puedo negar que también es muy atractivo.

Para la hora del almuerzo, estoy pensando en encerrarme en el baño para poder comer con tranquilidad y tomarme un descanso de todo esto, pero razono que la manera más efectiva de dispersar la curiosidad de una forma rápida es enfrentar el tema como si no hubiese nada malo en ello. Parker esquivó mi invitación a comer en la cafetería del hospital alegando que tenía un problema con el servidor, pero sospecho que me está castigando por lo que él siente que es una mala decisión. A veces le gusta actuar como si fuera mi madre.

Pronto descubro que no necesitaba buscar con quién almorzar. He subestimado la cantidad de personas que quieren interrogarme sobre mi nuevo estado sentimental. El chismorreo, parece, es incentivo suficiente para las interacciones sociales. Apenas tengo tiempo de desenvolver la cuchara de plástico y abrir un zumo de manzana antes de que un rostro familiar se desplome en el asiento frente a mí.

—Tienes que contármelo todo.

Bebo un trago del zumo para darme tiempo de formular una respuesta. Creo que la emoción de mi amiga Priya es una mala señal. Tengo que recordarme que no puedo decirle la verdad a nadie más, incluso si la otra persona es alguien que me agrada. De hecho, Noah estaría muy molesto si supiera que se lo he contado a Parker.

—¿Qué? —Me hago la desentendida.

—Ni te atrevas. —Priya pone los ojos en blanco y echa su cabello negro y largo hacia atrás sobre un hombro—. ¿Cómo no me lo contaste?

—Yo… — Me remuevo en mi asiento. No soy la mejor mentirosa del mundo; debería haberlo tenido en cuenta antes de aceptar este acuerdo sin pensarlo—. Verás, antes de que empezara, Noah y yo decidimos…

—Lo entiendo —resopla—. Jessica de Radiología dice —no conozco a Jessica de Radiología, así que me pregunto cómo es que se erige en autoridad en el tema de mi relación ficticia— que no querías que tu reputación se basara en la suya o algo así. Respeto todo eso, por supuesto, pero no puedo creer que me haya perdido un año de cotilleos. ¿Cómo es?

—¿Cómo es qué? —Levanto una ceja.

—No te hagas la tonta. —Priya chasquea la lengua—. ¿Cómo es estar con un alfa?

—Ah. —Claro. Se supone que es una experiencia única. Imagino que tiene sentido que otros cambiaformas tengan curiosidad al respecto. Intento buscar una respuesta común—. La verdad, no es diferente a estar con cualquier otro cambiaforma. La mecánica es la misma.

—Patrañas —exclama—. Es muy raro que un omega y un alfa se acuesten. Tiene que ser alucinante, ¿verdad?

Ah. Claro.

De repente, estoy reconsiderando mi decisión de haberle contado a Priya lo que soy.

—Bueno, yo… —Intento pensar en algo que pueda saciar su curiosidad—. Definitivamente es lo mejor que he tenido.

A decir verdad, es un poco injusto tener que mentir sobre esto sin haber tenido la oportunidad de probarlo de primera mano.

—Pero, eh… —Priya mira alrededor antes de bajar la voz, como si tuviera miedo de que la escucharan—. ¿Es cierto que tienen…? Ya sabes. ¿Verdad? ¿Lo tienen?

—¿Qué quieres decir? — Estoy perdida por completo.

—Ya sabes… —Otra mirada furtiva a nuestro alrededor y luego se inclina más cerca—. Un nudo.

Ah. Ah. Vaya. Todavía no me había puesto a pensar en eso, en la mecánica de… las partes privadas de Noah. Anudarse estaba al final de la lista de cosas que quería preguntarle a Noah durante nuestra cita de ayer.

—Eh, mmm. —Siento calor en las puntas de las orejas y en las mejillas—. Eso es… bueno.

—Ay, Dios mío, que te estás sonrojando. Tienes que decirme cómo es. ¿Duele? ¿Tienes que acostumbrarte? ¿Cuánto tiempo suele durar? ¿Os quedáis como pegados durante una hora o algo así?

No estaba preparada para esta sección en el cuestionario de pareja ficticia.

—Ah, sí… es genial —le digo; supongo que lo mínimo que puedo hacer es alimentar su fantasía —. Es algo que te cambia la vida. Una vez que quedas anudada… ya no quieres… no hacerlo.

Priya estalla en carcajadas, con lo que llama la atención de un viejo ginecólogo sentado cerca, a quien reconozco de mis rondas. Le envío señales mentales para que vuelva a enfocarse en su ensalada de atún, porque estoy segura de que esta conversación tomaría desprevenido incluso a alguien de su área.

—Shh. —Me inclino con actitud conspirativa—. Estoy bromeando. No es para tanto.

—Si tú lo dices —resopla Priya—. Dios. Debe de ser bueno tener a alguien con quien pasar tu celo. —Parece nostálgica—. Esas aplicaciones de encuentros son una pesadilla.

No puedo decirle que desconozco ambas situaciones. No hay forma de que deje que alguien me acerque sus colmillos durante el celo.

—No puedo ni imaginarme cómo es estar con Noah —continúa y, por suerte, cambia de tema—. ¿Frunce el ceño durante el sexo?

Ahora es mi turno de reír, porque, por extraño que sea, puedo imaginármelo.

—Pero es muy sexy.

Creo que no debería estar pensando en el sexo con Noah, porque me parece que es como cruzar una línea imaginaria, pero no puedo evitarlo. Una chica solo puede hablar de nudos por un breve instante antes de que aparezcan imágenes mentales no deseadas. Es decir, Noah no está nada mal. Es fornido. Si sonriera de vez en cuando, apuesto a que le iría bien en ese aspecto.

Creo que es natural que lo imagine, en especial si estoy aquí sentada hablando de mi supuesta experiencia con él. No me explico cómo es posible que no haya pensado antes en la presunta compatibilidad entre alfas y omegas. Sé por la escuela de medicina que un alfa ni siquiera puede anudarse por completo excepto con un omega, lo que hace que me pregunte si Noah lo habrá experimentado. Esta línea de pensamiento hace que presione los muslos de forma involuntaria, pues siento un cosquilleo entre las piernas, acompañado por latidos acelerados del corazón.

—Pero no debe ser tan malo si eres su compañera —añade Priya, sacándome así de esos pensamientos obscenos.

Pienso en ello, cuando menos por haberme sacado de esa línea de pensamientos que me estaba alterando. No me conviene ponerme caliente en la cafetería del hospital por un hombre con el que finjo salir. Hace una semana, hubiera sido fácil responder a esa pregunta, pero, ahora que he pasado un poco de tiempo con Noah, no estoy segura. Me había hecho una idea de él, igual

que todos los que se habían cruzado con Noah, por supuesto, pero comienzo a preguntarme si muchas de las cosas que había escuchado sobre él no habrán sido sumamente exageradas, como él mismo diría.

—No es tan malo como quiere hacernos creer a todos —admito, convencida de ello extrañamente—. Solo es intenso.

—Diría que eso es quedarse muy corto —resopla—. Me muero por saber cómo os habéis conocido.

Ups, no hablamos sobre eso. ¿Por qué no hablamos sobre ello? Es lo primero que nos preguntarán. Sí que somos pésimos en esto de salir.

—Ah, sí, es una historia bastante divertida, de hecho. —Podría ser una historia de lo más hilarante, dado que ni siquiera sé lo que voy a decir—. Lo que sucedió fue…

El móvil de Priya comienza a sonar, así que me mira apenada.

—Dame un segundo.

Percibo cómo su tono pasa de expectante a ansioso cuando le dice a la persona del otro lado que «voy enseguida» después de menos de un segundo de conversación. Mi mente acelerada agradece en silencio al interlocutor.

—Lo siento, me necesitan en la tercera planta —resopla, pero se detiene antes de irse y me mira expectante—. Vais a ir a la fiesta de despedida de Betty el fin de semana, ¿verdad?

—¿Si iremos?

—¡Tú y Noah!

—Ah. —Ya puedo imaginar la expresión de disgusto de Noah—. En realidad, no se lo he preguntado. Lo olvidé por completo.

—Bueno, pues a qué esperas para preguntárselo. Tienes que traer a tu novio gruñón. He apostado con el técnico a que se convierte en murciélago por las noches.

—Le preguntaré por sus horarios —respondo y pongo los ojos en blanco.

—Perfecto —dice ella. Luego me apunta con los ojos entornados como si otra idea atravesara su mente—. Pero me debes esa historia la próxima vez que te vea.

—Claro, por supuesto.

—¡Nos vemos luego! —saluda lanzándome un beso.

Una vez que se aleja, doy un gran suspiro, aliviada por el problema del que acabo de salvarme. ¿Cómo demonios no hemos pensado en la historia sobre cómo nos conocimos? Es casi la base de cualquier relación. Así que intento pensar en un escenario posible en el que Noah y yo nos

podríamos haber conocido fuera del trabajo y nos enamoramos con naturalidad, hasta el punto en el que dejé que me mordiera para pasar el resto de mi vida con él, pero mi mente se queda en blanco. Bueno, pues parece que tiene sentido que se nos olvidara ese pequeño detalle.

Sin embargo, gracias a Priya, no me cuesta imaginar cómo podríamos habernos conocido fuera del trabajo y llegado a la cama. Insisto, no es una línea de pensamiento segura.

Sacudo la cabeza para despejarla hasta que por fin puedo prestarle atención a la sopa (de brócoli y cheddar esta vez) y guardo una nota mental en la que escribo: «primer encuentro estilo meet cute» a la lista de cosas que Noah y yo tenemos que inventar.

Si eso fuese posible, claro.

***

Hacia el final de mi turno, después de padecer unas cuantas horas de murmullos, miradas e interrogatorios directos de personas con las que apenas he cruzado una palabra antes de hoy, decido buscar a mi coconspirador para saber cómo le ha ido el día. Necesito saber hasta qué punto está de mal humor antes de hablarle sobre la invitación a una fiesta tan pronto.

No he estado en la oficina de Noah desde la primera vez que lo vi, pues me he esforzado por evitarlo antes de que pasara todo esto, pero es fácil de encontrar: la placa con su nombre en la puerta es brillante, pulcra y profesional, como el hombre a quien identifica. Después de golpear, escucho su voz baja invitándome a pasar y giro el tirador de la puerta.

Noah está sentado detrás del escritorio, reclinado en la silla, con el ceño fruncido y los dedos entrelazados sobre el abdomen. Parece sorprendido de verme, su expresión cambia apenas, esbozando una sonrisa incómoda.

—Hola, soy yo, tu supuesta…

Cierro la boca cuando termino de abrir la puerta y descubro que Noah no está solo, sino con un hombre cambiaforma mayor, a quien reconozco, pero cuyo nombre no recuerdo. Al menos recuerdo que trabaja en esta planta con Noah. Comienza a tener canas sobre las orejas, por lo que imagino que debe tener al menos diez años más que yo, incluso que Noah, y su piel tiene un bronceado poco natural, que en estas latitudes solo se puede conseguir pasando mucho tiempo en una cabina de rayos UVA. Hace que su piel luzca… curtida, a decir verdad, y no debo haberlo notado porque es la primera vez que lo veo de cerca. Me maldigo en silencio por haber estado a punto de arruinar nuestra treta.

—Ah —digo incómoda cuando me recupero de la sorpresa, mientras miro a Noah alarmada—. Lo siento, no sabía que tenías una reunión.

—No se preocupe. —El hombre mayor le resta importancia—. Solo he venido a charlar con su

compañero sobre un paciente con el que tengo dificultades. Felicidades, por cierto. Todo el departamento está emocionado de saber que nuestro genio ha estado fuera del mercado hace todo un año, al parecer. No sé cómo lo ha mantenido en secreto todo este tiempo.

—Ah, sí —río nerviosa, al tiempo que me muevo de un pie al otro y paso la mirada desde Noah, que parece adusto, hasta el hombre, cuya sonrisa me resulta extraña—. Noah es… estoico, ya sabe.

—Claro —responde entre risas y se acerca para extenderme la mano—. Soy Dennis, por cierto. Dennis Matin. Creo que no nos hemos presentado antes.

—No, tiene razón. También es usted cardiólogo, ¿cierto?

—Así es —responde, sin perder esa sonrisa que comienza a darme escalofríos. Parece forzada—. No soy tan importante como su compañero, solo soy una de las abejas obreras.

No sé qué responder a eso. Cuando miro a Noah, lo atrapo poniendo los ojos en blanco a espaldas de Dennis.

—Debe estar orgullosa de salir con un jefe de departamento —agrega Dennis—. Pero entiendo por qué quería mantenerlo en secreto. Es admirable que quisiera construir su propia reputación fuera de la sombra de su compañero.

—Sí, lo intentamos —respondo encogiéndome de hombros—. Pero ya sabe cómo es el chismorreo.

—Lo sé. —Los ojos de Dennis se arrugan cuando amplía la sonrisa. Luego, al parecer satisfecho con nuestra conversación, se enfoca en Noah—. Te enviaré el archivo de ese paciente para ver qué piensas.

—Está bien —dice Noah inexpresivamente—. Te enviaré un e-mail cuando lo haya visto.

—Perfecto. —El hombre me sonríe otra vez—. Un placer conocerla, doctora Carter.

—Mack está bien —respondo por costumbre.

—Mack —repite—. Que tenga un buen día.

Observo cómo pasa junto a mí para marcharse y espero a que haya cerrado la puerta para mirar a Noah enarcando una ceja.

—Parece todo un encanto.

—Es una pesadilla —resopla él—. Aún cree que tendría que haber recibido el puesto de jefe de departamento por su antigüedad, pero es demasiado lameculos para ser abiertamente hostil conmigo, así que tengo que tolerar su falsa simpatía, aunque se dedica a hablar mal de mí a todo aquel que dispuesto a escucharle.

—Uf. —Hago una mueca—. Suena como una perra amargada.

—Sí, lo es. —Noah tuerce los labios, el gesto más cercano a una sonrisa desde nuestro acuerdo. Luego me mira ladeando un poco la cabeza—. ¿Necesitas algo?

—Sí. —Atravieso la habitación para desplomarme en la silla frente a él y ponerme cómoda con una pierna bajo el muslo—. Primero quería preguntarte si tu día ha sido tan salvaje como el mío.

—¿Salvaje? —pregunta con el ceño fruncido.

—Al menos diez personas me han preguntado por ti, sin exagerar. Con la mitad de ellos apenas había hablado antes de hoy. ¿No te han hecho preguntas?

—No. —Parece sorprendido—. Ha sido un día normal.

—Deben tener miedo de preguntarte —protesto—. Supongo que tendré que hacerme cargo de enfrentarme a la mayoría de los cotilleos.

—Lo siento —dice con expresión arrepentida.

—No te preocupes. Hasta ahora ha sido entretenido. Estoy segura de que al menos tres de las personas con las que he hablado insinuaron que ejercías algún tipo de control mental de alfa para tenerme cautiva.

—En lo que respecta a las razones por las que podrías estar conmigo, creo que esa no es tan descabellada.

—Oye, no seas tan sombrío. Al menos otras cuatro parecían celosas. Tienes opciones para cuando finjamos el rompimiento, yo solo lo digo.

—Paso, gracias.

—Como quieras.

—Lo siento —repite. Su preocupación parece genuina—. Lamento que tengas que pasar por esto.

—Está bien, ya soy mayorcita —replico—. Es molesto, pero al menos es divertido. —Le dedico una sonrisa maliciosa—. Será peor para ti cuando conozcas a mi abuela. Te aseguro que será diez veces más insufrible que cualquiera de las personas que trabajan en este hospital. Esa será tu forma de compensarme.

—Lo espero con ansia —dice con sequedad.

—Será más temprano que tarde —resoplo—. Mi abuela no dormirá hasta que te haya atiborrado y comprobado que eres real.

—¿Tan extraño es que hayas encontrado a tu otra mitad?

—¿Acaso me estás provocando? —Mis cejas se elevan.

—No, no. —Parece arrepentido—. Quería decir… —Se frota el cuello, con lo que un rastro de su esencia llega hacia mí, más fuerte que hace unos días. Su cuerpo debe haber eliminado los últimos restos de los supresores—. Es solo que me sorprende que necesites la ayuda de tu abuela en ese aspecto.

Vaya, ¿Noah Taylor está queriendo decir que soy atractiva? Esa casilla no estaba marcada en mi cartón de bingo de parejas falsas.

—No está en mi lista de prioridades —respondo con honestidad—. Los hombres son complicados. En especial los cambiaformas.

Noah asiente con consideración, como si se disculpara en silencio por su género. No menciono que desconoce por completo mi historia; mi rango de omega implica que las citas son una pesadilla incluso sin la «ayuda» de mi abuela. Una gran pesadilla. En cuanto descubren lo que soy, todo trata de reproducción y bebés. Es curioso que las personas tiendan a evitar a los alfas como Noah, pero busquen a alguien como yo por algún estereotipo estúpido de que somos hipersexuales o algo parecido. En cierto sentido, ambos rangos tienen sus desventajas. Lo que me recuerda, una vez más, que todavía no le he dicho cuál es mi rango. No parece del tipo que saldrá a aullarle a la luna en mi nombre, así que quizá sea extraño que siga ocultándoselo.

Aunque no puedo negar que ahora, después de haber hablado con Priya en el almuerzo, siento curiosidad y es difícil no pensar en, esto, en los detalles de la anatomía de alfa de Noah. No puedo preguntarlo sin más, ¿no? No estaría bien. ¿Cuántos días de relación ficticia tendrán que pasar para que no suene raro preguntar por el funcionamiento del pene de tu novio ficticio? Y, más importante aún, ¿por qué pensar en el pene de dicho novio ficticio provoca un cosquilleo en mi interior?

—¿Cómo ha sido tu día más allá de eso?

—¿Mi día? —Su pregunta me distrae, lo que en realidad es bueno.

—Sí, ¿cómo has estado en líneas generales? Odiaría pensar que tienes dificultades por mi culpa.

Ahora está preocupado por mí, otra casilla inesperada en mi cartón de bingo.

—Ah, bueno, ha estado bien. Tuve que acomodar el brazo roto de una mujer con una tolerancia al dolor de alrededor de menos siete, así que ha sido divertido. Incluso con anestesia, parecía que la estaba asesinando. Me sorprende que no hayas escuchado sus gritos desde aquí arriba.

—Suena superdivertido. —Sus labios se tuercen de forma tan sutil que por poco no lo noto.

—Ten cuidado, si alguien te ve sonreír así, arruinará la reputación de «monstruo gruñón sombrío» por la que te has estado esforzando tanto —le digo con seriedad.

—Recibido —responde poniendo los ojos en blanco.

—De todas formas, quería preguntarte qué harás este fin de semana.

—¿El fin de semana?

—Sí. De hecho, venía a hablarte de la fiesta de despedida de Betty del viernes por la noche.

—¿Betty? —pregunta ladeando ligeramente la cabeza.

—Una de las enfermeras de obstetricia —le informo—. Se retira. Ha trabajado en este hospital toda la vida. Asistió en el parto de Tim Allen.

—¿Tim Allen?

—Nació aquí.

—¿De verdad?

—Hombre, contamos con solo un personaje famoso en nuestros anales, bueno, a menos que cuentes a Dog el Cazarrecompensas. Yo lo cuento. ¿Cómo no lo sabías?

—Supongo que los datos curiosos sobre Denver no son mi fuerte.

—Un genio residente, pero no sabías sobre Tim Allen —repruebo—. Será la primera historia que le oigas contar a Betty.

—No estoy seguro de haberla conocido.

—Bueno, al menos sabemos que no es una de las enfermeras a las que has mutilado.

—Me parto de la risa —resopla.

—Sé que no debe ser tu estilo, pero ya que ahora somos «compañeros» y eso… creí que sería extraño que no fuéramos juntos.

—Y tú piensas ir, por lo que veo.

—Tiendo a seguir el hábito de socializar —respondo con seriedad—. Es un hábito terrible, lo sé.

Para mi sorpresa, él sonríe otra vez. O algo así. Más bien es una ligera curvatura de los labios, pero comienzo a entender que es lo mejor que puedo esperar.

—Terrible —repite.

—Pero no quiero que te sientas obligado si supone una pesadilla. Puedo inventar que estás ocupado por algo.

—No, está bien. —Frunce el ceño, pensativo—. Puedo ir.

—¿De verdad? —Elevo las cejas por la sorpresa.

—¿No quieres que vaya?

—No, no —niego con la cabeza—. Es solo que asumí que no habría forma de que aceptaras.

—Como has dicho, seguro que esperan que vaya contigo —razona.

—Claro. —No sé por qué, pero su respuesta me hace sentir algo cercano a la irritación, aunque desaparece de inmediato—. De acuerdo, es una cita, entonces. —Ahora es él quien me mira sorprendido—. Solo bromeaba —agrego enseguida.

—Claro —asiente despacio.

—Por cierto, para que quedes avisado: todos nos van a avasallar con preguntas.

—¿Eso crees?

—Somos el cotilleo más jugoso. Mi amiga Priya por poco echa espuma por la boca.

—¿Debería preocuparme? —pregunta con una mueca.

—Creo que podremos manejarlo —le aseguro—. Solo tenemos que fingir que somos una pareja superfeliz, ¿no?

—Sí.

—Ah, y tenemos que pensar en una historia sobre cómo nos conocimos.

—¿Qué? —Sigue mirándome con el ceño fruncido como si intentara descifrar algo. O quizá solo sea que es su cara normal, lo cual es posible de hecho.

—Según parece, es un tema candente por el que no dejarán de preguntar. Hoy logré evitarlo, pero Priya no lo dejará pasar de nuevo.

—¿Tiene que ser algo muy romántico?

—Eso depende, ¿cuánto te disgusta la idea de que me escribiste un poema superemocional? —pregunto seria, pero su expresión no es para nada divertida—. De acuerdo, puede ser algo simple —me río—. De hecho, podemos apegarnos a los hechos, que nos conocimos en el trabajo. Incluso podemos apegarnos a lo más simple: fue cuando entré en tu oficina para hacerte una consulta sobre un paciente, y luego añadimos detalles sobre cómo nos fuimos acercando, nos enamoramos y todo eso.

—Me sorprende que recuerdes cómo nos conocimos.

—Me preguntaste por qué una residente iba a hacerte una consulta.

—¿Eso hice?

—No es fácil de olvidar cuando alguien te dice que parece que «apenas tienes edad para hacer una sutura» —respondo, y me sorprende mi propia risa.

—Vaya. —Sacude la cabeza—. En verdad soy un idiota, ¿no?

—Solía pensar que lo eras, pero… —Es extraño, pero sigo sonriendo—. Comienzo a pensar que es parte de tu encanto.

—Encanto —repite.

—También me sorprende —bromeo.

Su sonrisa todavía es leve, como casi siempre que me honra con una, pero está empezando a agradarme. La verdad, le sienta bien. Me gusta que cada sonrisa o risa de Noah parece que te la has ganado. Distraída, me pregunto si es posible que yo sea la primera persona con la que trabaja que alguna vez lo ha visto sonreír. Es una idea un poco satisfactoria.

—Bueno, no quiero robarte más tiempo. Solo quería saber qué pensabas sobre la fiesta.

—Intentaré no avergonzarte —suelta.

Me río otra vez, consciente de que debe de estar bromeando.

—Genial. Así que, supongo que te dejaré…

—Mi esencia ha desaparecido —dice de repente.

Me quedo inmóvil, con una mano sobre el brazo de la silla, congelada en una posición entre sentada y de pie.

—¿Qué?

—Lo siento. —Él parpadea, tan sorprendido por su arrebato repentino como yo, al parecer—. Es solo que… ya no puedo olerla tanto. Casi nada.

—Ah. —¿A eso le ha estado dando vueltas? Presiono la nariz contra mi abrigo e inhalo—. Supongo que tienes razón. Ni siquiera lo había notado.

—Debería… Bueno, no tendría sentido que desapareciera si se supone que estamos viviendo juntos y compartiendo una cama.

¿Por qué eso hace que me sonroje? No ha dicho nada sobre sexo, solo sobre compartir un colchón. No hay razones para ponerse nerviosa. Esto es culpa de Priya y toda esa charla sobre nudos, al parecer, ahora mi mente pasa de Noah a la cama y a nudos cuando tiene la oportunidad.

—Eso… tiene sentido.

Noah se rasca la nuca, desorientado, y luego carraspea mientras se levanta de la silla.

—De acuerdo, permíteme…

No recuerdo haberme puesto de pie por completo y noto que mi pulso se acelera bastante por la

anticipación. Razono que es solo una respuesta biológica, alguna tontería hormonal sobre la que no tengo control. Tengo que recordarme que esto es un asunto de negocios, algo necesario para mantener nuestra farsa.

—Sí, puedes —digo en voz baja. Rodeo el escritorio para intentar encontrarlo a medio camino y terminar con esto.

Es un maldito abrazo. Deja de actuar como una colegiala, pienso.

Puedo notar las dificultades de Noah, la incomodidad del momento, e intento aliviar la tensión extendiendo los brazos y ofreciéndole lo que espero sea una sonrisa alentadora.

—Ahí vamos.

—Bien. —Sí, aún parece demasiado serio para mi gusto. Hace que todo el asunto sea más incómodo—. Solo…

Extiende las manos como si se acercara a un cervatillo, con cuidado de dónde toca, mientras invade mi espacio personal con su gran figura. Lo primero que siento son sus dedos en mi cintura, sus pulgares rozando el bolsillo delantero de mi uniforme, al tiempo que sus palmas aplican una ligera presión a mis lados. La sensación de sus manos curvándose para encontrar la parte baja de mi espalda me corta la respiración. Espero que no lo haya oído.

—Lo siento —susurra otra vez—. Será rápido.

Creo asentir con la cabeza, pero está demasiado cerca como para sentirme cómoda, y su esencia nubla mis sentidos cuando me atrae hacia él. Cierro los ojos en cuanto mi mejilla llega a su pecho, donde siento que el botón de su bata se clava en mi mejilla y que él presiona el rostro en mi cabello. Al principio creí que estaba imaginándome que una de sus manos estaba subiendo por mi columna, pero, cuando presiona entre mis omóplatos como si intentara acercarme más, tengo que reevaluar esa idea.

Me percato de que estoy esperándolo, perdida entre querer contener la respiración e inhalar profundamente, a la espera de que su piel toque la mía y deje una parte de él. Percibo cómo inhala con el primer roce de su nariz en mi garganta y trago saliva con dificultad, aferrada a su bata de forma inconsciente para estabilizarme. Es necesario, ya que mis rodillas otra vez quieren convertirse en gelatina.

Se ha afeitado desde la última vez que me hizo lo mismo, ya que su mejilla se siente suave y cálida cuando la presiona contra mi cuello. Podría estar imaginando que parece temblar ligeramente, pero no lo creo. Escucho un sonido en su pecho, como un gemido suave, cuando su garganta roza la mía, y ese hormigueo se extiende por mi piel en respuesta otra vez. Es tan agradable como incómodo, como una picazón que necesito rascar, pero no puedo alcanzar.

Son solo tus hormonas. No significa nada, me digo.

Entonces, ¿por qué respiro tan fuerte cuando se aleja? Y, más aún, ¿por qué él también lo hace?

El hecho de que su esencia parezca más fuerte no ayuda. Quiero asumir que se debe a que ha abandonado los supresores, pero su intensidad hace que la habitación dé vueltas mientras me aferro a él. Siento un calor pulsante en mi vientre y en mi pecho, y la garganta seca cuando intento tragar. Cierro los ojos, pensando en que me ayudará a controlarme, pero solo sirve para que todos los otros sentidos se agudicen. Tengo el impulso, efímero pero intenso, de mirar hacia arriba y besarlo. Lo que es ridículo, sin mencionar que es insensato.

Entonces, ¿por qué de pronto me pregunto cómo sabrá?

—Lo siento —repite, y la distancia repentina provoca una conmoción en mi sistema. Sus ojos azules son más oscuros que antes—. No pretendía… —Presiona los labios para aclararse la garganta—. Lo siento.

—Sigues repitiendo que lo sientes. —Trago saliva con dificultad—. Pero es parte de esto, ¿no? —Mi voz no suena bien.

—Lo es —responde quedamente, con la mandíbula tensa como si presionara los dientes—. Es parte de esto.

Giro la cabeza solo para no tener que mirarlo más y llevo la nariz a mi hombro.

—Creo que… eso será suficiente.

—Sí. —De reojo, percibo cómo asiente despacio, como si estuviera consternado—. Eso será suficiente.

No estoy segura de cuándo nos percatamos de que sus manos siguen en mis caderas, donde las dejó descansando cuando se separó de mí, pero las aparta enseguida como si estuviera avergonzado y evita mi mirada. Es extraño, pero casi me siento decepcionada cuando deja de tocarme.

—De acuerdo, entonces, pensaré en esa historia.

—Ah. —Nuestra historia falsa es en lo último en lo que estoy pensando en este momento—. Sí, te escribo más tarde.

—Claro. —Vuelve a asentir.

¿Su esencia tenía que ser tan agradable? Me dificulta mucho pensar. Tiene que ser por sus genes de alfa. Entiendo por qué era tan estricto con los supresores: si se paseara con ese olor, otros cambiaformas correrían aterrados o se lanzarían sobre él.

Me alejo para poner la distancia necesaria entre los dos.

—Será mejor que me apresure a salir de aquí —digo con una risa nerviosa—. Si alguien me encuentra con tanto olor a ti, pensará que estuvimos haciéndolo en tu oficina.

Noah hace una mueca que hace que me arrepienta del chiste, pero desaparece de inmediato.

—Que tengas una buena noche, Mackenzie —dice con una voz más gruesa que antes.

—Tú también. Hasta mañana —respondo con el intento de una sonrisa.

Huyo antes de hacer algo estúpido, pues mis hormonas ya me han planteado varias sugerencias, que no son solo ridículas, sino también injustificadas. El aire fuera de la oficina de Noah huele mucho menos a… él. Respirar aquí afuera aporta algo de claridad a los impulsos que me provoca su esencia, impulsos que sé que no tienen nada que ver con nosotros, sino con la biología.

Son solo tus hormonas.

Me lo repito al menos una docena de veces de camino a mi automóvil, pero no hace que piense menos en ello.



CAPÍTULO 6

Noah

No puedo decir que haya estado estresado por lo de esta noche, pero sin duda tampoco estaba ansioso por que llegara. Hace unos días, en mi oficina, Mackenzie me informó que la reunión sería en un bar, un lugar en el que no entro desde que tenía veinte años. De haberlo sabido, no me hubiera apresurado a aceptar.

Miro la hora, luego las puertas de salida del hospital. Mackenzie me envió un mensaje hace diez minutos, diciendo que se cambiaría y bajaría enseguida, y aquí estoy, como un grandísimo idiota, esperándola apoyado contra el automóvil en el estacionamiento, como si fuera nuestra noche de graduación o algo así. Sé que si le dijera que es mi primera cita en casi un año, se le ocurrirían toda clase de provocaciones.

No es que sea una cita, claro.

Aunque tampoco puedo negar que la idea de tener una cita con Mackenzie, falsa o no, ha afectado mis nervios esta semana. En especial después de ese momento incómodo en mi oficina la última vez que nos vimos.

No sé qué se apoderó de mí para que tuviera la necesidad de impregnarla con mi esencia otra vez. Recuerdo que dijo algo sobre que tenía que irse, pero durante todo el tiempo que sus labios se estuvieron moviendo, yo solo podía enfocarme en la dulzura de su esencia y en lo poco de mí que permanecía en ella. Por un momento, la idea de que saliera al mundo sin mi olor me incomodó sobremanera. Y eso, a su vez, me incomoda aún más por una infinidad de razones.

Hace mucho tiempo que vivo con supresores, tanto que los impulsos y emociones extraños que empiezo a sentir después de dejarlos me resultan desconocidos. Hace apenas unos días que los dejé, por lo que me preocupa cuánto más afectará mi comportamiento conforme pase el tiempo sin mi dosis diaria. Tocar a Mackenzie potenció la necesidad de tocarla más y, desde entonces, me he esforzado por recordar un solo momento en mi vida adulta en el que haya deseado tanto tocar a una mujer, aunque haya sido un deseo fugaz. Creo que ha sido bueno que hayamos estado tan ocupados esta semana como para hablar en persona, aunque en cierta manera he estado algo ansioso por mantener las distancias. Supongo que es algún instinto de alfa con el que nunca había tenido que lidiar.

Una cosa es segura, si queremos continuar con este arreglo, tendremos que manejarlo mejor.

Me ajusto el abrigo para protegerme de una ráfaga de aire frío y miro la hora otra vez. ¿Qué tiene que ponerse? ¿Será un vestido de graduación de verdad? Tendría que haber esperado en el automóvil como una persona normal. Es estúpido pensar que esto es más caballeroso. Pero, cuando estoy a punto de mandarlo todo al demonio y montarme, las puertas del hospital se abren y alcanzo a ver la mata de cabello rubio de Mackenzie, que se eleva sobre los pies para buscar mi automóvil. No me ve de inmediato, aunque estoy bastante cerca, lo que me da al menos treinta segundos para lidiar con el impacto extraño que me genera ver lo que se ha puesto.

Los vaqueros negros se ajustan a cada músculo de sus piernas, hasta donde se encuentran con las botas de cuero justo por debajo de las rodillas. Y el jersey rojo debajo de la chaqueta marinera se ajusta del mismo modo por encima de su cintura. La combinación hace difícil que pueda mirar otra cosa que no sea ella. Al menos, es el efecto que tiene en mí en este momento.

Cuando por fin me ve, me sonríe y saluda con la mano antes de comenzar a caminar. Cuanto más se acerca, mejor puedo medir la profundidad exacta de su escote en V, además de la longitud de la cadena negra que cuelga de su cuello y desaparece entre sus pechos, donde no permito que lleguen mis ojos.

—Hola —saluda al estar cerca, antes de evaluarme de la cabeza a los pies. Hace un gesto de asombro al ver mis vaqueros oscuros y la camisa debajo de la chaqueta, incluso se acerca para cogerme de la solapa—. ¡Mírate! —dice impresionada—. Se ha puesto elegante, doctor Taylor.

Sujeto las riendas de mis pensamientos y obligo a mis ojos a permanecer en territorio seguro mientras me aclaro la garganta.

—Tú también.

—Ah, gracias —responde agitando las pestañas de forma juguetona—. ¿Estás listo?

—Tan listo como podría estarlo —murmuro como respuesta y me giro para abrirle la puerta. No cierro hasta asegurarme de que ha acabado de subir, luego doy la vuelta para subir a mi asiento. Me coloco el cinturón de seguridad como ella y, cuando termino, noto la sonrisa alegre en su rostro, así que la miro con una ceja interrogativa en alto.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto odiarás esta fiesta?

Tarareo mientras enciendo el motor y retrocedo para salir del aparcamiento.

—Once, sin duda —gruño.

Su risita se extiende hasta que salimos a la calle.

***

No sé qué es más extraño, que esté en un bar o que esté en un bar con mis compañeros de trabajo. Se produce un silencio breve pero notorio cuando Mackenzie y yo cruzamos la puerta de madera antigua del bar, se escuchan los grillos desde la esquina trasera durante al menos cinco segundos antes de que se retomen las conversaciones. Mackenzie saluda de inmediato a todas las personas que no reconozco, entre ellas, a una mujer atractiva de cabello oscuro y sonrisa radiante, que parece… encantada, de hecho.

—¡Mack! ¡Por aquí!

Ella me mira y me da un apretón en la mano para darme ánimos antes de avanzar.

—Perdidamente enamorados, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondo, centrado en el calor de sus dedos—. Delirantes de felicidad.

Mackenzie sonríe antes de tirar de mí a través de la multitud de clientes del bar, en dirección al grupo cerca de la parte trasera. Entonces, la misma mujer de antes, supongo que una amiga de ella, nos hace lugar de inmediato en el reservado circular.

—Vamos. Juntaos un poco —urge a los demás sentados alrededor de la mesa. Luego vuelve su atención a Mackenzie mientras nos deslizamos en el reservado—. Gracias a Dios que has venido. Conner está aquí.

—Vaya. —Mackenzie arruga la nariz—. ¿Aún intenta conseguir tu número?

—Cada vez que me llama a Ortopedia lo intenta. ¿Sabes cuántos ancianos hay en Denver que necesitan reemplazos de cadera? Porque yo sí.

—Uf. —La nariz de Mackenzie sigue arrugada con disgusto. En este preciso momento, me percato de que sigo observándola, pero por fortuna parece recordar que estoy aquí y me saca de mi ensimismamiento—. Ah, lo siento. Priya, él es…

—Sé quién es —afirma la mujer, o Priya—. Hemos trabajado mucho juntos.

—¿En serio? —Siento que el pánico se apodera de mí.

—Priya Mehta —agrega ella entre risas—. Soy la anestesióloga de guardia. Siempre soy yo la que duerme a tus pacientes.

—Vaya. —El pánico se convierte en ligera vergüenza—. Lo siento, a veces yo…

Priya me hace un gesto para restarle importancia.

—Honestamente, se romperían todos mis esquemas sobre ti si me hubieras reconocido. —No tengo idea de cómo reaccionar a ese comentario, pero ella está sonriendo, así que debe de ser una buena señal. Luego procede a señalar al resto de la mesa y presentarlos a todos, uno por uno—. Él es Matías Hernández. —Señala al hombre corpulento de piel tostada a su izquierda—. Endocrinólogo. Y ella es su esposa, Jamie. —La mujer pequeña de cabello castaño rojizo y pecas

junto a Matías me ofrece una sonrisa leve a modo de saludo—. Una de mis técnicas de Radiología. Ah, y ese anciano de allá es…

—¿Paul?

—Noah —dice Paul, y su bigote grisáceo se curva con su sonrisa—. Nunca pensé verte en una de estas reuniones.

—Yo… —Siento cómo Mackenzie me toma del brazo de repente y, cuando la miro, me dedica una sonrisa alentadora. Me recuerdo que el contacto es necesario, parte de la farsa—. Bueno. —Fijo una sonrisa en mi rostro—. Han sucedido, eh, algunos acontecimientos desde que te fuiste.

—Y me lo dices a mí. —Paul se ríe—. Toda la mesa ha estado cotilleando sobre el tema desde que me senté.

Miro a los demás en torno a la mesa, que de repente miran hacia otro lado. Eso confirma lo que Paul acaba de decir. Mackenzie se inclina para darle un empujón a Priya con el hombro.

—Qué groseros.

—Bueno —replica con las manos en alto—, habéis lanzado la mayor bomba que jamás se haya escuchado en el hospital. ¿Nuestra Mackenzie con la versión cardióloga de Nosferatu?

—Gracias —respondo con sarcasmo.

—Lo siento. —Priya parece un poco avergonzada.

—Ya se ha tomado unas copas —interviene Jamie, la que ella mencionó que era su técnica—. Tendrás que disculparla.

—Creo que necesitaré unos cuantos tragos más —se ríe su esposo, Matías.

—Creo que, eh… no pensamos que causaría tanto revuelo —añado.

—Supongo que no contamos con lo cotillas que son nuestros compañeros de trabajo. —Mackenzie mira a Priya con lo que creo que es falsa irritación.

—Ni siquiera me ha contado cómo os conocisteis —protesta Priya—. ¿No es cruel, Noah? Se supone que somos amigas.

—Fuiste tú la que me dejó sola en el almuerzo — argumenta Mackenzie.

—Y te dije que quería oír esa historia la próxima vez que te viera —la acusa su amiga—. ¡Vamos! Cuéntanos, Noah, ¿fue amor a primera vista?

—Yo… —Miro a Mackenzie en busca de ayuda y, por su expresión, puedo ver que nota que estoy en aprietos. Habíamos acordado que fuera una historia simple, pero de repente siento terror de estropearlo—. Bueno…

—Nos conocimos en el trabajo —suelta Mackenzie, mi salvadora—. Obviamente.

—Claro —agrego al recuperarme—. Mackenzie… entró en mi oficina para consultarme algo de un paciente con IM grave.

—¿IM? —pregunta Jamie con el ceño fruncido.

—Infarto de miocardio —responden todos al mismo tiempo.

—Médicos —masculla la mujer con los ojos en blanco.

—Bueno —continúa Mackenzie—, había escuchado todas esas historias sobre Noah Taylor, como podéis imaginar.

—¿Qué historias? —No habíamos discutido ese tema.

—Ay por Dios, hay donde elegir. —Ella señala a Priya—. ¿Recuerdas la que decía que hizo bajar a todos del ascensor porque quería usarlo solo?

—El ascensor tenía problemas mecánicos —digo con un tono de queja—. Les aconsejé que usaran las escaleras.

—¿Pero tú lo usaste? —Priya chasquea la lengua.

—Espera —ríe Mackenzie—. Apuesto a que intentaba llegar puntual a algo.

—Tenía una reunión a las diez en punto —reconozco.

—Lo sabía. —Ella ríe con más fuerza, y percibo cómo presiona con el brazo que sigue enlazado al mío. No puedo decir que no me guste—. Solo tú te arriesgarías a caer a un abismo para llegar a tiempo a una reunión.

—Creo que no quiero saber las demás difamaciones que dicen sobre mí —resoplo.

—No olvidemos a esa enfermera a la que hiciste llorar —sigue Jamie.

—Eso fue… —suspiro.

—… *sumamente exagerado —concluye Mackenzie con una risita.*

Siento cómo mis labios se curvan ante su alegría, a pesar de estar esforzándome por mostrarme serio, y niego con la cabeza.

—Guau, pensaba que era sospechoso que fuerais pareja, pero no hay duda de que estáis enamorados —comenta Matías.

La risa de Mackenzie flaquea por un segundo, y yo me tenso al percibir una descarga de su esencia a madreselva en la nariz. Trago con dificultad cuando se recupera y se apoya en mi hombro. Su esencia se había esfumado.

—Perdidamente enamorados —afirma en un suspiro.

—Delirantes de felicidad —balbuceo sin dejar de mirarla.

—De acuerdo —resopla Priya—, no importa, estoy demasiado sola y definitivamente demasiado sobria para dejar que me abruméis con toda esa felicidad. Asumo que os enamorasteis de inmediato y vivisteis felices para siempre después del infarto del miocardio.

—Exacto, como todo el mundo —dice Mackenzie con seriedad antes de empujarla otra vez—. Siempre te quedará Conner.

—Basta. —Priya la apunta con los ojos entornados—. Eres la encargada de la siguiente ronda. Vamos.

—De acuerdo, necesito un trago de todas formas —ríe Mackenzie.

Me deslizo del reservado para dejarlas salir, seguidas por Matías y Jamie.

—Esta noche voy a hacer que baile conmigo —dice Jamie al pasar.

Mackenzie se queda un segundo atrás para tomarme de la mano y mirarme preocupada.

—¿Estarás bien si te dejo solo un momento?

—Estoy bien —le aseguro, pero noto que aún le preocupa dejarme solo, así que agrego—: Ve a divertirte.

Ella me sonríe y presiona mis dedos, lo que provoca una sensación similar dentro de mi pecho. La miro más tiempo de lo necesario, pues por alguna razón quiero asegurarme de que haya atravesado la multitud a salvo. Al poco logro relajarme al verla riéndose con Priya frente a la barra de madera mientras intentan llamar la atención del camarero.

—Así que tienes compañera, ¿eh? —pregunta Paul cuando vuelvo a sentarme.

—Sí, ha sido… interesante —comento rascándome la nuca.

—Es curioso que nunca lo mencionaras —señala con un rastro de sorpresa y arrugas en la piel bronceada alrededor de sus ojos—. Teniendo en cuenta que debo ser la única persona del trabajo con la que tienes contacto.

—Lo siento. Nosotros no… Es complicado.

—No tiene nada que ver con que revelaran tu rango de alfa, ¿no?

—Eh… —Busco algo que se asemeje a una buena excusa, pero no lo consigo—. ¿Es muy evidente?

—No para cualquiera, pero yo te conozco —dice sonriendo.

—Ha sido un maldito caos, Paul —digo con un suspiro.

—Puedo imaginarlo. ¿Y cuál es el papel de la doctora Carter en todo esto?

—Ella está ayudándome. —Miro hacia atrás y presiono los labios al verla echar la cabeza hacia atrás, muerta de risa por algo que Priya acaba de decir.

—Por lo que me contó Priya, es casi una santa —comenta él.

—Lo es —afirmo, sin dejar de observar cómo se ríe mi supuesta pareja.

Paul toma su vaso y, cuando por fin desvío la atención de Mackenzie hacia él, noto que está sonriendo y mirándome con un brillo en los ojos mientras bebe.

—Sois muy convincentes. Al veros juntos, nadie sospecharía que no sois pareja.

—Bueno, solo estamos… —Miro la mesa con el ceño fruncido—. La verdad, me sorprende que haya aceptado. No tiene sentido que lo hiciera, desde ningún punto de vista.

Eso es algo en lo que no puedo dejar de pensar. Aunque diga que se salvará de otra retahíla de citas malas, lo que estamos haciendo es demasiado, y creo que yo me beneficio mucho más por ello.

—Bueno, acabas de decir que es una santa —responde Paul.

—Así es.

Él vuelve a sonreír, como si escondiera un secreto, luego niega con la cabeza y vuelve a enfocarse en su vaso.

—Me muero de ganas de ver cómo acaba todo esto.

—Espero que no sea en desastre —añado.

—Ten cuidado —me advierte—. Eres demasiado brillante como para dejar que esto te arruine. Sería un desperdicio absoluto.

—Lo tendré. No quiero arruinar la carrera de Mackenzie. No podría vivir conmigo mismo si lo hiciera —le aseguro, y noto que me mira con esa sonrisa extraña otra vez—. ¿Qué sucede? —pregunto con una ceja en alto.

—Nada, nada —dice entre risas—. Como acabo de decir, Me muero de ganas de ver cómo acaba.

No estoy seguro de qué quiere decir con eso y pienso que seguir preguntando solo resultará en más miradas maliciosas.

—¡Noah!

Giro la cabeza hacia la voz de Mackenzie, que se acerca abriéndose paso entre la multitud. Percibo que sus mejillas están más enrojecidas que antes. Se disculpa con Paul y se inclina para susurrarme al oído, con lo que un escalofrío imperceptible (o espero que lo sea) me recorre cuando su aliento toca mi piel.

—Dennis está aquí —susurra—. Estaba preguntando en la barra si alguien nos había visto. —Alcanzo a oler el trago frutal que debió beber antes de volver aquí—. Sígueme el juego. —Antes de que tenga tiempo siquiera de mirarla confundido, me tira de la mano—. ¡Ven a bailar conmigo! —Debo hacer una mueca, porque se echa a reír—. ¡Vamos! Baila conmigo, amargado.

El calor de su mano y su sonrisa sugerente me distraen. Es como si de verdad quisiera bailar conmigo, y se me hace difícil decirle que no.

—De acuerdo. —Termino de salir del reservado y le dedico una mirada avergonzada a Paul—. Lo siento.

—Ve, ve, baila con tu compañera —me insta.

Su sonrisa es tan taimada como antes, pero no tengo tiempo para inquietarme por eso mientras Mackenzie me arrastra hacia la pista. Una vez en medio del gentío, me atrae hacia ella, lleva mis manos a su cintura y enlaza las suyas detrás de mi cabeza.

—Supuse que no se acercaría a molestarte si estabas bailando conmigo —me explica.

—Ah. —Giro hacia la multitud para intentar encontrarlo—. Bien pensado.

—Son dos pájaros de un tiro —celebra ella.

—¿Y cuál es el otro? —pregunto mirándola enarcando una ceja.

—¿Cuándo podría tener otra oportunidad de decir que bailé con el Maldito Noah Taylor?

—Es una conclusión interesante —jadeo.

—Mi amigo Parker te llama así —confiesa—. Maldito Noah Taylor, sí que eres una celebridad extraña en el trabajo.

—Nunca quise serlo —le aseguro.

—Comienzo a entenderlo. —Es extraño cómo su sonrisa se amplía—. Es parte de tu encanto.

Eso otra vez. Aún no me acostumbro a que use la palabra encanto para algo relacionado conmigo.

—¿Cuánto has bebido?

Ella arruga la nariz, gesto que ya he decidido que es adorable.

—Un Cosmopolitan —responde, pero percibe que no la creo, así que confiesa—: Y dos tequilas.

—Debes bajar el ritmo el resto de la noche —río—. No queremos que te sientas mal.

—No te preocupes, tengo a mi alfa conmigo —afirma mientras me guiña un ojo.

Siento otro escalofrío por la columna. Fue una sola frase, una simple, ¿por qué me siento tenso de repente? El hecho de que su esencia ahora sea más intensa no ayuda en nada. Supongo que debo asumir que el alcohol es responsable de ello.

—Claro —murmuro a modo de respuesta, concentrado en poner una expresión neutral.

Seguimos meciéndonos al ritmo de la música, hasta que, en un momento, su cabeza se tambalea y apoya la mejilla en mi pecho.

—Hueles bien —suspira—. ¿Lo sabías?

Es terreno peligroso, pienso. Creo que deberíamos poner fin a este baile.

—No —logro responder.

—Bueno, pues así es. —Acerca la nariz a mi camisa e inhala profundo.

—Gracias —respondo con la voz más gruesa que hace un momento—. Eh… tú también.

—¿Sí? —Levanta el mentón para ofrecerme una especie de sonrisa soñadora.

Trago con dificultad. Empiezo a sentir que esto se está volviendo muy peligroso, en especial si tengo en cuenta el hecho de que comienzo a tener pensamientos intensos y escandalosos sobre cómo sabrá su boca. Ni siquiera entiendo qué ha inspirado esos pensamientos, pero no puedo registrar mucho más que su sonrisa en este momento. Parece imposible que cada vez me afecte más. Más de lo que me ha afectado nadie antes, sin duda. ¿De verdad se debe solo a que nunca había pasado tanto tiempo sin supresores?

—Sí —digo y me obligo a mirar por encima de su cabeza para despejar los pensamientos—. ¿Dónde has visto a Dennis?

—Ah, por ahí con Betty. —Gira la cabeza, estirando el cuello.

—Aún no sé quién es Betty.

—Es gracioso que todos sepan quién eres tú, pero tú no conozcas a nadie —ríe ella.

—Yo… no tengo el hábito de hacer amigos.

—Es verdad —bromea—. Pero… nosotros somos amigos, ¿no?

—Yo… —No puedo evitarlo, tengo que bajar la vista hacia ella y, desde mi ángulo, tengo una vista directa al escote de su jersey, donde sus pechos suben y bajan con cada respiración. Tengo que forzarme a no mirar y me siento como una especie de animal adolescente—. Sí, somos amigos.

—Qué honor. —Me dedica esa misma sonrisa que se mete en mi pecho.

La canción llega a su fin, lo que parece hacerme entrar en razón, así que me aclaro la garganta, suelto su cintura (aunque siento que mis dedos se resisten a tal orden), y miro alrededor de forma exagerada cuando comienza a sonar una canción más animada.

—¿Quieres otro trago? Yo necesitaré como cinco para bailar esta clase de música.

—No, me tomaré un descanso, el último me afectó un poco, creo.

—Buena idea —respondo en voz baja—. Te veré en la mesa.

Entonces me mira con curiosidad y analiza mi expresión con un gesto analítico, pero no tengo ni la más mínima idea de lo que está pensando. Luego sacude la cabeza como para aclarar su mente y aparece una sonrisa en su rostro que parece más ensayada que la que me ofreció mientras bailábamos.

—De acuerdo. Si Dennis te molesta, aúlla. Me aseguraré de darle una paliza.

—Genial, ahora me siento mucho más seguro —digo riendo.

Ella me saluda mirándome sobre su hombro mientras se dirige hacia la mesa, y yo tomo una bocanada de aire libre de su esencia ahora que se aleja. Eso me facilita poder pensar.

Definitivamente necesito un trago.

***

Durante la siguiente hora sucedieron muchas cosas.

Fui en busca de ese trago y tomármelo logró calmar mis nervios y rebajar la tensión de estar en un lugar tan lleno. En algún momento, Priya anunció en voz alta que había decidido que soy lo suficientemente bueno para Mackenzie, algo que hizo que toda la mesa estallara de risa. Me encontré con Betty, quien efectivamente me contó que trajo al mundo a Tim Allen. También me dijo que sería mejor que no le rompiera el corazón a Mackenzie y, para ser una mujer de setenta años, resultó bastante intimidante. Paul se despidió y se fue a casa después de dedicarme otra sonrisa taimada y una mirada cómplice, y de hecho no puedo fingir que siento un poco de celos de que se haya podido largar. Aunque tengo que admitir que lo he pasado bastante bien esta noche. Mackenzie se ha asegurado de ello.

Mi compañera ficticia contiene un poco sus manos largas, al contrario de lo que hizo en la pista de baile, y asumo que se debe a que su mente se ha despejado bastante después de la última ronda de tragos. Aún me toca con familiaridad, todavía enlaza el brazo con el mío siempre que no lo está usando para beberse un trago o contar una historia, pero no he visto esa sonrisa dulce o

esa mirada soñadora desde que terminó la canción que bailamos juntos y, sin duda, no se ha sumergido en mis brazos otra vez, lo que supongo que le aliviaría a una versión más racional de mí. Con bebida o no, no es una buena idea que seamos demasiado cercanos uno con el otro más allá de lo que se espera.

Incluso aunque cada respiración suponga inhalar esa esencia dulce que amenaza con volverme loco.

Esta noche es lo más cercano que he tenido a una cita desde no recuerdo cuándo y, aunque sea falsa, debo admitir que me ha resultado… agradable. No ha estado mal pasar tiempo con otras personas. He pasado tanto tiempo aislándome para guardar mi secreto que he olvidado lo agradable que puede ser socializar cuando tienes la oportunidad.

Pero bien podría deberse a la compañía que tengo.

—¿Estás bien?

Bajo la vista hacia Mackenzie, que se inclina hacia mí con actitud conspirativa y me habla en voz baja para que solo yo pueda oírla. Mientras tanto, Priya le cuenta un chiste malo a un oftalmólogo que se trajo a la mesa.

—Estoy bien —le aseguro—. Lo estoy pasando bastante bien.

—Guau. —Mackenzie se ríe por lo bajo—. Noah Taylor se lo está pasando bastante bien. Que alguien llame a los medios de comunicación.

—Muy graciosa —comento, y luego presiono los labios—. Supongo que socializar no es tan horrible como me parecía al principio.

—Ay, Dios mío. —Ella jadea en broma—. La próxima semana tendré que sacarte a rastras de una rave o algo así.

—Yo no apostaría por ello —susurro.

Ella me sonríe y, aunque no es la sonrisa provocadora de antes que me removió por dentro, es un gesto duce y suave que dice que está feliz por lo que acabo de decir.

—Me alegra que lo estés pasando bien. No es bueno permanecer aislado como sueles hacer.

—¿Ese es tu diagnóstico profesional?

—Lo es. —Entonces, la sonrisa es completa, con dientes a la vista y todo, lo que hace que vuelva a sentir un nudo en el estómago—. No necesitas buscar una segunda opinión.

—Oye, me estáis dando un poco de asco —protesta Priya desde el otro lado de la mesa, con lo que pone fin a nuestra conversación íntima—. Me gustabas más cuando eras gruñón —agrega en tono acusador—. Al menos así no sentía celos.

—Créeme, no tienes de qué estar celosa —respondo tras dedicarle una sonrisa. Luego miro a

Mackenzie de reojo—. Bueno, al menos no de ella. Tal vez de mí sí.

Mackenzie se queda boquiabierta ante el cumplido, pero Priya emite un sonido de disgusto.

—Bah, parejas.

Como nada en esta noche ha sido fácil, por supuesto que no podía terminar sin más: lo veo acercarse de reojo, mi cuerpo se tensa y mi sonrisa desaparece. Gracias a los supresores, nunca antes había olido a Dennis, por fortuna, pero percibir su esencia hace que ahora yo arrugue la nariz: es como oler una colonia barata.

—¡Noah! —Su voz elevada resuena sobre las conversaciones que nos rodean, por lo que todos se giran hacia él—. No puedo creer que hayas venido. No creí que esta clase de eventos fueran lo tuyo.

—Sí, pero ahora que nuestro secreto ha sido revelado, no me parece bien dejar a mi compañera sola —respondo con expresión tranquila.

—Por supuesto —dice con una sonrisa que parece falsa—. Me alegra verte otra vez, Mackenzie —agrega mientras la mira de arriba abajo—. Te ves fantástica.

Mis puños se cierran con fuerza bajo la mesa al ver cómo la mira, pero, en un momento, siento la mano tranquilizadora de Mackenzie sobre la mía.

—Gracias —dice de mala gana.

—Es muy agradable veros juntos —agrega él—. Todos estaban preocupados cuando comenzó a correr el rumor sobre Noah, es una suerte que te tuviera a ti bajo la manga, ¿no?

No identifico exactamente el motivo por el que estoy a punto de saltar de rabia. Siempre ha habido algo sobre Dennis que me provocaba irritación, pero, ahora que no cuento con la contención de los supresores, el impulso de golpearlo es mucho más potente. Por suerte, Mackenzie presiona mi mano y gracias a ese contacto consigo contenerme.

—Ambos somos muy afortunados —afirma ella sin dejar de mirarlo a los ojos—. No tenía sentido que me preocupara por lo que pudieran pensar de mí cuando la carrera de mi pareja estaba en peligro.

—Claro —dice él, con la misma sonrisa falsa—. Somos muy afortunados, hubiera sido terrible perder a nuestro mejor cardiólogo.

El silencio invade la mesa entonces. Todos parecen incómodos y yo hiervo por dentro. Nadie se mueve hasta que Mackenzie se aclara la garganta.

—Sí, claro. Nosotros deberíamos irnos, ¿no? Mañana temprano tienes turno.

Me pregunto cómo lo sabe, pero estoy demasiado ocupado evitando borrar la sonrisa de Dennis de un golpe como para detenerme en ese detalle.

—Sí, tienes razón —concedo con tensión.

—Por supuesto, no queremos retenerte —dice Dennis con otra de sus sonrisas—. Sabemos lo importante que es tu trabajo para ti. Que tengáis una buena noche.

Nadie más habla hasta que Dennis se aleja. Priya es quien rompe el silencio con un suspiro audible.

—Vaya, ese tipo es un idiota.

—Ah, ¿tú también lo has percibido? —pregunta Mackenzie.

—Sí, Noah realmente le desagrada.

—Creo que deberíamos irnos antes de que acabes rompiendo algo —me sugiere Mackenzie.

Abro los puños, que hasta ahora había estado apretando sin notarlo, y parpadeo un par de veces para volver en mí.

—Lo siento… —Presiono los labios—. Es que… me pone los nervios de punta.

—Jessica, la de Radiología, me contó que una vez se ofreció para llevarla a casa después del trabajo y estuvo alardeando del automóvil que conducía —comenta Priya.

—Maldita Jessica —balbucea Mackenzie antes de volver a fijarse en mí—. De verdad, podemos irnos si quieres.

—Si estás segura de que estás lista para irte —respondo encogiéndome de hombros.

—Sí, por supuesto —afirma, y luego se dirige a Priya, al tiempo que comienza a empujarme fuera del reservado—. No dejes que Conner te lleve a casa. No pienso asistir a esa boda.

—No tienes de qué preocuparte —le asegura su amiga.

Mackenzie no me suelta la mano incluso después de habernos levantado; de hecho, sigue aferrándola mientras saluda y Priya sigue advirtiéndome sobre que no lastime a su amiga, y también cuando atravesamos la multitud hacia la salida. Imagino que seguirá preocupada por mi irritación de hace un momento. Diablos, apuesto a que incluso puede olerla en mí. Podría decirle que ya estoy bien, que no tiene que seguir apoyándome. Pero lo que en verdad hago es dejar que me tome de la mano hasta el aparcamiento.

***

Durante el viaje a su casa permanecemos en silencio, al menos al principio. Mackenzie no dice nada durante los primeros minutos, y a mí no se me ocurre nada para romper el silencio. Dejó de

tocarme en cuanto subimos al automóvil porque ya no tenía razones válidas para hacerlo y, por algún motivo, me siento inquieto sin el contacto. Hasta que estamos a mitad de camino hacia su edificio no empieza a decir algo, y yo me siento tan incómodo que casi noto la tensión físicamente.

—Bueno, en líneas generales, diría que no ha sido la peor cita falsa que he tenido —comenta, lo que me inspira una risa silenciosa y libera parte de la tensión.

—¿Has tenido más de una?

—A montones, te dije que soy una experta.

—Cómo he podido olvidarlo —digo sonriente.

—¿Te sientes bien? He notado que Dennis estaba afectándote de verdad.

—No sé qué tiene ese tipo —digo sacudiendo la cabeza—. No solía molestarme tanto como ahora, supongo que será un efecto secundario de haber dejado los supresores.

—Sí, es extraño. Lo percibí en ti en cuanto se acercó, como si pudiera notar tu cambio de humor. Se agudizó de algún modo. Nunca había podido percibir esas cosas como esta noche.

—Qué… interesante —señalo con honestidad—. Me pregunto por qué será.

—Debe de ser cosa de alfas —suelta con despreocupación después de un momento.

—Eso debe de ser.

Se queda en silencio otra vez, con lo que vuelve a aparecer mi inquietud. Esto es muy atípico en mí, que suelo apreciar el silencio, pero ahora… lo odio. Ella me salva otra vez.

—¿Fue muy incómodo para ti oler a todas esas personas? Sé que no estás habituado a sentirlo después de tanto tiempo con supresores.

—No, bueno… —La pregunta me tomó por sorpresa, más que nada por la respuesta. No lo había pensado antes—. La verdad es que… solo te percibí a ti la mayor parte del tiempo.

Ella se gira para mirarme y, cuando le echo un vistazo, noto su expresión de sorpresa. Abre la boca, pero la cierra como si estuviera pensando, y vuelve a mirarme con la duda en su rostro, como en la pista de baile, como si hubiera algo que intenta descifrar.

—Eso es… Eh, me pregunto por qué será.

—No estoy seguro. Quizá sea otra cosa de alfas —aventuro, y la miro otra vez.

—Sí —afirma distraída, pero es evidente que sigue pensando—. Seguro que lo es.

¿Por qué me parece todo esto tan incómodo? Quizá fue una mala idea acompañarla. Siento que me he adentrado en territorio desconocido. Una pregunta que nunca se me hubiera ocurrido antes

me está consumiendo; pienso en no hacerla, pero parece que mi mente se niega a evitarlo.

—¿Te… has divertido?

—Sí, me he divertido —responde después de un momento—. Resulta que eres una buena cita falsa —agrega con una risita.

—Eso sí que es una sorpresa.

—Probablemente porque te has vuelto muy bueno en todo eso del «aterrador doctor Taylor».

Pienso en ello. Sí me he esforzado al máximo para evitar cualquier conexión fuera del trabajo desde que estoy aquí. La verdad es que Paul es lo más cercano que tengo a un amigo, y supo de mí por accidente.

—He estado muy concentrado en guardar mi secreto… Puedo imaginar la imagen que he estado dando.

—Bueno, quizá al final haya sido algo bueno que te delataran.

—¿Qué quieres decir?

—Que sería agradable no tener que fingir más, ¿no?

—Supongo que es un alivio —reflexiono con el ceño fruncido.

—Y, cuando vayas a Albuquerque, puedes llevarte todas las cosas geniales que te estoy enseñando y usarlas para hacer amigos de verdad. Estoy segura de que, para entonces, habremos reducido los gruñidos al mínimo.

El recordatorio de que voy a irme me causa cierto desasosiego, aunque no termino de comprender por qué. No ha cambiado nada desde la semana pasada, así que escuchar algo sobre los planes que ya había hecho no debería ser extraño.

—Por supuesto, tengo fe absoluta en tus habilidades —respondo despreocupadamente.

—Ese es mi edificio —dice señalando hacia delante—. Gira a la derecha ahí.

Reduzco la velocidad para poder entrar y detenerme ante la puerta, entonces ella se saca el cinturón de seguridad despacio, pero permanece en su lugar por un momento.

—Respecto a esta noche… —Se detiene un instante—. Cuando bailamos. Espero no haberte incomodado. Creo que no debí beberme esa segunda copa.

Ah. Vaya. ¿Así que ha estado preocupada por eso todo este tiempo?

—No, para nada —le aseguro—. No me incomodaste, tranquila.

—Espero que no pienses que, eh, estaba insinuándome. No quiero que te preocupe que cruce la

línea roja o algo así.

—No, yo… —Seguro que es una mala idea confesarle que he estado teniendo pensamientos conflictivos, ¿no? Es obvio que está incómoda por la idea de todo esto—. Está bien. La culpa la tiene el alcohol.

—El alcohol —repite—. Sí. Así que, ¿estamos bien?

—Estamos bien —me apresuro a afirmar—. Estoy seguro de que no será la última vez que las cosas se pongan incómodas. Tenemos un acuerdo extraño y no hay reglas realmente.

—De acuerdo. Qué alivio. —Simula secarse la frente con el dorso de la mano—. Me alegra que lo habláramos. Entonces, te veo mañana.

—Así es. —Eso me recuerda—: ¿Cómo supiste que trabajo mañana?

—Ah, mi amigo Parker trabaja en sistemas, así que le pedí que me imprimiera una copia de tus horarios —explica, pero luego parece entrar en pánico un momento—. ¿Es algo extraño? Es que pensé que si alguien me preguntaba si estabas trabajando o algo relacionado con el trabajo debía saberlo. Pero ahora pienso que da un poco de miedo. Mierda.

—No, está bien, de verdad. Solo me sorprendió que lo supieras. Pero tiene sentido. —Noto que sigue incómoda al respecto, así que agrego—: Quizá deberías darme una copia de los tuyos también, por si acaso.

—De acuerdo —asiente de manera decidida, aliviada—. Lo haré. —Por fin me ofrece otra sonrisa, y yo comienzo a pensar que mi cuerpo está desarrollando una reacción instintiva hacia ella—. Te veo mañana. Que tengas buenas noches.

—Tú también —murmuro al verla abrir la puerta para bajar.

Ella saluda con la mano antes de entrar en el edificio, y yo espero hasta que desaparece de la vista. No puedo dejar de pensar en su expresión preocupada por haber cruzado la línea y no entiendo muy bien por qué. En realidad, debería ser positivo que se preocupe por eso y un alivio que quisiera asegurarse de que supiera que no tenía otras intenciones conmigo. Entonces, ¿por qué ahora me siento tan mal al respecto?

No encuentro una respuesta sensata en todo el camino de vuelta a casa.



CAPÍTULO 7

Mackenzie

El fin de semana resulta ser un período desastroso en el trabajo, por lo que no veo a Noah durante tres días después de la noche en el bar. Aunque no puedo decir que no agradezca un poco el espacio tras la incomodidad de la fiesta.

Creo que pensé que sería menos fácil tener una cita con Noah. Una cita falsa, me recuerdo. He tenido que recordármelo muchas veces durante el fin de semana, quizá porque me sentí muy extraña después de ese momento de mareo en la pista de baile. Es que olía tan bien y, con todo el alcohol calentando mi estómago, olvidarme de que era una cita falsa resultó mucho más fácil de lo que debería haber sido.

Culpo a la falta de citas reales por mis traspiés, seguro que fue por eso. Al menos Noah ha sido compasivo al respecto. Aunque… no puedo fingir que parte de mí no estuvo al menos un poco desanimada por el hecho de que él le restara importancia. Culpo a las hormonas por ello. Tal vez si mi abuela no hubiera intentado emparejarme siempre con el señor Este ni de Coña, hubiera podido encontrar a alguien de verdad apropiado para llevar a mi casa y después despejar toda esta confusión en la cama.

Y hablando de mi abuela...

Sé que es ella aun antes de ver el identificador de llamadas, así que pongo los ojos en blanco antes de sacar el móvil del bolsillo de mi uniforme. Es la octava llamada en tres días y cada una de ellas se ha reducido a un solo tema:

—Y ¿cuándo lo traerás a cenar?

Cierro los ojos mientras avanzo por el pasillo desde la cafetería y reprimo la necesidad de suspirar.

—Los horarios de Noah son más caóticos que los míos, abuela. Ninguno de los dos tiene demasiadas noches libres.

—Venga, estoy segura de que puedes tomarte una noche para cenar con tu pobre abuela —lamenta—. No has venido a verme en años.

Por fortuna, el pasillo está despejado ahora y no hay nadie que pueda escucharme.

—Estuve ahí la semana pasada.

—Y ahora sales con alguien y ni siquiera me lo contaste.

—Te dije que es reciente. No es culpa mía que…

—Además, es importante que las parejas pasen tiempo juntas fuera del trabajo —enfatiza—. No podéis veros solo en el hospital. Sé cómo eres.

—Pasamos tiempo fuera del hospital —protesto—. Fuimos a un bar el viernes.

—¿A un bar? No podéis pasar tiempo de calidad en un bar —resopla.

Tengo un breve recuerdo del cuerpo de Noah presionando contra el mío, mientras su esencia me embriaga, y creo que eso sería una buena objeción a su argumento. Pero prefiero guardar silencio, ya que lo más probable es que eso haga que mi abuela empiece a elegir arreglos florales y a buscar lugares para la boda. Además, aún me siento rara al recordar cómo toqué a Noah con tanta familiaridad.

—No me quedan muchos años y siempre he querido verte establecida y feliz antes de estirar la pata —agrega mi abuela con un suspiro dramático.

—Las dos sabemos que es probable que vivas más que yo.

—No si mi nieta sigue rompiéndome el corazón.

—¡De acuerdo! —Sacudo la cabeza mientras observo los números del ascensor pasar de tres a dos y lo insto a ir más rápido—. Le preguntaré cuándo está libre.

—Maravilloso. Prepararé mi estofado de carne. ¿O prefiere pollo? Tal vez podría…

—No importa lo que cocines —le aseguro mientras repiqueteo el pie con impaciencia—. No tienes que hacer nada especial.

Va a ser desastroso. Esperaba poder preparar a Noah para el torbellino Moira Carter, pero parece que no será posible. Mi abuela acechará hasta llevarme al altar. Comienzo a preguntarme si esto es mejor que todas las citas a ciegas, pero un recuerdo fugaz de trenes a escala despeja las dudas.

—¡Por supuesto que sí! Podría ser mi futuro yerno…

—Abuela.

—… y las primeras impresiones son muy importantes.

Doy vuelta a la esquina sin prestar atención a dónde voy.

—Estoy segura de que Noah pensará que eres genial siempre que no actúes como una verdadera lo… —Olvido lo que estaba diciendo al ver una figura familiar frente a urgencias—. ¿Noah?

Parece exhausto, con los brazos cruzados y los labios apretados. Cuando levanta la vista del suelo hacia mí, tiene el ceño fruncido. Escucho la voz distante de mi abuela, pero mi cuerpo tiene una reacción extraña al verlo después de tantos días. Es como si de repente hubiera olvidado cómo moverme. ¿Olía tan bien hace tras días o es solo porque hace mucho tiempo que no lo tenía tan cerca?

—Tengo que dejarte, abuela —digo distraída—. Tengo mucho trabajo. Te llamaré pronto.

No estoy segura de que me preste atención, ya que sigue hablando del menú para una cena que ni siquiera hemos organizado todavía.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, parada allí, inmóvil.

—Estaba… —Él me mira de arriba abajo y evalúa la dirección de la que llegué—. ¿Estabas comiendo?

—Sí, en la cafetería.

—Ah.

—¿Estabas buscándome?

—Yo… —Va pasando el punto de apoyo de un pie al otro, como si estuviera incómodo—. Sí. Supongo que tendría que haberte enviado un mensaje.

—No, no te preocupes. Bueno, te hubieras ahorrado bajar hasta aquí si yo hubiera ido a tu oficina, pero está bien.

—Claro —afirma con el ceño fruncido hacia el suelo—. De acuerdo. Bien.

—¿Te encuentras bien? —Aún parece preocupado, así que aparto a un lado la distracción de su esencia y pongo mi mano sobre su brazo en señal de apoyo.

—¿Por qué? —Mueve las cejas preocupadamente al mirarme otra vez.

—Sí, bueno, no sueles bajar aquí. Y pareces muy estresado. ¿Ha sucedido algo? Porque puedo…

—No, Mackenzie —interrumpe, luego se frota el rostro y mira hacia el pasillo—. No es nada que…

—Mierda. —Sigo su mirada hacia donde aparece una enfermera con una carpeta—. Cierto, no deberíamos hablar aquí.

—Mackenzie, no creo que…

Ya estoy analizando la zona en busca de un lugar en el que podamos hablar, ya que, por desgracia, no tengo un puesto tan alto como para tener mi propia consulta.

—Deja que… —Me fijo en el cuarto de suministros en el pasillo, así que sujeto su brazo y lo

arrastro conmigo—. Ven.

Él sigue protestando mientras lo empujo en ese espacio reducido, enciendo la luz y vuelvo a echar un vistazo al pasillo para asegurarme de que no nos hayan visto antes de cerrar la puerta.

—Bueno —digo al girarme hacia él—. Lo siento, creí que no querías que nos escucharan.

—No… Esto no es necesario. Mierda. —Suspira, más estresado de lo que estaba hace un minuto —. Tendría que haberte enviado un mensaje.

—¿Qué ocurre? Dime.

—No es nada malo —logra decir sin mirarme. —Es solo que… —Suspira, casi como si estuviera avergonzado—. No te he visto en varios días.

—Ajá… —Inclino la cabeza porque no alcanzo a entenderle.

—Es que… —Juro que si no se tratara de Noah Taylor, creería que se está sonrojando—. No te he impregnado en tres días —dice en un susurro, con dificultad—. Me preocupaba que alguien pudiera notarlo.

—Vaya.

En un principio parte de mí se enorgullece con esa información, alguna hormona omega lejana se pavonea por mi torrente sanguíneo. Pero luego recuerdo lo que somos y me siento ridícula.

—Tiene sentido —digo demasiado rápido—. Lo siento, he estado muy ocupada. Ni siquiera pensé que alguien pudiera sospechar.

—Sospechar —repite sin emoción, con los ojos fijos en mí—. Sí. No tienes por qué disculparte. También ha estado ajetreado allí arriba.

—De todas formas. —Arrastro los pies, incómoda por todo el asunto, lo que no tiene ningún sentido. No puedo estar decepcionada de que solo viniera a hacer una especie de tarea de mantenimiento de nuestra pantomima. Es el único motivo de que estemos hablando en este momento después de todo—. Vaya, debe de resultar extraño que te haya arrastrado hasta aquí dentro.

—No te preocupes, supongo que… —Mira los estantes atestados a nuestro alrededor—. Es un lugar como cualquier otro.

Mi corazón se acelera un poco, ¿acaso había sido capaz de anticipar la situación? Es normal, ¿no?, dadas las circunstancias.

Malditas hormonas.

—No he estado encerrada en un armario con un chico desde el primer año de universidad —digo con una risa nerviosa y noto cómo la nariz de Noah se hincha y sus ojos se endurecen, pero desaparece de inmediato.

—Será rápido —asegura en voz baja.

—De acuerdo —susurro en respuesta.

He empezado a acostumbrarme a esta parte, aunque en realidad creo que jamás me acostumbraré: contengo la respiración mientras él se acerca hasta que mi espalda se apoya contra la puerta cerrada. Él apoya una mano en la cercanía de mi cabeza, como si quisiera estabilizarse, y la otra en mi cintura, estimo que para hacer lo mismo. Cierro los ojos en algún momento, así que no estoy segura.

—No hueles para nada a mí —señala tras una inhalación, casi enfadado. ¿Le preocupa lo que la gente habría dicho si no hubiera venido a hacerlo?

—Lo siento —digo otra vez.

—No tienes por qué —repite con otra inhalación profunda.

Me pongo tensa por la anticipación al sentir cómo su piel se desliza contra la mía, con el primer contacto de su mejilla en algún lugar debajo de mi mentón que me hace temblar. Es difícil de explicar cómo me siento cuando lo hace. Cuando su esencia se mezcla con la mía es como si me tocara en todas partes al mismo tiempo. Sin duda hay una razón para hacer esto con la persona con la que de verdad te acuestas.

Mis dedos aferran la solapa de su bata blanca de forma instintiva, por lo que no me percato de que lo hicieron hasta que noto la tela presionada dentro de mi puño. Incluso inclino la cabeza para ofrecerle un ángulo mejor y suspiro quedamente cuando frota el cuello contra el mío. Los dedos de mis pies se flexionan dentro de mis zapatos, y creo que estos intercambios son cada vez más embriagadores.

Apenas respiro cuando comienza a alejarse, incluso una pequeña parte de mí protesta en silencio, instándome a acercarlo hacia mí. Pero, cuando él mueve la cabeza apenas un poco y sus labios rozan un punto sensible en mi cuello, imagino que por accidente, mis rodillas se aflojan.

Noah me sujeta con sus brazos debajo de los míos y, cuando nuestras miradas se encuentran, noto un salvajismo en sus ojos que me parece impropio de él.

—Lo siento —dice con la voz afectada—. No quería… —Traga saliva, con lo que el movimiento de su garganta atrae mi mirada. Parece tener dificultades—. Yo…

No estoy segura de lo que quiere decir y, la verdad, creo que ni él mismo lo sabe. Sus ojos bajan a mi boca y la miran como si fuera un acertijo que intenta resolver, y yo no logro descifrar qué siento ahora. ¿Quiero que me bese o también es resultado de las hormonas?

A decir verdad, su boca parece… muy suave en este momento.

Creo que estoy a punto de hacer algo estúpido y estoy bastante segura de que Noah está a punto de dejar que lo haga, a juzgar por la forma en la que empieza a inclinarse hacia mí. Todo el cuarto huele a él, es difícil pensar y yo…

Nos separamos cuando la puerta se abre de pronto detrás de nosotros, y no sé qué clase de imagen le damos al anciano conserje que frecuenta estos pasillos. La luz fluorescente del exterior invade el espacio y, al parecer, ambos intentamos encontrar una buena excusa que explique por qué estamos encerrados en un cuarto de suministros que debe oler como si hubiéramos estado frotándonos uno con el otro, o algo peor.

—Kevin —digo mientras me esfuerzo por enderezarme, a pesar de que las rodillas aún me fallan —. No es lo que parece.

—No he visto nada —responde al mirar para otro lado, y las arrugas en sus mejillas se hacen más profundas con el principio de una sonrisa.

—No, espera —insisto—. No estábamos…

Kevin cierra la puerta para dejarnos donde nos encontró, y yo siento que mis mejillas se encienden de vergüenza, como si fuera una adolescente cachonda a la que acaban de atrapar en la escuela. Resoplo y me desplomo contra una de las estanterías con un brazo sobre el rostro.

—Tenía que ser Kevin —resoplo—. Es un viejo chismoso.

Le echo un vistazo a Noah de reojo, y sigue pareciendo aturdido, con la boca entreabierta por la sorpresa mientras lucha por articular alguna palabra.

—Lo siento mucho —balbucea—. Nunca quise…

—Está bien, está bien. —Le resto importancia e ignoro que mi corazón sigue acelerado—. Bueno, los rumores fortalecerán nuestra historia, supongo.

Noah se queda callado por un segundo, parpadeando como si aún estuviera procesándolo.

—Claro —asiente por fin—. Seguro.

—Mañana le traeré dónuts —digo con un suspiro—. Eso quizá baste para comprar su discreción.

—De acuerdo —responde él con el mismo tono inexpresivo.

Parece preocupado. ¿Estará pensando en que casi cruzamos la línea hace un instante? ¿Lo está lamentando? Maldición. ¿Y yo?

—Este asunto de la esencia sí que es complicado, ¿no? —Intento ponerle humor a la situación.

—Cada vez más —afirma, aún mirándome con demasiada intensidad para que parezca cómodo.

—Al menos huelo a ti otra vez —arriesgo. Me sorprende acercándose, y mi cuerpo se tensa cuando se inclina para inhalar mi cuello.

—Sí —murmura—Ahora sí.

—Será mejor que… —Trago con dificultad, ya que de repente siento la garganta seca—. Será

mejor que salgas primero —le digo—. Asegúrate de que no haya nadie.

—De acuerdo —responde con suavidad—. ¿Nos vemos luego?

Asiento con los labios apretados mientras resisto la tentación de volver a inhalar su aroma por miedo a lo que eso podría provocarme.

—Sí. Nos vemos.

No me muevo después de que me deja sola en el cuarto, ni me atrevo a respirar hasta que escucho la puerta cerrarse con cuidado detrás de él. El aroma espeso de su esencia satura el aire y, aun un minuto después de que se ha ido, mis malditas rodillas siguen temblorosas.

Tardo al menos tres minutos en reponerme y salir, y cinco más en recordar que ni siquiera le he comentado lo de la cena con mi abuela. Sin embargo, tardo apenas un minuto en decidir que no iré a buscarlo de nuevo por nada en el mundo. Parece peligroso para mi salud en este momento.

Me conformaré con enviarle un mensaje más tarde.

***

Terminar el turno resulta difícil. No solo porque tuve que recolocarle la cadera a una mujer mayor que tropezó con su gato (nunca había escuchado a una mujer maldecir tanto a un felino como esa tarde), sino también porque, desde que Noah y yo salimos de ese cuarto de suministros, no logro tranquilizarme. Mi piel no deja de sentir un cosquilleo y mi mente está nublada, como si prefiriera estar en otro lugar, por lo que he tenido que luchar para mantenerme concentrada. Para la última hora del turno, mientras suturo a un hombre que, según parece, se desmaya al ver sangre, tengo la dolorosa revelación de que mi comportamiento errático no ha pasado desapercibido.

Liam me ha estado mirando fijamente durante los últimos quince minutos mientras me asistía. Liam Avery es algo así como un amigo en urgencias, que fue de gran ayuda durante mis primeros meses aquí, cuando era un manojo de nervios, recién salida de la residencia y en un lugar nuevo, y él siempre estuvo ahí para ayudarme a adaptarme. Desde entonces, siempre nos hemos entendido bien. El hecho de que sea uno de los enfermeros más competentes con los que he trabajado también ayuda.

—Estás algo rara —comenta finalmente mientras me pasa un trozo de gasa.

—¿Eso crees? —Intento parecer indiferente, pero incluso la expresión en mi rostro se siente dolorosa.

—Sí —afirma mientras acomoda la luz superior para que pueda ver mejor—. Desde que regresaste del almuerzo.

—Igual me ha sentado mal algo que comí —murmuro y desvío la mirada—. Me he estado sintiendo un poco mal.

—Vaya.

Se queda callado por un momento y, cuando vuelvo a mirarlo, noto que tiene el ceño fruncido en un gesto pensativo, como si estuviera debatiendo algo en su mente.

—Dilo de una vez, Li —lo insto mientras cierro la sutura con un suspiro—. Puedo ver que quieres decir algo.

—Es solo que… —Ahora parece avergonzado al pasarse una mano por el cabello rubio oscuro —. Volviste oliendo a Noah.

—¿Qué? —Eso me toma por sorpresa.

—Bueno, asumo que es él. En realidad, no veo a Noah lo suficiente como para estar seguro, pero sin duda es un olor tan fuerte como para ser un alfa.

—Esto, yo… —Ni siquiera había pensado en cómo mis intercambios de esencia con Noah cada vez más frecuentes podían afectar a los demás. ¿También es tan fuerte para los demás cambiaformas?—. Sí, lo vi antes de volver del almuerzo.

—Solo me preocupaba que hubierais tenido una pelea.

—¿Por qué pensaste eso? —Arrugo la nariz.

—No sé. —Se encoge de hombros—. Es decir, todos hemos escuchado las historias sobre el doctor Taylor. Fue un poco chocante descubrir que estabais, ya sabes… emparejados.

No puedo precisar por qué, pero la incredulidad evidente en el rostro de Liam me provoca un cosquilleo por dentro. No es exactamente molestia, pero se le parece bastante.

—No nos hemos peleado —respondo con brusquedad—. Más bien todo lo contrario, de hecho.

Noto que las cejas de Liam se elevan.

—Ah. Mierda. Lo siento. No pretendía actuar como un idiota. Es solo que… —Se rasca la nuca —. Aún es extraño. Tendré que acostumbrarme.

Supongo que tiene razón. Por lo que saben mis amigos de aquí, la historia es que les he estado mintiendo durante un año. Supongo que es razonable que les cueste aceptarlo. Aunque a Priya no le ha parecido tan extraño. Por otro lado, hablo casi todos los días con Liam, así que tal vez por eso ha estado raro esta semana, quizá se siente incómodo porque se lo he ocultado durante tanto tiempo.

—Sí, sobre eso… —Dejo lo que estoy haciendo y me cruzo de brazos—. Lamento no haber dicho nada. Sé que debe de ser superraro enterarse como lo ha hecho todo el mundo.

—Lo entiendo —concede—. Supongo que solo es… difícil imaginarte con Noah.

—¿Es tan raro? —Inclino la cabeza.

—Es que él es tan… serio.

En ese momento, la sonrisa apenas perceptible de Noah y su risa tranquila aparecen en mi mente y, a pesar de todo, mis labios se curvan ligeramente.

—En realidad no es tan serio como le gusta aparentar. Pero el trato con la gente no es lo suyo.

—Entonces, ¿de verdad estáis emparejados?

—¿Qué se supone que significa eso? —digo sonriendo.

—No sé. —Levanta las manos—. El otro día, Jessica, la de Radiología, estaba diciendo en la sala de descanso que quizá estabas en una especie de situación de prisionera.

Maldita Jessica.

—No soy su prisionera —afirmo mientras pongo los ojos en blanco—. Todo es completamente consensuado, te lo prometo. —No sé por qué, pero algo en la expresión de Liam parece casi melancólico. ¿De verdad está tan preocupado por mí?—. Te lo prometo —agrego para darle seguridad—. Estoy bien, genial. Viviendo un sueño, ya sabes.

—Vale —dice con una sonrisa que no se refleja en su mirada—. Al menos, me alegra oír eso.

—De verdad, no tienes que preocuparte por mí —insisto con un empujón juguetón en el brazo—. Puedo cuidarme sola.

—Sí —asiente, un poco más tranquilo ahora—. Sí, tienes razón. Lo siento. Solo estaba preocupado.

—Está bien —respondo mientras limpio el último rastro de sangre de la sutura—. Puedes devolverme el favor tomando los signos vitales de la señora Kowalski. Está en la habitación 408.

—Dime que no está aquí de nuevo —resopla.

—Claro que está aquí de nuevo —me río—. Está preocupada por una «tos».

—Tenemos que prescribirle un amigo para que pueda tratar su hipocondría.

—Creo que sigue viniendo porque le gustas —digo con seriedad.

—Eres la maldad personificada —protesta.

Cierro el puño, con el meñique extendido, llevo la uña a una esquina de mi boca y arqueo una ceja.

—Soy el doctor Evil.

—Friki —resopla—. Vale, está bien. Me encargaré de ella.

Mi sonrisa se desvanece mientras él recoge la gasa usada para tirarla a la basura de camino a la puerta, y mordisqueo el interior de mi mejilla, pensando en la conversación que acabamos de tener. Con disimulo, llevo la nariz a mi hombro y, sin duda, siento una ráfaga de aroma a Noah mezclado con el mío que arrasa con mis sentidos y me hace sentir mareada otra vez.

—Oye, Li —lo llamo antes de que salga.

—¿Sí? —Él se da la vuelta y me mira con curiosidad.

—¿De verdad es tan evidente que he estado con Noah?

—Estoy bastante seguro de que cualquier cambiaforma podría olerte a kilómetros de distancia —responde con el ceño fruncido.

Sigo pensando en ello mucho después de que se haya ido. Obviamente sabía que lo que hemos estado haciendo es detectable, a fin de cuentas, ese es el tema, pero no creo que lo haya pensado demasiado antes de ahora. Mis mejillas se acaloran cuando caigo en la cuenta de que es probable que todos con los que trabajo hayan estado chismorreando sobre mi supuesta vida sexual con Noah Taylor y, a decir verdad, no puedo decidir qué me hace sonrojar más: la idea de que la gente esté hablando de eso o la idea en sí.

Esta línea de pensamientos no puede ser buena para la salud. El solo hecho de pensar en cómo sonaría Noah en mi cama me pone caliente, por lo que me doy palmaditas en las mejillas para despejar mi mente. Sin duda es una línea de pensamiento peligrosa, una que creo que debo reprimir. Suspiro antes de volver al trabajo e insto a mis pensamientos a permanecer en territorio seguro.

Aún soy consciente de que tengo que invitar a Noah a cenar. Con mi abuela, que olerá su esencia en mí y, a buen seguro, llegará a la misma conclusión que mis colegas. Una conclusión que incluye que yo haya pasado una buena cantidad de tiempo debajo de este alfa corpulento, que debe de ser la persona más ardiente con la que haya salido, en una relación ficticia o no.

Mierda.



CAPÍTULO 8

Noah

Hace una semana, la cena con la abuela de Mackenzie era apenas un posible dolor de cabeza, algo que asumí que tendría que hacer.

Ahora, la idea es terriblemente aterradora.

He pasado las últimas cuarenta y ocho horas intentando analizar lo que sucedió en ese cuarto de suministros, pero no he llegado a ninguna conclusión en absoluto en el tiempo que he pasado preparándome para recoger a Mackenzie para cenar. No tengo certeza sobre casi ninguna cosa respecto al incidente, pero de una estoy muy seguro: estuve a punto de besar a Mackenzie.

Es irracional y poco aconsejable, pero, por un momento, no pensé en nada más allá que en la necesidad imperiosa de sentir su boca en la mía. Algo en su esencia me afecta como una droga: no solo deseo más y más después de cada exposición, sino que parezco perder toda razón cuando la inhalo.

Pensé que la distancia que guardamos desde el momento incómodo en mi consulta hasta ahora sería suficiente para reponerme, pero estar atrapado en un espacio tan pequeño rodeado por su aroma dulce me hace revivir los mismos impulsos extraños que me impactaron cuando la olí el día anterior.

¿En verdad se debe solo a que he dejado los supresores? Es decir, dado que no estamos tan emparejados como le hemos hecho creer al hospital, tendría sentido que me distrajeran muchas esencias en el trabajo, ya que hay un gran número de mujeres cambiaformas en mi planta, por no mencionar al resto que hay en todo el edificio.

Entonces, ¿por qué solo Mackenzie parece afectarme de esta manera?

—… ¿pero me estás escuchando?

Parpadeo, recuerdo dónde estoy, presiono un poco más el volante y desvío la mirada hacia el asiento del acompañante, desde donde Mackenzie me mira extrañada. Tiene el cabello suelto, una cortina gruesa que cae sobre un hombro cuando inclina la cabeza hacia mí. Lleva un vestido de manga larga un poco ajustado, pero afortunadamente no tanto como su ropa de yoga, aunque eso no evita que quiera observarla. Me he esforzado por mantener los ojos solo en la carretera

desde que se subió al coche.

—Lo siento —murmuro—. Estoy nervioso.

—No tienes por qué estarlo, de verdad —se ríe—. No puedo ni comenzar a explicarte lo que significas para Moira Carter. Podrías ser parte de alguna pandilla secreta de motoristas alfa y ella te diría que le pareces absolutamente encantador.

—Parece que a tu abuela le preocupa más que te establezcas que con quién lo hagas. —A pesar de mi preocupación, ella sigue sonriendo.

—No es del todo así. Creo que le preocupa dejarme sola. Era un desastre cuando me acogieron, bueno, normal teniendo la depresión hormonal, algo común para una preadolescente, que me dejó muda durante algunos meses, pero… no sé, aun ahora que soy adulta, nunca deja de preocuparse por mí.

—Quiere asegurarse de que alguien cuide de ti —reflexiono.

—Mmm… —Mackenzie balbucea entretenida—. Todavía no se ha acostumbrado a la novedosa idea de que puedo cuidar de mí misma.

—Como si alguien pudiera —murmuro para mí mismo. No veo su sonrisa, pero creo que puedo sentirla.

—Por suerte estoy llevando a un buen alfa a casa para asegurarme de que mi guarida esté bien protegida y así poder darle bellos bebés mientras él busca alimento.

—Supongo que sería el final ideal para tu abuela.

—Sí. Bueno, sé que lo hace con buenas intenciones.

—Me aseguraré de convencerla de que tendrás una guarida muy bonita. Solo los mejores restos de pollo para mi compañera.

—Dios mío. ¡Has hecho una broma! —exclama con una carcajada—. ¿Ha sido la primera? ¿Te duele algo?

—Siempre tan encantadora.

—Perdón, perdón. Es que es divertido.

—¿Qué es divertido? —Me animo mientras giro en la siguiente esquina.

—Ver este lado del doctor Taylor.

—Ya. —Siento una punzada extraña en el pecho, pero podría ser por su esencia, que todavía amenaza con sofocarme—. Bueno, he estado practicando cómo ser menos, eh…

—¿Tenso? ¿Aterrador?

—Claro —asiento con los ojos en blanco—. Por tu abuela.

Mackenzie se endereza en su asiento, mirando por la ventana, y señala hacia la casa siguiente.

—Bueno, esperemos que haya dado resultado. Es aquí.

Reduzco la velocidad para no pasarme de largo del camino de entrada y observo la casa de ladrillos de estilo campestre, que parece perfectamente normal. Quizá no debería sentirme tan abrumado.

—Ah, mierda —maldice Mackenzie. Frunce los labios y, ahora que me mira con detenimiento, parece inquieta. La veo llevar la nariz a su hombro, y luego me mira con preocupación—. Se ha desvanecido.

Ni siquiera puedo fingir que no entiendo de inmediato lo que quiere decir. Después de todo, lo noté en cuanto subió al automóvil. Trago saliva con dificultad.

—Lo sé.

Puedo percibir que está recordando la última vez que la impregné; presiona los labios y agita las pestañas, y es suficiente para que respirar sea un poco más difícil.

—Tal vez deberías hacer eso —dice despreocupadamente.

—Eso —repito.

—Ya sabes… —Arruga la nariz mientras intenta desabrocharse el cinturón de seguridad—. Eso.

Siento un calor debajo del cuello de la camisa, un cosquilleo que se abre paso en mi pecho, al tiempo que mi garganta se seca. Es una sensación familiar, el calor extraño que me aqueja cada vez que la huelo, un problema que crece conforme pasa el tiempo sin supresores. No recuerdo un solo momento en mi vida en el que haya sido tan incómodo estar cerca de una mujer de mi especie.

—Claro —logro articular con tensión—. Eso. —Trago saliva, con la vista fija en el camino de entrada—. ¿Debería…?

—Yo puedo… —Se mueve en el asiento con incomodidad, mueve las piernas hacia arriba y se sienta sobre ellas para poder inclinarse sobre el salpicadero—. ¿Así?

Así se acercó más a mí, por lo que mi lengua se ve demasiado cargada por el aroma dulce que invade mis sentidos.

—Sí. Eso debería… —Estiro la mano para liberar el cinturón de seguridad—. Solo… quédate quieta.

Para ser honesto, no estoy seguro de decírselo por su bien o por el mío.

Llevo la mano a su nuca, con lo que vuelvo a sentir la suavidad de su cabello, que acaricia mis

nudillos con la sutileza de la seda cuando la acerco hacia mí. Tengo que cerrar los ojos en este momento y recitar un mantra que me recuerde que no es más que un trámite, sin embargo, nada calma el cosquilleo en mi piel cuando apoyo el rostro en su cuello.

Presionar la mejilla contra la piel suave de su garganta es una necesidad, pero su reacción temblorosa hace que cierre los ojos con más fuerza y apriete más los dientes. Luego giro la cabeza para frotar nuestras gargantas y mezclar nuestras esencias en un aroma embriagador que inunda el reducido interior del automóvil. Percibo cómo se le acelera la respiración y cómo se tensa en todos los lugares que están en contacto conmigo y, durante un instante, tengo la necesidad de aferrarla contra mí con toda la fuerza posible para sumergirme en su aroma y en su sabor.

Lo cual es una absoluta locura y hace que me aleje de ella con brusquedad.

—Eso debería… —¿Puede escuchar lo fuerte que late mi corazón?—. Creo que eso bastará.

Sus mejillas están sonrojadas cuando asiente despacio y mira hacia otro lado para olerse otra vez. Parte de mí se queja cuando se aparta para reacomodarse en su lugar, pero la acallo.

—Será suficiente, sin duda —afirma con más confianza, con la voz más agitada que antes.

—Recuérdame cuáles son los parámetros. —Tengo que pensar en otra cosa.

—¿Los parámetros? —Sus párpados se ven pesados, como si estuviera satisfecha, pero eso no debería resultarme tan provocativo.

—¿Qué sabe tu abuela de nosotros?

—Ah, sí, claro —asiente distraída—. ¿De nuestro romance desafortunado?

—Sí, sobre eso —respondo.

—Que salimos hace apenas un mes —comienza, un poco más despierta—. Me invitaste a un café en la sala de descanso porque te cautivaron mi belleza y mis encantos femeninos.

—Sin duda —respondo con un rastro de humor. El humor es bueno, reduce las ganas de besarla.

—Hemos tenido algunas citas desde entonces —continúa sin prestarme atención—. Todavía no he conocido a tus padres, pero piensan que soy la hostia.

—¿La qué? —La miro con el ceño fruncido, y ella se echa a reír, con lo que, por suerte, libera un poco más la tensión.

—Que creen que soy genial —aclara—. Soy la octava maravilla. Deliramos de felicidad. Y no has visto un tren a escala en tu vida.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—No importa. —Niega con la cabeza—. ¿Estás listo?

—Eh… —Le echo un vistazo a la casa de aspecto inocente frente a la que estamos; nada en ella sugiere que deba preocuparme por lo que encontraré adentro—. Tan listo como podría estarlo.

—Bien —asiente para darme ánimos—. Solo recuerda, sin importar lo que pase, no quieres ver el libro de bodas.

—¿El qué?

—Confía en mí —dice, y comienza a bajar del vehículo antes de que pueda pedirle más detalles sobre esa advertencia extraña. Cuando cierra la puerta, entiendo que espera que la siga.

Es una casa normal, con personas normales. No tienes de qué preocuparte, me recuerdo.

Sin embargo, a pesar de darme ánimos, por algún motivo sigue dándome terror entrar.

***

Moira Carter es una pesadilla encantadora. Realmente, es la única descripción posible.

Es ruidosa, de opiniones firmes, cariñosa, divertida y, sobre todo, está completamente obsesionada con el bienestar de Mackenzie, que no es algo que pueda señalar en absoluto como un defecto. Dudo que nadie sea capaz de decir que preocuparse demasiado por alguien es un punto negativo. He sobrevivido a un abrazo feroz y una cálida bienvenida de esta mujer pequeña y canosa, que se ríe y habla demasiado, que es todo lo contrario a las reuniones familiares a las que estoy acostumbrado. No sé qué pensar al respecto, pero no puedo decir que me desagrade.

—Así que —está diciendo desde el otro lado de la mesa mientras me pasa un tazón de guisantes —. ¿Hace cuánto tiempo que pusiste los ojos sobre mi Mackenzie?

Me ocupo en llenar el plato con más guisantes de los que jamás he comido en una sola cena solo para obtener un poco de tiempo para pensar.

—Eh, yo… Bueno, ya sabe, Mackenzie es difícil de ignorar.

—Porque es hermosa, ¿verdad? —Moira sonríe.

—Abuela —le advierte Mackenzie—. Deja de hacer eso.

—Calla. —La mujer chasquea la lengua—. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que trajiste a alguien? —Mientras piensa, sacude el brazo de su esposo—. ¿Cuánto ha pasado, Phil? ¿Un año? ¿Tal vez más?

La contraparte callada de Moira, el abuelo de Mackenzie —un hombre de tamaño promedio, que pasa de los setenta y parece conformarse con dejar que su esposa se ocupe de la charla—, asiente distraído mientras se lleva un trozo de carne a la boca.

—Ya ha pasado un tiempo —dice con hosquedad.

—¿Lo ves? —apunta Moira—. No puedes traer a alguien como Noah y esperar que no me emocione. Cielos, jamás había conocido a un alfa, ¿y tú, Phil?

El hombre se encoge de hombros y remueve el puré de patatas en el plato.

—Conocí a un hombre en el taller. Un tipo grande. Podía hacer un neumático en veinte segundos. Era de lo más increíble.

—Pero Noah es médico —celebra Moira—. ¡Hacéis una pareja increíble!

Casi puedo sentir que me sonrojo, porque Moira ha estado halagándome solo por ser… yo desde que nos sentamos a cenar.

—Bueno. —Yo también remuevo la comida, distraído—. Es muy agradable estar con alguien familiarizado con mi campo.

Veo a Mackenzie sonreír por el rabillo del ojo y algo me dice que parte de ella está disfrutando con mi incomodidad. Percibo cómo va acumulando una retahíla de provocaciones a las que me someterá más tarde.

—Sin mencionar la suerte de que se encontraran —agrega Moira mientras corta la carne—. Es decir, ¿qué probabilidades había?

—¿A qué se refiere? —Frunzo el ceño y me detengo en medio de un bocado.

—Ah —exclama Mackenzie de pronto—. Por cierto, abuela, me olvidé de contarte que Parker se está viendo con alguien.

—Ese chico —resopla Moira—. Nunca me cuenta nada. ¿Alguien del trabajo?

—No, no —responde Mackenzie—. Alguien que conoció en Hot Yoga.

—¿Qué diablos es eso? —Moira parece sorprendida.

—Es solo yoga, pero en un ambiente cálido. Suben la temperatura para que sudes más.

—¿Eso es lo que haces?

—Ajá —asiente Mackenzie mientras se introduce un gran bocado de puré y mastica—. Sudas como una zorra en la iglesia, pero es un buen ejercicio.

—Ese vocabulario, Mackenzie —la regaña su abuela.

Es extraño, pero apenas proceso sus palabras, porque estoy demasiado sumido en un tren de pensamiento que involucra a Mackenzie contorsionándose y sudando en una esterilla de yoga.

¿Qué diablos me pasa?

—Bueno, da igual —continúa Moira—. Me alegro por él, es un buen chico.

—Abuela, está acercándose a los treinta. No sé si puedes seguir refiriéndote a él como un «buen chico».

—Va, cállate.

Hago a un lado los pensamientos persistentes de Mackenzie ataviada con su ropa de yoga demasiado ajustada, sudando en algún estudio, adjudicándolo a la cercanía y al impulso que me invade de besarla cada vez que está cerca.

—Mackenzie me ha contado que el hospital ha estado causando cierto revuelo por lo de tu rango —comenta Moira.

Presiono los labios, pues no me siento muy cómodo con que mucha gente conozca ese detalle, pero supongo que no puedo culpar a Mackenzie por compartirlo con alguien tan cercano a ella. Después de todo, me está salvando el trasero, como diría ella.

—No es para tanto —digo minimizándolo—. Espero que se resuelva pronto.

—Son un montón de tonterías, si mi opinión vale de algo —resopla la mujer—. Dios mío. ¡Que juzguemos a las personas por su identidad en esta época! Como si pudieras elegir cómo naces. Quiero decir, nunca ha sido un problema para Mackenzie, no andan persiguiéndola por ser una omega.

Me quedo helado, casi dejo caer el tenedor. Las reverberaciones que generan esa palabra siguen resonando en el aire mucho después de que Moira la haya dicho y hace que cada músculo de mi cuerpo se tense. Giro la cabeza para encontrarme con la mirada avergonzada de Mackenzie. Sí, probablemente debería haber sabido de antemano ese dato, así que me apresuro a ocultar mi sorpresa, aunque en mi mente siga resonando «omega, omega, omega» como una especie de grito cavernícola, tan irritante como inevitable.

—Claro —logro articular; espero sonar más tranquilo de como realmente me siento—. Menos estigmas, supongo. Nunca se han oído historias de terror sobre omegas desgarrando excursionistas.

Pero hay muchas otras historias, susurra una parte carnal de mi cerebro, una voz que sé que no es la razón sino la parte más básica de mí mismo.

—Es casi como si el destino os hubiera cruzado —dice Moira con alegría—. ¡No hay otra explicación para algo tan infrecuente!

—Por supuesto —respondo con una sonrisa forzada—. El destino.

Siento el roce de los dedos de Mackenzie en la rodilla por debajo la mesa y puedo ver la preocupación en sus ojos cuando se encuentran con los míos, casi como si temiera que esté enfadado. Aunque parezca extraño, no lo estoy. Sí hubiera sido agradable saber antes de sentarme frente a la abuela de mi novia ficticia que dicha persona es la contraparte biológica de

todo lo que soy. De haber sabido antes que estar cerca de Mackenzie podría volverme loco poco a poco, tal vez hubiera cambiado por un supresor más suave en lugar de dejarlos por completo. Al menos, las cosas extrañas que he estado experimentando ahora tienen una explicación lógica.

Pero más que nada, me resulta difícil enfadarme por este tema cuando el alfa que hay en mí ya está soñando con cosas imposibles y salvajes, que seguro que harían que Mackenzie me lanzara un buen puñetazo. Demonios, estoy considerando darme uno a mí mismo solo para volver a entrar en mis cabales.

Mantengo la expresión tranquila durante el resto de la cena, sonrío cuando es necesario y respondo lo más tranquilo que puedo, pero no dejo de sentir algo burbujeante creciendo en mi estómago que ruega que le preste atención.

Los dedos de Mackenzie permanecen en contacto con mi rodilla durante el resto de la cena.

***

—¡Dejad un hueco para el postre! —exclama Moira desde la cocina—. Después del pastel, ¡te mostraré el libro!

Mackenzie resopla antes de arrastrar mi cuerpo tenso de la cocina al salón y luego afuera, a un patio de madera antes del jardín trasero. Me conduce al espacio vacío, iluminado solo por la luz de la luna que baña el césped y los escalones que bajan desde el patio.

—No te enfades —comienza a decir.

—Que no me enfade —repito.

—Sé que tendría que habértelo dicho antes. No es que te lo quisiera ocultar, es solo que… —Guarda silencio, y, como realmente siento curiosidad respecto a su razón para ocultarme algo tan importante, me limito a mirarla a la espera de la explicación. Ella suspira—. Escucha, conozco todas las historias ridículas sobre alfas y omegas, compañeros destinados y todas esas tonterías, pero no quería que enloquecieras si lo descubrías. Tenemos algo bueno y no quiero que cambie.

—¿Eres consciente de que, al no decírmelo, nos pusiste a ambos en riesgo de dar un paso en falso del que ya no habría marcha atrás?

—No me digas que crees en toda esa basura de que tenemos más influencia uno en el otro —resopla—. Son un montón de patrañas.

—¿Lo son? —Inhalo con pesadez—. Hace tiempo que no dejaba los supresores, pero no recuerdo que nadie me afectara de esta forma.

—¿Yo… te afecto? —La toma por sorpresa, tanto como a mí decirlo.

—Solo digo que es… difícil impregnarte. Más que antes. Y ahora que sé esto, asumo que será cada vez más difícil.

—Vaya.

—¿De verdad no lo has notado?

—Bueno… —Arruga la nariz (definitivamente concluyo que no es algo irritante) y se frota la nuca, lo que hace que su esencia flote en el aire. Y eso me distrae demasiado—. Pensé que era… no sé. Ya eres demasiado de por sí, Noah. Creo que asumí que eras más tú.

—Soy demasiado —repito sin comprender bien el significado.

—Es que ya olías bien antes de dejar los supresores, por eso pensé que eras… demasiado. —Repite como si tuviera todo el sentido del mundo, pero no estoy seguro de que lo tenga.

—Entonces, ¿qué hacemos al respecto?

Permanece en silencio por un momento, con una mirada calculadora que me recuerda a cómo me miró en la pista de baile del bar, como si intentara resolver un acertijo en su mente. Veo cómo llega a una conclusión, y me desconcierta por completo cuando sonríe.

—¿Por qué tenemos que hacer algo?

—¿Qué? —digo exasperado—. Mackenzie, no puedo seguir estando cerca de ti sin usar alguna clase de supresor.

—¿Por qué no?

—Tú sabes por qué —resoplo—. Tarde o temprano, estar cerca nos volverá locos. No podremos interactuar sin sentir la necesidad de… —Percibo cómo sus ojos se hacen más grandes y me aclaro la garganta—. Es una pésima idea. —Suspiro pellizcándome la nariz—. Tal vez todo esto lo es.

—¿Qué? —Suena desesperada—. No es tan terrible como lo haces parecer, Noah.

—Estás siendo insensata —digo acusándola—. Estoy pensando en ti. No quiero ponerte en una posición de la que puedas arrepentirte.

—Ya soy mayorcita, Noah —protesta con los brazos cruzados y la mirada en el suelo—. Sé cómo manejarlo.

—No sé si yo puedo manejarlo, Mackenzie. —Mi frustración aumenta, potenciada por su frivolidad.

Me mira confundida, con el perfil iluminado por la luna, que hace brillar sus ojos ambarinos.

—¿Qué?

—Se está volviendo muy difícil —admito en un susurro—. Impregnarte y que no me afecte.

Ella abre la boca y vuelve a cerrarla.

—Vaya.

—Por eso creo que no es buena idea…

—¿Mackenzie? ¿Noah? —La voz de Moira resuena desde la casa y nos sorprende a ambos—. Tengo el libro, me encantaría mostrarle algunas ideas a Noah.

—Santo Dios —gruñe Mackenzie—. No veremos el maldito libro de bodas.

—¿Qué sucede con el dichoso libro?

—Está viniendo afuera —dice en pánico—. Cielos. Tiene un maldito libro en el que ha planeado toda mi boda, Noah.

—Tienes que estar bromeando.

—¿Mackenzie? —La voz de Moira se acerca, y el desliz de la puerta del patio me indica que ya está en el salón—. ¿Estás fuera?

—Bésame —dice Mackenzie de pronto, con lo que me deja perplejo.

—¿Qué?

—Bésame —insiste—. Ahora. Eso hará que nos deje en paz.

—No creo que sea buena idea que…

—Si no lo haces, nos tendrá estudiando ese libro toda la noche.

Veo una sombra con aspecto de Moira acercándose a la puerta.

—No quiero que tengas que…

—Cállate y bésame.

Siento las manos en el cuello de mi camisa un instante antes de que tire de mí hacia su boca, y sus labios impactan con los míos el segundo previo a que se escuche el crujido de la puerta detrás de mí. Escucho un gemido asombrado, seguido por una risita, pero todo parece distante, porque, de repente, parece que no puedo pensar en nada más que en la boca de Mackenzie.

Conozco muy bien los efectos biológicos de tener este nivel de intimidad con una cambiaforma, pero los labios de Mackenzie me parecen menos académicos de lo que había creído hasta ahora. Se funden con suavidad contra los míos, al tiempo que sus dedos aferran el cuello de mi camisa y

su lengua acaricia mi labio inferior de forma casi imperceptible, pero suficiente para hacerme emitir un gruñido que dista de ser fingido. No sé qué me lleva a abrir la boca, tampoco por qué su lengua se entrelaza con la mía, pero, cuando siento su sabor, ya no puedo pensar en nada más que en la forma en que mi mano se apoya sobre su espalda. ¿Pero acaso sabe lo que está haciendo?

Mierda, ¿y yo, lo sé?

Una voz me dice que debería ponerle fin al asunto, alejarme antes de que las cosas se compliquen demasiado, pero es silenciada por el sonido suave que emite Mackenzie y que devoro mientras mis dedos ascienden a su cabello. Soy un caos de esencia, tacto y sensaciones, consciente de que me estoy empalmando contra su abdomen, pero no soy capaz de hacer nada al respecto.

No tengo idea de cuánto tiempo tardo en alejarme de ella, desenredarme de su cuerpo y de sus labios suaves, pero, cuando por fin lo consigo, su respiración está tan agitada como la mía y sus labios están tan irritados como deben estar los míos. Parpadea mareada mientras se lame el labio inferior, lo que me provoca el deseo carnal de tomar esa lengua en mi boca otra vez y besarla hasta que salga el sol. Tal vez. No estoy seguro.

Soy muy cuidadoso al despegarme de ella e intentar que mi respiración vuelva a ser lo más estable posible, aun cuando todos mis sentidos me empujan a estar más cerca de ella.

—A esto… —Tengo que detenerme para aclarar la garganta, pues mi voz suena distorsionada—. A esto me refería —logro advertirle con dureza—. No podremos controlarnos si seguimos así.

Ella recorre mi rostro de forma pausada pero calculada, como si analizara las piezas de un rompecabezas. Percibo cómo se lame el labio otra vez y puedo jurar que, si lo hace de nuevo, me volveré loco.

—Di algo —exijo—. Ayúdame a solucionarlo. Podría volver a los supresores, o tal vez deberíamos acabar con todo esto…

—¿Y si solo… lo hacemos?

—¿Qué? —Me quedo helado frente a ella. Debo haber entendido mal.

—Podríamos intentarlo —insiste—. Y ver por qué tanto alboroto.

—No puedes estar hablando en serio —replico con incredulidad.

—¿Por qué no? —Ahora su mirada es más clara y aguda, como si de verdad estuviera pensando en ello—. No tiene que ser gran cosa, ya fingimos ser una pareja, ¿por qué no disfrutarlo mientras dure? —razona.

—Se me ocurren muchas razones por las que sería una mala idea.

—Y a mí se me ocurre una por la que sería una muy buena idea —argumenta, con la mirada en

mis pantalones abultados—. No parece que te opongas demasiado.

Me llevo la mano a la bragueta rígida de mis vaqueros negros, pero lo lamento de inmediato cuando mi miembro traicionero palpita.

—Mackenzie —digo entre dientes.

—Hablo en serio, ¿qué daño nos haría? Parece que ninguno de los dos ha tenido mucho éxito con las citas últimamente. Para empezar, de haberlo tenido, no estaríamos en esta situación. Además, te irás en poco tiempo, no tenemos nada que perder.

—Me parece una excelente forma de complicar las cosas.

—No me voy a obsesionar con tu polla —suelta, y continúa antes de que pueda procesar lo que dice—. Es solo sexo, no hay necesidad de darle tanta importancia.

Me quedo mirándola boquiabierto, pues hace unas horas, cuando subió al coche, no imaginé este giro de los acontecimientos. Puedo afirmar que nunca me han ofrecido sexo como si fuera una transacción comercial, la situación es… demasiado extraña.

Aunque no lo suficiente para que sea fácil de rechazar.

Realmente se me ocurrían muchas razones por las que es una mala idea, entonces, ¿por qué demonios no he podido decirle que no aún? ¿Por qué sigo aquí parado considerando la propuesta, intentando que suene razonable en mi mente? ¿Son solo mis hormonas o es algo más?

—El postre está listo —anuncia Moira desde la puerta, por lo que me sobresalto al notar que sigo empalmado y en su patio—. Cuando acabéis —agrega con una risita.

Cierro los ojos por la vergüenza, porque no recuerdo haber actuado así ni siquiera cuando era adolescente. Respiro hondo para tranquilizarme y, cuando abro los ojos otra vez, me impacta ver a Mackenzie a mi lado, poniendo una mano sobre mi hombro mientras me observa en la oscuridad.

—Hablaremos después —dice en voz baja, con una promesa en los ojos. Luego desliza un dedo por la línea de la camisa sobre mi bíceps, y la oleada de su esencia amenaza con provocarme un desmayo—. Piénsalo, ¿de acuerdo?

Necesito varios minutos más afuera para convencer a mi parte más traicionera de que se tranquilice, mientras la propuesta indecente de Mackenzie da vueltas por mi cabeza junto con todas las razones por las que debería rechazarla.

Es lo que voy a hacer, rechazarla. Por supuesto que lo haré. Es una pésima idea, terrible. Miles de cosas podrían salir mal. Le diré que no.

Al menos eso es lo que me digo a mí mismo.



CAPÍTULO 9

Mackenzie

Noah no ha dicho una palabra desde que salimos de casa de mi abuela, y no sé si es porque está avergonzado por mi propuesta o porque la está considerando. En mi mente, parecía una propuesta lógica y razonable, al menos en medio del resplandor del beso. Fue todo un beso.

No soy tonta, sé que mucho de lo que sentí fue producto de las hormonas, la biología y la compatibilidad, pero eso no cambia el hecho de que me sentí muy bien. Fue un beso salvaje, descontrolado y un poco desesperado (quizá por mi culpa, quién sabe), pero nunca me había excitado con un solo beso, lo que hace que me pregunte lo bueno que será todo lo demás con Noah Taylor. Además, comienzo a cansarme de sentirme caliente en consultas o cuartos de suministros y de tener que calmarme sin una buena razón.

Es decir, ¿cuándo volveremos a tener una oportunidad como esta? Si la biología determina nuestra compatibilidad en la cama, ¿por qué no aprovecharlo? Somos médicos, a fin de cuentas, puede ser una especie de… experimento. Y no es que haya tenido mucha suerte en el tema sexual, dado que mis citas durante los últimos en meses han sido un desastre.

Él sigue en silencio después de detenerse frente a mi edificio, así que permanezco en mi asiento, intentando pensar qué hacer ahora. Nunca he tenido que convencer a nadie de acostarse conmigo, ni siquiera estoy segura de que deba hacerlo. ¿Esto me supera? ¿O me empodera coger al toro por los cuernos? La verdad, estoy demasiado caliente para preocuparme por eso ahora.

—¿Quieres subir para tomar un último trago?

Eso es. Simple, fácil, ligeramente sugerente.

Noah frunce el ceño. Sí, he decidido que es un gesto sexy.

—¿Por un trago o por algo más?

—Ambos quizá.

—Mackenzie… —Aparta las manos del volante para llevarlas al puente de su nariz—. De verdad que no estoy seguro de que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos un acuerdo y el sexo no formaba parte de él. Complicará mucho las cosas.

—Piénsalo como una ventaja. ¡Sí! —Chasqueo los dedos—. ¡Es un anexo! Los contratos suelen incluirlos.

—No estoy seguro de que ningún contrato haya tenido un apéndice sexual alguna vez.

—El nuestro podría ser el primero —aventuro.

—Aún no comprendo bien por qué querrías algo así. —Ahora me mira con una expresión extraña, con una arruga en el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tú eres… Y yo soy… —Suspira—. Creo que no te costaría nada encontrar a un compañero que sea menos… —Sacude una mano como si buscara una palabra, pero resopla cuando fracasa—. Yo.

—¿Qué hay de malo contigo? Eres alto y apuesto —comento, y él parece sorprenderse—. Cuando no gruñes, claro. De hecho, a veces también cuando lo haces. Comienza a gustarme. Además, eres fuerte como un toro. No veo ninguna desventaja.

—Vale, gracias.

—Y eres el primer alfa al que he conocido en mi vida. A este ritmo, tendré cincuenta para cuando conozca a otro. Ya podría haber pasado la menopausia. A lo mejor ni siquiera lo disfruto ya.

—Así que la cosa va de alfas.

—Mentiría si dijera que no se trata un poco de eso —respondo con sinceridad—. Pero, dejando a un lado el ceño fruncido, eres la persona más normal con la que he salido en todo el año, ya sean citas falsas o no. Voy a sufrir síndrome del túnel carpiano si no le doy un respiro a mis pobres manos.

—Eso es muy… directo —dice con los ojos desorbitados.

Imagino que no es un buen momento para hacer un chiste al respecto, supongo que lo espantaría.

—Vamos, es obvio que somos compatibles. Aunque te resistas, crees que mis chistes son graciosos, y yo incluso he comenzado a creer que tu gruñido permanente es algo adorable. Es como si alguien hubiera arrojado una caja con un regalo sexual en nuestras puertas, sería grosero no abrirlas.

—No sé qué me choca más, si «caja con un regalo sexual» o que me llames adorable.

—He dicho que tu gruñido es adorable. Un poco. —Noto que sigue dudando—. ¿Tú no sientes curiosidad? ¿No quieres comprobar a qué se debe todo ese alboroto?

—Yo… —Aún parece inseguro, como si hubiera una posibilidad de que todo fuera una trampa —. No quiero aprovecharme de ti.

—Venga, vamos —digo riendo—. Te prometo que no voy a pensar nada de eso, Noah. Puedes subir a mi piso, tener sexo conmigo y nada va a cambiar. Palabra de honor de scout.

—¿Estás segura de que lo quieres?

—De acuerdo, esto comienza a hacerme parecer desesperada, así que te voy a preguntar una vez más si quieres subir para tomar un trago, y si dices que no, me olvido del asunto. Pero si dices que sí, tienes que dejar de preocuparte por mis frágiles sentimientos. Soy una mujer adulta y sé lo que quiero, Noah.

El cambio en él es sutil, tanto que podría pasar desapercibido, pero sus hombros se relajan un poco y su mirada parece menos insegura. Lo tomo como una buena señal.

—Entonces, Noah —comienzo a decir con cuidado y con una sonrisa dulce—, ¿quieres subir a tomar un trago?

***

Él aún se comporta como si fuera a salir corriendo en cualquier momento, como si debatiera en su mente todas las razones por las que no debería estar aquí. Está sentado en el sofá, rígido como la estatua de bronce de un parque, y frunciéndole el ceño a mi alfombra, de un modo que deja en claro que está perdido en sus pensamientos.

Lo analizo mientras le sirvo una copa de vino y me permito contemplarlo. Ahora que lo analizo, es… notable. La verdad, no sé cómo no lo había mirado antes de todo esto, más allá de su actitud amargada, que en cierta forma es parte de su encanto. El cabello oscuro ha empezado a rizarse en las sienes de tanto que lo alborota por su nerviosismo, y sus labios carnosos parecen hacer pucheros por la intensidad de sus pensamientos. Al llevar las copas hacia el sofá, tomo consciencia de los anchos que son sus antebrazos, que ha dejado a la vista tras arremangarse la camisa, y el hecho de mirarlos me recuerda cómo me envolvieron hace unas pocas horas, y eso hace que presione los muslos.

Coge el toro por los cuernos, Mack.

Cuando le entrego la copa, parece sorprendido de verla antes de percatarse de que me he sentado en el otro extremo del sofá.

—Así que era verdad lo del trago.

—Parece que lo necesitas. Es como si estuvieras a punto de saltar por la ventana. —Río antes de beber un trago de vino—. Si no supiera que es por los nervios, me sentiría ofendida.

—¿Por qué ofendida? —Me mira confundido y detiene la mano justo antes de que la copa toque sus labios.

—Bueno… —Agito el líquido rojizo en la copa y evito su mirada escrutando el vino—. Nunca había tenido que convencer a alguien para que se acostara conmigo. No ayuda mucho a mi ego.

—No es que… —Suelta un gruñido y le da un trago a su copa antes de sacudir la cabeza—. No es que no quiera hacerlo.

Giro de costado para estar de frente a él, con el codo en el respaldo del sofá y la cabeza apoyada en la mano.

—Ya, sí, claro.

—Creo que, por cómo reaccioné en el patio, ambos sabemos que sí lo deseo —afirma con más tranquilidad y bebe otro trago, posiblemente para darse valor—. Pero me preocupa.

—¿Qué te preocupa? —pregunto con el ceño fruncido.

—Sé que eres una mujer adulta, pero ninguno de los dos comprende por completo las implicaciones de este asunto. Nunca hemos experimentado algo así.

—Vaya. Así que ¿tú nunca…?

—No. —Él niega con la cabeza—. Nunca he conocido a alguien como tú.

Bebo un trago mientras proceso esa información y todo lo que implica. Todo lo que dice tiene sentido, y parte de mí se pregunta si soy yo la que está siendo insensata. Nunca me han acusado de ser muy cuidadosa, eso seguro, pero no consigo cambiar de parecer. Y menos después del placer que sentí en todo el cuerpo apenas con un beso. Una chica tiene sus límites.

—Es bonito tu piso —comenta Noah, imagino que para romper el silencio—. Acogedor.

—Querrás decir que es pequeño —digo sonriendo.

Él mira alrededor, desde la cocina detrás del sofá hasta la cama sobre una plataforma a la izquierda.

—No, no. Quería decir que…

—Está bien —le aseguro—. Nunca me han gustado las casas grandes. Demasiado espacio. —Frunzo el ceño mientras miro la copa.

—¿Qué hay de malo en tener espacio?

Una sensación de melancolía familiar me invade por completo, la última imagen de mi padre dejando la casa acude a mi mente, pero me apresuro a hacerla a un lado y beber otro trago.

—Lo veo solitario, supongo.

—Vaya.

Silencio. Noah no me está mirando, tiene la vista fija en la alfombra otra vez, con la copa contra el pecho como si fuera una manta de seguridad en miniatura. La mía ya está vacía, y el calor del vino en el estómago me da el valor que Noah debe de haber estado buscando.

—Entonces, si nunca has estado con una omega —comienzo con cuidado al ver cómo tensa la mandíbula—, ¿eso significa que nunca te has anudado con nadie?

Sus nudillos palidecen contra la copa de vino y, por un momento, creo que va a romperla. El cambio es sutil, pero puedo sentir cómo se ha acelerado su respiración con una sola palabra. Eso hace que mi corazón también se acelere y empiezo a sentir un cosquilleo entre las piernas.

Y su esencia.

Podría ser un incienso encendido por cómo invade la habitación.

—No —dice en un susurro, casi con voz ronca—. Nunca.

Vacío mi copa de un trago, luego me estiro para dejarla en la mesa de café y me deslizo por el sofá acercándome a él. Siento su calor al entrar en contacto con su costado y el temblor en su piel al tocarle el antebrazo. Saber que puedo hacer que este alfa fornido tiemble de ese modo me hace sentir muy poderosa. Le cojo la copa para dejarla junto a la mía, llevo una mano a su pecho para jugar con el botón de la camisa y acerco la boca a centímetros de su barbilla.

—¿Y te gustaría hacerlo?

Así de cerca, alcanzo a ver los destellos verdes en el azul de sus ojos, pero el descubrimiento dura poco, porque sus pupilas se dilatan hasta teñir casi la totalidad de ambos iris de negro. Su corazón late tan fuerte que lo siento en los dedos y, a estas alturas, su ritmo coincide con el del mío.

Me gusta ver cómo se queda sin aliento cuando me inclino hacia él, cómo su mano me rodea la cintura como por instinto (pensándolo bien, seguramente lo es) cuando me monto a horcajadas sobre él, con una rodilla a cada lado de sus caderas. Ya siento la presión de cierta parte rígida contra mí y eso también me encanta.

—Mackenzie —me advierte con voz ronca, un octavo más baja—. ¿Estás segura de que quieres…?

Lo silencio con un beso, y sus intentos de ser caballeroso se esfuman con un gemido suave. Habla demasiado para ser alguien cuya forma de comunicación predilecta antes parecía ser fruncir el ceño. En otras circunstancias, hubiera celebrado que un hombre quisiera ser decente, pero hace casi un año que no paso de las caricias y los frotamientos, y ahora solo quiero que Noah sea muy indecente.

Sus uñas presionan la carne suave de mis caderas y siento el ardor incluso a través de la tela de mi vestido. Sus labios se abren de inmediato cuando presiono con mi lengua, y creo que su sabor

es más embriagador que toda la botella de vino que ha quedado olvidada en la encimera de la cocina.

No planeaba frotarme contra él, pero, al parecer, mi cuerpo tiene la necesidad inconsciente de acercarse a él, y la sensación de su miembro, duro y caliente, contra mí parece encenderlo. Siento cómo recorre mi cabello con los dedos hasta sujetarlo con fuerza para atraerme hacia él, seguido por una mano en mi culo, que lo presiona de un modo para nada decente.

Sí, eso es lo que quiero, pienso.

No estoy segura de que se percate de que estoy abriendo los botones de su camisa, supongo que yo también tendría dificultades para percibir mi entorno si estuviera enloqueciendo a alguien con un beso como lo está haciendo él. Sin embargo, cuando deslizo los dedos por su pecho desnudo hasta sus hombros, siento cómo se estremece y emite un sonido adolorido.

—Cama —suelta sin separar sus labios de los míos.

Aunque no es una pregunta, lo que implica es demasiado evidente.

—Sí.

—Condón —gruñe—. No tengo…

—DIU —digo sin aliento—. Y, cielos, seguro que conoces a mi ginecóloga. Trabaja en la segunda planta. Si tú estás limpio, podemos…

Chillo de sorpresa cuando me levanta con facilidad, con las manos debajo de los muslos, y me lleva hasta la cama.

Creo que eso responde a la pregunta.

Mi espalda impacta contra el colchón cuando casi me arroja sobre la cama. Sus dudas previas se han esfumado, y ahora se monta sobre mí a la velocidad de la luz, como si no pudiera tolerar estar separado de mi boca, pues la devora con voracidad.

—Hueles —siento su aliento en la mejilla— demasiado increíble.

Me gustaría decirle que él también huele bastante bien, pero su lengua en mi garganta hace que lo olvide por completo.

—Y sabes mucho mejor —gruñe contra mi cuello, con una voz extraña en él. Luego se frota contra mí. Puedo sentir cómo su polla presiona los pantalones sobre mi muslo. Mi entrepierna, que a juzgar por la humedad sabe más sobre el rango alfa de Noah que yo, ya es un caos; no recuerdo haber estado tan mojada como ahora jamás. Pero claro, es difícil recordar algo más allá de la forma en que Noah succiona mi cuello.

—Noah —jadeo y muevo las caderas como súplica silenciosa—. ¿Dolerá?

—No te haré daño —responde en un susurro contra mi piel—. A ti no. —Mientras mordisquea

mi hombro, siento como sube las manos debajo de mi vestido hasta mi muslo—. Porque tú eres una buena omega, ¿no? —Me deja sin aliento al tocar mi ropa interior para sentir la humedad debajo de la tela—. Puedes recibirlo todo, ¿verdad?

Me recorre un escalofrío, pues sus palabras provocativas le hablan a una parte de mí que se siente urgida por la falta de costumbre, como si nunca la hubieran tocado antes. Tengo una sensación como si mi interior se estirara después de una siesta muy larga, sus cumplidos me provocan un placer en todo el cuerpo que nunca había sentido.

Quizá también sea producto de la biología, es lo más probable de hecho, pero estoy demasiado caliente como para que me importe.

—Puedo hacerlo —prometo.

Chillo cuando se aparta de mí y se apoya sobre las manos para mirarme desde arriba con ojos brillantes. Ahora tienen un tono azul tormentoso que no se parece en nada al habitual, y sus labios están separados para dejar salir una especie de jadeo.

—No… —Presiona la mandíbula—. No me siento yo mismo. —Me recorre con una mirada que solo puedo describir como hambrienta—. Tal vez no deberíamos…

Algo dentro de mí comienza a lamentarse, no, no, no, por el pánico de perderme lo que está a punto de hacerme. De repente, pensar en que no me toque es casi doloroso.

—No te detengas —suplico con dificultad, y tiro de su camisa con fuerza, hasta arrancar los últimos botones—. Por favor.

Cuando bajo las manos para tocarlo sobre los pantalones, provoco un rugido dentro de su pecho.

—Mackenzie —me advierte—. Me está resultando muy difícil ser cuidadoso contigo. No sé… —Gruñe cuando presiono su bragueta—. No sé qué pasa conmigo. Tu olor en este momento me está volviendo loco.

Me levanto sobre los codos para poder lamer su garganta en el punto que sé que es sensible, donde su esencia es más fuerte.

—Entonces sé rudo —ronroneo—. Puedes serlo conmigo. —Tengo una palabra en la punta de la lengua, una que nunca había usado, pero que sé que es perfecta en este momento. Abro el botón de sus vaqueros y estiro hasta poder sentir su extensión sobre la tela de algodón—. Te deseo, alfa.

—Joder.

Su boca, labios y dientes, recorren cada centímetro de la piel que pueden alcanzar, al tiempo que usa las manos para tirar de mi vestido. No creo que sobreviva a esta noche si sigue tirando así, pero no podría importarme menos cuando siento el calor de sus manos en la piel. Levanto los brazos para que pueda sacármelo, y él lo arroja al suelo antes de sentarse y deshacerse de su propia camisa para agregarla al montón.

Cada centímetro, cada pico y valle del cuerpo de Noah parece haber sido tallado, y lo devoro con ojos ávidos, mientras que la necesidad de tocarlo amenaza con consumirme. Cuando noto que batalla con su cremallera, le aparto las manos para bajarla yo misma y, entonces, incluso debajo de la ropa interior, su erección es acechante y amenaza con desgarrar la tela. Mis manos se detienen en sus muslos, con los dedos en la cintura de sus vaqueros, pues todo su tamaño me deja perpleja por un momento.

Siempre supe que era grande, aun cuando apenas lo conocía, pero al verlo así, con los hombros anchos, los brazos gruesos, la polla que parece una amenaza para la salud, me resulta difícil creer que pudiera ocultar su rango de alfa durante tanto tiempo. Todo su ser lo está diciendo a gritos.

—¿Sabes que aprendimos anatomía alfa en la escuela de medicina? —pregunto mientras bajo más sus pantalones.

—Mmm. —Presiona los labios y observa mis movimientos—. Lo sé.

Rasguño sus muslos gruesos con cuidado cuando los vaqueros llegan a sus rodillas, que están apoyadas sobre la cama, y percibo cómo reacciona con un temblor.

—¿Y tú has aprendido sobre mí?

—Yo… —Sus pestañas se agitan cuando introduzco los dedos en el interior de sus calzoncillos —. Lo hicimos.

—Así que ambos sabemos cómo funciona. Técnicamente.

—Mackenzie —jadea cuando aparto la tela para liberar la punta brillante de su polla—. Puedo olerte. Jesús, Mackenzie, estás muy mojada.

Su voz es un eco lejano, porque toda mi atención se ha centrado en el calor que siento en la mano tras liberar su miembro. Ver a qué se debe todo el alboroto me inspira un poco de curiosidad y mucho deseo. Siento la piel suave de su miembro debajo de mi mano al recorrerlo hasta sentir la piel un poco más gruesa en la base. Creo que es apenas un rastro, un leve avance de lo que podría llegar a ser, pero incluso así, ver su nudo emana un nuevo torrente de lubricación entre mis piernas, como si mi cuerpo pudiera pensar por sí mismo. Como si supiera lo que Noah puede ofrecerme.

Y lo deseo, más que nada en el mundo.

Lo deseo todo.

Me inclino hacia él, mirándolo a los ojos entre las pestañas, para rozar la punta de su erección con la lengua, y el suspiro que suelta a modo de respuesta, como si apenas pudiera sostenerse, es suficiente para subir el ego de cualquiera. Voy dibujando círculos con la lengua y siento su sabor, que de algún modo es mejor que su esencia embriagadora, que tampoco me explico cómo ha podido volverse más dulce, más irresistible. En lo único que puedo pensar cuando me mira como si no supiera qué hacer con la necesidad de tener todo mi ser al mismo tiempo es: Vaya si vale la pena todo ese alboroto.

Pero mis atenciones duran poco, porque desliza los dedos por mi mentón hasta mi pelo y tira de él para llevar mi cabeza hacia atrás y besarme mientras se lanza sobre mí. No tengo ni la más mínima idea de cómo me ha quitado el sujetador (de hecho, es bastante probable que lo haya roto en dos piezas, aunque no es que vaya a quejarme), pero, cuando se extiende sobre mi cuerpo sin ninguna tela que separe nuestros cuerpos, percibo que es todo calor y músculos fuertes que se aplastan contra mí.

Mece las caderas sobre mí como si no pudiera evitarlo, sin dejar de devorar mi boca con los dientes y la lengua. Luego siento su aliento en la oreja cuando su cuerpo fornido me obliga a separar más las piernas, seguido de su voz grave cuando alinea la polla frente a mi coño.

—Dímelo otra vez —pide con una mano en mi mandíbula y la otra en mi cadera, para contenerme a mí o a él mismo, no sé muy bien—. Dime que lo quieres.

—Por favor —me escucho lamentar en un tono desconocido para mí. Es casi una súplica. ¿Alguna vez había suplicado?—. Lo quiero. Puedes, por favor… ah.

Aun con la cantidad de lubricación que siento entre mis muslos, que me avergonzaría en cualquier otro momento, noto cómo se estira la piel para amoldarse. Cierro los ojos para enfocarme en la fricción deliciosa con cada centímetro que va penetrando dentro de mí. Jadeo cuando llega a la base ligeramente más ancha y ambos tenemos que recuperar el aliento un momento.

A pesar de todas las malas citas de este año ajetreado y de los trenes a escala, el sexo no es una novedad para mí. Soy una mujer moderna que intenta satisfacer las necesidades de su cuerpo con quien decide hacerlo, pero creo que nunca lo he experimentado así. No es solo el placer, que es delicioso, por cierto, sino la sensación de que Noah encaja perfectamente en mí. Y no solo en ese aspecto obvio. Es la sensación extraña de estar llena, tal vez por primera vez.

Y, si es a causa de las hormonas, deben de ser unas realmente potentes.

—Mackenzie, yo… —Hunde la cabeza en mi garganta y realiza un movimiento minúsculo con las caderas—. Podría correrme en este mismo instante. Mierda, me siento tan bien estando dentro de ti.

—Puedes moverte —le digo sin aliento—. ¿Puedes? Quiero… ah.

El primer empuje me corta la respiración y hace que los dedos de los pies se tensen. Luego vuelve a avanzar, con lo que siento la resistencia casi imperceptible cuando llega al nudo; entonces me debato entre la preocupación por cómo se sentirá cuando se hinche y la impaciencia por experimentarlo. Quiero sentirlo al completo, más que nada que haya deseado nunca, y no alcanzo a comprender por qué. Presiono sus caderas con las rodillas y me muevo para poder recibir más.

—Mackenzie —dice casi en un lamento—. No creo… ah, joder. No voy a durar mucho, es tan jodidamente bueno… Dime cómo hacerte sentir bien.

Quiero decirle que ya me siento increíble, pero parece que no puedo recordar cómo formar

palabras en este momento, así que atraigo su rostro para besarlo y disfrutar de su lengua entrelazada con la mía, al mismo tiempo que me penetra un poco más fuerte. Gimo contra su boca al rodearlo con las piernas parar instarlo a seguir así. Él sostiene mi cintura con una mano para moverse dentro de mí y, con cada vaivén, su nudo se hincha un poco más y siento más presión aún cuando me penetra una y otra vez.

Y mi cuerpo parece saber muy bien lo que debe hacer. Esas dimensiones descubren puntos en mí que no sabía ni que existían y me convierten en un saco de gemidos debajo de él.

—Puedes correrte. Quiero que lo hagas.

—Pero… necesito…

—Hazlo —insisto—. Quiero sentir tu nudo. Por favor, Noah.

Cielos, creo que nunca había deseado tanto algo en mi vida.

—Voy a… —Apoya la frente en la mía, mientras desliza los labios sin rumbo sobre los míos—. No puedo. Voy a…

Alguien grita, aunque la verdad es que no sé si ha sido él o yo, pero veo estrellas con los ojos cerrados cuando siento que su cuerpo se tensa, su polla se agita dentro de mí y el nudo comienza a crecer y crecer. Se expande hasta que creo que no puede ser más grueso y su polla queda atrapada dentro de mí mientras tiembla por el orgasmo. No puedo precisar lo que acabo de sentir, pero ha sido… definitivamente algo.

—Tú no te has corrido —jadea frustrado.

—Si quieres que te diga la verdad, ha sido increíble de todas formas —le aseguro con un beso en la mejilla.

—Te vas a correr —gruñe mientras se endereza, sosteniéndome por la cintura. Eso hace que el nudo tire dentro de mí, lo que me provoca un gemido. Luego tengo que coger las almohadas, pues necesito algo que me dé estabilidad cuando me levanta por el culo para pegarme contra él, con las piernas a cada lado de sus muslos. Se muerde el labio, concentrado, y su frente está cubierta de sudor. Puedo sentir que, cada vez que se mueve, es tan tortuoso para él como para mí.

Entonces empieza a acariciarme el clítoris, ya muy sensible, y yo siento escalofríos por toda la piel. Mi cabeza se arquea hacia atrás y mis labios se separan cuando estimula el centro nervioso con los dedos.

—Noah.

—Quiero que te corras para mí —insiste—. Te vas a correr sobre mi nudo. Lo necesito, Mackenzie.

Asiento distraída, con los dientes clavados en mi labio inferior, mientras escucho gemidos de placer que sospecho que salen de mí. Su forma de tocarme, acompañada por la plenitud dentro de

mí, por poco me sobrepasa, provoca como descargas de corriente que se extienden a lo largo de mi piel siguiendo el ritmo de sus caricias sobre mi clítoris hinchado. Ya puedo sentir la presión creciente que invade mi vientre, cómo se tensan los músculos ejerciendo presión sobre un punto que ya está en una tensión máxima. Cada movimiento de sus dedos hace que aún presione más sobre su nudo, y cada vez que lo hago, él murmura entre dientes. En lo más profundo de mí, soy consciente de que él está viendo cómo me deshago con sus caricias, pero, después de todo lo que ha pasado esta noche, no siento ni una pizca de vergüenza. Escucho sus palabras de aliento y sus halagos, que resuenan en mis oídos aunque sean murmullos: «deliciosa», «mírate», «así».

—Sigue tocándome —suplico—. Sigue, así, ahí.

—Cada vez te siento más estrecha —dice entre dientes—. Me voy a correr otra vez. Joooder.

—No pares. Sigue así, sigue —jadeo—. Sí.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan como la cuerda de un arco justo antes de que me deshaga en un manojo de temblores. Mis muslos palpitan y mi interior se estremece aún más, acompañado por un grito de palabras inconexas. Cuando consigo relajarme, aún puedo sentir las caricias suaves de los dedos de Noah en mi clítoris hipersensible. Abro los ojos cuando los aparta y veo cómo se los lleva a la boca para limpiarlos con la lengua, entrecerrando los ojos cuando lo hace.

Finalmente, extiendo los brazos como una invitación silenciosa, y no tengo que convencerlo para que se estire a mi lado y me abrace contra su pecho, con un muslo sobre el suyo. Me siento exhausta y satisfecha, aun cuando su nudo sigue pulsando en mi interior. No decimos nada al principio. Nuestras respiraciones se van acompasando mientras intentamos recuperar el aliento, y, cuando por fin levanto la vista, veo sus ojos sobre mí, con la misma mirada salvaje que se apoderó de él desde que lo besé en el sofá.

—Eso sí que ha sido… —Carraspeo—. Algo.

—Algo —repite distraído—. Sí.

Ahora que todo ha terminado, siento que nuestros estados de ánimo están algo alterados, pero dado que estaré anudada a Noah por un tiempo indeterminado, intento aligerar el ambiente.

—¿Lo ves? Los anexos sexuales son geniales.

—Claro —afirma, aunque aún parece preocupado—. ¿Estamos… bien?

Ah, así que eso era lo que le preocupaba. Me río despacio y me extiendo para besarle la mejilla.

—No te preocupes —le aseguro—. No te pediré que me muerdas para marcarme en un futuro cercano.

—De acuerdo —dice en tono pausado, sin dejar de fruncir el ceño. Tal vez no está convencido de que no vaya a hacer que me marque contra su voluntad.

Me río de esa idea absurda y le acaricio el pecho con la nariz. A fin de cuentas, es solo sexo.

—Duérmete, doctor Taylor —bromeo—. Mañana trabajas temprano.

Siento un beso muy ligero en el cabello, seguido por su asentimiento. Cierro los ojos, invadida por la fatiga y acunada por la satisfacción de mis extremidades y por el palpitar placentero de su nudo dentro de mí, que aun ahora sigue provocando réplicas suaves.

Vuelvo a sonreír mientras bostezo al pensar, otra vez, que es una tontería que tanta gente pierda la cabeza después de probar algo así. Sí, es una experiencia increíble, pero ¿poner todo tu mundo patas arriba por un buen revolcón? Es ridículo.

Siento que su nudo aún palpita ligeramente, lo cual hace que un escalofrío recorra mi columna, pero cierro los ojos y me concentro en la palpitación firme de su corazón en mi oído, y me obligo a dormir y a no dejar que esto se vuelva incómodo.

Claro que cualquier chica podría acostumbrarse a esto, sin duda, pienso mientras comienzo a quedarme dormida.



CAPÍTULO 10

Noah

Al despertar, tardo un momento en recordar dónde estoy.

Las sábanas son más brillantes que las mías, de color lavanda suave, debajo de una manta gruesa y afelpada. No abro los ojos de inmediato, y todo lo sucedido anoche entre Mackenzie y yo se reproduce en alta resolución bajo mis párpados, seguido por todas las preocupaciones y dudas que arrojé por la ventana cuando me besó, haciendo que todo estuviese claro como el sol de la mañana. Y, pese a que debo admitir que ha sido una noche increíble, no puedo evitar preocuparme por cómo se complicarán las cosas a partir de ahora.

Abro los ojos despacio, con cautela, y extiendo las manos hacia la izquierda, pero encuentran solo sábanas. Sorprendido, parpadeo hacia el techo antes de levantar la cabeza para ver que la cama está vacía. Me siento despacio y miro alrededor del monoambiente diminuto de Mackenzie. No hay rastro de ella en la sala ni en la cocina. Estoy solo.

¿Qué demonios?

Bajo las piernas hacia el suelo de madera, me inclino para recuperar mis pantalones y el móvil olvidado en el bolsillo. Todavía falta una hora hasta que comience mi turno, que es mucho tiempo en realidad, pero no es típico de mí dormir tanto. A decir verdad, no recuerdo un solo día en mi vida en que haya dormido mejor que anoche y no puedo fingir que no se debe a la omega desvergonzada cuyos labios aún puedo saborear y cuyo cuerpo aún puedo sentir presionando contra el mío.

Durante mi vida adulta, no he pensado demasiado en la parte más explícita de mi composición biológica, es decir, es difícil anhelar la idea de anudarse con alguien cuando solo puedes hacerlo con una contraparte casi mitológica, que tenía cero posibilidades de conocer de todas formas. Había asumido que era una de esas tonterías hormonales que suenan mucho mejor de lo que son en realidad.

Eso pensaba, hasta que Mackenzie Carter cayó en mi regazo. Literalmente. Joder. Todavía puedo sentirla cuando cierro los ojos y escuchar sus gemidos suaves cuando estaba dentro de ella. Puedo decir con absoluta honestidad que no hay nada en la vida que se pueda comparar con eso.

Y eso es lo que me tiene tan preocupado.

Es imposible que continuemos con nuestro acuerdo después de una noche así. Creo que no podríamos pasar tiempo juntos sin dar rienda suelta a nuestros instintos básicos ahora que hemos probado cómo funciona. ¿Acaso eso no haría que todo lo que intentamos lograr sea más difícil? Ahora ni siquiera puedo pensar sin que pasen por mi mente destellos del cuerpo suave y desnudo de Mackenzie jadeando debajo de mí y sin que su esencia siga acechándome.

Y seguro que ella siente lo mismo, y por eso ha desaparecido antes de que yo despertara. Debe de estar muerta de preocupación de que no pueda dejar de comportarme como un ridículo macho alfa y comience a acosarla por los pasillos para pedirle que acepte mi apellido o algo así. Santo Dios. Seguro que le pondrá fin a todo esto de inmediato. Borrará mi número y fingirá que nunca nos hemos conocido. Ella…

—Buenos días —saluda la omega en cuestión desde el otro lado de la habitación al salir por una puerta que no había visto, con el cabello envuelto en una toalla—. Pensé que dormirías todo el día. Me preguntaba cuántos ataques cardíacos provocarías y luego tendrías que operar si llegaras tarde por primera vez en tu vida.

—Yo… —Siento que abro y cierro la boca como un pez fuera del agua—. Buenos días. —Me distraigo otra vez al verla solo con un sostén y los pantalones de su uniforme, con la piel rosada y fresca después de la ducha y una sonrisa radiante, acercándose a mí desde lo que supongo que es el baño para sentarse al otro lado de la cama—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco —dice sonriendo—. Debajo de todos esos músculos, eres bastante acolchado. ¿Y tú? Me sorprendió que no roncaras, imaginé que lo harías.

Su actitud relajada me toma por sorpresa y me deja un segundo boquiabierto. ¿No me estaba preocupando de que todo se fuera al diablo apenas hace un minuto? Pero aquí está. Como si nada hubiera pasado.

—He dormido bien —respondo mientras veo cómo libera su cabello de la toalla con tranquilidad y comienza a peinarse los mechones, que caen tentadores sobre sus pechos, los mismos que aún puedo sentir en mis manos y en mi lengua—. Muy bien, de hecho.

—Te lo dije. —Deja lo que está haciendo para subirse a la cama y darme un beso—. Los anexos sexuales son geniales.

No sé qué es lo que más me sorprende, si su actitud informal o cómo me deshago en su beso, aun después de la preocupación de hace un momento. Sujeta mi mandíbula con sus dedos para mantenerme cerca y me sonríe después de juntar nuestros labios cuando nos separamos.

—Sí. Geniales —murmuro.

—Será mejor que vayas a ducharte —dice con un beso ligero antes de alejarse—. De verdad creo que todos se desmayarán si llegas tarde —afirma, y salta de la cama para recuperar la camiseta que cayó sobre una silla cerca de la ventana. Antes de ponérsela, me guiña un ojo—. Al menos no tendrás que impregnarme con tu esencia en un futuro cercano —añade.

La veo desaparecer en el baño otra vez para secarse el cabello, y ahora me siento mucho más

confundido que cuando me desperté. Parece que he estado preocupándome por nada.

¿Y por qué eso me sigue preocupando?

***

La confusión me acompaña durante el resto del día después de despedirme de Mackenzie en su apartamento. Me esfuerzo por hacer mi trabajo como siempre, pero, además de la confusión respecto a Mackenzie y el significado de lo que hicimos, también me acecha el recuerdo vívido del acto en sí mismo y eso me impide concentrarme.

En cada momento de silencio escucho un eco de los gemidos suaves de Mackenzie y, cada vez que estoy solo, su expresión cuando estuve dentro de ella amenaza con causarme problemas todo el día; la sensación de estar dentro suyo amenaza con provocarme una erección en las circunstancias más inapropiadas.

Es injusto lo fácil que parece estar manejándolo. En especial cuando, para empezar, fui yo el que montó todo el jaleo por cómo podían complicarse las cosas.

Reprimo esos pensamientos aproximadamente por duodécima vez desde que entré a trabajar esta mañana y me fuerzo a no recorrer los pasillos en busca de una figura familiar, otra vez, consciente de que no tiene motivos para estar en esta planta siquiera. Por el contrario, me enfoco en la ficha que contiene la información de la consulta preoperatoria que debo atender, pero frunzo el ceño al ver que es una paciente de Dennis. Me fastidia que tenga otra razón para venir a mi consulta, pero supongo que es parte del trabajo.

Cuando encuentro el número de habitación, la puerta ya está abierta, pero llamo antes de entrar con el mejor intento de una sonrisa.

—Hola, ¿señora Pereira?

—Así es. —La mujer menuda me ofrece una sonrisa nerviosa y me mira sobre la montura roja de sus gafas.

—Perfecto. —Sostengo la carpeta bajo el brazo y le extiendo la mano—. Así que tiene una pequeña obstrucción, ¿correcto?

—Eso me han dicho —afirma con los labios fruncidos mientras se ajusta mejor el chal.

Observo su ficha otra vez.

—Aquí dice que su electrocardiograma presentó irregularidades, pero no es nada fuera de lo común —le aseguro—. Podemos arreglarlo, sin duda.

—No parece mayor que mi hijo —comenta al ajustar sus gafas para mirarme mejor.

—Ya. —Mi sonrisa se vuelve más tensa. Estoy bastante acostumbrado a esto—. Me lo dicen mucho, pero le prometo que he hecho esta operación miles de veces. No tiene de qué preocuparse.

—¿Cuáles son los pasos a seguir exactamente?

—Bueno, vamos a tomar imágenes de su corazón ayudados por tinturas de contraste para ver mejor cómo está. Es como usar rayos X, pero en este caso para observar los vasos sanguíneos, y así nos formaremos una mejor idea de la gravedad de la obstrucción para poder evaluar si necesitará stents que faciliten la circulación de la sangre en el corazón.

—Me dormirán para hacerlo, ¿no?

—Por supuesto —le aseguro—. No sentirá nada. Si la obstrucción es grave, colocaremos stents para abrir las arterias y que la sangre vuelva a fluir con normalidad. Es como si un mecánico hiciera un cambio de aceite.

—Sí, así suena mucho menos aterrador —comenta entre risas.

—Va a estar bien —le prometo—. Está en buenas manos.

—Eso me han dicho —repite.

—De acuerdo. Ahora, si tiene alguna pregunta, la responderé con gusto. —Ojeo la ficha una vez más—. Hoy voy a ordenar que le hagan unos análisis de sangre, y cuando estén los resultados, programaremos el angiograma, es decir, el examen para ver mejor cómo es la obstrucción, y luego, cuando esté todo listo, podremos proceder con…

Alguien llamando a la puerta interrumpe mi explicación, pero intento disimular la irritación al ver quién entra en la habitación. El cabello cano de Dennis aparece contra el marco de la puerta, y su sonrisa entusiasta no hace más que potenciar mi enfado.

—Hola, señora P. —saluda con dulzura—. Pasaba por aquí y pensé en venir a verla.

—¡Doctor Martin! —La mujer parece más animada que hace un momento—. Me alegro de verlo.

—Espero que el doctor Taylor la esté tratando bien —comenta él en un tono provocador que me pone los nervios de punta—. A veces puede ser un poco gruñón.

—No, no, para nada —ríe ella—. Me ha tratado muy bien.

—Le estaba explicando cómo será el procedimiento —le digo con frialdad—. Entonces…

—Siempre directo al grano, eh —ríe Dennis, con una palmada en mi hombro. Por alguna razón, siento ganas de romperle la mano—. No le gusta charlar como a nosotros, los viejos.

—No podía creer lo joven que es —admite la señora Pereira—. Cuando me dijo que vería al jefe de departamento, ¡imaginé a alguien de nuestra edad!

—Bueno. —Dennis se encoge de hombros y se mete las manos en los bolsillos de la bata blanca —. Intentamos no juzgarlo por su edad. Lo hace bastante bien para ser un cachorro.

Tengo que apretar los dientes para no decir algo de lo que me arrepentiré. Tal vez nuestra paciente en común no se percata de que Dennis está siendo condescendiente, pero yo sí. Es algo a lo que estoy acostumbrado, pero, por alguna razón, hoy me resulta mucho más difícil pasarlo por alto.

—Doctor Martin —le digo con voz tensa y señalando hacia la puerta—. De hecho, tenía una pregunta para usted, ¿le importa?

—Por supuesto —responde con esa misma sonrisa exasperante—. Encantado de verla, señora Pereira. No deje que el doctor Taylor se ponga muy mandón.

—No, seguro que se porta bien —dice la señora con una risita.

Salgo al pasillo para dejarlos atrás. Siento cómo me hierve la sangre y aprieto los puños a los lados mientras espero a Dennis. Me aseguro de que la puerta se haya cerrado antes de hablarle.

Dennis sale con actitud inocente y se apoya contra la pared junto a la puerta.

—¿Qué pasa, Noah?

—¿Qué demonios intentabas hacer ahí dentro?

—¿A qué te refieres? —Él inclina la cabeza y finge confusión.

—No me vengas con esas —rujo—. Quizá haya personas que no vean lo manipulador que eres, pero yo sí.

—Vaya. Alguien está de muy mal humor hoy. —Me mira como si fuera ridículo—. Solo estaba saludando a una paciente. No tienes por qué alterarte.

—Guárdate tu falsa amabilidad —le advierto—. He tenido suficiente.

Para mi sorpresa, Dennis sonríe. Parece casi… complacido. Como si le hubiera dado buenas noticias. Eso me enfurece por completo.

—Supongo que este es ese famoso temperamento del que tanto hablan. —Su sonrisa se amplía, vuelve a meterse las manos en los bolsillos y se aparta de la pared mientras me observa de arriba a abajo—. Supongo que eres todo un alfa después de todo, ¿no?

Me deja atónito y furioso, debatiéndome entre querer lanzarle una silla o un puñetazo, pero no puedo decidirme. Tardo un buen tiempo en tranquilizarme, pero soy incapaz de relajarme de verdad hasta que sus pasos se han desvanecido y estoy solo de nuevo. Me pregunto qué diablos pasa conmigo.

Yo no soy así. No dejo que idiotas como Dennis me saquen de quicio de este modo. Y, a pesar de todas esas historias sobre cómo hago llorar a las enfermeras, no recuerdo haberle gritado a un

compañero de trabajo como acabo de hacerlo. Parece que cada día que paso sin supresores me vuelvo menos yo mismo. Hace que me pregunte si esta pantomima a la que me aferro merece que caiga en la locura que me está provocando.

Supongo que eres todo un alfa después de todo, ¿no?

Aparto la voz sarcástica de Dennis de mi mente, respiro hondo para tranquilizarme y me recuerdo que todavía tengo trabajo que hacer. Puedo lidiar con esto más tarde. Creo.

Eso espero.

***

El encuentro con Dennis me persigue durante las siguientes horas, en las que atiendo dos consultas más, e incluso ahora, durante el almuerzo, siento una sensación de incomodidad en la piel, como un picor que no alcanzo a rascarme. Es cierto que Dennis y yo nunca hemos sido amigos cercanos, y es probable que nunca lo seamos, pero al menos hasta hoy había podido mantener una buena relación profesional con él a pesar de todas sus provocaciones solapadas. La confrontación me preocupa porque, a este ritmo, haré que me despidan por la misma razón que intento demostrar que es infundada.

Me digo a mí mismo que bajar a su planta es algo perfectamente normal. A fin de cuentas, se supone que somos pareja, ¿no? Que yo pase por ahí seguro que reforzará nuestra farsa. No es que ninguna de esas justificaciones me dé una idea de cómo le explicaré a Mackenzie por qué he bajado a urgencias, un lugar que he visitado más en las últimas dos semanas que en los últimos dos meses. No tengo una buena razón para estar aquí, pero, a cada hora que pasa desde esta mañana, me atormenta una necesidad cada vez más acuciante de verla. En mi mente, intento justificarlo como el deseo caballeroso de saber cómo se encuentra después de lo que pasó anoche.

Noté que al menos dos enfermeros y tres médicos giraron la cabeza al verme pasar por los pasillos, y todos observan mi perfil como si fuera una especie de visitante extraterrestre inexplicable. La situación hace que me pregunte si de verdad ven algo de esa ridiculez del «Hombre del Saco del Hospital General de Denver» de la que todos han estado hablando.

Deambulo durante cinco minutos tras bajar del ascensor hasta que por fin escucho una risa familiar al final del pasillo al doblar la esquina. Tan solo escucharla hace que la tensión en mis hombros se relaje, algo de que ni siquiera me había dado cuenta hasta este momento. Noto que mi paso se acelera, porque mi cuerpo parece querer cubrir la distancia lo más rápido posible, como si tuviera mente propia. Segundos después, veo la cola de cabello de suave color arena volcada hacia atrás cuando ella se echa a reír; luego empuja el hombro de alguien como si hubiera escuchado una broma.

También noto que el hombro es muy masculino.

Eso también me afecta de forma extraña, por razones completamente diferentes.

Me detengo a unos diez metros de ella y la veo conversar con un cambiaforma apuesto, unos centímetros más bajo que yo. El aroma del hombre hace que mi piel se erice, en especial por su proximidad a Mackenzie, y el hoyuelo encantador en su rostro atractivo solo hace que su sonrisa parezca más radiante. Pero lo peor es notar, aun a esta distancia, cómo mira a mi pareja.

Mi pareja ficticia, me corrijo.

Pero la corrección no aplaca el sofoco que invade mi pecho de repente.

En un segundo, Mackenzie percibe mi presencia y su risa se apaga, reemplazada por la confusión.

—¿Noah?

—Eh… —Mis ojos se desvían al hombre junto a ella, que parece menos feliz que hace un segundo, y luego vuelven a Mackenzie, quien me mira con evidente curiosidad—. Vine a ver cómo va tu día.

—Mi día —repite con voz lejana. Quiero que me trague la tierra, pero ella se recupera enseguida y me sonríe—. Ha estado bien. Fue una mañana algo lenta, de hecho. No ha venido ningún hueso roto.

—Algo sorprendente, dado que es temporada de esquí.

—Eso mismo pensé —ríe. Hasta que parece recordar que hay otra persona y mira al hombre, avergonzada—. Lo siento. Noah, él es Liam. Trabaja conmigo en urgencias.

—He oído hablar mucho de usted, doctor Taylor. —Liam sonríe y me extiende la mano, pero la sonrisa no se extiende hasta sus ojos.

—Puedes llamarme Noah. —Su sonrisa comienza a irritarme, pero no sé por qué—. Lo siento, Mackenzie nunca te ha mencionado.

Ha debido de sonar más duro de lo que pretendía, porque Mackenzie frunce la nariz y la sonrisa de Liam empieza a flaquear.

—¿No? —pregunta ella con una risita que suena incómoda—. Lo siento. Solemos estar muy ocupados hablando de torsos abiertos y de qué hacer para cenar.

—No te preocupes —le asegura él—. La mitad de las veces, Mackenzie está tan ocupada que ni siquiera levanta la cabeza de los pacientes. Nunca he conocido a un médico más dedicado a su trabajo.

—Es asombrosa —digo con honestidad, y veo cómo ella me observa sorprendida—. Soy afortunado de tenerla.

—Por supuesto —asiente con un rastro de intranquilidad. Luego le da un apretón en el hombro a

Mackenzie, con lo que la sensación de sofoco amenaza con llenar mi pecho otra vez—. Estaba diciéndole que montaré una fiesta con pizzas para toda la planta si llegamos al fin de semana sin ver otro hueso roto.

—Y yo le he respondido que eso es imposible —ríe ella.

—Es bastante improbable —balbuceo. Al notar que la mano de él sigue sobre su hombro, y, a pesar de lo que dice mi mente, mi cuerpo parece actuar por voluntad propia y la atrae hacia mí para abrazarla y asegurarse de que Liam aparte la mano de su hombro—. Y supongo que por eso somos tan afortunados de que Mackenzie sea tan capaz.

Entonces se produce un silencio incómodo y, en cuanto Liam procede a aclararse la garganta, me percato de que estamos parados en círculo y aún no he dado ni una sola razón para estar aquí abajo.

—Bueno —digo mirando a Mackenzie, en un intento de sonar casual—, acabo de terminar con mis consultas de la mañana y me preguntaba si querías almorzar.

—Vaya. —Su genuina sorpresa hace que sus ojos se vean más grandes—. Esto… —Desvía la mirada hacia Liam por un momento antes de encontrarse con la mía. Parece un poco avergonzada—. Pensé que dijiste que estarías… ya sabes. Que estarías ocupado la mayor parte del día. Así que le dije a Parker que comería con él.

—Vaya. —Asiento con más énfasis de lo necesario—. Por supuesto. Debería haberte enviado un mensaje antes de venir.

—No, está bien. —Ella extiende la mano para tocarme el brazo, e incluso el roce suave de sus dedos a través de mi manga parece aliviar esta sensación extraña dentro de mí—. Puedes venir con nosotros, si quieres.

—No, no —insisto—. Está bien. Ahora que lo pienso, tengo que firmar unos expedientes de todos modos. Debería adelantar esa tarea. Nos vemos luego.

—Está bien —responde sin dejar de tocarme el brazo—. ¿Te veo en casa?

Es una mentira, y lo sé. Entonces, ¿por qué me hace sentir mejor que lo haya dicho?

Creo que la sorprendo al acercarme más a ella, lo que también aleja aún más a Liam, e inclinarme para reclamar un beso. Sé con certeza que a mí sí me ha sorprendido, dado que ni siquiera creo haber tomado la decisión consciente de besarla. Solo ha sucedido así.

Es un beso rápido, casi casto, pero lo extiendo un segundo más de lo necesario, en el que me regocijo en la pequeña victoria de que Mackenzie ceda de inmediato. Escucho a Liam hacer un sonido incómodo por lo bajo, y algo en mí resuena como un ronroneo de satisfacción por haber dejado claro que Mackenzie no está a su alcance.

Suena como una locura incluso en mi cabeza.

Me aparto de ella, esforzándome por no parecer un embrollo de conflictos internos e incertidumbre, y repito «Nos vemos en casa» muy cerca de sus labios antes de marcharme por el extremo opuesto del pasillo. No hay nada apropiado en lo que acaba de ocurrir, y sé que, si me detengo a analizarlo, estaré aún más preocupado de lo que ya lo estoy.

No disminuyo la marcha hasta estar en la seguridad de mi planta, encerrado en mi consulta, donde me hundo en mi silla y suspiro mientras reflexiono sobre lo caótica que ha sido la mañana. Tal vez me estoy desmoronando.

Mi teléfono vibra en el bolsillo, justo en el momento en que estoy considerando golpearme la cabeza contra el escritorio. Me apresuro a sacarlo y veo de inmediato el nombre de Mackenzie en la pantalla iluminada.

Mackenzie: ¿Ha pasado algo? Parecías algo extraño.

Si ella supiera.

Noah: Solo el idiota de Dennis. Supuse que sería bueno que nos vieran juntos.

Mackenzie: Ah, bien pensado. El beso ha sido un buen toque. Creo que le has provocado un ataque cardíaco a Liam. En mi planta todos creen que eres un asesino en serie en tu tiempo libre.

Me tomo varios segundos para pensar en cómo responder a eso. Me muerdo el labio inferior mientras pienso por qué demonios la he besado, pero acabo por soltar un suspiro y escribir una mentira.

Noah: Solo sigo con mi parte del juego.

Luego dejo caer el móvil sin esperar respuesta y cedo ante el impulso de dejar que mi cabeza golpee contra el escritorio y de gruñir sobre la madera. De todo lo que ha pasado en el día de hoy, nada se compara con la revelación aterradora de que estoy completamente sobrepasado.

«No creo que sea una buena idea. Podría complicar las cosas», le dije. Y en ese momento lo decía en serio.

Pero nunca pensé que podría ser yo el que complicara las cosas.



CAPÍTULO 11

Mackenzie

—Entonces, ¿qué? ¿Os quedasteis… pegados?

La expresión de Parker es de horror y de intriga a partes iguales. Tiene el ceño fruncido y está inclinado sobre la mesa de la cafetería del hospital.

—Sí, básicamente sí —confirmo—. La verdad es que había asumido que esa parte era una exageración de los libros de biología, pero es bastante similar a como dicen.

Él frunce el rostro como si le hubiera dicho que comencé a poner huevos de repente.

—¿Y qué demonios haces durante ese tiempo? ¿Jugar al ajedrez?

—No —digo riendo—. Dormimos. Debo decir que Noah sabe cómo dejar a una chica exhausta.

—¿Cómo puedes dormir así?

—Fue extrañamente cómodo, en realidad. Como dormir después de una buena sesión de entrenamiento.

—Así que, él descarga y luego… ¿se infla como un globo?

—Podría describirse así, supongo. —Sonrío antes de morder un trozo de pan—. Me sentí como una botella de vino. —Él alza una ceja intrigado, a lo que sonrío con malicia—. Encorchada.

—Eres cruel —lamenta disgustado.

—Eso dicen.

Parker sacude la cabeza y se concentra en comerse la ensalada con placer.

—*Aún no puedo creer que hayas tenido sexo con el Maldito Noah Taylor.*

—Al menos he obtenido respuestas a todas esas dudas que no te dejaban dormir.

—Muy graciosa —replica. Yo hago una mueca mientras muevo el cuello, así que me mira con

las cejas elevadas—. ¿Qué te pasa?

—Me siento un poco entumecida. Debo haber dormido mal.

—Eso era lo que intentaba decirte —añade.

—No, no. Esa parte fue perfecta. —Sonrío y giro los hombros para aliviar esta tensión extraña que he estado sintiendo toda la mañana.

—¿Has pensado en lo extraño que puede ser todo ahora? —inquiere apuntándome con el tenedor.

—¿Y eso por qué? —Hago una mueca mientras mastico.

—Has estado el doble de tiempo que yo en la universidad, deberías ser más inteligente —protesta.

—Vaya, muchas gracias.

—Solo quiero decir que ya estabas envuelta en una red extraña de mentiras con ese tipo y ahora, además hay que agregar el sexo a la mezcla. ¡Con un alfa! ¿Dónde has dejado esa preocupación de que impusiera una especie de dominio lobuno sobre ti?

—Supongo que exageraba —digo encogiéndome de hombros—. Noah parece ser un buen tipo.

—Mmm, estoy seguro de que el alfa sin supresores debe estar orgulloso de haberse anudado con su primera omega —apunta él.

—¿Puedes bajar la voz? Ya solo te falta subirte en la mesa y comenzar a explicarles a todos cómo es la polla de Noah.

Un cuerpo se desploma en la silla de al lado y casi me mata del susto, hasta que veo que se trata de Priya.

—Así que estamos hablando de la polla de Noah. —Se inclina emocionada después de dejar su bandeja sobre la mesa y se acomoda los bucles detrás de las orejas como si esperara un obsequio.

—No —sentencio enseguida, y le lanzo una mirada a Parker para dejarle claro que es culpa suya —. En absoluto.

—Venga, vamos —lamenta Priya—. No puedes privarme de ese material, ya me he perdido toda una vida de historias.

—Solo estábamos comentando lo estúpidos que son todos los cotilleos —comento como de pasada, enfocada en mi comida—. He estado escuchando una buena sarta de tonterías esta semana.

—¿Sobre la polla de Noah? —Priya me da un empujoncito cómplice.

La verdad es que no puedo negarlo. En algunas salas he escuchado varios cuchicheos sobre el posible funcionamiento de la anatomía de mi compañero ficticio. Bueno, en realidad creo que entiendo que el tema pueda generar curiosidad.

—Entre otros temas —balbuceo.

—Bueno, yo he oído por ahí que hoy has recibido la visita de tu amorcito en urgencias —dice Priya con voz cantarina.

—¿Qué? —Parker se detiene justo antes de meterse la comida en la boca.

—Venga, tampoco es para tanto —respondo como si nada.

—No es lo que he oído —me contradice Priya—. Jessica, la de Radiología, me ha comentado que os habéis estado besando en el pasillo.

—Pero bueno, ¿quién demonios es Jessica de Radiología y por qué se pasa todo el día chismorreando sobre mí?

—No es solo ella —afirma Priya—. Hasta en Anestesiología estaban cuchicheando sobre eso. El técnico que trabaja conmigo lo mencionó después de poner una epidural.

—Ni siquiera ha pasado una hora —exclamo—. Necesitan encontrar algo mejor que hacer que hablar sobre nosotros.

—Sí —interviene Parker—. Pero ¿por qué no has empezado por ahí cuando te sentaste? Besarte con Noah en el pasillo es algo digno de contar.

—No ha sido gran cosa —afirmo negando con la cabeza—. Noah me dio un pico de despedida, nada más.

—¿Y no te resulta extraño?

—¿Por qué iba a ser extraño? —pregunta Priya—. Son pareja, ¿no?

—Sí —respondo entre dientes, mientras le dirijo una mirada asesina a Parker—. No tiene nada de extraño.

Parker imita mi expresión mientras apuñala su ensalada. Luego se la lleva a la boca y mastica, pensativo.

—Me refería a que nunca antes os habías besado en el pasillo —dice encogiéndose de hombros.

Sé a lo que se refiere, aunque Priya no lo entienda, pero no puedo decirle que Noah estaba representando su papel con ella aquí sentada.

—Debes estar feliz de no tener que fingir —reflexiona Priya—. Debe ser agradable tener a un alfa que no pueda sacarte las manos de encima en todo el día.

Hago una mueca, que disimulo enseguida, al tiempo que Parker me mira con una ceja elevada como diciendo «a eso me refiero», pero pongo los ojos en blanco y miro para otro lado. Solo lo hace porque…

—Pobre Liam —añade Priya—. Debe estar devastado después de descubrir que tienes pareja.

—¿Qué? —Arrugo la nariz—. ¿Qué tiene que ver Liam en todo esto?

—Jessica dice que parecía un cachorro abandonado cuando le contó lo del beso.

—Espera, ¿Liam se lo contó a Jessica de Radiología? ¿Por qué?

—Mackenzie —dice Priya sacudiendo la cabeza—. Pensaba que sabías que lleva enamorado de ti por lo menos seis meses.

—Pero qué dices, ¡qué va a estar enamorado! —afirmo con incredulidad.

—De hecho, estoy bastante seguro de que es verdad —interviene Parker—. He visto cómo te reía los chistes.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que son malísimos —afirma él.

—Venga ya, vete al diablo.

—No puedo creer que no lo supieras —dice Priya—. Estoy segura de que todos lo saben, al menos desde la planta dos a la seis.

Pienso en eso mientras recapitulo mis interacciones con Liam e intento encontrar algo que afirme lo que están diciendo. Sí, creo que somos buenos amigos, pero no puedo pensar en nada que sugiera que está enamorado de mí en secreto. Me estremezco al pensar en lo incómodo que debió de haber sido para él ver el beso. Y fue muy sorpresivo, porque Noah por poco me arrastra alejándome de él y…

Me quedo helada con el vaso a mitad de camino hacia mi boca. ¿Es posible que Noah me haya besado porque Liam estaba ahí? Se comportó de forma extraña desde el momento en que se encontró con nosotros, pero supuse que había tenido un mal día y estaba molesto por no poder contármelo.

Pero vaya tontería. Noah no tiene motivos para comenzar a ponerse celoso y territorial, en especial después de una noche de sexo maravilloso. A menos que… Todas esas historias sobre el comportamiento de los alfas son patrañas, ¿no? No es posible que Noah haya cambiado por completo en una noche.

Niego con la cabeza antes de tomar agresivamente un sorbo por la pajita de mi vaso, y vuelvo a oír la conversación de Parker y Priya que había silenciado mentalmente.

—Creo que es muy bonito —dice ella.

—¿El qué? —pregunto.

—Que Noah se haya ablandado ahora que todos saben que sois pareja.

Mi parte más infantil se ríe por dentro. Después de anoche, estoy segura de que no hay nada blando en Noah.

—Yo creo que es raro —protesta Parker.

—Estás celoso. —Priya pone los ojos en blanco—. Necesitas un chico guapo y un buen masaje, amigo.

—Ya tengo un chico guapo —replica él.

—Ay, por Dios —exclama Priya—. Vosotros dos habéis estado escamoteándome demasiados chismes. ¿Quién es? ¿Y es guapo de verdad?

—¿Recuerdas al instructor de la clase de Hot Yoga?

—Sí —afirma con una mueca—. No pienso volver a hacer ese yoga sudoroso, muchas gracias. Aunque el instructor sí que estaba apetecible. Espera —dice boquiabierta—. No. ¿Es gay?

—Ajá —afirma Parker con una sonrisa—. Cuento con muy buenos masajes por el momento.

—Sois lo peor —lamenta Priya—. Mi última cita me llevó a un autocine porno. ¡En 3D! Pasamos cuarenta y cinco minutos viendo volar fluidos desde la pantalla grande.

—¿Quién querría hacer una cosa así? —pregunto.

—Tú lo harías —suelta Parker.

—Creedme, tenéis mucha suerte de estar fuera del mercado —afirma Priya.

Parker y yo nos miramos, y sé que, si ella no estuviera aquí, él me estaría dando un sermón sobre la irracionalidad de mis acciones de los últimos días, pero mi mente volvió a caer en una espiral. ¿Por qué Noah me besó? ¿De verdad fue para fortalecer nuestra farsa o algo más lo llevó a hacerlo?

No sé qué es lo que más me confunde, si sus posibles motivos o el hecho de no habérmelo cuestionado hasta ahora.

—Tengo que irme —anuncia Priya arrojando el envoltorio de su sándwich sobre la bandeja—. Debo hacer una intubación en media hora. —Luego nos señala a ambos con una mirada seria—. Cuando vuelva a veros, espero cotilleos más jugosos. Ya es oficial, partir de ahora voy a vivir a través de vosotros.

Debo reconocer que Parker se ha comportado al esperar a que ella se aleje para saltar sobre mí.

—¿Te besó?

—No empieces con eso.

—¿No te pareció extraño?

—Ya te lo he dicho, estaba siguiendo su papel —afirmo, y, aunque también comienzo a dudar sobre ello, no pienso confesárselo.

—Estoy preocupado por ti, es todo —admite con un suspiro—. No quiero que te enamores de un hombre que se va a ir a Albuquerque en unas semanas y te va a dejar devastada.

—Eso no va a pasar —resoplo indignada.

—Eso dices ahora —balbucea él.

Pongo los ojos en blanco y agradezco que se distraiga con su móvil, pues así me da un momento para concentrarme en mis pensamientos. Entiendo por qué está preocupado, teniendo en cuenta que el hecho de que Noah y yo estemos juntos es una especie de evento predestinado grandioso, pero más allá de una noche de sexo espectacular, nada ha cambiado del acuerdo original. Con o sin beso. Darle demasiadas vueltas solo me provocará un dolor de cabeza innecesario, así que es mejor olvidarlo.

Termino el último bocado de pan de pita y me quedo mirando un punto indeterminado en la pared de la cafetería por varios segundos, hasta que llevo la mano a mi cuello al sentir la rigidez otra vez en el mismo sitio, seguida por un cosquilleo, que ignoro porque mi mente sigue divagando.

¿Por qué me besó?

***

No he sabido nada de Noah desde el suceso del pasillo y, a decir verdad, he estado dudando si enviarle un mensaje o no. Lo adjudico a los pensamientos confusos que he estado considerando desde que sus acciones tomaron un cariz diferente. Aun así, sé que no puedo evitarlo para siempre y creo que debería dejar claro que estamos bien.

El pasillo de su consulta está vacío a estas horas de la tarde. Por eso me preocupa que puede que ya se haya ido. Entonces pienso que me habría avisado antes de irse. Pero ¿por qué lo haría? A pesar de que le aseguré que nada cambiaría en nuestra relación —más bien nuestra falsa relación — después de una noche… Por alguna razón, estos pequeños detalles me confunden un poco.

Siento la piel algo pringosa, como si sudara, y me reprendo a mí misma por estar tan preocupada por algo tan tonto. Seguro que está bien que venga a verlo. No hay nada raro en ello.

Llamo a la puerta de su despacho, y su respuesta llega apenas un segundo después, así que abro

para asomar la cabeza. Noah está inclinado sobre su escritorio, con el ceño fruncido hacia la pantalla del ordenador.

—Hola —lo saludo con timidez—. ¿Estás ocupado?

Su expresión cambia cuando me ve, su ceño fruncido se suaviza para dar lugar a un gesto más neutral.

—Hola. No, no estoy ocupado.

—Pensaba que sí. —Sonrío y señalo la pantalla que parece estar ofendiéndolo. Entro en la oficina y cierro la puerta detrás de mí.

—Estoy documentando algunas notas de procedimiento. Me he atrasado un poco.

—Vaya. —Hago una mueca.

—Sí. Me quedaré trabajando hasta tarde, pero seguramente al final de la noche ya me habré puesto al día.

—Adiós a nuestra cena romántica —bromeo.

—¿Querías cenar? —Él levanta las cejas.

Ay, Dios. Se me ha vuelto a olvidar con quién estoy hablando. Hago una nota mental de no hacer más bromas tontas insinuando que hay algo romántico entre nosotros.

—No, no. Lo siento, solo estaba bromeando.

—Ya.

Ahora parece un poco decepcionado. ¿Qué diablos?

De repente, empiezo a sentir que la situación se ha vuelto incómoda, y no entiendo por qué. O más bien sí lo entiendo, pero no estoy segura de si debería mencionar el hecho de que estuvo dentro de mí hace menos de veinticuatro horas o si deberíamos mantener ese tipo de conversación puertas adentro. Supongo que depende de si quiero volver a hacerlo. Y más importante aún… si él también quiere.

Cielos, siento que me sonrojo de solo pensarlo. ¿Dónde ha quedado eso de no complicar las cosas?

—Parece que nuestro pequeño incidente en el pasillo ha despertado nuevos rumores.

—Sí. —Él baja la mirada a su escritorio—. Lo siento.

—Eso es lo que queremos, ¿no?

—Así es. Claro.

Cambio el peso de un pie al otro y me digo a mí misma que probablemente debería dejarlo pasar, pero todavía me siento un poco confundida por todas las preguntas que se han ido acumulando en mi cabeza. Me aclaro la garganta para intentar sonar despreocupada y me giro para mirar el diploma de Noah que cuelga en la pared como si estuviera muy interesada en él.

—¿Estás bien?

Oigo que su silla cruje cuando, supongo, se gira hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—No sé. —Me encojo de hombros con indiferencia—. Antes parecía como si algo te molestara.

—Ya, bueno. —Escucho cómo suelta un suspiro—. Tuve un encuentro desafortunado con Dennis.

—¿Esa perra amargada otra vez?

Cuando giro la cabeza lo suficiente para mirarlo de reojo, capto esa misma sonrisa apenas perceptible de Noah.

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Según parece, ha decidido ser menos abierto para manifestar su aversión hacia mí. Ahora parece que se siente más cómodo haciendo comentarios despectivos delante de los pacientes que compartimos.

—Dime que no ha hecho eso. —Me giro para mirarlo boquiabierta.

—Dudo que la paciente se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero yo sí.

—¿Quieres que le dé una paliza?

—¿Qué? —Noah hace una mueca.

—Es una sugerencia. Creo que podría usar mi carta de «pareja enfurecida» y salirme con la mía.

Tras decir eso, su sonrisa se ensancha y yo siento una sensación extraña en el vientre, como un remolino.

—Está bien —me asegura—. Puedo manejarlo.

—Me sorprendió que bajaras a mi planta otra vez.

—Yo… —Él suspira y se rasca la nuca—. Supongo que no puedo negar que me he sentido un poco extraño hoy.

—¿Extraño?

—Por nosotros. —Nos señala a ambos—. Supongo que esperaba… —Respira hondo antes de soltar el aire—. Supongo que necesitaba asegurarme de que estábamos bien.

—Ya te lo dije —le recuerdo—. No voy a volverte loco. Esto puede ser lo que queramos que sea.

—Lo sé —afirma—. Sé que me lo dijiste. Solo… quería estar seguro.

Entonces, ¿su única razón para bajar a verme de verdad fue porque estaba preocupado de que estuviera por ahí pensando en él? ¿Qué significó ese beso entonces? Me duele la cabeza de pensar en ello, pero no puedo reunir el valor para decir algo al respecto.

—Espero no haberte causado problemas con tu amigo —añade Noah, y eso me saca de mis pensamientos.

—¿Mi amigo? —pregunto con el ceño fruncido.

—Liam —aclara.

—Ah. —Busco señales de celos o esas tonterías de macho alfa en su rostro, pero la neutralidad sigue siendo frustrante—. Para nada. Es solo un amigo.

O eso pensaba antes de hoy al menos.

—Está bien —responde con calma—. Tenía miedo de haber cruzado la línea, ya sabes.

Vaya. Así que él también ha estado pensando en eso.

—¿Te refieres a besarnos en el pasillo? —pregunto, y él se sobresalta.

—Algo así.

—Solo cumplías con tu parte del juego —digo con las palabras que él me escribió antes.

—Así es —responde de inmediato.

—No era que estuvieras celoso ni nada de eso —comento a modo de chiste, aunque parte de mí está atenta a su reacción—. ¿Verdad?

Tarda un segundo en responder, pero solo un segundo.

—Por supuesto que no.

Al pensar en ello concluyo que, independientemente de su reacción, a mí no me pareció odioso que me besara en el pasillo.

—Creo que los dos debemos estar algo preocupados —admito—. Noto que todavía te preocupa que lo de anoche haya complicado las cosas, pero creo que estamos bien. Bueno, no estás

atacando a mis compañeros masculinos, y yo no te estoy suplicando que me muerdas, así que diría que ha sido un experimento exitoso en líneas generales.

—Supongo que sí.

—Y ambos lo disfrutamos, ¿no?

No paso por alto cómo se mueve su garganta cuando traga saliva, ni cómo se tensa su mandíbula, como si estuviera recordando algo.

—Lo disfruté.

Bien. Podemos trabajar con esto. Tal vez no sería tan incómodo si estableciéramos algunas reglas desde el principio.

—Sabes —comienzo mientras avanzo para dar la vuelta a su escritorio—, no hay nada que diga que no podamos ayudarnos el uno al otro, y de hecho podemos ayudarnos el uno al otro.

—¿A qué te refieres? —Noah me mira cuando me acerco.

—No creo que sea el fin del mundo si disfrutamos un poco de esta relación, aunque sea ficticia.

—¿Si disfrutamos?

—Bueno… no hace falta que pensemos tanto en nuestro pequeño anexo.

—No —repite con la mirada fija en mi boca.

—Los dos sabemos lo que hacemos —continúo con una mano a cada lado de su silla—. Y no hay riesgos, ya que no esperamos sacar nada de esto.

—Claro, porque me iré —murmura.

Por algún motivo, el recordatorio de la fecha de expiración de nuestro trato me descoloca, aunque apenas por un segundo. Y me recuerdo que esa es la mejor parte del asunto.

—Exacto —le digo, y me inclino para acercar la boca a pocos centímetros de la suya—. Disfrutemos hasta entonces. Y no te preocupes más por cómo me encuentro, ¿de acuerdo?

—Si eso es lo que quieres... —añade con un suspiro.

Cubro los últimos centímetros y rozo sus labios en un beso suave que provoca un estallido de su esencia a mi alrededor y me afloja las rodillas. Tengo que presionar las piernas cuando me alejo, y la expresión de él me dice que le gustaría hacer mucho más que esto. Es muy diferente al doctor Taylor taciturno de siempre, y ser la única persona que conoce esta versión de él tiene un extraño efecto excitante.

—Sí, eso es lo que quiero —le aseguro y le doy un último beso rápido antes de alejarme—. Si no trabajas esta noche, creo que podrías enseñarme tu casa.

El sentido implícito es evidente y, por suerte, él reacciona mucho menos alerta que la primera vez que me insinué.

—¿Quieres ir a mi casa?

Tengo que contener la sonrisa cuando la incertidumbre es reemplazada por la anticipación.

—Con fines investigativos, por supuesto. Tengo que poder decirle a la gente con total confianza que realmente no duermes en una cueva.

No se ríe, pero creo que se debe a que está mirándome como si quisiera subirme sobre su regazo. ¿Debería decirle que me gustaría hacerlo?

—Puedo… terminar esto mañana —dice con esfuerzo.

Entonces sí me monto a horcajadas sobre él y pego mi boca a la suya.

—¿Noah Taylor va a dejar trabajo para mañana? Ahora sí que puedo decir que ya lo he visto todo.

Su boca resulta ser un método efectivo para mantenerme callada.

Quién lo hubiera dicho.



CAPÍTULO 12

Noah

Casi lo hacemos en la puerta de entrada.

Quizá fue por la promesa de lo que pasaría al llegar a mi casa; seguramente esa era la explicación de por qué desprendía ese olor tan dulce durante todo el camino. Como si lo hubiera estado anticipando. Como si estuviera excitada por lo que vendría.

Hace mucho tiempo que nadie se excitaba por estar conmigo.

Mi bata blanca se arremolina en un montón junto a la suya y su espalda se apoya contra la pared, al tiempo que mis manos recorren cada centímetro de su cuerpo que puedo alcanzar. Mackenzie me impacienta, y no es una sensación que suela experimentar. No creo haberme sentido inquieto en mucho tiempo, pero ella me hace sentir casi fuera de control.

—Me gusta tu casa —comenta sin aliento.

—Solo has visto la entrada. —Levanto la cabeza de su garganta para mirarla a los ojos, que parecen tan embriagados como los míos.

—Cállate y sigue besándome —dice jadeando.

En mi imaginación, el aroma dulce de su esencia a madreselva impregnaba todo mi pensamiento, pero, al probarlo con la lengua, su dulzura es aún más potente. Es como haber probado una gota de la dulzura de la flor y desear más a cada instante.

Siento sus dedos enredados en mi cabello, con sus uñas apenas clavadas en mi cuero cabelludo, mientras inclina la cabeza para darme un mejor acceso a su garganta.

—¿De verdad quieres que te muestre la casa?

—Después —suspira temblorosa cuando paso los dientes por el rastro que dibujé con la lengua.

—¿Después? —Mi corazón late con fuerza dentro de mi pecho y mis labios se detienen en su mandíbula.

—Con la habitación es suficiente por ahora —explica.

Suelta un gemido cuando la sujeto por los muslos para levantarla, cierra las piernas a mi alrededor como por instinto y cubre mi boca con la suya. Quisiera decir que he puesto las manos sobre su culo solo por su bien, para sujetarla mientras camino a la habitación, pero sería una absoluta mentira.

Bueno, tampoco parece importarle.

Cielos, puedo oler su excitación. Nunca me acostumbraré a lo que eso provoca en mí.

Quiero ser más suave con ella esta vez, poder concentrarme más en sus sonidos, en su sabor y en su cuerpo, pero cuando la estoy extendiendo sobre la cama (que siempre me ha parecido grande, pero ahora parece enorme al depositar su pequeño cuerpo en ella), ya me siento dominado por un impulso extraño. ¿Siempre será así?

No siempre, es solo temporal, escucho en mi subconsciente en forma de susurro.

Dejo esos pensamientos a un lado para frotarme sobre ella. Como muchas otras veces desde que llegamos a este acuerdo, me toma por sorpresa lo imponente que es. Creo que debe ser la centésima vez que me pregunto por qué demonios necesita una relación ficticia. ¿Cómo es posible que no haya nadie con media neurona que esté con ella y no la deje escapar?

¿Y cómo es posible que haya recurrido a mí para ayudarla?

—¿Vas a quedarte mirándome o a quitarme la ropa? —Juega con la corbata que cuelga entre los dos y luego sonríe pícaramente antes de tirar de ella—. Sé que es un simple uniforme de hospital, pero usa tu imagina…

—No tengo que imaginar nada —murmuro mientras meto la mano debajo de su camisa—. Eres muy hermosa.

Me inclino para besarle el abdomen, que se estremece cuando levanto su camisa un poco más. De tan cerca, su aroma dulce es aún más fuerte, más penetrante, y hace que mi sangre se acelere. Al llegar a su cadera, le echo un vistazo a su rostro: se está mordiendo el labio y sus párpados se entrecierran por la anticipación al ver cómo mi dedo recorre el interior de la cintura de sus pantalones.

—Anoche, yo… —Tengo que cerrar los ojos porque su esencia hace que mi mente empiece a dar vueltas—. No quise… Quiero…

—Puedes hacer lo que desees, Noah —dice ansiosa—. Solo sigue.

No tiene que decirlo dos veces.

Su piel es suave, demasiado suave. Empiezo a besar cada centímetro que va apareciendo mientras bajo los pantalones hasta arrojarlos a un lado. El tono verde lima de su ropa interior es más oscuro y brillante entre sus piernas debido a la humedad, lo cual amenaza con volverme loco.

Percibo cómo se queda sin aliento cuando recorro su muslo con la lengua, y la explosión de sabor me hace estremecer. Es tentador quedarme así, saboreando su piel, pero quiero más. Uso los dedos temblorosos con cuidado para bajar su ropa interior. Ella coopera ansiosa levantando las caderas, y entonces ya no queda nada que me separe de su piel y de sus labios mojados. Mi polla palpita ansiosamente.

—Joder, Mackenzie, tendrías que verte en este momento —digo entre dientes.

Los impulsos que me dominan, que confunden mis emociones y nublan mis sentidos cuando estoy con ella aún me asustan un poco. Es como si hubiera otra persona dentro de mí que intenta salir para acariciarla toda entera, para saborearla más… más de todo.

Vuelve a quedarse sin aliento cuando coloco los hombros entre sus muslos para instalarme entre ellos, sujetándolos con las manos para mantenerla cerca, al tiempo que su aroma intensifica el instinto que me esfuerzo por controlar. Mi respiración es agitada y percibo que mis pupilas se dilatan cuando me inclino para hundir la nariz en el sendero de vello oscuro y concentrarme en su botón húmedo.

—Ah —jadea—. Noah, eso…

Lo repito con más seguridad, penetrando entre sus labios con la lengua, ligeramente mareado por su sabor. La tensión que siento dentro de los pantalones es ya incómoda, así que presiono las caderas contra la cama en un intento de aliviarla, sin dejar de dibujar círculos con la lengua en su clítoris. Me embriagan los sonidos que emite y cómo me tira del cabello. Eso me excita cada vez más, aumenta mi deseo por estar dentro de ella.

Levanto sus muslos un poco más, hasta poner sus pies sobre mis hombros, y me concentro en la parte más sensible de su ser, mientras siento recorrer su esencia por mi barbilla. Cierro los ojos para sentir mejor cómo su respiración agitada por los movimientos de mi lengua calienta mi sangre y luego succiono el punto más sensible entre los labios. Entonces emite un gritito casi mudo, como si se hubiera ahogado en su garganta, mientras sus manos se apoyan sobre mis hombros y sus uñas se aferran a mi camisa.

—Ahí, justo ahí —gime—. ¿Puedes… un poco más fuerte? Ah, sí.

Me empleo a fondo en su clítoris hinchado, justo cuando su espalda comienza a arquearse y sus caderas empiezan a temblar como si quisieran salir corriendo. La sujeto con más fuerza para succionarla sin piedad, mientras ella jadea mi nombre. La piel bajo mis manos se siente casi tan caliente como el centro más suave entre sus piernas, hasta el punto de que parece que se va a derretir debajo de mi boca.

Cada presión de mis labios aumenta su humedad, lo cual empeora sobremanera mi necesidad de estar dentro de ella y tenerla anudada hasta la mañana siguiente. Un pensamiento lejano incide en la idea de si esa sensación irá empeorando mientras siga jugando con su clítoris, pero otro más inminente la contradice por completo y me insta a seguir jugando con ella.

—Tu sabor… —Lamo la línea ardiente que atraviesa su centro—. Tu sabor es tan delicioso como tu placer. —Succiono el clítoris por un instante, hasta que escucho un sonido provocado

por la humedad cuando me aparto—. Quiero sentir cómo sabes cuando te corres.

Ella suelta una risita ahogada.

—Si sigues así, eso no será un… Joder.

Levanta las caderas para presionar más mi boca, mientras yo concentro toda mi atención sobre su clítoris y libero una mano de su muslo para tocarla. La escucho gemir cuando la penetro con un dedo y dibujo círculos en las paredes internas mientras la sigo torturando con la lengua.

Sus manos van pasando de agarrarme de los hombros a tirar de las solapas de la camisa, y luego de nuevo a los hombros, movimientos acompañados por con coro de «aaah» y «síií» que llenan la silenciosa habitación. Cuando comienza a temblar, sus muslos presionan mi cabeza con fuerza, su espalda se arquea y sus manos se apoyan sobre la cama cogiendo con fuerza las mantas.

La escucho gemir mi nombre al llegar al éxtasis y saboreo la descarga provocada por el caos. La siento deslizarse por mis labios, el mentón e incluso por el cuello, pero aun así parece que con eso no me basta. Quiero seguir haciéndole esto casi tanto como estar dentro de ella otra vez. Solo me levanto cuando ella sube la mano para tirar de mi corbata y hacer que mi cabeza salga de entre sus piernas. La miro medio atontado. Ella tiene una sonrisa soñadora cuando vuelve a tirar de la corbata para acercarme un poco más.

—Ven aquí.

Obedezco como un cachorro ansioso y subo hasta sostenerme sobre ella con una mano a cada lado de su cuerpo. Mi respiración aún suena agitada y me siento un poco salvaje, pero ella acaricia mi mejilla y mi labio inferior con el pulgar y no sé por qué eso me parece muy tranquilizador.

—Tu primera consulta es a las nueve de la mañana —dice tranquila.

—Lo sé —asiento.

—Y mi turno no comienza hasta mediodía —añade.

—Lo sé.

Sonríe pícaramente y desliza la mano por el bulto que sobresale de mis pantalones, acariciando mi erección con una mano que siento tan caliente como el resto de su cuerpo.

—¿Cuántas horas de sueño necesitas?

Antes de volver a besarla, pienso que tengo problemas de verdad.

***

Como era de esperar, no puedo dormir demasiado, pero, incluso con todo el trabajo que tengo por delante, no me siento desanimado para nada.

He dejado a Mackenzie en mi cama esta mañana, y algo en el hecho de saber que estaba durmiendo desnuda entre mis sábanas mientras conducía hacia el trabajo me provoca una satisfacción que nunca había imaginado. Cielos, incluso le dejé una llave para que pudiera cerrar la puerta. Todo parece formar parte de esas complicaciones que le dije que debíamos evitar.

Entonces, ¿por qué estoy sentado en mi escritorio ocultando una sonrisa detrás de mi mano?

Miro la hora: mi primera consulta es en menos de media hora, así que me obligo a controlar antes mis sentimientos. Pienso en darle una última revisión al archivo del paciente, pero la vibración de mi móvil sobre el escritorio me interrumpe.

La velocidad con la que lo cojo es vergonzosa y aún más la decepción que siento al ver que no es Mackenzie. En verdad necesito controlarme.

Aunque la persona que me llama sirve para que ponga los pies en la tierra.

—Hola, mamá.

—Así que te acuerdas de que soy tu madre —responde y chasquea la lengua—. ¿Por qué no me has llamado?

—He estado ocupado —afirmo, ya sin la inquietud previa—. Ya sabes cómo es todo por aquí.

—Según parece —comienza en un tono que revela que está a punto de reprenderme—, has estado tan ocupado que no has podido encontrar un momento para informarle a tu madre de que tienes pareja.

Joder.

Mary Anne Taylor es muchas cosas, pero principalmente es una mujer de recursos. Debí imaginar que no podría ocultarle algo así por mucho tiempo.

—Mira, respecto a eso…

—Y, de todo el mundo posible, tuvo que ser Regina quien me lo dijera, esa horrible mujer de nuestro grupo de ganchillo. Parece que su hija Jessica se lo comentó.

He oído ese nombre, pero no recuerdo dónde.

—No es lo que crees.

—¿Cómo podría no serlo? ¿Cómo es que te emparejas sin decirnos nada? Ni siquiera nos dijiste que salías con alguien. Tu pobre madre no ha podido conocer a su nuera antes de que tú…

—No es una pareja de verdad —suspiro.

—… podría ser la madre de mis nietos y nunca… Espera, ¿qué?

—No es una pareja de verdad —repito.

—Entonces, ¿por qué todo el hospital está hablando de ti y de una mujer con la que salías en secreto?

—Es complicado —afirmo mientras me froto el rostro.

—¿Crees que has heredado toda esa inteligencia de tu padre? —replica—. Ponme a prueba.

—Maldición —resoplo.

—Ese vocabulario.

—Es por la junta —digo desanimado—. Me descubrieron.

—Cielos. —Ella comprende de inmediato—. ¿Cómo lo han descubierto? Has sido muy cuidadoso.

—Por un «informante anónimo». Es una absoluta majadería.

—Ese vocabulario —repite—. ¿Y te reprendieron?

—Bueno…

—Por Dios —exclama—. Después de todo el esfuerzo. ¡Y con el trabajo de Albuquerque en juego! ¿Tendrás problemas ahora que…?

—No han hecho una amonestación formal. De hecho, solo he recibido una advertencia menor. —Dudo un momento, porque sé que estoy a punto de abrir la caja de Pandora—. Fue gracias a Mackenzie.

—¿Mackenzie?

—Sí, la compañera de la que has oído hablar.

—Pero acabas de decir que no tienes pareja.

—Y no la tengo.

—Pero sí existe una mujer llamada Mackenzie.

—Así es.

—¿Y no estáis emparejados?

—No.

—Pero todos piensan que sí.

—Exacto.

Mi madre guarda silencio por un momento, durante el que me siento como un niño otra vez, a la espera de que me grite por haber roto su jarrón preferido.

—Cuéntamelo todo —dice con tranquilidad, y escucha en silencio mi relato de todo lo sucedido en las últimas semanas. Solo me interrumpe para hacer preguntas aclaratorias y deja que le explique por qué Mackenzie se ha involucrado en nuestro acuerdo y qué beneficio obtiene de ello. No menciono nuestro reciente anexo sexual, como lo llama Mackenzie, pues es un nivel del acuerdo que ni yo mismo comprendo todavía.

—Así que estás fingiendo ser compañero de esa mujer.

—O su novio, para su abuela.

—Vaya por Dios.

—Ya sé lo que vas a decir —afirmo con un suspiro.

—No, no lo sabes —replica con un sonido contrariado—. A pesar de tu cerebrito de médico, no lo sabes todo.

—De acuerdo —gruño—. Entonces di lo que tengas que decir.

—¿Cómo es ella?

La pregunta me toma por sorpresa, pues sin duda no es lo que esperaba que dijera.

—¿Mackenzie?

—No, Regina, la del grupo de ganchillo —resopla—. Por supuesto que Mackenzie.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—Siento curiosidad por saber qué clase de mujer se lanza a una pantomima tan compleja para ayudar a mi hijo. En especial teniendo en cuenta que apenas lo conocía antes de hacerlo.

—No sé. —Frunzo el ceño mientras pienso en ello, con la mirada fija en mi escritorio—. Es… ¿divertida? Capaz. Parece que todos aquí la adoran. Ni siquiera estoy seguro de por qué accedió a entrar en esto, ya que es bastante guapa. Me resulta muy difícil creer que tenga problemas para conseguir citas. Supongo que tengo que estar agradecido de que… ¿de qué te ríes?

—Ay, cariño, así que te gusta esa mujer —dice sin dejar de reír.

—¿Qué? —exclamo con una mueca—. No es eso. Estamos ayudándonos mutuamente.

Dentro y fuera de la habitación, al parecer, pienso con culpa.

—Te conozco hace treinta y seis años, hijo. Y nunca te he escuchado hablar así de ninguna mujer.

—Has sido tú la que ha preguntado cómo era —mascullo.

—Es maravilloso —celebra casi en una carcajada—. Quizá esto te haga pensar antes hacer las maletas y mudarte a otro estado.

—No es lo que crees —insisto.

—Sí, como tú digas —sigue riendo—. ¿Tu relación ficticia incluye que ella conozca a tus padres?

—Por supuesto que no.

—Creo que sería bueno para su actuación si…

—Por supuesto que no —enfatizo.

—Bien, de acuerdo. —Se queda en silencio un instante, durante el que yo presiono el puente de mi nariz—. Me preocupo por ti, es todo —admite—. Eres tan cerrado, Noah.

—No soy…

—Lo eres. Has estado tan preocupado por mantener esa parte de ti oculta que nunca dejas que nadie se te acerque. Demonios, ¡ya casi ni nos cuentas tus problemas a nosotros!

—Ese vocabulario —le advierto con sarcasmo.

—Cierra la boca—resopla—. Solo quiero decir que Mackenzie suena como una chica especial. A fin de cuentas, solo una persona excepcional pondría toda su vida de cabeza para ayudar a un extraño.

—Te he dicho que esto también la benefi…

—Sí, ya te he oído —interrumpe—. Pero es evidente que este arreglo beneficia más a una persona que a la otra y que una está poniendo más en juego que la otra.

—Mamá, te estás desviando del tema.

—Ah, por todos los diablos. Tú sales ganando y ella pone más en juego. Lo único que quiero decir es que merece la pena que le prestes atención.

—Tú quieres que esto tenga un resultado determinado.

—Bueno, los años van pasando hijo.

—Vaya, gracias, mamá.

—No es un crimen querer nietos, Noah.

Creo que mi madre y la abuela de Mackenzie no son muy diferentes. Seguro que ella creería que esta conversación es hilarante, pero no es que vaya a contársela.

—Bien, mamá, tengo que dejarte. Está por llegar un paciente.

—De acuerdo, pero no ignores esto como haces con todo —me advierte—. No puedes dejar a todo el mundo fuera de tu vida, acabarás por perderte algo… especial.

—De acuerdo, no lo haré.

—Y no vuelvas a mentirme. No me importa lo mayorcito que seas, te daré una…

—De acuerdo, mamá. Te quiero. Te llamo después.

Cuelgo antes de que comience a despotricar, dejo caer el móvil sobre el escritorio y la cabeza sobre mis manos. Mi madre enloquecería si le dijera que me estoy acostando con mi «mujer especial» y que estoy perdiendo la cabeza por ella. Ni siquiera yo termino de comprenderlo todavía.

Mi móvil vuelve a vibrar, esta vez con un mensaje, por suerte, que asumo es algún consejo de mi madre, por lo que me sorprende (y emociona en secreto) que sea de Mackenzie. Cuando abro el mensaje por poco dejo caer el móvil: es una fotografía de las piernas desnudas de Mackenzie en mi bañera.

Mackenzie: Quiero llevarme esta bañera a mi casa.

Sonrío sin poder evitarlo y siento la necesidad de recoger mis cosas, cancelar mis citas y volver a casa con ella, pero suena ridículo incluso en mi mente. Además de peligroso.

Escribo una respuesta rápida, que no revela el calor que recorre mis venas ni la repentina tensión en mis pantalones, y suelto un largo suspiro antes de dejar el móvil. Creo que el problema es que quiero dejarlo todo para estar con ella, una necesidad que crece cada vez que estamos juntos. Todo me está gritando «peligro», pero no logro hacer nada al respecto.

No compliques las cosas.

Estoy en problemas.



CAPÍTULO 13

Mackenzie

Salir de la bañera de hidromasaje de Noah es mucho más difícil de lo que pensé. Tiene el tamaño suficiente para funcionar como minipiscina, lo que tiene sentido teniendo en cuenta que las piernas de Noah son como de un nadador olímpico. Mientras me seco el cabello ya con el mediodía cerca, vuelvo a preguntarme si será extraño que me haya quedado en su casa mientras él se ha ido a trabajar. Cuando desperté temprano, enredada en sus sábanas y satisfecha después de toda una noche de orgasmos, me pareció una idea encantadora, pero ahora que he recuperado mínimamente la razón, me pregunto si habré cruzado esa línea. Aunque, a decir verdad, los límites de nuestro acuerdo nunca han estado muy claros. Y, aunque odie admitirlo, el sexo no está ayudando precisamente.

Pero… podría decirse que el sexo con Noah merece la pena.

Suspiro al dejarme caer en su cama gigante e intento dejar de lado los pensamientos sobre mi compañero ficticio. Su habitación es justo como esperaba que fuera (toda la casa, en realidad, hasta donde he visto). Excepto por los muebles y su cama ancha y espaciosa, no hay mucho más que pueda explorar después de que él se fuera por la mañana. Hay una pantalla plana de tamaño moderado sobre la cómoda y una pintura de colores suaves sobre la cama, que me recuerda a aguas tranquilas y árboles agitados por la brisa. Es un toque de color que sorprende un poco en esta habitación de aspecto lúgubre; de haber podido fijarme en algo más que en la boca, las manos y el cuerpo de Noah anoche, se lo hubiera comentado mientras aún estaba aquí.

Cuando extiendo un brazo sobre mi rostro, siento un cosquilleo en la piel provocado por los recuerdos de anoche, de las manos de Noah acariciándome y de su voz susurrando en mi oído, que me han estado acechando toda la mañana cada vez que dejaba que mis pensamientos empezaran a divagar. Es algo que parece empeorar cada vez que estamos juntos, y cada fragmento de recuerdos hace que junte los muslos, pues todo por debajo de mi ombligo comienza a cosquillear de excitación.

No bastaba con que Noah fuera el hombre más capaz en el trabajo, no, también tenía que ser todo un espectáculo en la cama. Empiezo a desear poder encontrarle un defecto para no sentirme tan inadecuada para él; no sé, el pene torcido, un lunar oculto en el trasero o algo. Pero es un deseo inútil, pues puedo confirmar que tiene una polla perfecta y un culo aún mejor. Y no espero encontrar ningún defecto en un futuro cercano.

Además, debo añadir que tener sexo con él es mucho más íntimo de lo que debería. No soy experta en el tema de amigos con derecho a roce, soy apenas una aprendiz como mucho, pero asumo que la mayoría de los amigos no te miran como si fueras una especie de diosa ni te susurran cosas al oído mientras te provocan orgasmos enloquecedores.

No tengo que imaginar nada.

Presiono los labios cuando mi vientre se agita por el recuerdo de sus murmullos, cuya sinceridad corroboraba su mirada.

Eres hermosa.

Suspiro antes de sentarme en la cama. Hace mucho calor en la habitación. Si me guío por los últimos días, sentirme caliente parece que va a ser mi nuevo estado permanente.

—Maldición —protesto al aire.

Creo que sería sensato recoger mis pantalones (espero que secos) de la secadora de Noah y comenzar a prepararme para ir al trabajo, y tengo la intención de hacerlo. Al menos hasta que, tras dar dos pasos, tropiezo con la camisa que Noah se arrancó anoche. La recojo algo dudosa y me muerdo el labio mientras percibo su peso. La he recogido con intenciones inocentes, como tocar la tela de una manga, que me parece tan fina y cara. Imagino la tela sobre su bíceps, al que me aferro cuando me atrae hacia él y baja la boca hacia…

Impactada, hago a un lado ese pensamiento. No sueño con nadie, pero aquí estoy, generando ideas poéticas por esta maldita camisa. ¿Qué demonios me pasa hoy? Pero, incluso mientras me regaño a mí misma, el aroma de la tela sigue tentándome. Huele a jabón para la ropa y a un rastro de la esencia de Noah, una combinación fresca y masculina que hace que quiera más. Ni siquiera soy consciente cuando pongo la tela bajo mi nariz e inhalo profundo; su esencia se ha hecho más intensa desde que comenzamos con el acuerdo, por lo que incluso un pequeño rastro en su camisa de ayer hace que mis ojos se desvíen.

Siento un cosquilleo en la piel, como si estuviera demasiado estirada, que se vuelve incómodo con el palpitar creciente entre mis piernas. ¿Cómo es posible que esté excitada otra vez, después de haber pasado la noche sin dormir con Noah? Y, lo que es peor, aun después de haber pasado una hora sumergida en la enorme bañera de Noah, siento cómo la lubricación humedece mis muslos. Es como si mi cuerpo deseara que él saliese del armario para ocuparse de nosotros.

Dijiste que no te obsesionarías con su polla. Recuerda que esto es temporal, me advierto. Pero no sirve para aplacar las palpitaciones entre mis piernas.

Deslizo los dedos dentro de una manga de la camisa para sentir la tela suave contra la piel, tentada a ponérmela para sentir el peso sobre los hombros, como si fuese un abrazo.

Resulta que la tentación es demasiado fuerte.

Dejo caer la toalla e introduzco los brazos en ambas mangas, y mi cuerpo casi suspira cuando lo envuelvo por completo en la esencia de Noah. No puedo explicarlo, ni siquiera le encuentro

sentido, pero estar rodeada por su esencia parece aplacar esa sensación extraña en mi piel. Como un tranquilizante.

Creo que es una mala idea, además de muy mal gusto, tocarme en la cama de Noah mientras él no está, pero también razono que es por su culpa que esté tan caliente cuando falta apenas una hora para que entre a trabajar, y eso reduce un poco la culpa. Así, es más fácil subir a su cama vestida solo con su camisa.

Su aroma es más embriagador sobre la cama y casi tengo la sensación de presionar la nariz contra su pecho o, quizá, contra su cuello. Cierro los ojos para imaginar sus gruesos brazos a mi alrededor. Es una fantasía inocente, pero el efecto que me provoca no lo es. Presiono los muslos al imaginar su peso sobre mí y su esencia a mi alrededor mientras me arrastra por esta cama muy, muy grande. Dentro de su camisa, es fácil recordar cómo me cubre por completo. Es un hombre grande a fin de cuentas.

Mi garganta está seca, y los fluidos pringosos entre mis piernas me obligan a separarlas un poco para calmar la sensación. Es un error, por supuesto, porque de algún modo, sigo imaginando que me toca y eso hace que aún me moje más.

Mi corazón se acelera unas diez veces más de lo normal cuando llevo la nariz a la tela suave otra vez para sentir su olor y tantear la línea debajo de mi ombligo con los dedos, asomados por debajo de las mangas. Las palpitaciones ahora son más intensas, acompañadas por una acumulación de calor debajo del vientre que amenaza con esparcirse por las extremidades.

Me muerdo el labio inferior e intento tragar saliva, pero ahora tengo un nudo en la garganta que lo hace difícil. Sacudo la muñeca contra mi abdomen hasta levantar la manga lo suficiente para llevar los dedos entre mis pliegues y jadeo al alcanzar mi clítoris hinchado.

Murmuro entre dientes al aplicar un poco de presión, lo que dispara una corriente de placer que, combinado con el extraño alivio que me provoca la esencia de Noah, por poco me deja sin aliento. Giro hasta apoyar el rostro sobre la cama, recostada de lado con la nariz hundida en el hombro, cierro los ojos con fuerza e inhalo profundamente para poder fingir que él está aquí, que es él quien está tocándome.

Froto mi clítoris directamente, sin amagos, sin preliminares, pues mi única misión es saciar la sed que parece controlar mis sentidos en este momento. Imagino manos más grandes, un cuerpo más ancho, y dejo que la fantasía me alimente hasta que casi puedo oír su voz profunda susurrando halagos en mi oído. Escucho palabras de aliento imposibles, que enfatizan mi comportamiento de chica buena, cosas que nunca había imaginado fuera de la pornografía y de las que me hubiera reído antes de hoy, pero no me causa ninguna risa pensar en que soy una buena chica para Noah. No me estoy riendo lo más mínimo.

Ahora mi respiración es casi desesperada y me duele la muñeca, pero estoy muy cerca. Escucho cómo comienzo a gemir mientras muevo la mano lo más rápido posible, aumentando la fricción hasta que la sangre se acumula en mis orejas. Estoy cerca. Demasiado cerca, y…

El sonido agudo de mi móvil por poco hace que salte todo mi cuerpo.

Me sorprende tanto que doy un respingo, me giro de espaldas y retiro la mano de entre las piernas, tan rápido que cierro los dedos impregnados con mis fluidos sobre la manga de la camisa y eso me causa vergüenza. El móvil sigue sonando en la mesita de noche cercana, y yo parpadeo mareada con la vista en el techo, mientras intento entender lo que está pasando. Pienso que puede ser una llamada laboral y que, a pesar de la pésima situación en la que me encuentro, tengo que contestar.

Logro arrastrarme hasta la otra punta de la cama y alcanzar el móvil sacudiendo las mangas largas de la camisa de Noah. Mis ojos se amplían un instante por la sorpresa antes de aceptar la llamada presa del pánico…

—Mackenzie —dice la voz de Noah al otro lado, suave y tentadora como la estaba imaginando.

—Hola, Noah. —Mi clítoris palpita, exigiendo que lo lleve al éxtasis.

—¿Te encuentras bien? Suenas agitada.

—Sí…—respondo enseguida—. Estaba… secándome el pelo.

—¿Secándote el pelo?

—Sí —afirmo, e intento que mi voz suene lo más estable posible—. Tengo mucho.

Por un momento aterrador creo que me va a presionar con el tema, pero, por suerte, lo deja correr.

—Ah, de acuerdo. Llamaba para saber si quieres que almorcemos juntos en la cafetería —pregunta con inocencia—. Podría parecer extraño que nunca lo hagamos.

Si no siguiera tan cachonda, posiblemente me reiría. Yo aquí, autocomplaciéndome en su cama, y él está preocupado por las apariencias. Esto no hace más que enfatizar lo ridículo de mi comportamiento.

—Es una buena idea —respondo con ligereza y cierro los ojos, porque su voz me sobresalta a pesar de la inocencia de sus palabras—. Claro.

—No es necesario si no quieres —sugiere, como si temiera molestarme con la propuesta—. Quizá es una idea estúpida.

—No, no —argumento—. Es una buena idea.

Cielos, ¿cómo es que sigo tan excitada por una conversación inocente? De alguna manera, su voz empeora y alivia a la vez el calor de mi piel.

Él suelta una risita baja y placentera, que recorre mi cuerpo hasta asentarse en los nervios aún tensos de mi clítoris.

—Pensé que lo menos que podía hacer era invitarte a almorzar, ya que anoche no te di de comer.

Precaución. No pienses en la noche de ayer.

—No estaba muy preocupada por comer —logro decir.

—Tampoco yo —murmura él.

Se produce un silencio tortuoso en el que el cosquilleo de mi piel empeora a cada segundo.

—De acuerdo. —Mi corazón sigue retumbando al escuchar un instante de su respiración—. Te veo luego, entonces.

—¿Estás bien? Suenas extraña.

Cierro los ojos. No puedo decirle que he estado oliendo su camisa hasta perder la cabeza, porque me pedirá que dejemos el asunto si cree que estoy desarrollando alguna clase de vínculo insano por sus prendas usadas.

—Estoy bien —miento—. Algo cansada, es todo.

—De acuerdo. Entonces, te veo cuando llegues.

Me despido antes de estropearlo todo por completo y dejo caer el móvil sobre la cama, para mirar al techo e intentar asimilar lo que he estado a punto de hacer. Supera lo que me creía capaz de hacer, nunca he hecho nada parecido.

Pero hay muchas cosas en las que ni siquiera había pensado antes de este… arreglo.

No vuelvo a tocarme, a pesar de que mi cuerpo grita para que lo lleve al orgasmo, más que nada porque estoy consternada por haberme excitado tanto tan solo por la esencia de Noah. Aún siento esa tensión en la piel y las pulsaciones entre los muslos y, mientras camino con piernas temblorosas hasta la secadora y me quito la camisa para dejarla en la lavadora, todavía siento algo extraño, aunque no soy capaz de decidir de qué se trata.

No tengo que imaginar nada, susurra la voz de Noah en mi recuerdo. Eres hermosa.

Me recorre un escalofrío. Va a ser un día muy largo.

***

—No te ves bien.

—Gracias. —Presiono los labios mientras le echo un vistazo a Parker, que me mira extrañado.

—Pareces enferma o algo así.

—Estoy bien —afirmo—. Preocupada por el ordenador, nada más.

—Estoy seguro de que han eliminado otra vez el icono del programa del escritorio —protesta.

Me encojo de hombros y me enfoco en mi planilla.

—Bueno, ya he oído a tres enfermeras quejándose de eso, así que arregla lo que sea que haya pasado para que no tenga que volver a escucharlas.

—Alguien está de mal humor. —Parker deja de trabajar en el ordenado del puesto de enfermería para mirarme sorprendido—. ¿Estás segura de que estás bien?

Cierro los ojos con fuerza e intento bloquear las palpitaciones ligeras dentro de mi cabeza. Es verdad que me siento extraña desde esta mañana, pero lo que creí que era resaca sexual se ha ido convirtiendo en una sensación de debilidad con el transcurso de las horas. Quizá sí me estoy enfermando.

—No lo sé —concedo con un suspiro—. La cabeza me está matando.

—Debe de ser tu conciencia, que intenta hacerte entrar en razón respecto a tus aventuras sexuales recientes —bromea él.

—No estoy para tonterías —me quejo—. A menos que me ofrezcas una dosis considerable de ibuprofeno.

—¿Cuándo ha comenzado?

—Parece estar empeorando desde esta mañana —confieso presionando mi nariz—. Desde que salí de casa de Noah.

—¿Ahora duermes en su casa? —dice Parker molesto.

—Solo estaba aplicando la lógica —respondo con cautela—, ya que se había hecho muy tarde.

—Sé que crees que estoy siendo un capullo, pero…

—Es una opinión acertada —lo provoco.

—Pero estoy preocupado por ti, Mack. Eso es todo. Desde que te has involucrado en esa tontería de la pareja ficticia creo que es una mala idea, y pienso que no estás pensando en todas las cosas que podrían terminar mal.

—Baja la voz —le advierto, y miro alrededor para asegurarme de que seguimos solos—. Estás exagerando. Es solo una maldita jaqueca, no una crisis existencial.

—Lo sé, pero siempre has sido cauta para acercarte a las personas y ahora te has lanzado de cabeza en una relación falsa sin pensártelo dos veces. Sé que quieres ayudar a Noah, pero me preocupa que salgas lastimada.

—Te dije que bajaras la…

—Disculpa —dice una voz cantarina desde el otro lado del mostrador—. ¿Tienes una lista de la medicación del señor Wheeler?

Me giro y mi espalda se congela de inmediato al ver a la última persona que quisiera que escuchara esta conversación. Dennis Martin está sonriéndome desde el otro lado del mostrador, con una expresión que parece desprovista de cualquier indicativo de que haya escuchado algo.

—Ah —celebra con inocencia—. No me había fijado en que eras tú, doctora Carter. Es decir, Mack, ¿no? —se corrige riendo por lo bajo.

—Sí, Mack está bien —respondo con rigidez.

—Pensé que eras una enfermera —comenta con otra risita—. ¿Sabes a dónde han ido todas?

—A una reunión de personal —le informo—. Parker estaba revisando un ordenador mientras no están. Deberían volver pronto, si necesitas algo.

—No hay problema —dice con calma—. Volveré después, no es urgente. —Luego apoya un codo en el mostrador y se inclina—. ¿Cómo está Noah?

—Está bien —respondo. Me siento irritada.

—Muy bien —dice animado—. Lo he visto un poco extraño últimamente, ¿no crees? Me preocupa.

Apuesto a que sí.

—Debe de ser por el estrés —sugiero, e intento que el pánico que siento en el estómago no se refleje en mi rostro—. Ha estado muy ocupado.

—Ah, bien, es bueno escuchar eso. —Dennis exhibe su sonrisa indescifrable de siempre—. Todo ese asunto con la junta debió de ser un incordio.

—Por suerte, solo fue un malentendido. —Mantengo una expresión tranquila, sin apartar la vista de su rostro por temor a parecer culpable.

—Claro —afirma con una sonrisa más amplia. Permanece ahí parado un buen tiempo, hasta que tamborilea los dedos sobre el mostrador y se aleja—. De acuerdo, entonces volveré después —anuncia en el mismo tono alegre—. Espero que logréis solucionar ese problema —dice señalando el ordenador detrás del que Parker ha estado mirándolo boquiabierto durante los últimos minutos.

—Lo haremos —afirmo.

—Saluda a Noah de mi parte —añade Dennis mientras se aleja por el pasillo.

No respondo, y Parker y yo permanecemos en silencio hasta que los pasos del hombre

desaparecen por el pasillo. ¿Cómo demonios no lo hemos oído llegar? Suspiro con pesadez cuando estoy segura de que se ha alejado y me inclino con las manos sobre las rodillas. Mi jaqueca es varias veces peor que antes de la interrupción de Dennis.

Parker emite un sonido ahogado detrás de mí.

—¿Crees que ha oído algo?

—Yo… —Lo pienso un momento y niego con la cabeza—. No lo creo. Por lo que sé de él, hubiera sido mucho más presuntuoso. Creo que esa es su actitud habitual.

—Voy a tener un ataque cardíaco antes de que todo esto termine.

—Te prescribiré Klonopin.

—No creo que eso sea ético. —Debe notar que estoy temblando—. Oye, ¿te encuentras bien? No creo que haya oído nada, en serio.

—No sé. —Niego con la cabeza, que de repente siento como nublada.

Además de la jaqueca, siento esa tensión en la piel otra vez, igual que el día anterior, pero potenciada por mi corazón acelerado a causa del encuentro estresante con Dennis. Me siento mareada y débil, con las rodillas temblorosas como si fuera a colapsar en cualquier momento.

¿Qué me pasa?

Percibo que me tambaleo justo antes de que mi trasero impacte en el suelo. Me da vueltas la cabeza y siento la lengua hinchada dentro de la boca. Siento la mano de Parker en la frente, seguida por una maldición por lo bajo.

—Cielos, Mack, estás ardiendo. No te encuentras bien. —Lo escucho gritar por ayuda. Me estremezco al escuchar el tono elevado de su voz y cierro los ojos con fuerza para aliviar el dolor de cabeza—. ¡Necesitamos ayuda, aquí!

Escucho pasos, que parecen lejanos aun cuando siento otro cuerpo acercándose a mí. Intento abrir los ojos para ver quién es, pero descubro que también se me ha nublado la vista. Comienzo a sentir calambres en el abdomen y fuego en los pulmones, que empeora con cada respiración.

Pero todo empeora cuando escucho la voz de Parker otra vez, preguntándole a alguien que no veo qué demonios me está pasando.

Y, en el preciso momento en el que percibo la humedad creciente entre mis piernas, escucho la respuesta de una voz tensa.

—Está entrando en celo.

Además del pánico, percibo la decepción al percatarme de que no es la voz de Noah.



CAPÍTULO 14

Noah

Cuando lo noto, es como ser impactado por un rayo.

La huelo en cuanto bajo del ascensor en su planta y todo lo que sucede después es nebuloso, como si lo viera desde fuera de mi cuerpo. Buscarla para ir a almorzar es una idea lejana, ahogada por la sensación avasallante de la esencia de Mackenzie, a la que ya solo le falta gotear por las paredes. Sin siquiera verla, sé de inmediato lo que está pasando. No sé por qué ni cómo, pero mi cuerpo sabe que ella me necesita. Y se convierte en la fuerza gravitacional que me mantiene en movimiento.

Se me eriza el vello de la nuca, se me acelera el corazón, mi sangre fluye con fuerza hacia mis orejas y mis pies comienzan a llevarme hacia ella por el pasillo. Los escucho cómo se posan sobre el suelo, uno tras otro, cuando me muevo, como si una cuerda invisible tirara de mí, un canto hipnótico de «omega, omega, omega» que invade cada resquicio de mi ser. No alcanzo a comprender qué está pasando ni por qué mi cuerpo reacciona de este modo, pero ahora estoy cegado por la necesidad de llegar hasta ella.

Hay un pequeño alboroto alrededor del puesto de enfermería y, aunque no puedo verla, sé que Mackenzie está ahí aun antes de abrirme paso entre el grupo de personas. Escucho una voz masculina que suena tensa y afectada, preguntándole a otra persona si puede oírle y si se encuentra bien.

Pero justo cuando la veo, con su cuerpo acurrucado en el suelo, la piel sonrojada y el cabello húmedo pegado a las sienes, comienzo a perder la cabeza de verdad. Alguien está tocándola, otro lobo que me mira con una dureza que, de algún modo, percibo que es casi desafiante. Lo veo todo rojo, por lo que tardo más tiempo del que debería en reconocer al enfermero amigo de Mackenzie de ayer sobre su cuerpo agitado, mirándome como si deseara que yo estuviera en cualquier otro sitio.

Mía. Omega. Mía.

Aprieto los dientes y cierro los puños, dominado por un impulso difícil de ignorar de alejarlo de ella. Pero logro contenerme.

—Necesito que todos se alejen de mi compañera ahora, por favor —solicito con la mayor

tranquilidad posible, pero mi voz suena hosca incluso para mí. No alejarlos a todos de ella a empujones requiere de todo mi poder de control—. La tengo.

Los dedos de Liam permanecen en el brazo de Mackenzie por más tiempo del que mis sentidos alterados pueden soportar, pero cuando inicio un movimiento hacia ellos, noto cómo los aparta antes de levantarse despacio.

—Está entrando en celo —dice con dureza.

—Sí. —Mis fosas nasales se dilatan y la evidencia física del hecho se graba en mi cerebro—. Por eso la voy a llevar a casa, pero necesito que nos hagan espacio.

Mía. Omega. Mía.

—¿Por qué has dejado que saliera de casa esta mañana?

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que podría romperme los dientes. La esencia del chico se siente agitada, y olerla combinada con la de Mackenzie me revuelve el estómago. Olerla a ella con cualquier otra persona me hace sentir mal. En especial ahora.

—No mostraba señales esta mañana.

—Bueno, las muestra ahora —ruge Liam—. Está ardiendo. Necesita…

—Sé bien lo que necesita. Gracias.

Decido ignorarlo para acercarme a Mackenzie y ahogo el impulso territorial que me provoca ver que su amigo (creo que se llama Parker) sigue tocándola. Saber que es humano, por lo que no puede olerla en ese estado, es lo único que me mantiene bajo control. Es lo único que evita que le arranque la mano.

El chico me mira con el ceño fruncido, sin dejar de presionar los hombros de Mackenzie.

—Ha colapsado. Estaba quejándose de que le dolía la cabeza, luego empezó a palidecer y… —La mira con preocupación—. Está ardiendo de verdad.

—Yo me encargo. —Asiento sin pensar ni molestarme en mirarlo, pues no puedo apartar la vista de ella—. La voy a llevar a casa.

Parker se interpone cuando me inclino hacia ella, con una expresión dura y sin rastros de temor por interponerse entre un alfa y una omega que está entrando en celo. De hecho, parece dispuesto a patearme el culo si sigo acercándome. La pizca de cordura que me queda me dice que sería una mala idea ser enemigo del mejor amigo de Mackenzie.

—Los dos sabemos por qué creo que es una mala idea —dice por lo bajo para que nadie más lo oiga—. No sé si debería dejar que tú…

—¿Noah?

Ella nos sorprende a ambos al levantarse del suelo, separarse de Parker y aferrarse a mi cuello para atraerme hacia ella y poder frotarse contra mi camisa. Siento cómo inhala y escucho el suspiro que suelta a continuación.

—Noah —repite, casi como un arrullo. Está aliviada.

—Aquí estoy —le digo.

—Duele —lamenta en un susurro.

—Lo sé. Estoy contigo —la tranquilizo.

—¿Podemos irnos? —Levanta la cabeza hacia atrás para mirarme y luego la gira para observar a la pequeña multitud que nos rodea—. No… —Me agarra de la camisa con más fuerza—. Llévame a casa.

—Por supuesto. —No se resiste en absoluto a que la tome en brazos para levantarme acunándola contra mi pecho—. Te llevo a casa. —Entonces, miro a Parker, que sigue alerta, así que me acerco y bajo la voz—. Nunca, jamás haré nada que ella no quiera, pero ahora, mi esencia al menos puede tranquilizarla. Déjame cuidar de ella. Si todo lo que quiere es tenerme cerca, es lo único que haré. Tienes mi palabra, ¿de acuerdo?

Aún parece dubitativo cuando me alejo, nos mira a ambos y asiente de mala gana.

—Te tomo la palabra, Taylor.

Me doy la vuelta incluso antes de que termine de hablar y me abro paso entre el gentío con Mackenzie en brazos, acurrucada contra mí, con el rostro apoyado en la curva de mi cuello, de modo que su aliento acaricia mi piel.

—No me sueltes —murmura, dolorida y cansada.

No sé si me escucha decirle «Jamás», pues se desvanece, pero creo que es lo mejor, ya que no tengo ni idea de por qué he dicho eso.

***

Llevo más de una hora viéndola dormir.

En otras circunstancias, me preocuparía ser un completo acosador, de hecho, es muy posible que lo sea, pero ahora no creo ser capaz de apartar la vista de ella.

Despertó apenas un instante cuando la dejé en la cama después de traerla de vuelta a mi casa, en el que tan solo se arropó con las mantas ajustadas a su alrededor. Casi como si fueran un nido. En ocasiones, emite un gemido suave de dolor mientras duerme, y con cada uno algo se remueve

en mi interior que no reconozco. Cada quejido agita la manía que apenas puedo controlar siempre que estoy cerca de ella. Y la sensación es mucho peor ahora que su esencia invade mi habitación e impregna las paredes, hasta el punto de nunca más se desvanecerá. Pero, a decir verdad, no me molesta en absoluto.

Debo admitir que no es la primera vez que estoy en esta situación. Tengo edad suficiente para haber ayudado a más de una cambiaforma durante el celo en la última década, pero nunca experimenté algo tan cegador como lo que siento al estar a centímetros de esta pequeña omega, cuya esencia amenaza con volverme loco. Lo que siento ahora parece mucho más potente, incluso incontenible. Lo que siento ahora hace difícil que pueda permanecer quieto, como si cada fibra de mi ser se quejara por no estar entrelazada con ella.

Y si ahora siento este malestar, ¿cómo será cuando entre en celo por completo? Sé que esto es apenas una muestra de lo que vendrá, y pensar en eso me fascina y aterra a la vez. ¿Podré mantener el control cuando ella lo pierda?

Me pregunto si tendría que haber notado alguna señal, si habrá habido indicios esta mañana antes de que la dejara sola. Según mi experiencia, los períodos de celo han sido siempre bien recibidos, algo que llega casi programado, una acumulación de síntomas reconocibles que permitían planificar, pero nunca he visto a nadie entrar en celo de forma tan repentina, y mucho menos de forma tan intensa.

Hace que me pregunte toda clase de cosas, pero descubro que, más que nada, me centro en el vaivén de su pecho, en los sonidos suaves que emite al dormir y en su aroma provocador, que me envuelve en oleadas.

No sé cuánto tiempo he estado esperando hasta que por fin agita las pestañas. Me siento más erguido al verla estirarse, antes de levantarse con las manos y mirar alrededor, confundida. Cuando me ve sentado allí, frunce el ceño y parece intentar encontrar sentido a mi presencia y a lo que está sintiendo, al menos eso es lo que creo.

Me quedo inmóvil y resisto la necesidad de tocarla, aunque sea un poco.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada —responde con voz quebrada—. Acalorada. —Mira sus pantalones arrugados y frunce la nariz—. Estoy cubierta de sudor.

No puedo decirle que he estado fantaseando con lamer el sudor de su cuerpo durante la última hora.

—¿Esperabas… que pasara esto?

—¿Qué? —Sus ojos se hacen más grandes por la sorpresa—. ¡No! No tenía ni idea. Nunca… —Cierra los ojos y emite un sonido suave, uno que parece penetrar todo mi cuerpo—. Nunca ha llegado de forma tan repentina.

—¿Cuánto se ha adelantado?

—¿Un mes? Han pasado apenas seis semanas, y suele llegar como un reloj. Nunca te hubiera ocultado algo así, lo prometo.

—Sé que no lo harías —le aseguro. Ambos sabemos lo irresponsable que sería meternos en algo así sin ninguna clase de precaución. Estoy seguro de que ella también es consciente de la cantidad de parejas que inician su verdadera unión en estos momentos, para después pasar por procedimientos muy dolorosos al tener que romper el lazo después de descubrir que no están hechos el uno para el otro—. Pero no tiene sentido —agrego con honestidad—. Nunca he oído que un celo se adelantara tanto.

—Tampoco yo —dice negando con la cabeza.

—¿No has tenido señales?

—Ninguna que pareciera obvia. Me he sentido un poco acalorada desde ayer, pero pensé que era por tu… —Se sonroja y, por mucho que desee que termine esa oración, guardo silencio y la dejo hablar—. No pensé que fuera una señal. También he tenido un dolor de cabeza horrible más temprano, pero eso tampoco tiene sentido. Nunca me he sentido tan mal antes de entrar en celo. —Entonces me mira con intensidad—. ¿Alguna vez has oído algo semejante?

—Nunca.

—¿Qué crees que significa?

—Creo que… puede ser una de las consecuencias de las que hablaba que no podríamos anticipar cuando… incluimos nuestro pequeño anexo.

—¿Consecuencias? —suena algo decepcionada y aparta la vista.

—No significa que me arrepienta —agrego de inmediato, pues necesito que lo sepa—. Significa que no tengo ni idea de lo que debemos hacer.

—Lo sé. —Ya parece más tranquila.

—¿Todavía te duele? ¿Y la cabeza?

—No tanto. Desde que… —Se sonroja otra vez—. Me sentí mejor cuando llegaste. Creo que tu esencia me ayuda.

—Al menos esa parte tiene sentido —reflexiono.

Los dos nos quedamos quietos, mirándonos de un lado al otro de la cama, imagino que preguntándonos lo mismo. Aunque al parecer ninguno de los dos puede formular la pregunta en voz alta.

—Tendrás que transformarte. Comenzará a doler más si no lo haces.

—Lo sé —suspira—. En general, reservo una estancia en un retiro de celo en las afueras de la ciudad, pero es imposible que me reciban sin preaviso.

Requiere un gran esfuerzo por mi parte no preguntarle cómo se ocupaba de este tema en el pasado y quién se encargaba de cuidarla, así que decido enfocarme en el presente. Sé que, si dejo que mi mente divague demasiado, no podré estar lo suficientemente tranquilo para ayudarla.

—Conozco un lugar —le digo—. No está lejos, a unas dos horas de aquí. Podríamos ir allí si quieres.

—¿Podríamos? ¿Los dos? —Sus ojos se hacen más grandes y brillan por la curiosidad.

—Eh… —Me aclaro la garganta y desvío la mirada—. No quería sugerir que… Quería decir… Joder. —Me paso las manos por el cabello—. No sé cuál es el protocolo para estas cosas. Puedo arreglarlo para que vayas sola, si es lo que quieres.

—Y… ¿podrías hacerlo?

Es una agonía pensar en enviarla lejos de mí mientras se encuentra en este estado, pero recuerdo la promesa que le hice a Parker y que no soy un maldito animal, a pesar de mi naturaleza, así que asiento con la cabeza.

—Si es lo que quieres, sí. Haré lo que tú quieras, Mackenzie.

Ella baja la vista hacia la sábana arrugada sobre su cintura, recorre el borde con los dedos y se muerde el labio inferior. Yo la observo atento, resistiendo la necesidad de morder ese mismo labio antes de seguir recorriéndola con la boca. ¿Tiene que oler tan bien?

—¿Y si…? —Escucho cómo traga saliva, veo cómo mueve el cuerpo apenas un poco, y mis ojos siguen cada movimiento—. ¿Y si quisiera que vinieras conmigo?

Sí. Omega. Mía.

—¿Eso es lo que quieres? —Presiono los dientes para contener el rugido en alguna parte de mi subconsciente.

Me sostiene la mirada. El tono de sus ojos ambarinos se ha vuelto más oscuro, como miel pura y espesa en la que podría ahogarme con facilidad.

—Quiero que vengas conmigo.

—Quieres… —Mis uñas se clavan en mi muslo a través de los pantalones, y dejo que el ligero dolor me mantenga concentrado—. ¿Quieres mi ayuda?

Tarda al menos diez segundos en responder.

—Sí. Dijimos… que íbamos a ayudarnos el uno al otro, ¿no?

Aunque lo dijimos, una parte de mí sabe que esto cada vez se está volviendo más peligroso, que los límites de nuestro acuerdo se están difuminando demasiado, al menos para mí. Por esa sola razón debería enviarla a la cabaña de mi primo en las afueras de la ciudad, debería poner toda la distancia posible entre nosotros para no arrojarme de cabeza al desastre que a buen seguro

ocurrirá si comparto una experiencia íntima como esta con la mujer que invade cada vez más mis pensamientos.

Pero no hago nada de eso, porque ahora la idea de tocarla me parece más importante que el agua. Incluso que el aire.

—Sí, eso dijimos.

—¿Y tú conoces un lugar?

—Mi primo tiene un pequeño refugio para esquiadores en Pleasant Hill, a unas dos horas de aquí —repito—. Estoy seguro de que nos lo prestaría por unos días.

Mi cuerpo por poco grita ante la idea de estar a solas con Mackenzie durante varios días mientras huele tan increíble como ahora, ante todas las cosas que estoy pensando en hacerle. Si pudiera leer mis pensamientos, saldría corriendo de miedo.

—¿Y qué hay del trabajo?

Parpadeo confundido, porque no había pensado en eso. Miro hacia abajo, pensando, hasta que se me ocurre la opción más obvia.

—Tengo días libres por el tema del celo.

—¿Sí?

—Tenemos —me corrijo mirándola a los ojos—. Eres mi compañera, después de todo.

—Compañera —repite. Y el calor con el que me mira… desearía poder inmortalizarlo de algún modo para poder atesorarlo y admirarlo cuando quisiera—. Al menos es lo que piensan.

La realidad es una perra voluble, y el recordatorio de que todo es ficticio tiene un impacto extraño. Ahora no tengo la capacidad mental de pensar por qué, pues estoy demasiado distraído por su suave rubor y por esa boca aún más suave. No puedo pensar en mucho más que en tenerla en una cama en la que pueda saborearla y tocarla hasta saciarme durante un futuro próximo.

—Así es —logro responder.

Ella se muerde el labio otra vez, y yo tengo que suplicarle a mi polla que se tranquilice, porque sé que necesita que sea fuerte en este momento y tendré que encargarme de algunas cosas en poco tiempo.

—De acuerdo —dice con simpleza.

—¿Seguro? —Debo ser idiota por preguntárselo, pero tengo que estar seguro—. ¿Y estás segura de que quieres mi… ayuda?

Lo piensa durante un instante, con la mirada aún en mi rostro, hasta que por fin se libera del pequeño nido de mantas para avanzar por la cama más cerca de mí. No me toca, sino que apoya

las manos firmemente sobre el colchón, pero puedo sentir su aliento cálido en mis labios antes de que los cubra con los suyos. Y necesito de todo mi poder de control para no tomarla aquí mismo, aun sabiendo que probablemente destruiríamos todo el apartamento cuando necesite transformarse.

En este momento, me parece que valdría la pena correr ese riesgo.

—Estoy segura —murmura—. Haz la llamada. —Y me da otro beso que amenaza con volverme loco otra vez—. Date prisa, Noah.

Creo que nunca me he movido más rápido en mi vida.



CAPÍTULO 15

Mackenzie

El viaje al refugio del primo de Noah es casi una tortura. El calor que siento en mi piel parece empeorar a cada kilómetro, sumado a un ardor en mi interior que amenaza con consumirme. En algunos momentos durante las dos horas de viaje, noto que Noah presiona demasiado el volante, y otros en los que su mano se extiende para tocarme, pero acaba apartándola en el último segundo. Es como si temiera que si me toca, no podrá detenerse. Una parte de mí se siente encantada al pensarlo, pero otra no está tan segura de cómo debe sentirse.

Es verdad que fue idea mía que Noah me acompañara, que me ayudara a atravesar este celo extraño que ninguno de los dos ha visto venir, pero en los pocos momentos de claridad que tengo (muy pocos), no puedo evitar preocuparme. Porque lo que siento desde que Noah vino en mi busca en el hospital, la forma en la que esa parte de mí parece necesitarlo… es una sensación que nunca había experimentado.

Lo siento como algo demasiado fuerte, muy parecido a todas esas cosas que he intentado evitar durante mi vida adulta, pero no puedo resistirme al calor avasallante que crece en mi cabeza, en mi piel y muy, muy dentro de mi vientre. Al parecer, ni siquiera encuentro la voluntad para hacerlo, ¿acaso eso no significa que debería dudar de todo este asunto?

La nieve es más espesa a medida que nos acercamos a Pleasant Hill. Cae en copos grandes contra el cristal, que se unen al manto blanco que cubre el suelo y los árboles en el exterior. Noah habla muy poco durante el viaje y, excepto por un jadeo suave y algunos quejidos, yo tampoco soy muy comunicativa. La necesidad de transformarme se ha ido intensificando y la tensión en la piel ha empeorado, hasta el punto de que a veces siento que va a quebrarse en cualquier momento. Aunque ya he experimentado esta sensación antes, ya que un cambiaforma en celo es más cercano a su versión animal, no recuerdo que haya sido tan acuciante en el pasado. Esta vez todo me parece diferente, nuevo. Y eso hace que me preocupe por las consecuencias de las que tanto hablaba Noah. Pero solo cuando soy capaz de formar pensamientos racionales, claro. La mitad del tiempo es como si estuviera en un estado de delirio que incluso no me permite recordar dónde estoy.

—Es pasando esos árboles —indica Noah en algún momento—. ¿Te encuentras bien?

—Duele —digo, y creo que asiento con la cabeza.

Entonces sí siento una mano que roza mi sien con la suavidad de una pluma. Es increíble que un contacto tan ligero pueda hacerme sentir mucho mejor.

—Sigues ardiendo —murmura—. Tendría que haberme encargado de ti antes de salir.

Encargado de ti.

Pensar en eso me hace temblar, porque sé que significa tocarme, llenarme, darle a mi cuerpo todo lo que está suplicando en este momento.

Parpadeo con pesadez cuando atravesamos una hilera de pinos cubiertos de nieve y diviso una estructura oscura que resalta contra el fondo blanco. Levanto la cabeza con dificultad para ver el refugio, que es apenas más un poco grande que una cabaña y parece en mal estado. La madera está desgastada, la barandilla del pórtico está rota en varios lugares, y algunas tejas parecen estar a punto de caerse del techo.

—Hunter tiene que hacerle una buena renovación —se queja Noah antes de mirarme—. Lo siento, hace tiempo que no venía.

—Está bien —respondo.

La puerta de entrada se abre cuando nos detenemos y sale un hombre fornido, que ronda la altura de Noah, pero, de algún modo, es mil veces más ancho. Su cabello negro es de un tono similar, pero asoma salvaje y rizado debajo de su gorro. Se parece a él en muchos aspectos: sus labios parecen igual de carnosos incluso detrás de la barba oscura y tiene la misma expresión de la que Noah tanto se enorgullece, esa que parece un tanto irritada.

—¿Es tu primo?

Noah está tenso, con los labios fruncidos y una mirada dura. Traga saliva con fuerza antes de girar la cabeza hacia mí con una mirada oscura y alerta.

—Quédate aquí —dice más como una orden que como una sugerencia—. No salgas del coche.

—De acuerdo…

Él vuelve a mirar a su primo, que nos saluda desde la entrada, y suelta un suspiro.

—Hunter también es un alfa —explica con tensión—. No quiero que… —sacude la cabeza—. No quiero que te huela así.

—Estoy segura de que no haría nada…

—No tienes ni idea de cómo hueles en este momento, Mackenzie —ruge—. He necesitado toda la fuerza de voluntad que hay mi cuerpo para no aparcar y anudarme contigo en el asiento trasero.

Suelto un jadeo ahogado, que hace que Noah parpadee y su expresión se convierta en sorpresa.

—Lo siento —se apresura a decir—. Yo… —Gira hacia la entrada otra vez y presiona el volante con fuerza—. No salgas, por favor.

Vaya.

Siento una contracción entre las piernas, seguida por una descarga de lubricación sobre la ropa interior. Las fosas nasales de Noah se hinchan, y saber que él sabe, que huele lo mucho que lo deseo ahora, me provoca una sensación muy extraña.

—Me quedo aquí —le aseguro con voz suave.

—Gracias —responde con rigidez.

Lo veo bajar del automóvil, ajustándose el abrigo mientras atraviesa la nieve para encontrarse con su primo en la entrada. Aún parece algo nervioso mientras hablan. Hunter gira la cabeza para mirarme en algún momento, y la dureza en sus ojos me hace estremecer.

Vaya genes en esta familia, por Dios.

Noah parece todo lo opuesto a estar feliz por la curiosidad que demuestra Hunter, pues toda su postura exclama que le incomoda que haya alguien más cerca de mí en este momento. En especial alguien como Hunter.

¿Y por qué eso me causa tanta satisfacción? Me hace sentir un calor que nada tiene que ver con el celo, que se centra en mi pecho como si una piedra caliente se hubiera alojado ahí. Es verdad que el comportamiento de Noah durante todo el proceso ha sido bastante posesivo e impropio de él, pero hasta ahora solo me ha dicho que es un efecto colateral de sus hormonas reaccionando a las mías. Solo son sus instintos de alfa, sobreestimulados de hecho, ya que nunca antes habían entrado en acción. Porque no puede ser nada más que eso, ¿verdad?

Sigo evaluándolo mientras Hunter le entrega un juego de llaves a Noah, le da una palmada en el hombro y sonríe ligeramente antes de dirigirse a un Bronco viejo de color verde oscuro aparcado a un lado. Noah lo ve marcharse con la misma expresión tensa de labios apretados. Aunque parezca agitado, mirarlo me enciende todavía más, si es que eso es posible, hace que mi respiración se vuelva más ligera y empeora la tensión en mi piel. Todo mi cuerpo grita para que corra hacia él, porque él puede darme lo que quiero. En este momento, en el que soy consciente de que estamos solos, nada parece ser más importante que ese médico fornido, de aspecto agitado, que baja la escalinata del refugio hacia mí.

Me quedo inmóvil mientras se acerca a la puerta del acompañante y espero a que la abra y se incline hacia mí hasta que suelta el suspiro que ha estado conteniendo.

—Vente.

Joder.

Todo mi cuerpo tiembla. No ha usado esa palabra con doble sentido, sino que ha sido mi mente la lo que lo ha interpretado así, y por eso no puedo evitar que presione las piernas por el deseo.

Extiende la mano como una invitación silenciosa, y la siento fría contra mi piel acalorada. Después de acariciarme despacio con el pulgar, me ayuda a bajar y a mantenerme de pie cuando mis piernas inestables hacen que caiga contra él. Aun con el frío exterior, siento calor entre los dos, y su mano en la parte baja de mi espalda quema a través de mi ropa.

—Vamos dentro. Ya solo estamos tú y yo —murmura.

El vértigo que me provoca debe ser peligroso, dada nuestra naturaleza, pero eso no hace que deje de sentirlo. No lo evita para nada.

***

Estoy viendo cómo Noah monta un pequeño puesto de emergencias sobre la cómoda de la habitación a la que me ha traído. A juzgar por las botellas de agua, los bocadillos y las toallas que ha dispuesto para un fácil acceso, parece que él ha pensado mucho más que yo sobre el asunto. Puedo notar su estrés, como si temiera haber olvidado algo, pues se lleva la mano a la boca y frunce el ceño mientras parece hacer un repaso mental de las cosas que podríamos necesitar. Podría echarme a reír con facilidad: solo Noah puede ser tan calculador en un momento como este.

Mi estómago se tensa al percatarme de lo mucho que ha pensado en mí, en cuidarme, pero no puedo manejar esta confusión en este momento.

—¿De verdad que no hay nadie más aquí?

—Hunter se quedará en casa de la tía Jeannie —responde, y se gira hacia mí—. El negocio ya no es lo que era… —Sus ojos parecen carbones encendidos—. Estamos solos.

—Vaya —respondo con una risa ahogada—. Todo un refugio de esquiadores para nosotros solos. Qué romántico. —Él no se ríe.

—¿Cómo te encuentras?

—Por ahora bien —digo con honestidad—. El dolor de cabeza ha mejorado y ya casi no siento que mi piel esté en llamas.

—Tu esencia aún es… —presiona los labios hacia adentro—, muy fuerte.

—¿De verdad es difícil de soportar? —pregunto. No puedo evitar la curiosidad en este momento de claridad mental.

—No es fácil —afirma—. De hecho, es jodidamente difícil.

¿Por qué eso me provoca más vértigo? ¿Me gusta que admita estar perdiendo un poco la cabeza por mí? Sin duda, eso parece pertenecer al grupo de cosas «complicadas», pero todo entre

nosotros parece ser complicado últimamente. Cuanto más lo pienso, más me aterra. Pero no puedo pararme a pensar en ello demasiado, ya que él se irá dentro de un mes, y es exactamente lo que quería evitar cuando me metí en esto, lo que creí imposible cuando me enrolé en este asunto. No me siento cautivada por hombres a los que acabo de conocer como quien dice; cielos, en realidad no me siento cautivada por ningún hombre.

Entonces, ¿por qué la mirada de Noah me hace sentir tanto calor? ¿Es por el celo o por otra cosa?

—También es difícil estar cerca de ti —susurro—. Hueles muy bien.

—¿Sí? —pregunta, con los puños cerrados a los lados.

—Siempre hueles bien —confieso casi contra mi voluntad—. Es tranquilizador, como estar en la nieve, pero… teniendo calor.

—Calor —repite, y recorre mi rostro con la mirada.

—O al menos a mí me hace sentir calor.

—¿De verdad? —dice en voz baja. Vuelve a apretar los puños antes de dar un paso hacia mí, lo que hace que el aire se atasque en mis pulmones, como si se hubieran olvidado de respirar—. ¿Sabes lo que tu esencia me provoca?

Da otro paso, hasta que la distancia entre nosotros es mínima, pues me encuentro inclinada en el borde de la cama para acortarla todavía más.

—No.

—Me hace sentir que pierdo el control —jadea, y sus pies chocan con los míos cuando extiende los brazos para abrazarme por la cintura—. Y soy muy bueno manteniendo el control.

—¿Y qué más? —Trago saliva con dificultad.

—Qué más… —Se acerca y frota la nariz contra mi pecho para olerme, al tiempo que mi cuerpo se estremece—. Ahora que sé cómo sabes, lo que sientes, tu esencia hace que lo recuerde todo. —Siento un beso muy ligero sobre la glándula odorífera en mi garganta y, si no estuviera sentada, mis rodillas seguramente flaquearían—. Los sonidos que emites cuando estoy dentro de ti. —Acaricia el mismo punto con la lengua, y yo gimo suavemente—. Tu sabor cuando te corres en mi boca. —Tengo que cerrar los ojos. Creo que nunca hubiera podido imaginar a Noah hablándome así, pero no puedo decir que me disguste—. Lo condenadamente suave que te siento cuando estás tendida en la cama, anudada conmigo.

—Noah —jadeo. El calor vuelve a aumentar y acaba con la poca tranquilidad que había conseguido.

—¿Lo quieres, Mackenzie? —Cuando sus dientes rozan mi piel, tengo que aferrar su camisa solo para no perder la consciencia—. ¿Quieres que nos anudemos?

Me retuerzo debajo de él. En este momento, cualquier pequeña brizna de cordura ha salido volando por la ventana hacia la nieve.

—Noah, yo…

—Puedo oler lo mojada que estás —ruge—. Siempre puedo olerlo. ¿Sabes cómo me enloquece saber que es por mi causa? ¿Saber que yo lo he provocado?

Él tiene razón, mi ropa interior está empapada, y toda mi piel está tan tensa que arde. De hecho, yo estoy ardiendo por entero, por dentro y por afuera.

Dejo que una mano explore su camisa, hasta que mis dedos encuentran la porción de piel del pecho que queda al descubierto. Al bajar un poco más puedo sentir lo mucho que me desea: su polla se aprieta con fuerza contra los vaqueros y puedo percibir su temperatura debajo de la tela. Sé cómo lo sentiría en este momento, cómo me llenaría hasta provocarme un placer intenso, casi doloroso, y lo deseo mucho. Ahora mismo, no hay nada que desee más.

—Joder, Mackenzie —susurra cuando lo acaricio por encima de los vaqueros—. Me vuelves loco.

—Yo también me siento un poco loca —susurro. Y luego dejo salir un profundo suspiro cuando una rampa hace que se me salten las lágrimas, y siento una descarga de calor, como una corriente eléctrica que recorre mi piel y hace que me sienta en llamas. Me lamento cuando él se aleja para mirar qué me ocurre y me acaricia la mejilla con una mano, con sus ojos cargados de deseo pero el ceño fruncido de preocupación.

—Tienes que…—Respira con dificultad, lo que deja en evidencia que no soy la única afectada —. Tienes que transformarte pronto —dice casi decepcionado.

Su decepción es un reflejo de la mía, porque no quiero ceder a mis instintos básicos ahora, no si eso significa que debo renunciar a tener sexo con Noah en esta cama hasta que el ardor se aplaque.

Pero él tiene razón.

—¿Puedes…? —Intento tragar, pero mi garganta está seca—. ¿Puedes transformarte conmigo?

Él hace que levante el mentón y me acaricia el labio inferior despacio, antes de deslizar un dedo más allá de mis dientes para presionar mi lengua. No puedo evitar lamerlo, con lo que recibo un rugido suave que viene de su pecho, mientras abre la boca para respirar agitadamente.

—No voy a ir a ningún sitio. Mientras estemos… —Tensa la mandíbula, y me mira con los ojos salvajes que aparecen solo en momentos como este. Sé que ahora no se siente él mismo, porque puedo oler cómo le afecta lo que me sucede a mí, pero, por algún motivo, en lugar de asustarme me provoca una emoción desconocida—. Mientras estemos aquí, eres mía, Mackenzie.

A mi parte racional aún le preocupa que esto pueda formar parte del delirio hormonal.

A mi parte irracional le importa un cuerno.



CAPÍTULO 16

Noah

Hacía mucho que tiempo no me transformaba, pero sentir la nieve fría debajo de las patas es una sensación agradable cuando corro siguiendo el rastro de Mackenzie. Apenas veo un destello de su pelaje de color arena antes de que desaparezca entre los árboles después de abandonar la ropa. Es evidente que el celo la hace estar más en sintonía con sus instintos que yo, en especial teniendo en cuenta que hace mucho que no los uso.

Los supresores inhiben la necesidad de transformarse, como le dije a Mackenzie hace unas semanas, pero correr así hace que me pregunte por qué no lo he hecho antes de todas formas. Las preocupaciones laborales y de mi vida personal parecen lejanas en este momento, solo siento la esencia de Mackenzie en el aire y el deseo intenso de estar más cerca de ella.

La veo parada en un claro, con su manto brillando bajo la luz del sol, y percibo que está allí quieta sobre las cuatro patas esperándome. Aunque es más pequeña que yo, creo que no es menos fuerte. Sus ojos ambarinos son agudos, sus orejas están atentas a mi llegada y tiene la cabeza agachada, como si estuviera lista para salir corriendo en cualquier momento. ¿Qué está haciendo?

Me pregunto si será posible que no me reconozca en su estado primario, así que ladro con suavidad, a lo que responde con un bufido contra la nieve y agitando las patas. Luego gira sobre sí misma para sacudirse la nieve al ver que me acerco, pero, justo cuando me apresuro para alcanzarla, da un salto tan veloz como sus patas se lo permiten, desaparece entre los árboles y me deja pasmado. Corre unos diez metros más, hasta detenerse para mirar hacia atrás otra vez, con la misma postura alerta que comienza a parecerme un desafío.

Está jugando conmigo.

Incluso bajo esta forma casi puedo ver su sonrisa provocadora y escuchar su voz dulce diciendo algo solo para molestarme y poder reírse de mi reacción. Mi pelaje se eriza anticipándose al juego. Me sacudo un poco la nieve y aúllo para advertirle que voy tras ella. Su forma de resoplar y sacudir la cabeza me indican que ni siquiera se ha inmutado, así que pateo la nieve y agacho la cabeza, listo para saltar.

Es como si estuviéramos en otra época, en una era en la que nuestra especie vivía en bosques así, cazando para comer y seduciendo a sus parejas con una danza similar a esta. Y en mi mente,

mientras corro por la nieve, la idea parece muy satisfactoria.

No me muevo hasta que ella comienza a correr otra vez, le doy un instante de ventaja antes de perseguirla y corro hasta que mis músculos arden, pero es un ardor de satisfacción. Veo cómo su cuerpo flexible zigzaguea entre los árboles como si hubiera nacido en el bosque, asegurándose de no ser presa fácil. Eso no me desmotiva en absoluto; de hecho, la dificultad solo aumenta mis ganas de atraparla y hace que el juego sea más placentero.

Dejo que mis pensamientos humanos den paso a mi parte más básica y que el alfa en mi interior se mueva como si estuviera cazando a Mackenzie, como si fuera una presa que quiero saborear, y en cierto sentido, así es. Aun transformada, puedo sentir cómo cada segundo su celo se intensifica. Aquí, entre la nieve, huele como si estuviese madura, lista para devorar. Sé que cuando la lleve adentro otra vez estará cachonda, mojada y deseosa, y solo pensar en cómo nos vamos a anudar hace que aúlle anticipadamente.

Ese sonido hace que ella se detenga más adelante, y que yo me deslice para detenerme a unos diez pasos de ella para recuperar el aliento. En sus ojos percibo un destello del deseo que albergaban antes, una chispa de su parte humana que prácticamente suplica que vaya a por ella. Se oye un crujido detrás de nosotros, que me hace girar con un gruñido y apartar la mirada de Mackenzie, alertado por un posible intruso, solo para ver a un ave volar entre los árboles. Resoplo irritado antes de volverme a girar, pero noto que Mackenzie ya no está en ningún sitio y una descarga de pánico me atraviesa.

Como un buen alfa, empiezo a dar vueltas de un sitio para otro para buscarla, aterrado por haberla perdido, aunque por lógica sé que debe de estar cerca. Giro sobre mí mismo y suelto un ladrido de preocupación, pues aún puedo olerla, pero no la veo por ningún lado.

¿Dónde demonios está?

Debió de ser por el pánico o tal vez porque mis oídos estaban demasiado irrigados por la sangre por lo que no escucho sus pasos cuando se acerca por atrás. No la oigo acercarse cerca hasta que está sobre mí. Su cuerpo impacta contra el mío con tanta fuerza que nos devuelve a ambos a nuestra forma humana mientras giramos, hasta terminar como dos cuerpos desnudos enredados sobre la nieve.

Su piel sigue rosada, sin duda, aún acalorada por estar en su forma humana, y su cabello rubio se despliega salvaje alrededor de su rostro, tan salvaje como la mirada en sus ojos. Con ella a horcajadas sobre mi cintura, inmovilizándome contra el suelo, compruebo de inmediato que tenía razón, que está toda mojada por mí, a juzgar por lo que siento sobre el ombligo.

—Te atrapé —ronronea, con los pechos erguidos por el aire frío.

Cuando le acaricio los muslos, tiembla sobre mí. Está ardiendo, en el cénit de su celo, pero sé que el aire frío podría enfermarla si se descuida.

—Te vas a enfriar.

—Mmm. —Se inclina para rozar mi boca con sus labios sonrientes, y el roce de sus pezones

contra mi pecho me deja sin aliento—. Entonces deberías mantenerme caliente.

Estoy listo para poseerla aquí mismo, pero entonces se levanta para transformarse otra vez, así que pierdo la oportunidad. La sigo un instante más tarde y noto que corre por el camino que vinimos, de vuelta hacia la cabaña. Se detiene un instante sobre la colina para señalar el lugar con la cabeza, como si me desafiara a atraparla.

Y eso es justo lo que planeo hacer.

***

Nunca en mi vida adulta había sentido tanta desesperación.

Aun cuando la tengo en la seguridad de la habitación que escogimos, siento la necesidad de atarla a la cama para que no se escape. Todas las células de mi cuerpo claman por ella, embriagadas por su esencia y el sabor de su lengua en la mía. Su cuerpo es cálido contra el mío, lo siento en las caderas que froto de forma inconsciente contra ella, al tiempo que deslizo la punta de mi polla por su estómago para dejar una línea pringosa en su abdomen. Siento el deseo extraño, distante, de marcar todo su cuerpo de este modo para que nadie más pueda volver a tocarla.

Ella retrocede hasta que sus piernas chocan contra la cama. Me resulta muy fácil levantar su pequeño cuerpo y lanzarlo al centro de la cama para ponerme sobre ella. Mi boca nunca abandona su cuerpo, ni por un segundo, mi lengua, mis dientes recorren cada centímetro de ella mientras se sacude debajo de mí.

—Quema —susurra cuando lamo uno de sus pechos erguidos—. Duele, Noah.

—Shh —la tranquilizo antes de rodear su pezón con la lengua y trazar una línea por su abdomen —. Te voy a aliviar.

Entre sus piernas se ha formado un caos. Los fluidos mojan sus muslos, las sábanas y los dedos con los que la acaricio. Gime cuando deslizo dos en su interior, que entran con facilidad, y el sonido lascivo de chapoteo resuena en mis oídos cada vez que entro y salgo. Alza las caderas contra mi mano, al tiempo que enreda sus dedos en mi cabello, tira de él y me clava las uñas en el cuero cabelludo, como una súplica silenciosa para que me apresure, lo que me hace gemir mientras chupo su pezón. Las otras veces que he estado dándole placer no me sentía como yo mismo, pero realmente ahora me siento como otra persona por completo. Mis pensamientos racionales, todas mis preocupaciones por lo que podría suceder después, han quedado atrás, han sido reemplazados por la necesidad imperiosa de estar dentro de ella, de darle todo lo que me está pidiendo.

La tomo por la cintura y, sin advertirla, la hago girar de espaldas a mí, por lo que emite un quejido de sorpresa y se sacude entre mis manos.

—Noah, ¿qué…?

—Levanta las caderas —le ordeno, tirando de su cintura—. Quiero verte.

Le tiemblan tanto las piernas que tengo que ayudarla a levantar el culo para que su parte más ardiente quede bien expuesta. Me hierve la sangre al ver sus fluidos mojando los muslos, como si me invitara a lamerlos. Creo que eso la toma por sorpresa, que haga justo eso: lamer con mi lengua la parte trasera de sus muslos y limpiar el rastro de humedad hasta llegar con la nariz en medio de sus piernas. Dice cosas incoherentes contra el colchón cuando deslizo la lengua en su interior para sacarla y presionar su clítoris hinchado, palpitante.

Puedo empaparme del sabor de su celo: sabe a miel y a sexo líquido, una delicia capaz de hacer que pierda la cabeza por ella. La devoro con avidez, con los labios, pasando la lengua sobre su piel suave, al tiempo que con la mano acaricio su clítoris empapado y erecto. Entonces, estira el cuerpo hacia atrás, presionando contra mí, y yo sigo trabajando con la lengua, concentrado en el mismo punto, saboreándola como un animal hambriento, y tocándola también con los dedos.

—Noah —jadea temblorosa—. Noah, yo, ah…

—Alfa —digo emitiendo casi un rugido, y aplico más presión con los dedos—. Quiero que me llames alfa.

No sueno como yo mismo, no me siento yo mismo, pero mi parte tranquila y controlada parece haberse sentado a mirar, incapaz de controlar los instintos básicos que me dominan ahora. No tiene posibilidades contra esa otra parte de mí, por la que suplica esa omega caliente y dócil.

Deslizo la lengua en su interior otra vez para disfrutar del grito agudo que le provoca.

—Alfa.

La palabra hace que mi sangre se agite y que partes de mí que no conocía se sacudan y aúllen de placer. Ahora puedo sentir cómo tiembla toda entera, cómo flexiona los dedos de los pies y se queda sin aliento, y sé que está cerca. Lo huelo. Lo saboreo. Cierro los ojos mientras recorro sin descanso su centro empapado con la lengua, incapaz de detenerme hasta sentir que se deshace en mi boca. Cuando lo hace, no siento el alivio que suponía que obtendría. Por el contrario, cuando cae en una espiral temblorosa mientras dice mi nombre y su descarga llena mi boca, nace un rugido en mi interior que me empuja a pedir más.

No soy delicado, no como me hubiera gustado ser, cuando me pongo de rodillas con las manos firmes en sus caderas para atraerla hacia mí, ni cuando la presiono con una mano con fuerza para que su culo no se mueva mientras froto el calor de mi polla contra sus labios húmedos. Ella tampoco da señales de que le moleste. Al contrario, parece disfrutarlo mucho. Pero un relámpago de claridad mental cruza mi mente, ebria por los efluvios que desprende el celo, que hace que me detenga un segundo antes de penetrarla.

—Necesito que estés segura —logro decir, a pesar de los gruñidos que emite el alfa por haber sido detenido—. Necesito que estés segura de que realmente lo quieres. Si nos anudamos ahora… —Inhalo con dificultad—. No sé si podré detenerme.

Siento sus dedos delgados en los nudillos, con los que me acaricia mientras gira el rostro sobre el colchón para mirarme.

—Por favor, alfa —susurra con voz ronca—. Quiero que nos anudemos, por favor.

Maldigo entre dientes cuando menea las caderas contra mi miembro para acentuar su petición, apoyo las manos en la parte baja de su espalda para alinearme bien con ella y contengo el aliento al ver cómo la punta hinchada de mi polla desaparece poco a poco en su interior. Es hipnótico ver cómo me recibe en su coño estrecho, cálido y empapado, como si estuviera hecho para mí. Gimo sin aliento cuando la base apenas inflamada de mi nudo también desaparece y nos unimos por completo, consciente de que pronto se hinchará y le daré todo lo que tengo y más.

Y pensar en eso me obliga a moverme.

Desde mi posición puedo contemplarlo todo. Soy incapaz de apartar la vista de la forma en que su coño se abre para mí una y otra vez, y escucho salir de mi boca palabras que nunca había pronunciado, como si hubieran estado esperando para ella.

—Mírate —murmuro—. Con mi polla toda dentro de ti.

—Sí —gime—. Sigue.

—¿Es esto lo que quieres? —La embisto un poco más fuerte con las caderas—. ¿Necesitas el nudo de tu alfa?

No soy su alfa. No soy suyo, susurra una voz lejana, a la que ignoro por completo.

—Dilo. Di que necesitas sentir el nudo de tu alfa.

—Yo… joder. —Entierra el rostro entre las sábanas para soltar un sonido indescifrable—. Necesito… Por favor, alfa… necesito tu nudo.

—Buena chica —murmuro mientras le acaricio la espalda.

Su cabello se ve más oscuro por el sudor, pegado a sus sienes y hombros. Cuando gira la cabeza contra el colchón, su boca está abierta, hinchada y roja, y sus ojos brillantes, fijos en los míos, parecen resplandecer.

—Voy a aliviarte, voy a hacer que te sientas mejor —digo entre dientes, imponiéndome sobre el sonido que produce el roce de nuestras pieles sudorosas—. Voy a anudar este pequeño cuerpo hasta que no puedas más.

—Mmm. Sí —jadea y agarra las mantas con los puños—. Lo quiero todo.

—Eres tan hermosa —logro añadir. Se me cierran los ojos cuando la presión en la polla se eleva a niveles insoportables. Siento cómo mi nudo comienza a hincharse y a dificultar las embestidas cada vez más—. Eres perfecta, Mackenzie, ¿lo sabes? Demasiado perfecta.

—Noah… —gime.

Suelta un grito cuando la penetro con fuerza y toco el punto más sensible en su interior. Noto cómo tiembla alrededor de mi miembro. Sus jadeos y el temblor de sus piernas revelan que está cerca, así que rodeo su cintura con un brazo para estimular el clítoris aún sensible entre sus piernas.

—Joder —susurra.

La estimulo con círculos rápidos, mientras yo siento la presión que ejerce su estrechez sobre mi pene con cada movimiento. Su garganta pronuncia una combinación indescifrable de sonidos compuestos por la mezcla de palabras como «alfa», «por favor» y toda clase de expresiones muy sucias. Se moja tanto que cada empujón emite un sonido pringoso y resbaladizo, y la presión de su interior hace que tense el abdomen al borde del colapso, a la espera de su descarga.

Casi no lo consigo: exploto un segundo después de sentir su orgasmo alrededor de mi verga. Acabo rugiendo de alivio tras penetrarla hasta lo más profundo y luego me abrazo a su cuerpo, inundado por el dulce placer del éxtasis. La sensación de su cuerpo amoldado a mi nudo es indescriptible, casi comparable a todas las cosas buenas que he sentido a lo largo de mi vida juntas, mientras estoy bloqueado dentro de ella, seguro de que no podrá estar en ningún otro sitio más que aquí conmigo.

Y después, cuando mi mente primitiva se tranquiliza ligeramente y da paso a un atisbo de racionalidad, me siento totalmente despreocupado. A pesar de todo lo que dije sobre las consecuencias, sobre ser cuidadosos, ahora solo puedo pensar en lo bien que me siento. Siento que todo es correcto. Ella se acurruca contra mí como si estuviera hecha para esto, como si estuviera diseñada para encajar conmigo. Yo la abrazo con fuerza y hundo la nariz en su cabello, mientras que mi pecho sube y baja con pesadez contra su espalda.

Cuando percibo su respiración más tranquila, señal de que duerme en paz, beso su cabello y la atraigo lo más cerca posible, como si temiera que no esté aquí cuando despierte si no lo hago. Cierro los ojos para intentar descansar también, pues este es solo el comienzo del desenfreno que está por venir, pero hay algo en mi mente que quiere abrirse paso, algo que, creo, me he estado esforzando por ignorar.

Teniendo a Mackenzie en mis brazos de este modo… sé que no quiero dejarla ir.



CAPÍTULO 17

Mackenzie

Los últimos días han sido un caos de sudor y sensaciones, y hoy no es la excepción. En el cénit de mi celo, todo lo veo lejano e imposiblemente cercano a la vez, mis sentidos están en alerta máxima y mi cuerpo en un estado constante de placer y dolor ardientes.

Y Noah ha estado ahí en todo momento.

No recuerdo otro momento en el que me haya sentido así, en el que haya necesitado a alguien como me ha pasado con Noah. Y cada vez que le entrego un poco más de mí, la ansiedad crece en mi mente como un parásito, dirige mis movimientos y mis acciones, y hace que mi deseo por él no pare de crecer. Me aferro a él despierta y dormida, y cada segundo en el que no está dentro de mí es como una tortura. Aunque para ser sincera, no han sido muchos segundos.

Tengo los ojos cerrados con fuerza para poder concentrarme en lo que siento, los muslos abiertos para montarlo, sus dedos aferrados a mis caderas para ayudarme a que me frote más fuerte sobre su miembro. Mi cuerpo está tan bañado en sudor como el suyo y a estas alturas la habitación está repleta de nuestras esencias, combinadas para formar una nube tóxica.

Jadeo cuando mueve una mano para frotar mi clítoris, que sigue sensible por el orgasmo que acaba de provocarme hace solo unos minutos. Mi cabeza cae hacia delante, y tengo que apoyarme sobre sus hombros para intentar seguir el ritmo con el que me hace rebotar sobre él.

—Mírate —murmura al deslizar el pulgar por el botón y provocar una descarga de fluidos—. Mira el desastre que estás causando.

—Eh… Ah… Lo siento.

—No pidas perdón. —Se levanta para besarme el mentón—. Me encanta.

Así ha sido desde que llegamos aquí: usa las palabras y los halagos más sucios, algo de lo que no lo creía capaz, y al parecer a mi lado más primitivo le encanta. Escuchar cómo me susurra cosas sucias en esta habitación solo para nosotros dos me hace temblar casi tanto como su tacto.

—Estoy muy cerca —gimo. Él sigue tocándome el clítoris y moviendo mi culo con la otra mano para que pueda seguir el ritmo de los movimientos.

—¿Puedes recibirme otra vez?

Su nudo.

Ya soy prácticamente adicta a él. Antes ya me parecía bueno sentirlo, pero ahora que mi mente parece estar funcionando solo por instinto, su nudo se ha convertido en una necesidad, un compendio de todo lo que necesito para ser feliz. La sensación de estar completamente llena, como si no quedara más espacio, como si pudiera explotar, me provoca un placer que supera el nivel sexual, algo que siento hasta los huesos, como si mi cuerpo por fin tuviera lo que siempre ha deseado. Lo que verdaderamente necesita.

¿Eso clarifica lo que realmente somos?

Además, dado que en este estado no siento ninguna vergüenza, no dudo en acurrucarme contra él cuando lo necesito, ni en saborear la glándula caliente bajo su garganta, que sabe solo a él. Succiono hasta que comienza a gemir y su pene se hincha de tal forma que podría llegar al clímax sin mí.

—Lo quiero, alfa —murmuro con un mordisco suave en su piel sensible—. Te deseo.

Mi cabeza da vueltas cuando empiezo a acompasar las caderas a su ritmo, de modo que cada ondulación hace que su pene frote el punto más sensible en mi interior y despierte una tormenta de chispazos en mi vientre. Cada movimiento de sus caderas genera una presión deliciosa, que, como ya sé, acabará brindándome la dulce euforia de darle a mi cuerpo justo lo que necesita. Presiono sus caderas con las piernas cuando se vuelve casi insoportable, tan cerca del límite que ya casi puedo saborearlo. Y, cuando por fin llega, cuando yo llego, un alivio se expande por todo mi cuerpo, como si hubiera sido un muelle enrollado con fuerza y se liberara.

Hace ya tiempo que sé que me encanta cómo se corre: cierra los ojos, maldice en voz alta y me abraza con fuerza, unas acciones que satisfacen partes de mí que no sabía que existían. Su nudo se hincha igual que todas las veces anteriores, pero hace que mi cabeza explote como la primera vez. O quizá más. No estoy segura.

Al terminar, quedo desmadejada sobre él, con las extremidades flácidas y el cuerpo agotado, pero satisfecha mientras escucho cómo su corazón palpita acelerado y no podemos hacer otra cosa más que recuperar el aliento. Mientras me aferra contra él, siento que me acaricia las costillas con un dedo, lo que me hace temblar, y noto las pulsaciones de su nudo en mi interior.

Soy más consciente esta vez, mi mente está menos embriagada por el resultado de lo que acabamos de hacer, y sé que no nos queda demasiado tiempo de esta escapada de frenesí.

—Creo que está comenzando a pasar —murmuro contra su pecho.

Él no dice nada, pero percibo que se tensa antes de besar mi cabeza con suavidad e instarme a descansar.

No sé qué estará pensando. No sé si estos días que hemos pasado juntos han sido para aliviar la tensión sexual que habíamos creado o si parte de él se sentirá tan confundido como lo estoy yo.

Y lo peor es que… comienzo a ser consciente de lo mucho que me aterra saber la respuesta.

***

La siguiente vez que despierto es con un paño fresco y húmedo sobre la clavícula, la tela fría es como un paraíso para mi piel febril. Sonrío con suavidad mientras abro los ojos en el momento en que Noah retira el paño y me mira con preocupación.

—Estabas sudando —dice—. No quería que te enfermaras.

—Cielos, estoy dolorida. —La misma calidez de antes se asienta en mi pecho, y tengo que reprimir una sonrisa más amplia cuando me levanto con pesadez.

—Lo siento —ofrece Noah, en un tono de disculpa—. ¿Es muy grave?

—No. Es un dolor soportable. —Niego con la cabeza. Percibo que eso lo complace, aunque intente ocultarlo.

—Bien —murmura.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

Él coge su teléfono de la mesita de noche cercana.

—Unas seis horas, más o menos. Has dormido un buen rato esta vez.

—Bueno. —Me encojo de hombros—. Eso… es bueno, ¿verdad?

—Probablemente signifique que el celo está a punto de acabar —señala. Suena casi… ¿decepcionado? ¿Lo estoy imaginando?

—Estoy segura de que estás volviéndote loco por no poder trabajar —bromeo para aliviar los ánimos.

Noah no tarda en responder, sosteniéndome la mirada con una sinceridad que hace que mis labios se abran sorprendidos.

—No hay otro lugar en el que quiera estar.

—Vaya —respondo, porque no sé qué más añadir.

El sentimiento cálido en mi pecho se expande como brasas ardientes, el calor intenso es como unos rescoldos esperando ser avivados. Fui yo quien le aseguró a Noah que podríamos estar juntos sin complicar las cosas, que este pequeño anexo a nuestro acuerdo solo implicaría que cumpliéramos los deseos del otro sin ataduras. Y cuando dije esas palabras, creía en ellas.

Entonces, ¿por qué ahora me siento tan insegura?

—Me alegra mucho que me hayas acompañado —comienzo a decir en un tono apenas más elevado que un susurro. Parece que no puedo encontrar la voz en este momento—. Me alegro de que fueras tú.

Noah no dice nada de inmediato, y, cuando lo miro de reojo, lo veo estudiándome, sus ojos moviéndose escrutando mi rostro y sus labios apretados, como si intentara encontrar las palabras correctas. Siento una punzada de ansiedad en el vientre por lo que podría estar tratando de decir. ¿Dirá que esto entre nosotros se está volviendo demasiado difícil? ¿Que deberíamos dejarlo? ¿No quiero que diga esas cosas? Mis sentimientos están alborotados, a lo que hay que sumar la confusión que genera mi celo menguante, lo que me impide individualizar una emoción singular para concentrarme en ella.

—Yo también me alegro —responde por fin, pero no soy capaz de interpretar nada en esas cuatro palabras.

Observo cómo se aleja de la cama, se pone de pie y se dirige al aparador al otro lado de la habitación. Se pone la ropa interior, aunque así tampoco deja mucho a la imaginación, en especial por ese trasero esculpido que casi me provoca envidia, pero lo que más me atrae son los músculos de su espalda y las líneas más rosadas que la recorren, que asumo que dibujé con las uñas. Verlas me hace sonrojar y hace que el calor que siento en el pecho se desplace más abajo, empujado por el recuerdo de todo lo que hemos estado haciendo estos últimos días.

Él busca una botella de agua del aparador y vuelve a la cama para entregármela con una expresión de preocupación.

—Necesitas agua —indica—. Casi no has desayunado nada y he tenido que obligarte a que te hidrates.

—De acuerdo, mami —río al aceptar la botella. La destapo y bebo una buena cantidad antes de devolvérsela—. ¿Contento?

—Sí —sentencia—. Lo último que necesitamos es que te deshidrates.

Eso me hace reír con más fuerza.

—Sí, sería bastante divertido explicar eso. Noah Taylor me dio duro hasta dejarme seca.

—Bueno… creo que tendría que haberme ocupado mejor de ti.

—¿Qué? —replico con el ceño fruncido. Me despego de la cabecera de la cama con la sábana alrededor del pecho (una tontería, dado que Noah ya lo ha visto todo)—. Noah, mis épocas de celo nunca han sido como un día de campo, pero este, joder. —Hago una mueca—. Hubiera sido una tortura sin ti. Has cuidado muy bien de mí.

Veo cómo la tensión de su cuerpo se alivia cuando asiente con la cabeza. Sé que estaba preocupado por eso y que necesita que le transmita seguridad. Después de todo lo que ha visto en

estos días, puedo asegurar que eso responde a algo de su condición de alfa, sobre todo si tengo en cuenta esa necesidad extraña de complacerlo que sentí.

—Bien, me alegra —responde con calidez.

Me percato de que es la conversación más larga que hemos tenido en días, otra prueba de que mi celo se está acabando, y saberlo me inquieta, pues los sentimientos inseguros están abriéndose paso en mi mente, formando una tela de araña en mi subconsciente con toda una serie de ramificaciones que desembocan en preguntas innecesarias: ¿Qué pasará después de esto? ¿Acaso quiero que esto sea algo más?

De repente, me doy cuenta de que he estado mirándolo mientras todos estos pensamientos ocupaban mi mente, de la misma forma que él ha estado mirándome a mí. Quisiera saber en qué está pensando, poder leer su mente para que eso me ayude a descifrar mis propios pensamientos enmarañados, pero solo puedo ver sus ojos azules claros, la línea firme de su mentón, sus labios carnosos, todos esos detalles que hacen difícil apartar la vista de él. Cuando lo conocí, no eran más que rasgos agradables a la vista, pero ahora una simple mirada es suficiente para despertar mariposas dentro de mí. ¿Cuándo demonios ha pasado eso?

—Mackenzie —dice, y eso hace que me sobresalte.

Lo miro a los ojos, y la calidez en ellos hace que las mariposas se alboroten más. Sé que quiere decir algo, casi lo veo en la punta de su lengua y, por alguna razón, estoy desesperada por saber qué es. Ya sea por las hormonas, por este lugar o por el propio Noah, todo mi cuerpo parece alerta ante lo que sea que está por decir. Así que me sorprende que no diga nada, aunque solo por un instante, porque se acerca para rozar mis labios con los suyos.

El frenesí que sigue a sus besos parece ser más leve ahora, reemplazado por un calor a fuego lento, que empieza por debajo de mi ombligo y se propaga más profundo hasta llegar entre mis piernas. Parece imposible que pueda excitarme después de la cantidad de veces que hemos estado juntos hoy, pero, aun así, sus dedos sobre mi piel son como descargas eléctricas, su boca es dulce como el vino y me provoca mareos.

Siento que sus dedos tiran de la sábana para apartarla de mí, luego coge uno de mis pechos y lo acaricia con suavidad. Cuando presiona el pezón con el pulgar, silencia mi jadeo en su boca, y yo me arqueo contra él sin pensarlo para facilitarle la tarea.

—Eres tan suave —jadea sobre mi boca—. Tan hermosa.

Mi cabeza cae hacia atrás cuando desciende para explorar con los labios, un recorrido que pasa por mi garganta, mis pechos, se detiene en un pezón, donde dibuja círculos con la lengua antes de succionar. El cosquilleo provoca una corriente que desciende hasta mi coño y despierta de nuevo la necesidad.

—Noah —suspiro.

Su mano baja por mi abdomen, hasta que curva los dedos para deslizarlos dentro de mí. Me avergüenza lo mojada que estoy apenas con esas caricias y el sonido fuerte y lascivo de sus

dedos al entrar y salir, pero lo único que me preocupa es cómo recibir más. Está tomándose su tiempo, el ritmo frenético al que me ha acostumbrado ha quedado atrás, y ahora parece decidido a ser minucioso. Me penetra despacio con los dedos y los retira a ese mismo ritmo tortuoso, para repetir la operación una y otra vez, mientras me lame y mordisquea el pezón hasta que toda mi piel se electriza. No sé si quiero que siga así, que me toque a este ritmo que parece ideado para volverme loca, o si quiero suplicarle que siga, que me conceda algo más que su mano.

Su cuerpo cubre el mío mientras me toca. Sus hombros son un buen asidero para atraerlo y mantenerlo cerca de mí. Lame mis pechos erectos antes de presionarlos con los dientes, y mi espalda se arquea con un gemido suave al sentir que estoy en llamas por motivos que nada tienen que ver con el celo. Así que, cuando se detiene de repente y levanta la cabeza para mirarme con ojos brillantes, es casi doloroso y levanto la mía para mirarlo y protestar.

—Quiero que tengamos una cita —dice de repente.

—¿Qué? —Parpadeo, todavía confundida y frustrada porque ha dejado de tocarme.

—Una cita real.

—Una cita real… —Retrocedo e intento comprender lo que dice—. Pero… tú no quieres que las cosas se compliquen.

—Ya se han complicado —afirma sin apartar los ojos de mí—. Al menos para mí.

Tras decir eso, toda la preocupación y la incertidumbre regresan de golpe, todos los motivos para mantener las distancias asoman la cabeza para dejarse ver. No creo en esa estupidez del destino; de hecho, la rechazo por completo. A fin de cuentas, hizo que mi padre se volviese loco y me abandonara, así que tengo sobradas razones para rechazarlo, para reducir daños y ver que esto bueno que tenemos ha cumplido su ciclo.

Sin embargo, mi corazón sigue agitado y ese ardor pesado y caliente sigue embargando mi pecho, imposible de ignorar. De repente, soy consciente de que tengo más miedo a alejarme como si nada de esto importara que a arriesgarme para averiguar si sí importa.

—Una cita —repito aturdida—. ¿Y qué hay de Albuquerque?

—Ya pensaremos en ello —responde de inmediato, sin un rastro de duda, como si fuera capaz de hacer todo lo posible para que funcione, aunque no tenga idea de cómo hacerlo—. Solo di que sí.

—Noah, ¿estás seguro de que quieres…?

—Lo estoy —interviene—. Creo que nunca he sido capaz de tocarte y luego alejarme sin más.

No puedo negar que eso alborota, y de qué manera, las mariposas en mi estómago, que ya deben estar construyendo su nido de forma permanente allí, y, a pesar del temor y de todas las razones por las que debería decir que no… siento que mis labios se curvan con una sonrisa, y tengo que inclinarme para besarlo y evitar que vea cómo mi sonrisa se extiende a niveles vergonzosos.

—De acuerdo —balbuceo sobre sus labios—. Acepto una cita real.

Él no oculta su sonrisa en absoluto. Sus labios se extienden al máximo un segundo antes de cubrir los míos con un beso profundo. Me deshago contra él cuando desliza la lengua por mi labio inferior para abrir mi boca, al tiempo que avanza por la cama para cubrirme por completo con su cuerpo. Ahora sus manos son más impacientes y se deslizan por las costillas hasta mis caderas. Hace presión y usa una rodilla para separar mis piernas, pese a que yo estoy tirando de sus calzoncillos para quitárselos.

Su polla, ya liberada, se frota contra mi vientre, y él gime sobre mi boca cuando lo acaricio con suavidad, y luego empiezo a masturbarlo con decisión.

—Abrázame con tus piernas —ordena.

No lo dudo y cruzo los pies detrás de él. Jadeo al sentir su miembro grueso alineado frente a mi entrada, luego contengo la respiración mientras empuja despacio para penetrarme. Cierro los ojos para enfocarme en la sensación de mi cuerpo al recibir esa dura extensión y, en ese preciso momento, Noah empuja con las caderas hasta llenarme por completo y dejarme sin aliento.

—Abre los ojos —me ordena—. Quiero ver tu expresión exacta cuando me tienes dentro.

Mantener la mirada alineada con la suya cuando empieza a moverse es un desafío. Además, los últimos suspiros de mi celo hacen que la habitación de vueltas, aunque me aferre a la razón. Noah se apoya sobre una mano y el antebrazo a ambos lados de mi cabeza mientras mueve sus caderas una y otra vez, hasta establecer un ritmo. Todas las veces que hemos estado follando me han dejado muy sensible, así que no me cuesta sentir cómo la presión y el calor aumentan dentro de mí con cada roce de su polla. El ardor en mi pecho se esparce hasta dominarme por completo, pero se concentra sobre todo en lo más profundo de mi coño, donde la presión creciente amenaza con hacerme estallar como una presa que abre sus compuertas.

—Noah —gimo con las uñas clavadas en sus hombros, en los que, sin duda, voy a dejarle más marcas—. Noah, ya…

—Eso es —jadea—. Córrete para mí, Mackenzie. Necesito sentirlo.

Mis pestañas se agitan cuando me indica que mantenga los ojos abiertos, pero, aunque lo estén, el orgasmo inminente me nubla la visión y tensa mi cuerpo como la cuerda de un arco, listo para disparar.

Cuando llega, lo siento primero en los dedos de los pies, luego asciende por mis piernas y muslos, hasta lo más profundo de mi ser, como una corriente intempestiva que explota en una nube de chispas y me hace temblar. Noah gruñe conmigo al penetrarme con más dificultad, y la presión de su nudo al llenarme por completo, hasta no poder moverse más, no hace más que potenciar mi placer. Siento cómo Noah tiembla y se estremece bajo el contacto de mis manos, cómo su piel tiembla donde lo toco, como si estuviera hipersensibilizado, así que lo acaricio suavemente, al tiempo que mi cuerpo se convierte en gelatina, cálido, suave y completamente satisfecho.

Nos quedamos recostados así, en silencio, por un tiempo, escuchando el sonido del viento suave detrás de las ventanas y de nuestras respiraciones que funcionan al unísono. Sigue dentro de mí cuando levanta la cabeza poco después para mirarme con los párpados pesados y los ojos azules ensombrecidos.

—Tendrás que transformarte otra vez —logra decir, aún sin aliento—. O te sentirás incómoda.

—Tendremos tiempo durante la mañana —respondo con un beso en su mejilla—. Antes de volver.

—Volver… —repite mientras gira el rostro para apoyar la mejilla sobre mi pecho—. ¿Sería extraño si te dijera que no quiero volver al trabajo?

—Demasiado extraño —sentencio—. Asumiría que tienes un desorden mental y que has comenzado a hablar sin sentido.

—Tal vez es verdad. —Sus labios se curvan cuando me espía desde abajo.

—Lo dudo —añado sonriendo—. Bueno, eso explicaría en cierto sentido que me hayas pedido una cita.

Él me mordisquea el pecho, y yo suelto un gritito.

—Si eso fuera posible, entonces tú debes ser la del desorden mental. Quizá debería derivarte a la planta de Neurología.

No puedo evitar sonreír al ver su cabello oscuro sobre sus ojos, lo que lo hace parecer mucho más joven de lo que es. Sigo hacia la curva suave de sus labios y al ancho de sus hombros, que todavía me resultan imposiblemente grandes. En realidad, es bastante atractivo, para ser el hombre del saco. Y casi merece la pena mencionárselo solo para ver su expresión molesta.

—No creo. —Niego con la cabeza, sin dejar de reírme por lo bajo.

—Creo que deberíamos descansar de verdad —dice con el comienzo de un bostezo—. Sobre todo si voy a tener que perseguirte otra vez por la nieve cuando despierte.

—Ansío hacerte morder el polvo otra vez —bromeo. Él resopla y me abraza con fuerza.

—Te dejé ganar —murmura.

—Sí, claro —me río—. Entonces, me aseguraré de que nunca me atrapes.

—Te atraparé, te lo aseguro —dice en tono entretenido.

—¿Eso crees? —lo desafío y pongo los ojos en blanco.

—Así es —balbucea al cerrar los ojos—. No permitiré que te me escapes, Mackenzie.

Mi pulso se acelera y me quedo boquiabierta, pero él está quedándose dormido, tranquilo como

si no me hubiera dejado desconcertada por centésima vez desde que llegamos aquí. Decidido que me gusta el calor extraño que me provocan las cosas más íntimas que compartimos, aunque sea un poco aterrador… Creo que podría valer la pena si le doy una oportunidad.

Inclino el cuello para besarle la frente, y luego dejo caer la cabeza de vuelta en la almohada, dominada por el cansancio.

—Quizá yo tampoco permita que te me escapes —le digo al aire.



CAPÍTULO 18

Noah

¿Qué haremos cuando volvamos al trabajo, Noah?

Estoy haciendo todo lo humanamente posible para concentrarme en el trabajo, pero es… difícil. Apenas han pasado cuarenta y ocho horas desde que Mackenzie y yo dejamos la cabaña, y ya he tenido que soportar un mensaje irritado de Hunter y de su tía Jeannie sobre el estado en el que hemos dejado el refugio. Creo que la factura que me enviarán por la limpieza merecerá la pena, incluso más.

Mackenzie parecía muy insegura cuando subimos al coche para volver. Su comportamiento reflejaba la incomodidad por lo que sucedería cuando llegáramos a casa. Entonces no pude encontrar las palabras exactas para explicarle que, tras unas pocas unas semanas con ella, estoy considerando cambiar todos mis planes, pues tenía mucho miedo de espantarla. Pero, de todas formas, se derritió con mi beso y volvió a decir que tendría una cita real conmigo cuando tuviéramos otra noche libre, y creo que eso ya es un comienzo al menos.

He hablado con el director del consejo del hospital de Albuquerque esta mañana. Es curioso, antes de todo esto no podía esperar para irme de aquí, pues la idea de hacer las maletas y mudarme a otro estado para empezar de nuevo rodeado de mentes más abiertas me emocionaba, pero ahora solo me hace dudar. Lógicamente, sé que el hecho de que ahora esté tan inseguro sobre lo que quiero hacer tiene que ver totalmente con Mackenzie y con esta extraña cosa que está floreciendo entre nosotros, así como reconozco que dudar sobre ello podría terminar siendo un error enorme. Entonces, ¿por qué lo hago y por qué, de repente, le he pedido al director que me diera tiempo para considerar su oferta?

Quizá esté perdiendo la cabeza de verdad.

Niego con la cabeza antes de centrar la atención en el portátil, abro la ventana del correo electrónico y encuentro un mensaje del propio enigma. Mi sonrisa es inmediata, todo mi cuerpo se anima ante la idea de hablar con ella, aunque sea por este medio, y pienso por un instante que en verdad podría estar perdiendo la razón.

Esta mañana, dos personas me han preguntado si me llevaste a pasar los últimos días en una

cueva. Espero que tu mañana sea un poco menos irritante.

Sonrío al escribir la respuesta:

Entonces, supongo que no fue tan buena idea sugerir que hicimos una excursión de espeleología.

Puedo imaginarme cómo pondrá los ojos en blanco al leerlo y escuchar esa risa que me comprime el pecho.

¿De verdad estoy perdiendo la cabeza?

Una llamada a la puerta me distrae de mis cavilaciones, así que me enderezo en el asiento cuando el tirador de la puerta gira y una cabeza familiar de cabello de color arena se asoma por una rendija.

—Hola —dice, y eso es suficiente para que mi corazón se acelere.

—Hola —respondo al verla entrar con una bolsa de papel madera—. Estaba respondiendo a tu correo.

—Seguro que me estabas escribiendo una poesía, ¿no? Asegúrate de hacer una buena comparación con mis ojos, ninguna de esas tonterías de «son como peniques brillantes».

—Lo tendré en cuenta. —Sonrío, y niego con la cabeza.

—Te he traído el almuerzo —dice luego, y coloca la bolsa sobre mi escritorio.

—¿De verdad? —Mis cejas se elevan por la sorpresa.

—No es gran cosa —responde casi a la defensiva—. Sé cómo eres cuando estás ocupado. Y tienes un cateterismo cardíaco más tarde. —Se encoge de hombros—. Pensé que, después de haber privado al hospital de tus servicios por tres días, lo menos que podía hacer era asegurarme de que no te temblaran las manos por baja presión.

Aunque es un gesto pequeño, me hace feliz que haya pensado en mí, un sentimiento que se plasma en esa sencilla bolsa sobre mi escritorio.

—Gracias.

—Es un sándwich —dice con alegría—. De pavo, simple. No te emociones demasiado.

—Me aseguraré de no otorgarle demasiado significado al sándwich. —Me río al coger la bolsa.

—Bien —responde sonriente—. No quiero que te hagas ideas antes de que tengamos nuestra cita.

—¿Ideas? —pregunto mientras dejo lo que estaba haciendo.

—Así es —expresa con seriedad—. No quiero que pienses que bastará con un sándwich o algo así.

—¿No? —Arqueo las cejas hacia ella.

—Soy una chica con gustos caros, Noah —afirma—. Mínimo restaurantes de cinco estrellas.

—Tu comida preferida es la sopa —le recuerdo. Ella hace un gesto con la mano para desestimar mi opinión.

—Sí, pero pediré la sopa más elegante —me asegura—. Quizá con escamas de oro flotando en el caldo.

—Claro —resoplo—. Por supuesto.

—¿Y cómo va tu día? —pregunta mientras se sienta en el borde de mi escritorio.

—¿Mi día?

—Tu día —repite—. ¿Tú también has escuchado susurros que se detienen cada vez que entras en una habitación?

—Más que nada he estado aquí —le confieso—. Tenía muchos procedimientos que documentar. Así que estaba poniéndome al día.

—Perdón por eso —dice con una mueca.

—No te preocupes. —Estiro la mano sobre el escritorio para tocar la suya—. No hay problema, de verdad.

Sus mejillas se sonrojan un poco cuando sonríe, pero luego gira la cabeza para que no pueda verla.

—Me parece extraño estar de vuelta —comenta—. Tengo una sensación como si nos hubiésemos ido por mucho tiempo.

—Sé a lo que te refieres —murmuro.

No le digo que no quiero ir a Albuquerque, pues sé que podría ser demasiado y demasiado rápido. Lo último que necesito es asustarla cuando acabo de lograr que considere darle una oportunidad real a esto.

Cuando abro la bolsa, noto que solo hay un sándwich.

—¿No vas a comer conmigo?

—Tengo que volver —dice negando con la cabeza—. Hoy estamos bastante cortos de personal.

—Bueno, aprecio que te hayas tomado el tiempo de traerme un sándwich mediocre sin ningún significado extra —le digo.

—Dios mío, ¿sarcasmo? —Mackenzie estalla en carcajadas—. Tengo que escribir sobre esto en mi diario. Nadie lo va a creer.

—Eres una mala influencia.

Ella baja de mi escritorio de un salto y lo rodea para inclinarse con la mano apoyada en mi rodilla. Mis labios se separan ansiosos, apenas un momento antes de que los suyos los toquen. Cierro los ojos para saborear la calidez del beso, su suavidad. Con eso basta para hacerme desear mucho más que esto.

—Lo superarás —bromea al apartarse. Yo trago saliva.

—Espero que tengas razón.

Se aleja inconsciente de que la idea de trabajar es ahora mucho más difícil, y me lanza otro beso cuando se detiene en la puerta de la oficina.

—Te envío un mensaje cuando termine.

—De acuerdo.

Una vez se va, tengo que concentrarme sentado en la silla para recordarle a mi cuerpo que no puede emocionarse en este momento, sin importar cuánto la desee. No puedo creer que algo tan simple como un beso, apenas un beso, pueda hacer que mi corazón se acelere y que un bulto aparezca bajo los pantalones, pero mi cuerpo parece haber adquirido un estado de necesidad constante cuando Mackenzie está de por medio. Es tanto una bendición como una tortura.

Unos minutos más tarde, cuando comienzo a resignarme a no terminar mis notas, el teléfono empieza a vibrar sobre el escritorio y me alerta al instante como un chihuahua demasiado entusiasta ante la posibilidad de que sea Mackenzie, aunque sea improbable. No puedo decir que me decepcione ver que es mi madre, pero mi entusiasmo anterior se disipa un poco, y me reprendo por ser tan ridículo.

—¿Diga?

—¿Cuándo traerás a esa chica a cenar?

—Hola a ti también, mamá.

—Noah Taylor. Voy a ir allí y te voy a poner sobre mis rodillas para darte unos azotes. No me importa lo mayor que seas.

Cierro los ojos y me reclino en la silla.

—No creo que la traiga a cenar en un futuro cercano. Es todo muy… reciente todavía.

—No tanto como para que te escapes a la cabaña de Hunter y Jeannie, al parecer.

—De verdad, mamá. Es ridículo que sepas tanto de mi vida personal, considerando lo poco que comparto contigo —comento con el ceño fruncido.

—Lo sé —resopla—. Imagínatelo, tu pobre madre ha tenido que suplicarle a Regina que le dé detalles de tu vida como si fuera una acosadora. ¿Sabes cuántas veces he tenido que soportar que me cuente el día que conoció a Roseanne Barr en un bar hace veinte años? Cree que es muy gracioso haber conocido a Roseanne Barr en un bar. Y yo tengo que escucharlo una y otra vez, fingiendo que me parece gracioso solo para poder obtener algún detalle sobre la vida de mi hijo, ya que él nunca…

—Está bien, mamá. Entiendo. Te trato muy mal.

Ella carraspea.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Ahora, dime por qué no puedo conocer a mi futura nuera.

—Bueno, que la llames tu futura nuera ya es un gran punto en contra.

—¿Qué? Ya pasas sus períodos de celo con ella, seguramente eso significa que…

—No vamos a hablar del celo de Mackenzie.

—Está bien, está bien. Solo quiero conocer a la mujer que tiene a mi hijo atontado.

Quiero negar que estoy atontado a causa de Mackenzie, pero incluso a mí me parece un esfuerzo inútil.

—Bueno, de momento ya he conseguido que acepte tener una cita real conmigo —digo con un suspiro—. Someterla a conocer a mis padres creo que la asustaría.

—Tal como lo dices parecemos más bien un método de tortura —responde, y hace que se me escape una risa entre dientes.

—¿Puedes garantizar que no le preguntarás si quiere tener hijos en algún momento de la cena?

—Bueno, podría intentarlo, sin duda —murmura de forma poco convincente.

—Creo que tú y la abuela de Mackenzie os llevaríais bien — digo sonriente.

—Me pregunto si la abuela de Mackenzie también tiene que sacarle información a su nieta con un sacacorchos.

—Solo… deja que descubra qué hay entre nosotros, ¿de acuerdo? Si ella no se percata de que es

una chica que está totalmente fuera de mi alcance, estoy seguro de que podré concertar una cena para que os conozcáis… en algún momento.

—Venga, cállate. Eres un buen partido cuando dejas de ser un ermitaño huraño.

—Tu confianza en mí es tranquilizadora.

—¿Has sabido algo del trabajo en Albuquerque?

Frunzo los labios. He sabido de ellos, pero es algo que no le he mencionado a nadie, incluyendo a Mackenzie. En primer lugar, porque estoy muy inseguro sobre lo que quiero hacer con la oportunidad. Probablemente sea imprudente reconsiderar todo mi futuro basándome en la posibilidad de una cita, pero, dado que ya he definido que la apreciación de mi madre de que estoy atontado por Mackenzie no es del todo infundada…

—Recibí un correo electrónico de ellos cuando regresé de Pleasant Hill —admito—. Les he pedido más tiempo.

—¿Sigues considerando el puesto?

—Yo… —Tamborileo sobre el escritorio con los dedos, distraído, y la arruga en mi ceño se hace más profunda—. Debería considerarla, ¿no? Descartar una oportunidad como esta solo porque he conocido a alguien sería absurdo.

No lo digo como una pregunta, pues soy consciente de que estoy hablando para mí mismo más que para mi madre.

—Alguien y la indicada son dos cosas muy diferentes —añade ella.

Mi voz es más suave, como si tuviera miedo de decir algo respecto a esa posibilidad.

—No hay forma de que pueda saberlo en tan poco tiempo.

—Cariño, te conozco desde que naciste, y sé que el hecho de que te lo pienses es indicativo de que por lo menos ya te has hecho una idea.

Ella tiene razón. Sé que la tiene. El Noah anterior a Mackenzie no dudaría en subir la escala profesional, sin importar lo que significara para mi vida personal, pues es lo único que siempre me ha importado. Pero, claro, nunca he tenido otra cosa por la que preocuparme.

—Es que me preocupa que… cambie de opinión sobre todo esto.

Sobre mí, pero no lo digo.

Mi madre no responde de inmediato, pero casi puedo oír sus pensamientos al otro lado de la línea. Finalmente suspira.

—Eso es lo divertido del amor, Noah. Es aterrador y no hay garantías. No nos enamoramos porque sea algo seguro, lo hacemos porque nuestros corazones no hablan el mismo idioma que

nuestras mentes. Tu corazón no cuenta con esa vocecilla que se preocupa por lo que podría pasar, ve algo bueno y se lanza a por ello. A veces solo tienes que escuchar más a tu corazón que a tu cabeza.

Mi mente se detiene en la palabra enamorarse, porque también parece ser un concepto extraño, que podría no tener relación con lo que sea que Mackenzie y yo estemos haciendo. Es demasiado pronto. Tiene que serlo. Al menos… eso es lo que mi cabeza me dice. Me pregunto si mi madre tiene razón al decir que debería escuchar esa otra parte de mí.

Sacudo la cabeza para volver en mí.

—Necesito tiempo para ver qué sucede —digo con determinación—. Ni siquiera hemos tenido una cita real todavía. Es muy posible que, al intentarlo, Mackenzie se percate de que tiene mejores opciones que, como tú dices, un ermitaño huraño.

—No me hagas eso —me advierte mi madre—. No te escondas detrás de tus inseguridades. Sé que se supone que los alfas son rudos, inmunes a todo, pero ambos sabemos que has ocultado esa parte de ti con sumo cuidado porque temes que alguien vea cómo eres de verdad y no le agrade lo que ve. Tienes miedo de abrirte con las personas.

—Es más fácil así —admito.

—Sí, bueno —dice mi madre—. Te puedo asegurar que el amor es jodidamente difícil a veces.

—Ese vocabulario —le advierto riendo entre dientes.

—Soy tu madre —replica—. Haz lo que digo, no lo que hago.

—De acuerdo.

—Solo intenta no darle demasiadas vueltas al asunto —insiste—. Tengo la corazonada de que esta chica Mackenzie podría sorprenderte.

No le digo que Mackenzie ya me sorprende todos los días.

—De acuerdo —respondo, con una sonrisa que curva las comisuras de mis labios—. Lo intentaré.

—Y tráela pronto para que la conozcamos, maldita sea.

—Ese voca…

—Sí, sí. —Su tono se suaviza cuando añade—: Te quiero. Aunque seas un ermitaño huraño.

—Yo también te quiero. —Mi sonrisa se hace más grande.

Cuelgo la llamada, dejo el móvil a un lado y abro el portátil para buscar un lugar al que llevar a Mackenzie. Tengo toda la intención de llevarla a comer la sopa más elegante que haya probado jamás.



CAPÍTULO 19

Mackenzie

—¿Y este?

Parker levanta la vista de mi cama, donde está navegando por TikTok, y frunce el ceño cuando ve el vestido que su novio, Vaughn, sostiene frente a mí—. No me gusta el color.

—Me lo regalaste para mi cumpleaños —comento con sequedad.

—¿De verdad? —Frunce el ceño de nuevo—. Seguro que mi madre lo escogió por mí. Sabes que no tengo ojo para estas cosas. Por eso… —señala hacia su novio— he traído refuerzos.

—Pues se supone que sois buenos en esto —digo mientras aparto a Vaughn para volver a mi armario.

—No todos los queer tenemos buen gusto —resopla Parker—. No me encasilles. No todos podemos ser Tan France.

—Ah, él sí que tiene un estilo genial —dice Vaughn—. Debería colocarte en ese programa.

—No soy heterosexual —responde Parker—. Es evidente.

—Cariño, si eso hace que abandones los Levi's, estoy dispuesto a ser flexible —ríe su novio. Parker pone los ojos en blanco y murmura algo entre dientes, mientras que Vaughn me guiña un ojo. Luego me esquiva para sacar algo del fondo de mi armario—. Ah, este es bonito.

—No lo he usado desde la universidad —digo con el ceño fruncido. Le quito el vestido negro y le echo un vistazo al pronunciado escote—. Ni siquiera sé si tengo un sostén que funcione con esto.

—Siempre puedes ir sin. —Vaughn agita las cejas.

—¿Y que los pezones vayan saludando a todo el mundo al pasar? —Parker nos mira incrédulo —. Está nevando.

—Por favor, no habléis de mis pezones —digo mientras me quito la camiseta.

—Que no esté interesado en tus atributos no significa que tenga que verlos todo el tiempo —protesta Parker con desagrado.

—Me has visto desnuda un millón de veces —me río—. Supongo que me miras como si fuera arte abstracto o algo así.

—¿Acabas de referirte a tu cuerpo como arte? —Él levanta una ceja.

—No está equivocada —dice Vaughn mientras me cierra el vestido.

—Al menos uno de los dos tiene buen gusto —comento, y le lanzo a Parker una sonrisa presumida.

—No la alientes —dice él, y luego chasquea la lengua—. Se volverá más insoportable de lo que ya es.

—Me amas —digo, y le lanzo un beso.

Vaughn me empuja fuera del armario para que pueda mirarme en el espejo.

—Ah, creo que este es el adecuado —celebra mientras giro de un lado a otro—. Y, en realidad, tus pezones no se ven con esta tela.

—Una tragedia —murmura Parker—. El doctor alfa estará muy decepcionado.

—Le dejaré verlos después —sentencio—. No te preocupes.

—Asqueroso —dice con una mueca.

Tengo que admitir que el vestido me sienta muy bien. La tela negra ceñida resalta mis caderas y el escote bajo, combinado con los rizos suaves que Vaughn ha conseguido tras peinarme, me da un aire muy sexy. Es un cambio radical respecto a los uniformes y las batas blancas, eso seguro.

—¿Creéis que le va a gustar? —pregunto mordiéndome el labio inferior.

—¿Dejas que ese tipo te lleve a una cabaña para follar durante días y te preocupa si le va a gustar el vestido? —replica Parker.

—Esto es diferente. —Le lanzo una mirada fulminante por encima del hombro.

—Te vas a casar con el doctor alfa, ¿verdad? —pregunta.

—No. —Mi estómago da un vuelco vertiginoso, y me giro para que ninguno de los dos vea cómo me sonrojo—. Solo se trata de una cita.

—Mmm —murmura, incrédulo—. Solo tú podrías enredarte con el mayor idiota que hemos conocido y convertirlo en un marido devoto.

—Quizá tenga una vagina mágica —musita Vaughn.

—Tampoco habléis de mi vagina. —Ahora sí hago una mueca de disgusto.

Me miro una vez más, con las manos sobre el estómago para intentar calmar los nervios que lo revuelven. He tenido muchas citas este año, pero no recuerdo la última vez que me sentí tan… ansiosa. Ni siquiera puedo identificar todo lo que siento, creo que estoy emocionada y muerta de los nervios a partes iguales, lo que no tiene mucho sentido después de todo lo que hemos hecho, pero hay algo en esta noche que se siente más real que nunca.

Creo que nunca he sido capaz de tocarte y luego alejarme sin más.

Tengo que morderme el labio para contener la sonrisa ante ese recuerdo.

—¿A qué hora te recoge? —La voz de Parker me devuelve al presente.

—Debería estar aquí a las seis.

—Vas un poco justa de tiempo, ¿no crees?

—Relájate —le digo—. Nadie llega a la hora de todas…

El timbre hace que me sobresalte. No tengo motivos para entrar en pánico, pero miro a Parker con los ojos desorbitados y desvío la vista de él a Vaughn mientras me apresuro a ponerme los zapatos.

—Escondeos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡No quiero que sepa que he pedido ayuda para prepararme para una cita! —Doy unos saltos después de ponerme el primer zapato—. Intento ser la imagen de la «tranquilidad».

—Estás haciendo un trabajo increíble, sin duda —ríe Parker.

—Vamos, cariño, escondámonos. —Vaughn lo tira del brazo para que baje de la cama, y él mira alrededor de mi apartamento diminuto.

—¿Y dónde propones que lo hagamos?

—¿En el baño? —Vaughn señala la puerta abierta al otro lado de la cama.

—Si crees que vamos a meternos en el baño…

—Sé bueno y te lo compensaré más tarde. —Vaughn tira de él otra vez.

—De acuerdo —murmura Parker. Veo cómo su rostro se sonroja, desde las mejillas hasta las orejas y toda la frente—. Saldremos cuando te hayas ido.

—Nada de sexo en mi cama —le advierto con una risita.

—Ja —exclama él—. No pensábamos…

El timbre vuelve a sonar, así que los empujo, mientras Vaughn arrastra a Parker hasta el baño. Me acomodo el cabello y me echo un último vistazo en el espejo que cuelga al fondo del armario para alisar el vestido con las manos y decirme a mí misma que no tengo por qué estar nerviosa. Es solo una cita normal, y Noah ya me ha visto desnuda.

Eso no evita que, segundos después, mi mano tiemble al abrir la puerta.

No sé qué es más abrumador, si ver a Noah o sentir su olor. Los supresores son cosa del pasado hace ya tiempo, y su esencia pura es fresca, limpia y embriagadora en el mejor de los sentidos. Despierta recuerdos de sus manos sobre mí y de su cuerpo sobre el mío, y tengo que tragar saliva a pesar del nudo que se ha formado en mi garganta, mientras observo sus vaqueros oscuros y un jersey de color negro tenue, que parece ser de cachemira.

—Bueno. —Sonrío al observarnos a ambos y notar que estamos vestidos muy parecidos—. Creo que uno de nosotros tendrá que cambiarse.

El recorrido de los ojos de Noah por la extensión de mi cuerpo es como una caricia de verdad, va observando cada centímetro lentamente, como si estuviera deslizando sus dedos sobre mi piel.

—Espero que no seas tú —dice en voz baja.

Un escalofrío recorre mi espalda, y escucho un sonido suave detrás de mí que parece un resoplido. Busco mi abrigo deprisa, salgo al pasillo y cierro la puerta para unirme a Noah.

—Te ves demasiado bien con ese jersey como para que seas tú, así que supongo que seremos pareja también en la forma de vestir.

Mi ritmo cardíaco se acelera cuando me percato de lo que he dicho. Definitivamente es demasiado pronto para llamarnos pareja o algo así, y solo el hecho pronunciar la palabra hace que el nudo en mi garganta se haga más patente. Sin embargo, Noah parece imperturbable, toma mi mano como si nada y me lleva consigo.

—No importa —dice en ese mismo tono tranquilo.

Me lleva como si no hubiéramos tenido un momento de completa honestidad, y yo lo sigo, intentando recordar cómo hablar.

Me temo que si Noah no hace algo irritante en esta cita, como hablar de trenes a escala, podría estar en verdaderos problemas si no tengo cuidado.

***

—¿De verdad no me vas a decir adónde vamos?

Hace una noche templada para Denver: la temperatura es lo suficientemente cálida para que Noah y yo caminemos por las aceras del centro sin tiritar dentro de nuestros abrigos. Él todavía sostiene mi mano, algo nuevo para nosotros, pero ya no intento liberar mis dedos, porque creo que me gusta.

—Lo verás en un segundo —dice Noah sonriendo.

—Creo que este sería un buen momento para decirte que no me gustan las sorpresas —murmuro.

—¿Ni siquiera una buena sorpresa?

—Ese es el punto, ¿cómo puedes saber si es buena? Alguien dice, «Ah, es una sorpresa», y se supone que debemos creer de buena fe que, no sé, organizará una fiesta sorpresa en lugar de robarnos un riñón.

Noah arquea una ceja, aunque sus labios lo delatan porque se curvan hacia arriba.

—Supongo que tengo fácil acceso a las herramientas necesarias.

—Vaya, y lo admites así de fácil, ¿no? Todo esto no ha sido más que una trampa elaborada para conseguir un riñón —refunfuño—. Probablemente no exista ningún trabajo en Albuquerque, sino que te has liado con algunos hampones del mercado negro y…

Nos detenemos después de doblar una esquina al encontrarnos en un pabellón cubierto por arbustos bien cuidados, con varias filas de pequeños camiones de comida, organizados en forma de cuadrado y con mesas dispuestas en el centro.

Levanto una ceja hacia Noah, que todavía exhibe una suave sonrisa.

—¿Recuerdas que dije que soy una chica que sale cara?

—Creo que querrás hacer una excepción —dice con confianza.

—¿Qué es esto?

—Un mercado de gastronomía local. Lo hacen cada dos fines de semana. Todos ofrecen un menú diferente, pero suele haber un tema en común.

—¿Un tema?

—Así es. —Siento cómo su pulgar recorre el dorso de mi mano y pienso que podría dejar que me alimente de un cubo de basura si sigue haciendo eso—. ¿Adivina cuál es el tema de esta noche?

Todavía estoy distraída por el movimiento lento de su pulgar.

—Mmm… ¿Martes de tacos?

—Es viernes —ríe.

—Dímelo y ya. Ya te he dicho que no me gustan las sorpresas.

Noah tira mi mano otra vez, y yo sigo su ritmo.

—Es noche de sopas —dice al pasar.

—Estás bromeando.

—No estoy bromeando. —Estalla en una carcajada, y el sonido hace que sienta algo extraño en el pecho. Creo que es la primera vez que lo escucho reír así.

—Por Dios. —Casi empiezo a dar saltitos de alegría—. Voy a probarlas todas. ¿Puedo hacer eso? ¿Tienen porciones mini? Quiero probarlas todas.

Noah parece muy satisfecho consigo mismo y, para ser honesta, tiene derecho a estarlo. Atrae mi mano hacia su boca para rozar el dorso con los labios en un movimiento que se está volviendo adictivo demasiado deprisa.

—Puedes pedir lo que quieras.

—Está bien —respondo en un intento de no sonar tan excitada como me hace sentir su beso inocente—. No digas que no te lo advertí.

Él solo sigue sonriendo, sin soltar mi mano.

***

Hay once cuenquitos de sopa en nuestra mesa. Once. Probablemente debería sentir vergüenza por ello, pero dentro de mí no encuentro más que emoción desbordante. Hay miso, pho, taco e incluso algo de gazpacho que me ha hecho salivar, y Noah parece contento de dejarme probar cada una de las variedades. Se toma con calma mis gemidos exagerados y sonidos de deleite, mientras él disfruta de su propio tazón de minestrone y, de vez en cuando, acepta un bocado de algo que le obligo a probar.

—No tenía ni idea de que esto existiera —digo después de que él termine de relatar un procedimiento complejo que realizó ayer—. ¿Cómo es posible que no supiera que esto existe?

—Es bastante nuevo —responde Noah, antes de lamer su cuchara, un gesto que me está poniendo cachonda. Aunque culpo del calor a los calentadores exteriores que tienen instalados bajo el pabellón—. Comenzaron a hacerlo hace unos meses.

—Cuidado, eso suena bastante parecido a un acto del destino —bromeo.

Noah sonríe mientras se lleva a la boca otra cucharada.

—Y ya sabemos lo que opinas del tema.

—Oye, solo porque el destino no exista no significa que no disfrute de una coincidencia afortunada.

—Así que… ¿te gusta? —pregunta. Cuando levanto la vista, noto el parpadeo nervioso en la mirada de Noah, que me observa con cautela, como si estuviera inseguro—. Ya sé que me has dicho que eres una chica de citas caras, pero pensé que esto era algo…

Extiendo la mano sobre nuestra pequeña mesa para tomar la suya, en parte para tranquilizarlo, pero también porque me estoy volviendo adicta a su fuerza muy rápidamente. Y le ofrezco una sonrisa tranquilizadora.

—Me encanta —le digo con sinceridad.

Los hombros de Noah se ven menos tensos después de escucharlo.

—Qué bien. Odiaría terminar como una de tus citas de terror.

—Oye, has pasado una hora entera sin mencionar el gimnasio ni las criptomonedas, así que diría que ya has superado cualquiera de las otras citas que he tenido este año.

—Bueno —repite—. Quería… —Baja la vista a su tazón, un poco avergonzado—. Quería que fuera perfecto.

Esa cosa potente en mi pecho, que se ha alojado dentro de mí desde nuestra estancia en la cabaña, palpita como para asegurarse de que no la he olvidado, y me tomo un segundo para apreciar lo hermoso que es Noah —algo que nunca creí pensar del Hombre del Saco del Hospital General de Denver. Pero lo es, decido, y no solo por fuera. Me asusta muchísimo, pero también me hace sentir una calidez que nunca había sentido antes.

—Lo es —le digo—. Es perfecto.

Su sonrisa es apacible y tímida, tanto que debería verse ridícula en alguien de su tamaño, sin embargo, hace que mi vientre se agite y tengo que romper el contacto visual antes de que mi corazón salga disparado de mi pecho. Me enfoco en la sopa de cebolla francesa que tengo ante mí para distraerme.

—¿Algo de todo esto te resulta extraño? —pregunto.

—¿A qué te refieres? —Noah inclina la cabeza.

—Es solo que… —Remuevo la sopa con desgana, sin atreverme a mirarlo—. Bueno… dado el acuerdo al que llegamos y todas las cosas que hemos hecho después… —Levanto la vista cuando su aroma se intensifica de pronto y puedo ver un destello en su mirada que me dice que, en este preciso momento, está pensando en todas esas cosas. Saberlo hace que presione un poco más los muslos debajo de la mesa—. Solo me preocupa que todo esto termine explotándonos en la cara.

Noah pasa un momento sin responder, durante el que parece reflexionar. Luego se aclara la garganta.

—Supongo que, en cierto modo, es extraño.

—Vaya. —Siento que me desinflo un poco—. Ya veo.

—Pero —se apresura a agregar, y deja que sus dedos se deslicen por mi palma abierta, hasta que su dedo medio puede trazar círculos apenas perceptibles en mi muñeca—. Estoy descubriendo que me gusta lo extraño.

—¿Sí? —Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Mackenzie, yo… —Parece un poco avergonzado otra vez, pero logra sostener mi mirada—. Estoy descubriendo que casi todo lo que tiene que ver contigo me gusta.

Ahora, esa cosa caliente y pesada dentro de mí parece expandirse hasta llenar todos los rincones de mi pecho, y siento que es peligroso permitirme disfrutarlo, dedicarle un momento para deleitarme con esta sensación. Tal vez lo sea, pero eso no me detiene.

—Lo mismo —digo con torpeza—. Quiero decir… me pasa lo mismo.

Su sonrisa debería ser ilegal, pienso distraída. Casi que estoy agradecida de que solo parezca mostrarla cuando está conmigo, pues si todos los demás supieran lo bien que se ve cuando sonríe, tendría que enfrentarme a una competencia feroz.

Vaya, Mack, parece que te vayas a dedicar a escribir su nombre con corazoncitos en tu cuaderno.

—Estaba pensando que… —dice interrumpiendo mis pensamientos patéticos—. Ambos estamos libres este fin de semana.

—¿Sí? —Mi pulso se acelera.

—Es que… —Se aclara la garganta—. El fin de semana pasado no tuvimos demasiado tiempo para… compartir, supongo.

Me vienen imágenes a la mente, en las que yo le suplico y él me da, así que aprieto un poco más las piernas.

—No lo tuvimos.

—Estaba pensando que, si quieres claro, sin presiones, mi casa está mucho más cerca del centro y, si no tienes planes, que quizá los tengas, y eso está bien, pero si no…

Un hombre de su tamaño y con ese aroma no debería verse así de adorable cuando no sabe cómo expresarse.

—Suéltalo, Noah.

—Puedes pasar el fin de semana en mi casa —dice a toda prisa—. Si quieres. Solo para… pasar más tiempo juntos y ver cómo nos va.

—Suena casi como si quisieras encerrarme en tu habitación y hacer lo que quieras conmigo —bromeo.

—Entre otras cosas —responde despacio, como si estuviera sorprendido de haberlo dicho. Sus ojos se ensombrecen un poco y trago saliva con dificultad—. Pero más que nada es para pasar más tiempo contigo.

Mi pecho podría estallar por lo mucho que ese calor sigue expandiéndose. Tengo que llevarme el cuenco a la boca y sorber el resto de la sopa para ocultar la sonrisa atontada en mi rostro. Me tomo un momento para controlarme antes de dejarlo de nuevo sobre la mesa y encoger un hombro.

—Me parece bien si a ti también te lo parece —respondo, con mucha menos emoción de la que siento, en un esfuerzo por parecer calmada.

Él parece aliviado y se humedece los labios, con lo que atrae mi mirada. En este preciso momento me veo tirando toda la sopa que me queda por probar a la basura solo para poder salir de aquí más rápido y llegar a la habitación de Noah.

Así, pues, está claro que estoy en problemas de verdad.



CAPÍTULO 20

Noah

—¿Doctor Taylor?

—¿Sí? —Parpadeo al notar a la mujer de uniforme que me mira expectante.

—¿Se encuentra bien? —Me mira con una ceja en alto—. Lleva como un minuto sonriéndole a la cafetera. A decir verdad, es un poco inquietante.

—Lo siento. —Mis ojos se desvían hacia la etiqueta con su nombre—. Jessica. —Frunzo el ceño porque su nombre me suena familiar pero no recuerdo de qué—. ¿Puedo ayudarle?

—Lo he estado buscando desde hace casi una hora. Aún no ha firmado el expediente del señor Guzmán. —Jessica sonríe con suficiencia.

—Vaya. —Mierda. No es usual que los haga esperar tanto—. Lo siento, estaba... distraído.

—Mmm… —La enfermera se cruza de brazos; parece menos molesta y más… satisfecha—. Me lo imagino.

—¿Disculpe?

Ella me hace un gesto con la mano.

—Si pudiera firmarme el expediente, le prometo que no volveré a molestarlo en la sala de médicos.

—Por supuesto. —Acomodo el cuello de mi bata blanca en un gesto nervioso—. Lo hago ahora mismo.

Jessica sigue sonriendo con suficiencia al alejarse y levanta la mano por encima de su hombro para saludar.

—¡Felicidades por su pareja, por cierto!

Eso ha sido… extraño. Sacudo la cabeza para intentar recomponerme. No es la primera vez desde el fin de semana pasado que me pierdo en los recuerdos de Mackenzie en mi casa durante

dos días completos. Su olor está en mis sábanas, en mi cocina y por todo el sofá. Y, desde que se fue a dormir a su apartamento, me encuentro extrañando cada vez más su presencia a mi lado, lo cual no tiene ningún sentido, dado que solo hemos tenido una sola cita oficial.

Creo que el personal piensa que podría estar al borde de algún tipo de brote psicótico. Más de una vez, cuando entro en una habitación, las conversaciones cesan y todos se giran para mirarme, sin mencionar lo hilarante que le parece a Mackenzie que el hospital esté alborotado porque «El doctor Taylor ha sonreído por primera vez en su vida». Lo cual no puede ser cierto, supongo. Seguro que he sonreído antes de conocer a Mackenzie. Estoy seguro.

Dejo el café, salgo de la sala a toda prisa y regreso a mi consulta para firmar el expediente antes de que Jessica la enfermera venga a buscarme de nuevo. Cuando lo he hecho, considero enviarle un mensaje a Mackenzie, pero me pregunto si enviar dos mensajes en una mañana antes de que ella tenga tiempo de responder sería molesto. Así que me pongo a revisar el correo electrónico e intento distraerme de todo lo que podría hacerme parecer más obsesionado de lo que ya parezco.

Hay una respuesta a mi mensaje evasivo a Albuquerque pidiendo más tiempo para considerarlo, en la que me recuerdan que necesitan una respuesta lo antes posible. Lo ignoro y me digo a mí mismo que unos días más no harán daño. Pienso que pronto podré discutirlo con Mackenzie, ahora que estamos…

Frunzo el ceño y me reclino en la silla, pues aún no hemos definido qué somos exactamente. Me gustaría pensar que ya hemos superado lo de la relación ficticia, pero, dada mi falta de experiencia en este tema de las citas, no puedo estar del todo seguro. Tal vez eso sea algo de lo que también deberíamos hablar, aunque solo pensar en hacerlo me revuelve el estómago, porque ¿y si piensa que es demasiado pronto? ¿Y si no está interesada en considerar la idea de una relación real conmigo después de una sola cita y unos cuantos encuentros íntimos?

Es una pregunta que me ha estado atormentando desde la noche en que la invité a salir.

Exhalo un suspiro mientras me hundo más en la silla, cierro los ojos y me pregunto cómo es posible que esté en semejante situación. Los vínculos nunca han sido lo mío, y Mackenzie es la última persona con la que me hubiera imaginado liarme. Entonces, ¿por qué todo lo que la concierne me tiene constantemente en vilo, contando los segundos hasta que pueda escuchar su voz de nuevo, disfrutar de su olor de nuevo, tocarla de nuevo? Es en lo único que puedo pensar ahora. Un latido constante en mi cerebro al ritmo de «Mackenzie, Mackenzie, Mackenzie».

—Doctor Taylor, a la habitación 807. Doctor Taylor, a la habitación 807.

Me enderezo en el asiento con el ceño fruncido. La octava planta está en construcción ahora, lo que significa que no se utiliza mucho en este momento. ¿Para qué me necesitarán ahí arriba?

Me levanto de mi escritorio con un suspiro, pensando que al menos esto me distraerá del impulso de enviarle otro mensaje a Mackenzie. Por fortuna, el ascensor está vacío, y subo hasta la octava planta con un poco de curiosidad, mientras me pregunto qué podría haber pasado y rezo por que nadie del equipo de trabajadores haya tenido un accidente. Aunque, si hubiera ocurrido algo así, debería suponer que lo habrían bajado a mi planta, no al revés.

Al bajar del ascensor, salgo a un espacio vacío, con herramientas desperdigadas por todas partes, pero sin trabajadores. La mitad de las luces del pasillo están apagadas y a las superiores les faltan varias bombillas, lo que crea un ambiente algo lóbrego. Por un momento me pregunto si alguien estará gastándome una broma, y eso me irrita, así que resoplo y acelero el paso hacia la habitación, mientras preparo un discurso por si alguien está haciéndome perder el tiempo. Sé que no tengo muchos amigos en este lugar, pero esto es en verdad…

—¿Mackenzie?

Cojo el tirador de la puerta que acabo de abrir e inclino la cabeza para contemplar a Mackenzie. Está recostada en una de las sillas de exploración, con un brazo sobre la cabeza y el otro abajo, retorciendo el cordón de sus pantalones.

—Hola, doctor —dice con una sonrisa maliciosa—. Lo estaba esperando.

Sigo muy confundido.

—Mackenzie, ¿qué…?

—Me lo han recomendado mucho —continúa, con una mueca expectante—. Y me siento muy mal.

Percibo cómo el ceño se va frunciendo mientras intento comprender qué está pasando, hasta que su esencia invade mi nariz, cálida, espesa y excitada.

Vaya.

Vaya.

Trago saliva y echo el cerrojo de la puerta. Nunca he hecho nada tan imprudente como lo que parece haber planeado, y mi antiguo yo la reprendería por siquiera sugerirlo, pero ahora… Ahora no puedo pensar más que en el peso de sus ojos sobre mí. Es como si hubiera estado pensando en mí tanto como yo he estado pensando en ella. Como si me deseara. Aún es nuevo para mí que alguien como ella me desee.

—Hola, señorita Carter. ¿Qué la trae hoy por aquí?

—Tengo este… dolor que no se alivia. —Su sonrisa complacida es más amplia ahora.

Esto es ridículo, como una escena extraída de una mala película porno, pero, de todas formas, siento cómo me empalmo debajo de los pantalones. Doy otro paso hacia ella, con las manos en los bolsillos para contenerme y no saltarle encima, algo bastante difícil porque la intensidad de su esencia en el aire acalora mi sangre.

—¿Qué clase de dolor?

—Mmm. Eso es lo más extraño, no logro identificarlo. Esperaba que usted pudiera ayudarme.

Santo Dios, esta mujer será mi perdición.

—Tendré que… —Me aclaro la garganta; siento la lengua demasiado pesada—. Tendré que tocarla para hacer un diagnóstico apropiado. ¿Le parece bien?

—Por supuesto, doctor, usted es el experto —dice casi en un ronroneo.

Termino de acercarme y llevo los dedos a su tobillo, desde donde subo un poco más por debajo del pantalón.

—¿Esto le duele?

—No, no me duele —dice, apenas sin aliento.

—¿Y aquí? —Levanto la otra mano para acariciar la porción de piel expuesta entre la cintura del pantalón y la prenda que lleva en la parte superior y dibujo círculos lentos.

—¿Y aquí?

—Quizá un poco —jadea y agita las pestañas—. Creo que se está acercando.

Apoyo una rodilla en la silla para subir la mitad del cuerpo sobre ella y pasar la nariz por la extensión de su garganta para sentir su aroma. Su esencia es suficiente para que la boca se me haga agua.

—¿Aquí?

—Eso… —la escucho jadear cuando mis labios la tocan—. No duele para nada.

—¿No?

—De hecho, se siente bien —dice después de negar con la cabeza.

—Ya veo. —Lamo su piel y me regocijo en su forma de temblar, pues sé que soy yo el que se lo está provocando—. Tengo que seguir revisándola.

—Necesito que me alivie, doctor, por favor.

—Sabes que alguien podría subir, ¿no? —Sonrió sobre su piel, incapaz de seguir con el personaje.

—Esto es un hospital, doctor, hay gente por todas partes. No creo que esta sea una… revisión muy larga.

—¿Estás sugiriendo que me dé prisa?

—Quiero asegurarme de recibir el tratamiento completo antes de su próxima consulta.

—Me aseguraré de que lo reciba —respondo con una sonrisa.

Luego levanto la camiseta de su uniforme para dejar su abdomen al descubierto, que sube y baja

con cada respiración. Ni siquiera puedo decidir qué quiero hacer con ella, si comérmela con la boca, penetrarla con la polla o solo tocarla con las manos, lo único que sé es que quiero escuchar los gemidos dulces que emite cuando se corre.

—Sugiero un tratamiento poco ortodoxo.

—¿Sí? —pregunta mordiéndose el labio inferior.

—Necesitaré que se dé la vuelta, señorita Carter.

—¿Que me dé la vuelta?

—Así es. Póngase de rodillas, con las manos en el reposacabezas.

—Eso puedo hacerlo.

Veo cómo se le dilatan las pupilas, al tiempo que su esencia se intensifica, y huelo cómo se moja con la sugerencia.

La ayudo a estabilizarse mientras se pone de rodillas, y, cuando arquea la espalda para sujetarse del reposacabezas, la curva perfecta de su trasero se eleva como una ofrenda, lo que casi hace que pierda el control.

—¿Así? —Gira para mirarme sobre su hombro y se humedece el labio inferior con la lengua.

—Es perfecto —jadeo al deslizar las manos por sus caderas—. Increíble.

Y lo es, es increíble. Es el sueño húmedo que nunca he tenido. Me tiemblan las manos al saber que puedo tocarla, que ella quiere que la toque.

La silla es baja, así que puedo montarme a horcajadas sobre ella, aunque tenga que separar demasiado las piernas. Pero, si levanto una rodilla y la apoyo junto a la suya, puedo encajar el cuerpo con el suyo con comodidad. Bajo las manos a cada lado de sus muslos y me inclino hasta poder besarle el cuello con suavidad. Ella empuja hacia atrás cuando engancho los pulgares en la cintura del pantalón y emite un gemidito de necesidad que me pone demasiado duro. Lamo la glándula afiebrada en la curva de su cuello, antes de morderla y bajarle los pantalones.

—Parece un poco febril, señorita Carter.

—¿Sí?

—Mmm… —Bajo más las manos y acaricio el punto donde los pantalones se enrollan sobre sus rodillas, instándola a moverse para poder quitárselos. Una vez que la desnudo de la cintura para abajo, continúo con la exploración entre sus muslos, hasta llegar a su zona más caliente—. En especial aquí. —Resopla entre dientes cuando llevo el pulgar a su clítoris, que ya está lubricado para mí—. ¿Duele?

—Mucho —gime.

—Quizá pueda ayudarla con eso. —Presiono más para provocarla.

—¿Puede hacerlo?

Su maldita esencia es tan intensa que me desorbita los ojos y, en algún lugar de mi mente nublada por la lujuria, sé que es imposible que nadie se dé cuenta de lo que ha pasado aquí si sale oliendo así. La idea debería alertarme, pero no hace más que calentarme aún más, y tomo consciencia de que quiero que sepan que la he estado tocando. Quiero que todos en este maldito hospital sepan que ella es mía.

Me quedo quieto para intentar controlar mis pensamientos desenfrenados, respirando sobre su piel. Ella, como si sintiera mi lapsus momentáneo, lleva una mano hacia atrás para tocarme el cabello.

—¿Estás bien?

¿Lo estoy?

La idea sigue ahí, la necesidad primitiva de marcarla, de hacerla mía y asegurarme de que nunca queden dudas de que me pertenece, y yo a ella.

Y en este momento es aterrador pensar que podría no corresponderme respecto a este sentimiento.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

Ella gira la cabeza para rozarme el mentón con los labios, y mis ojos se cierran por el placer de la sensación.

—He estado pensando en tenerte dentro de mí todo el día. ¿De verdad quieres esperar hasta que no tengamos turnos opuestos para tocarme?

Es un buen argumento. Ella trabajará durante la noche los próximos cinco días, mientras que yo trabajaré de día, por lo que nos veremos en el trabajo por un tiempo muy breve. La idea de no estar dentro de ella por cinco días me parece una absoluta tortura.

—No —admito—. No quiero esperar.

—Deje de preocuparse, doctor Taylor —dice en tono tranquilizador, mientras me rasca la cabeza con suavidad y presiona contra mí—. Mientras no nos anudemos, todo estará bien.

—Joder —gruño. Tan solo escuchar la palabra nudo saliendo de sus labios es suficiente para que mi pene palpite. La penetro un poco más con el pulgar y disfruto del pequeño maullido que escapa de su boca—. ¿Me quieres aquí dentro?

—Sí, lo quiero —suspira y menea las caderas contra mí—. Vamos, doctor, póngame una inyección.

—Eres ridícula —respondo con un gruñido diferente.

—Amas que lo sea —dice riendo.

Quizá te ame a ti.

La idea me impacta, amenaza con consumirme, como si la tierra se abriera bajo mis pies, pero la aparto a un lado. Es demasiado pronto, para sentirlo y para pensar en la posibilidad de compartirlo, así que me enfoco en el sabor de su piel, en la sensación de su cuerpo mojado y caliente en mis manos, que está suplicando que lo penetre. Esa es la distracción necesaria para mantener a raya los demás pensamientos.

Observo cómo se le eriza la piel cuando el sonido de mi cremallera resuena en el silencio de este espacio vacío y froto mi erección con la mano para tener un instante de alivio, aunque sé que no lo tendré hasta que esté dentro de ella. Nada puede compararse con eso. Mackenzie Carter me ha arruinado sin saberlo, y ni siquiera estoy molesto por ello.

Tardo un momento en deshacerme de los pantalones y de la bata, pues sé que ensuciar cualquiera de las dos prendas es como anunciar lo que hemos estado haciendo aquí, pero me recompensa con un gemido cuando por fin deslizo mi erección por su trasero. Mi líquido preseminal se esparce por su piel para marcarla como quería, y mi parte menos civilizada espera que se seque allí para que cualquier otro cambiaforma con el que se cruce hoy pueda olerlo.

Tenemos que acomodarnos un poco para poder penetrarla: ella se inclina un poco más y yo bajo las caderas. Aunque soy consciente de que esto es lo más insensato que he hecho en mi vida, no me importa lo más mínimo cuando su calor húmedo me envuelve. Cierro los ojos para enfocarme solo en la sensación de que me rodee con su humedad, de la facilidad con la que su cuerpo se abre para mí, como si estuviera hecho a mi medida. Como si ella estuviera hecha solo para mí. Y una parte de mí piensa que tal vez sea así, pero no identifico si es mi mente o mi instinto.

En esta posición, puedo ver cómo se abre para mí y cómo desaparezco más y más dentro de ella. Aferro sus caderas para atraerla hacia mí, un movimiento que me entierra por completo en su interior y la hace soltar un grito de sorpresa, que se transforma en un gemido suave que se cuela bajo mi piel.

—Te siento muy bien —digo arrastrando las palabras, embriagado por la neblina cada vez más familiar que me provoca estar dentro de ella y rodeado por la esencia que me vuelve loco—. Eres tan jodidamente buena para mí, para mi polla. —Retrocedo para volver a empujar.

—Noah —gime y extiende la mano hacia atrás para presionar mi muslo en una súplica silenciosa.

Sé lo que quiere. Quiere que deje de provocarla y tome de una vez lo que me está ofreciendo, pero nunca he sido yo mismo con ella. Nunca me he comportado así. A este Noah le gusta que ella suplique. Este Noah quiere desarmarla para volver a armarla.

—¿Quieres más? —Me inclino para poder mordisquearle la oreja—. Tú me has llamado, Mackenzie, quiero que me expliques para qué querías que viniera. Dime cuánto deseabas mi polla.

—Lo necesitaba —jadea—. Te necesitaba a ti.

—¿Necesitabas que te follara? ¿Aquí? ¿Necesitabas tanto mi polla que no podías esperar?

—Noah…

Sigo entrando y saliendo a un ritmo estable, que sé que no nos brindará alivio a ninguno de los dos, pero ya he llegado demasiado lejos como para detenerme. Lo que sea que Mackenzie despierte dentro de mí se ha puesto al mando ahora.

—Dilo, Mackenzie —gruño en su oído—. Dime que quieres que me corra dentro de ti.

—Joder, sí que lo deseo.

—¿Qué deseas? Necesito escucharlo.

—Quiero, ah. Quiero que te corras dentro de mí. Por favor, Noah.

—Buena chica —murmuro. Le acaricio la columna mientras retrocedo. Su sumisión hace que me encienda aún más—. Eres tan hermosa cuando suplicas.

Retrocedo otra vez, al mismo ritmo pausado que nos está enloqueciendo a ambos, me detengo antes de salir por un segundo y luego la embisto con las caderas hasta hacerla gritar.

—Eso es —digo en una exhalación y me quedo sin aliento al repetirlo otra vez—. Voy a llenar tu cuerpo perfecto hasta que no quepa nada más. ¿Vas a poder con ello, nena?

—Sí —gime mientras su cuerpo se mece por la fuerza de mis embestidas.

Presiono sus caderas con ambas manos, tanto que mis uñas se hunden en su carne, y comienzo a moverme de un modo frenético.

—Sí qué.

—Sí, alfa —gime—. Joder, Noah…

—Tócate. Quiero sentir cómo te corres conmigo dentro. Quiero sentir cómo te desarmas.

Puedo sentir cómo sus dedos delgados rozan la base de mi polla con cada vaivén. Siento el ritmo con el que frota su clítoris, ya que yo no puedo alcanzarlo. En parte estoy celoso de su mano, ya que es la que la está tocando.

—Desearía poder anudarme contigo —digo entre dientes—. Quiero sentirte en mi nudo. Sentirte llena de mí.

Su única respuesta es un sonido ahogado, pero siento cómo palpita por dentro, al tiempo que cada embestida se vuelve un poco más difícil y su cuerpo se vuelve increíblemente estrecho, por lo que presiono los dientes en éxtasis. ¿Cómo puede ser tan bueno siempre? ¿Cómo es posible que cada vez parezca mejor que la anterior?

—Noah, voy a… Cielos, alfa. Me…

Cuando se corre es caótico, siempre lo es, pero disfruto cada choque de piel mojada, cada roce de sus muslos contra los míos cuando la tomo más fuerte, más rápido. La presión aumenta en lo profundo de mi interior, hasta que amenaza con consumirme. Mis labios se separan, mi respiración se agita y todo se acalora, caliente, hasta que…

Mierda.

Requiere todo mi control no anudarme con ella, mantener la base hinchada de mi pene fuera en lugar de dejar que termine de hincharse dentro de ella. El aire frío de la sala se siente gélido contra mi piel acalorada. Presiono los dientes con tanta fuerza que podrían partirse, y la lleno con las pulsaciones de mi orgasmo, tan tembloroso como ella.

Aunque haya terminado, aunque mi pene se quede quieto y su cuerpo colapse sobre la silla, la palpitación de la sangre en mis oídos no se detiene. Ella se estremece cuando salgo de repente, pero luego gime sorprendida cuando pongo los dedos sobre su coño para que mi descarga se mantenga en su interior, ya que no puede hacerlo con el nudo. Pierdo la cuenta del tiempo que mantengo los dedos dentro de ella, mientras recupero el aliento, salpico su piel con besos suaves y espero a que mi cuerpo se calme.

—Doctor Taylor, a Radiología 204. Doctor Taylor, a Radiología 204.

Mackenzie se ríe sin aliento pero con fuerza, y su cuerpo se agita contra el mío. Le doy un último beso en la cadera antes de levantarme, reacio a retirar los dedos, porque un resto de instinto por poco ruge en mi pecho, ansioso por mantenerla llena de mí.

—Alguien está muy solicitado hoy —bromea Mackenzie mientras gira para desplomarse en la silla.

La recorro con la mirada (se ha llevado la mano al bajo vientre, donde dibuja círculos pausados, como si aún siguiera fuera de su piel) y tengo que resistir el impulso de penetrarla otra vez.

—Debe de ser el día más popular de mi vida.

—Mmm. —Cuando tira de mi corbata, me toma desprevenido, lo que casi hace que pierda el equilibrio, porque solo tengo una pierna dentro de los pantalones. Luego roza mis labios con los suyos con mucha suavidad y dulzura teniendo en cuenta lo que acabamos de hacer—. Debería poder llamarte más a menudo.

—Si seguimos así, tendré que buscar a un cardiólogo intervencionista para mí —digo riendo.

—Vaya, es lo más dulce o cursi que me hayas dicho.

—Eres una mala influencia —murmuro mientras me acomodo los pantalones.

—Creo que eso te gusta. —Su sonrisa me desarma y amenaza con robar el aire de mis pulmones.

No me gusta, lo amo. Creo que te amo a ti.

Tengo que apretar los dientes para evitar que las palabras escapen de mi boca. Es como si, ahora que he plantado la semilla, estuviera desesperado por dejarla crecer.

—Quizá un poco —digo en cambio, y luego me agacho para darle sus pantalones. Después hundo el rostro en su garganta para sentir su aroma—. Olerás a mí durante por días.

—No parece molestarte.

—No me molesta. —Siento otra oleada de su esencia. Me enderezo y miro hacia la puerta cerrada—. ¿Deberíamos preocuparnos por las cámaras del pasillo? ¿Siguen funcionando las de esta planta? Sería extraño que los dos subamos a una planta que no está en funcionamiento, ¿no?

—Ese es el Noah Taylor que todos conocemos y amamos —ríe antes de bajar de la cama de un salto y buscar servilletas de papel de un dispensador de la pared para limpiarse.

Tengo que recordarme que no lo ha dicho en el sentido literal que me hubiera gustado. ¿Qué pasa conmigo?

—Puede que haya… sobornado al de sistemas para que las apagara por una hora —confiesa con inocencia. Luego aparta la servilleta y se ocupa de vestirse.

—Eso podría considerarse una grave malversación de recursos, doctora Carter.

—Es probable. —Se acerca casi de un salto y se eleva sobre la punta de los pies para besarme—. ¿Se lo vas a decir a alguien?

Mis ojos se cierran cuando el beso se hace más profundo, y mis brazos la rodean por la cintura para mantenerla cerca.

—Lo dudo —respondo con toda la seriedad posible—. Como dije antes, eres una mala influencia.

—Quédese conmigo, doctor, y le enseñaré toda clase de cosas divertidas —dice con una sonrisa y, después de otro beso ligero, se pasea hacia la puerta como si no acabara de poner todo mi maldito mundo al revés. Desde allí, gira para mirarme sobre su hombro—. Me debes otra cita, pero, hasta entonces, siéntete libre de mandarme llamar.

La veo marcharse con la lengua pegada al paladar, y me pregunto cómo demonios haré para terminar mi turno con sus fluidos en mis dedos y la sensación de su cuerpo aún crepitando bajo la piel. O cómo haré para sobrevivir a los próximos cinco días de turnos opuestos sin perder la cabeza.

Y lo más importante: ¿cómo demonios voy a decirle que la amo?



CAPÍTULO 21

Mackenzie

—Gracias por bajar —le digo a Priya—. Ya he visto algo similar durante la residencia, pero no era tan grave.

Priya me hace un gesto con la mano libre mientras el terapeuta respiratorio termina de inflar el balón del paciente que ella acaba de intubar.

—Ni lo menciones. Estos casos pueden ser complicados. Llevo años haciéndolo y todavía tengo miedo de romperle los dientes a alguien con el laringoscopio.

El paciente que está tratando fue ingresado con neumonía grave, que progresó hasta afectarle la respiración, algo nada fuera de lo común en esta época del año, pero que aun así es difícil de ver. Ahora está dormido después de tomarse los sedantes y analgésicos que le administramos antes de que Priya comenzara la intubación, y esto marca el fin de una noche muy larga.

Mientras deja que el terapeuta termine, Priya se quita los guantes y los tira a la basura, y yo le indico a la enfermera que vigile al paciente y me llame si hay cambios.

—No puedo esperar a que sean las seis —dice Priya con un ligero bostezo.

—Ni me lo digas. Debería ser ilegal trabajar cuando no hay sol.

Ella se estira y mira el reloj.

—Solo queda una hora.

—Gracias a Dios —resoplo.

—Al menos debe ser agradable llegar a casa junto a tu malhumorado compañero de cama —dice con una sonrisa maliciosa.

—Ojalá fuera así —digo con un suspiro—. Él tenía turno de día.

—Vaya —suspira Priya con dramatismo, y se lleva una mano al corazón—. Sois como dos barcos que se cruzan en la noche.

Pongo los ojos en blanco mientras ella me sigue a la sala de médicos. Una taza de café es justo lo que necesito para sobrellevar esta última hora.

—Cállate.

—Realmente debe de ser un infierno ser compañera de otro médico. ¿Tenéis que hacer coincidir las agendas para tener sexo?

Siento que me sonrojo al recordar lo que pasó hace unos días, cuando Noah y yo tuvimos sexo sin programar en este mismo edificio. Me aclaro la garganta e intento sonar despreocupada.

—No es tan malo.

—Cielos, todavía no puedo imaginaros follando.

—Pues quizá no deberías hacerlo.

—¿Estás bromeando? Mi amiga es compañera del equivalente a un críptido calenturiento de este hospital. Hay leyendas sobre Noah, Mack.

—Son todas…

—… sumamente exageradas —concluye con una risita—. Sí, ya lo dijiste. Ya comienzas a sonar como él.

Eso me hace sonreír. Quizá me está contagiando, y no lo digo en un sentido literal. Sin duda lo hace. Me sonrojo otra vez solo de pensarlo.

—¿Cómo es en casa?

Me llevo un dedo al mentón, pensativa, mientras busco una taza de cartón cerca de la Keurig.

—¿Recuerdas cuando solíamos tener conversaciones que no incluían a Noah? Qué buenos tiempos eran aquellos.

—Nadie te ha mandado emparejarte con el Maldito Noah Taylor en secreto después de reservarte los detalles más jugosos durante todo un año —responde quejumbrosa.

—Es… —Imagino a Noah en su casa, con los calcetines de lana que tanto adora y el pijama de algodón que tanto le gusta, y eso me provoca una sonrisa—. La verdad, es como cualquier hombre.

—Eso es difícil de creer, cariño —añade.

Es curioso, yo solía pensar lo mismo.

—Estoy celosa —suspira—. ¿De verdad estás viviendo el sueño? Has conseguido un alfa ardiente, que gana un buen sueldo y entiende nuestras exigencias de trabajo. ¿A quién le importa si frunce el ceño cuando estáis follando?

—No frunce el ceño durante el sexo —digo riendo.

—Sshh —me ordena con los ojos cerrados—. Deja que me lo imagine como yo quiera.

—Eres terrible —digo negando con la cabeza.

—Me quieres —replica lanzándome un beso.

Mientras cargo una cápsula de café en la máquina, la puerta de la sala se abre otra vez y mi respuesta se pierde en el aire al ver entrar a Dennis. No lo he vuelto a ver desde el día en que entré en celo, y su sonrisa aduladora parece volverse más intolerable cada vez que lo veo.

—Será mejor que vuelva a mi planta —anuncia Priya con una mueca—. Tengo que terminar algunas cosas antes de irme.

Paso la vista de ella a la taza de café, que todavía no termina de llenarse y me quedo atrapada en su visión, hasta que vuelvo a mirarla a ella, esperando que me entienda: «No te atrevas a dejarme a solas con este bicho raro».

Su mirada responde algo como: «Lo siento, cada mujer debe cuidar de sí misma».

Joder. Ni siquiera puedo culparla. Me saluda con la mano antes de irse, y yo intento parecer ocupada manejando la Keurig para que Dennis interprete que debe dejarme en paz.

Al parecer, no entiende el mensaje.

—Mack —dice de una manera que debe creer amistosa, pero que resulta más melosa de lo que él pretende—. ¿Cómo estás? No te he visto desde tu… incidente.

¿Cómo es posible que nunca me haya topado con este tipo antes de conocer a Noah y ahora parece estar en todas partes?

—Estoy bien —respondo con brusquedad y la atención fija en la taza de café—. Fue un simple error de cálculo.

—Nunca había oído que pasase algo semejante —comenta en tono curioso—. Y menos en individuos emparejados. Se supone que esas cosas son bastante predecibles, ¿no?

Giro la cabeza lo suficiente para que pueda ver la firmeza de mi mirada.

—Sin ofender, pero esto no es algo que quiera discutir con un casi desconocido.

—Por supuesto, por supuesto. —Levanta las manos en gesto de disculpa—. Estaba preocupado, eso es todo.

—Te lo agradezco —respondo llanamente—, pero estoy bien.

—Me alegra oírlo —dice con otra sonrisa melosa. En verdad es cada vez más escalofriante. Sonríe de la misma manera en que imagino que lo haría una planta atrapamoscas cuando ve a su

presa. Luego se mete las manos en los bolsillos y se apoya contra la pared opuesta, como si no tuviera intención de irse—. Debe de ser estresante pensar en que podría irse.

—¿Perdón? —Giro otra vez, con una ceja levantada.

—Ah, me refería a… Bueno, ya sabes cómo son los rumores. Todo el mundo habla de la posibilidad de que Noah se vaya a Albuquerque. Tengo amigos allí. Los cotilleos abundan en todas partes.

—Ya veo —respondo con cautela.

Vuelvo a enfocarme en mi taza, la saco de debajo del surtidor de la Keurig y paso hacia las latas donde tenemos la crema y el azúcar.

—Todavía está considerándolo —digo al final, con todo el cuidado posible—. Todavía… estamos discutiéndolo.

Lo cual es una absoluta mentira, ya que no tengo voz ni voto en el asunto. Saberlo es un fuerte golpe en este momento y me deja con una sensación extraña. Inquietante. Remuevo el café con el ceño fruncido y por un segundo me olvido de que Dennis está aquí, hasta que habla de nuevo.

—Bueno, aquí sin duda extrañaríamos a nuestro genio residente. Además, puedo imaginar que sería difícil para ti si él aceptara el trabajo.

Pero yo no sé si lo hará. Es posible, probable, que lo acepte.

¿Por qué siento esta presión en el pecho?

Oculto mis emociones agitadas tras un sorbo lento de la taza, con los ojos fijos en el líquido tibio, y logro encogerme apenas de hombros.

—Estoy segura de que Noah tomará la mejor decisión.

—Siempre lo hace —responde Dennis con esa sonrisa que comienza a hacer que se me erice la piel.

—Claro. —Inclino la taza hacia él. Necesito salir de esta habitación—. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. Tengo algunas cosas que terminar antes de irme a casa.

—Por supuesto, por supuesto —afirma Dennis con un gesto de despedida. —Ha estado bien verte otra vez, Mack.

Asiento con la cabeza, porque no puedo decir lo mismo, y escapo de la sala con la taza en la mano mientras suelto un suspiro controlado. En verdad me desagrada ese tipo. Puedo entender por qué no le gusta tampoco a Noah.

Pensar en Noah hace que algo dentro de mí se remueva. Que Dennis hablara sobre la posibilidad de que se mude, y me recordara que siempre ha sido una posibilidad desde que empezamos con… lo que estuvimos haciendo, me provoca un pinchazo en el pecho que no desaparece ni

siquiera cuando lo froto. Si mi ánimo no se hubiera vuelto tan sombrío de repente, le enviaría un mensaje a Noah bromeando sobre necesitar una consulta. Pero, dadas las circunstancias, camino en dirección al puesto de enfermeras a paso lento, con pensamientos dispersos, que rebotan en mi mente sin saber cómo quedarse quietos.

Puedo imaginar que sería difícil para ti si él aceptara el trabajo.

Lo curioso es que, hasta que Dennis lo ha dicho, nunca se me había ocurrido que podría serlo.

***

—Esta serie es absolutamente inexacta.

Le sonrío a Noah desde mi lado del pequeño sofá. Tengo que contener la risa ante la expresión disgustada que le dirige a la televisión.

—Se supone que no hace falta que sea preciso —le digo—. Lo que debe ser es dramático.

Él hace un sonido indignado, se cruza de brazos sobre el pecho y estira las piernas hacia adelante, en un movimiento que no debería ser tan sexy como realmente es. Mi sofá no es demasiado grande, pero la presencia de Noah lo hace parecer muy pequeño.

Han pasado días desde mi encuentro con Dennis, y aún no he podido mencionárselo a Noah. Es nuestro primer día libre juntos desde el fin de semana que pasé en su piso, y no tengo muchas ganas de estropearlo con conversaciones sobre su persona menos favorita en el hospital o mis crecientes inseguridades sobre lo que somos y lo que su posible nuevo trabajo podría significar para… lo que sea esto. En mi mente no suena como una conversación divertida y no puedo imaginar que sea mejor en la realidad.

Además, estos últimos días he comprendido que la posibilidad de mencionarlo y que Noah lo desestime sería muy doloroso, pues tampoco tengo derecho a exigir nada. ¿Y si el simple hecho de que piense en ello ya lo asusta? Todo lo que hay entre nosotros se ha construido sobre una mentira, y que me haya invitado a una cita real no significa que esté listo para pedir mi mano ni nada de eso.

Ni que yo lo quiera tampoco.

Dios, tengo la cabeza hecha un lío.

—¿Has visto eso? —Noah señala a la pantalla con el ceño fruncido—. ¡Acaba de tocarse el brazo después de haberse preparado para la cirugía! ¡Es un riesgo de contaminación!

—Estoy segura de que estaban realmente preocupados por la precisión médica al escribir el personaje de Derek Shepherd —digo sonriendo.

—Y esa mujer está usando pendientes en un quirófano —gruñe él—. En serio, ¿quién ha escrito esta basura?

—¿Sabes? Empiezo a preguntarme por qué pensé que sería una buena idea ver esta serie contigo.

—Lo siento. —Me mira con una media sonrisa avergonzada.

—No te preocupes. Eres muy tierno cuando te pones gruñón.

—No soy tierno. —Frunce el ceño.

—Yo creo que sí. —Me acerco los pocos centímetros que nos separaban en el sofá y me inclino para posar los labios en su mejilla—. Adorable, en realidad.

Él gira un poco el rostro para que mi boca toque la comisura de sus labios.

—Mmm.

—Podemos ver otra cosa.

—Está bien —murmura—. Intentaré no ser demasiado crítico.

—El día que dejes de ser crítico empezaré a preocuparme por tu salud —bromeo.

—Mi madre dice algo similar —resopla—. A menudo.

—¿Sí? ¿Tu madre no es tan… rígida como tú? —Agito las cejas al pronunciar la última palabra, y él pone los ojos en blanco.

—Mi madre no conoce el significado de la palabra. —Me mira pensativo—. Se parece mucho más a ti a decir verdad.

—¿A mí?

—Ya sabes… —Mueve las manos en círculo y sonríe—. Sociable. Extrovertida. Divertida.

—Yo creo que tú eres muy divertido —le digo al deslizar los dedos sobre la camiseta que marca su pecho.

—Debes ser la única que lo cree —dice.

—Es que los demás no tienen la oportunidad de ver la personalidad brillante que escondes bajo esas cejas fruncidas.

—Claro —dice con una risita tranquila—. Mi madre te adoraría.

Por alguna razón, ese comentario tan natural hace que mi pulso se acelere.

—¿Eso crees?

—Sin ninguna duda. Me ha estado molestando para que te lleve a cenar desde hace semanas.

—¿De verdad? —Ahora mi corazón late con fuerza, y no sé por qué.

Entonces, parece darse cuenta de lo que ha dicho, porque sus ojos se abren y sus labios se separan.

—Yo… quiero decir… No te preocupes. Le dije que no era una buena idea.

—Vaya. —Mi ritmo cardíaco parece detenerse de golpe. ¿Por qué estoy tan decepcionada?—. Entiendo.

—Bueno… —Parece nervioso, como si no supiera qué decir—. Solo quería decir que no quería ponerte en una situación incómoda o pedirte que hicieras algo que no acordamos cuando empezamos con esto.

Algo que no acordamos.

Esas cinco palabras son como un golpe en el estómago, y hago todo lo posible para no ponerlo en evidencia. Nada de lo que está diciendo es incorrecto o injustificado. Entiendo que el hecho de que estemos sondeando un nuevo territorio no borra cómo comenzamos, pero los límites parecen estar difuminándose y son tan confusos que no puedo distinguir bien las cosas. Me hace sentir insegura. Y eso lo odio.

Controlo mi expresión, sacudo la mano frente a mi rostro y hago todo lo posible por parecer imperturbable.

—Está bien. Tienes toda la razón. Probablemente sería extraño.

—Sí… —Su expresión es difícil de leer, pero por un segundo creo ver un destello de decepción en sus ojos, aunque no tiene sentido, y desaparece tan rápido como llegó—. Exactamente. En especial porque estamos en un territorio tan… inexplorado en este momento.

—Está bien, Noah —le digo con toda la seguridad que puedo reunir con este caos en el estómago —. Mejor no agitar las aguas hasta que resolvamos las cosas entre nosotros.

Me mira como si hubiera algo que le gustaría decir pero no está seguro de cómo expresarlo. Sus labios están apretados en una línea firme, y ha aparecido una arruga entre sus cejas que es más profunda de lo habitual. No puedo decidir si está preocupado por haberme ofendido o porque está esperando cosas que no debería. Tengo la sensación de que la última alternativa es la que peor me haría sentir.

En serio, ¿qué pasa conmigo últimamente?

—Claro —dice por fin, y extiende la mano para cubrir la mía, que todavía está descansando sobre su pecho—. Hasta que resolvamos las cosas.

Y tal vez parte de mí espera que él inicie esa conversación, la de resolver las cosas, pero o bien

está esperando lo mismo de mí o simplemente no está listo para tenerla. Me acaricia los nudillos con el pulgar y luego se inclina para darme un beso en la frente, después se aclara la garganta y vuelve su atención al programa.

—Ah, por el amor de Dios. ¡Ni siquiera está usando protección ocular! ¿Qué pasa con las salpicaduras de sangre?

A pesar de mis emociones agitadas, no puedo evitar la risita que se escapa de mis labios.

—No podríamos ver los ojos de McDreamy si usara gafas durante la cirugía.

—Increíble —murmura con un gruñido.

Todavía está sosteniendo mi mano, y el peso cálido de la suya ofrece cierto consuelo frente a los pensamientos errantes que cruzan mi cabeza. No recuerdo haber querido hablar con un hombre sobre lo que «podríamos ser» y, la verdad, con la ansiedad que me provoca, no estoy segura de si me lanzaría si tuviera la opción. Se suponía que esto entre Noah y yo era algo informal de lo que ambos nos beneficiaríamos, pero a medida que se fue transformando en algo menos informal, me encontré atrapada en un limbo sin dirección.

Esta tontería romántica no es para mí.

Me acurruco más cerca de él, como si el calor de su cuerpo de alguna manera pudiera calmar la batalla que se libra dentro de mi cabeza, pero el brazo que rodea mis hombros extrañamente empeora las cosas de inmediato. Al parecer, ahora analizo todo lo que hace Noah en contra de mi voluntad, mi cerebro me obliga a buscar significados ocultos que posiblemente no existan.

Está bien, me digo a mí misma. Deja de preocuparte por cosas que tal vez ni siquiera importen. Solo disfruta lo que tienes ahora.

Exhalo el aire lentamente y con discreción para dejarlo salir, con la esperanza de que vaciar mis pulmones de alguna manera vacíe mi mente. Pero no funciona. Cierro los ojos mientras Noah sigue analizando Anatomía de Grey, pero apenas escucho lo que dice, pues permito que el tono bajo de su voz me envuelva y disfruto de su aroma cálido y embriagador, que se filtra en mi sangre y me permite centrarme mejor que cualquier otra cosa.

Es curioso, cuando le pedí a Noah que fuera mi novio ficticio… nunca imaginé la posibilidad de desear que fuera real.



CAPÍTULO 22

Noah

APRECIO LA OPORTUNIDAD DE EMPLEO EN SU HOSPITAL, PERO, DADO QUE MIS CIRCUNSTANCIAS HAN CAMBIADO, SIENTO QUE LO MEJOR PARA MÍ ES PERMANECER EN MI PUESTO ACTUAL POR EL MOMENTO. ESPERO QUE EN EL FUTURO, SI LAS CIRCUNSTANCIAS ME COLOCAN EN UNA POSICIÓN PARA SER RECONSIDERADO, ME TENGAN EN CUENTA.

He estado mirando el correo electrónico que redacté para el departamento de Recursos Humanos del hospital de Albuquerque durante la última hora, reescribiendo, borrando y editando una y otra vez sin estar satisfecho. Todavía me preocupa que sea una locura pensar en enviarlo, y ni siquiera he encontrado el valor para abordar el tema con Mackenzie, en especial después de haber metido la pata hace unos días en su casa, cuando surgió el tema de cenar con mi madre… Eso hace que me pregunte de manera decidida si estoy haciendo lo correcto.

No soy de los que actúan por impulso. Pero ¿de verdad puedo llamarlo impulso? No puedo negar haber estado angustiado por este tema durante semanas, como mínimo. Y ahora que, además, tuve la revelación de la profundidad de mis sentimientos por alguien que se supone que es mi compañera ficticia, seguir ignorando este dilema se ha vuelto cada vez más difícil. Por muy poco aconsejable que parezca, sé en lo más profundo de mi ser que, a menos que Mackenzie me diga de frente que ya no quiere participar en… este nuevo territorio que estamos explorando, no hay forma de que pueda separarme físicamente de ella.

Mackenzie Carter se ha incrustado bajo mi piel ahora. Vive en mi sangre. Sin haberlo planeado, mi compañera ficticia se ha convertido en la mujer con la que me gustaría pasar el resto de mi vida de verdad.

Y tal vez sea demasiado pronto para pensar así. Quizá alguien más sensato que yo razonaría que es la biología y el ADN lo que me atrae de ella, pero eso no cambia el hecho de que cada célula de mi cuerpo parezca haberse modificado para complementar las suyas. Casi como si el órgano en mi pecho ya no se preocupara por sus funciones básicas de bombear sangre a mi cuerpo y oxígeno a mi cerebro; no, al parecer, ahora solo late por ella.

Emito un sonido despreciativo hacia mí mismo mientras paso los dedos por mi cabello y me

pregunto cómo diablos me he vuelto tan emocional. Hace poco tiempo me hubiera reído de cualquiera que dijera las cosas que pasan por mi mente en este momento, o al menos lo habría mirado como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Sin embargo, no siento ningún tipo de vergüenza ante mis propios pensamientos. Si algo siento es que haber aceptado mis sentimientos ha llenado los espacios solitarios dentro de mí que no sabía que existían, para dejar una sensación de plenitud cálida, que de alguna manera hace que respirar sea más difícil y, a la vez, más fácil. Con eso en mente, vuelvo mi atención al correo electrónico frente a mí y me digo a mí mismo que voy a dejarlo redactado, lo guardaré y luego, la próxima vez que vea a Mackenzie, le diré todo lo que pasa por mi cabeza.

Bueno, tal vez guarde cierta palabra de dos letras para más adelante, dado que existe la posibilidad de que salga corriendo y gritando si la pronuncio en voz alta después de unas pocas semanas juntos. Aun así, puedo decirle que quiero algo real. Y tengo esperanzas de que ella quiera lo mismo. La conversación con mi madre de la semana pasada acude a mi mente e intento aferrarme a su consejo.

Intenta no darle demasiadas vueltas al asunto. Tengo la corazonada de que esta chica, Mackenzie, podría sorprenderte.

De verdad que espero que lo haga.

No sé cuánto tiempo paso angustiándome por un simple correo electrónico, hasta que alguien llama a mi puerta. Dado que Mackenzie ya se ha ido a casa por hoy, apenas miro hacia la puerta al decirle a quienquiera que esté al otro lado que pase. Para ser honestos, no puedo decir que nadie excepto Mackenzie sea una presencia bienvenida en mi consulta, pero una ola de desagrado especial me inunda cuando veo que es la última persona a la que quisiera ver en este momento, o en cualquier momento, para ser exactos.

—Noah —me saluda Dennis con una cortesía que parece completamente falsa—. ¿Tienes un minuto?

—En realidad, estoy bastante ocupado en este momento, doctor Martin. —Frunzo el ceño de inmediato.

—¿De verdad? Lamento molestarte. —Casi hace pucheros al cerrar la puerta tras él, pero su rostro indica lo contrario—. Pero es muy importante, así que…

Suspiro, sujeto el puente de la nariz por un segundo y desplazo la silla lejos de mi escritorio. Supongo que es mejor concederle el minuto que quiere para que se vaya más rápido. Solo tengo que asegurarme de no dejar que me afecte como la última vez que nos vimos.

—De acuerdo —respondo resignado—. ¿Qué es tan importante?

—En realidad, es bastante embarazoso —comenta. Parece incómodo, pero, de nuevo, no lo siento como real—. De verdad que odio mencionarlo…

—Entonces, dilo de una vez para que pueda volver al trabajo. —Siento cómo me irrito a pesar de mi determinación.

—Claro —afirma mientras una sonrisa lenta e inquietante se despliega en su rostro—. Bueno, verás, me encuentro ante un dilema desde hace un tiempo y no sé cómo debería manejarlo.

—¿Qué tipo de dilema? —Mi mandíbula se tensa.

—Bueno… —Lo noto antes de que suceda, en el deleite absoluto de sus facciones, como si llevara más tiempo planeando este momento del que puedo imaginar—. Me preguntaba qué debería hacer respecto al hecho de que tú y la doctora Carter mintáis a la junta del hospital sobre su relación falsa.

Siento cómo se me hiela la sangre. Mi boca se abre mientras lucho por articular alguna palabra, pero mi mente está confundida.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dice. Atrás queda su cortesía y, en su lugar, solo veo un desprecio apenas disimulado—. Le has mentido a la junta. Tú y la doctora Carter no sois pareja en absoluto, lo que significa que mentiste intencionadamente sobre tu rango y sobre tu pareja para mantener tu trabajo. No sé cómo involucraste a la pobre doctora Carter en todo esto, pero supongo que no importa, ya que ella es cómplice ahora.

—Dennis —digo aturdido—. Ha habido un malentendido, nosotros…

—No creo que haya habido ningún malentendido —dice riendo—. Pero, por favor, sigue mintiendo. Eso no hará más que empeorar tu situación cuando vaya al consejo y os denuncie a ambos.

A ambos.

—Te equivocas —digo con firmeza, intentando mantener una expresión serena—. Mackenzie y yo…

—Sois unos mentirosos —ríe otra vez—. Sí, lo sé. No importa que lo niegues, oí a tu compañerita falsa hablando con su amigo antes de que te la llevaras fuera del hospital para, seguramente, pasarlo en grande.

Un calor invade mi pecho y tengo que apretar los puños para evitar que vuelen hacia su rostro.

—Creo que tal vez lo has interpretado mal.

—Lo escuché perfectamente —afirma—. Su conversación fue bastante clara. A partir de ahora, puedes confesar y que pasemos a lo que sea que sigue, o puedes seguir mintiendo y yo voy directo a la junta. —Chasquea la lengua—. Imagino que será una gran sorpresa para la doctora Carter.

Mi corazón late tan fuerte que Dennis seguramente puede oírlo. El pánico clava las garras sobre mi pecho y hace que me percate de inmediato de que me preocupa mil veces más la idea de que la carrera de Mackenzie se vea afectada por esto que la mía. Es por eso que su amenaza me

afecta más y me pone tenso. Creo que hay pocas razones para mantener la farsa, pues es obvio que Dennis está convencido de su descubrimiento. No tengo idea de cómo puedo escuchar a Mackenzie, ni siquiera estoy seguro de que importe en realidad. Lo único que importa es salvarla de cualquier repercusión, si es que puedo.

—Esto no es necesario —arriesgo. Mis instintos de protegerla actúan a toda prisa—. No es a ella a la que desprecias con tanto ahínco.

—Eso es cierto —dice pensativo—. Sería una lástima dañar su carrera solo porque tú la has arrastrado con tus mentiras.

—Nunca he mentido —argumento, y él ríe sin disimulo.

—Creo que la junta lo vería de otra forma —dice chasqueando la lengua—. Presentar una declaración de relación personal falsa para evitar una reprimenda por haber omitido información en tu solicitud de empleo, ¿cómo se vería eso en tu nuevo trabajo elegante en Albuquerque?

—¿Cómo…? —Ha logrado descolocarme dos veces en cinco minutos—. ¿Cómo sabes eso?

—No creo que eso importe, ¿verdad? —Se encoge de hombros—. Lo que importa es lo que hagas a continuación.

Mi mente imagina toda clase de escenarios en un intento por encontrar una solución a esta desgracia, pero todos los ángulos que analizo me llevan al mismo lugar. Sé que, pase lo que pase, Dennis se asegurará de arruinarnos a mí y a Mackenzie solo por si acaso. Siempre supe que me odiaba y que quería mi puesto, pero nunca imaginé que se rebajaría a estos niveles para conseguirlo.

En realidad, por mucho que me sorprenda la situación, lo que no me sorprende es que Dennis se rebaje así.

—¿Qué quieres, Dennis?

—Tú sabes lo que quiero. —Se cruza de brazos.

—Si sabías que me iría, ¿por qué no esperar a que eso haya ocurrido para tomar el puesto? ¿Por qué amenazarme?

—Porque estás considerando no irte. ¿No es así?

Intento mantener una expresión neutra, pero siento cómo mis ojos se entrecierran.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No eres el único con amigos importantes, Noah. Los has estado esquivando durante semanas, dudando en darles una respuesta directa. Creo que ambos sabemos por qué.

—¿Lo sabemos?

—Claro que sí. —Su sonrisa del Gato de Cheshire casi llega a sus ojos—. Porque has comenzado a acostarte con Mackenzie de verdad —afirma. La sangre se agolpa en mis orejas, y me remuevo en mi silla más allá de mi voluntad, pero Dennis levanta una mano para detenerme—. Todos hemos oído que entró en celo aquí y tú te la llevaste fuera del hospital para desaparecer durante tres días. Bueno, ella es hermosa, no me malinterpretes, pero creo que es estúpido que alguien tan inteligente como tú piense en quedarse aquí solo porque por fin tiene un poco de acción.

—Deberías tener cuidado con lo que dices —le advierto—. O no podré seguir siendo tan civilizado.

—Ah, sí, el gran e intimidante alfa. Eso te hará quedar aún mejor, ¿verdad? ¿Atacar a un compañero de trabajo porque no pudiste controlar tu temperamento? Por supuesto —responde Dennis con desdén y mirándome desde arriba—. Te has paseado por el hospital durante años actuando como si fueras el maldito dueño del lugar. Piensas que, porque el doctor Ackard te trató como a un principito y te recomendó para reemplazarlo, eres alguna especie de genio. Llevo aquí tres veces más tiempo que tú, y ese puesto debería haber sido para mí.

—No es culpa mía que Paul pensara que yo estaba más cualificado.

—Solo pensó eso porque le lamiste las botas durante mucho tiempo. Lo sedujiste hasta conseguir este trabajo, ¿verdad? Te quedaste con todo lo que debería haber sido mío —continúa; su alegría desaparece, reemplazada por el disgusto—. Y ahora crees que puedes despreciar una oportunidad aún mejor, que probablemente no mereces, solo para quedarte aquí y tener sexo asiduamente. No. Tienes que saber qué se siente cuando las cosas no resultan como tú quieres.

Tomo aire en un intento por acallar el rugido en mi cabeza.

—Renunciaré —le digo—. Aceptaré el trabajo. No tenemos que involucrar a Mackenzie para nada. Puedes conseguir lo que quieres.

Creí que con eso bastaría, pero Dennis parece incrédulo.

—Verás… —añade chasqueando la lengua—. Creo que eso no será suficiente.

—¿Qué más puedo hacer?

—Bueno, como sabes, he conocido a tu «compañera». Ella es inteligente. Demasiado inteligente. Y algo me dice que no es el tipo de persona que se quedaría callada frente a esta situación. Creo que ambos sabemos que tendría mucho que decir si renuncias por obedecer mis órdenes —añade, molesto—. Es muy protectora contigo, por alguna razón que desconozco.

Por un instante, algo más que rabia agita mi corazón.

—No tengo que contarte los detalles —insisto. Aún intento salvar la situación.

—No puedo dejar cosas al azar. —Dennis hace una mueca—. El chantaje no daría una buena imagen de mí.

—Entonces, ¿qué demonios quieres, Dennis?

Él sonríe de nuevo, la misma sonrisa horrible que dice que está consiguiendo todas las cosas horribles que siempre ha deseado, y daría cualquier cosa por poder arrancársela de la cara en este momento.

—Tendrás que terminar con la doctora Carter —dice.

—¿Perdón? —Siento cómo el aire abandona mis pulmones.

—Creo que es la única manera de asegurarnos de que nada salga mal.

—De ningún modo —respondo con desdén—. No voy a hacer nada parecido.

—Ah, qué dulce —murmura en tono irritante mientras lanza las manos al aire—. Haz lo que quieras. Estoy seguro de que ella estará bien cuando la junta descubra que mintió en una declaración de relación personal. Porque pasará. ¿Cuánto hace que terminó la residencia, un año? Tú podrías recuperar tu carrera después de un escándalo así, eres un genio después de todo. Me pregunto si Mackenzie tendrá la misma suerte…

Escuchar a Dennis decir su nombre hace que quiera romper algo, pero presiono los brazos de mi silla para mantenerme firme, para asegurarme de no salir disparado y acogotarlo.

—Ella no se merece esto —digo entre dientes.

—Sin duda. Por eso harás lo correcto y terminarás con ella. Fácil y rápido.

—No puedo terminar con ella de un día para otro. Ella es demasiado inteligente y se dará cuenta.

Dennis se encoge de hombros, aún complacido consigo mismo.

—Entonces, supongo que tendrás que ser muy convincente, ¿no?

—Podría contarle a la junta que me estás haciendo chantaje —sugiero como último recurso—. Sería una destrucción mutua asegurada —agrego.

—No lo creo —responde con desprecio—. ¿Crees que les importará más que te insté a que confesaras que el hecho de que tú mintieras? Los dos sabemos que no puedes defenderte de algo así.

Estoy hirviendo de rabia, frustración e incluso miedo por lo que me está pidiendo que haga, sabiendo que me ha puesto en una posición imposible. Dennis percibe mi dilema, quizá incluso note mi instinto asesino. Retrocede hacia la puerta con las manos extendidas.

—Piénsatelo —dice—. Te doy esta noche para decidir.

—Si haces daño a Mackenzie, te haré pedazos —le advierto.

Dennis me lanza una última sonrisa burlona mientras abre la puerta y se encoge de hombros en

un gesto despreocupado.

—Ahora todo depende de ti. —Me mira fijamente—. Mañana espero una respuesta, doctor Taylor.

Después de que cierra la puerta, cuento hasta diez en mi mente e intento contener el impulso de perseguirlo. Aunque nunca había sentido impulsos violentos, sé que si le pusiera una mano encima en este momento, yo acabaría en prisión y él en un charco de su propia sangre. Cada célula de mi cuerpo está preocupada por proteger a Mackenzie, pues la idea de que ella esté en peligro pone mis sentidos en alerta máxima.

Sé que Dennis tiene razón, que Mackenzie seguramente tendría mucho que decir sobre sus amenazas, lo golpearía ella misma y arruinaría su carrera por mi bien, porque así es ella, pero también sé que eso es algo que no puedo permitir. Las provocaciones de Dennis sobre la corta vida de su carrera son ciertas, es bastante probable que ella no pueda recuperarse nunca de algo así. Todos sus años de estudio, todo su esfuerzo… se irían por la borda. Y todo por mi culpa.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que pueda hundirme en mi silla, de que mi rabia disminuya para dar paso a una sensación de derrota profunda, lo que hace que mi cuerpo se sienta sin fuerzas. Es injusto haberme abierto a otra persona, sobre todo a una tan especial como Mackenzie, solo para que me digan que tengo que renunciar a ella. Y, peor aún, que tengo que romperle el corazón en el proceso.

Es un recordatorio amargo de todas las razones por las que me esforcé tanto por mantener las distancias con la gente durante toda mi vida, hasta hace unas semanas, con la intención de evitar complicaciones como esta. Creo que me engañé a mí mismo al pensar que podía tenerlo todo, que todo saldría bien y que podría tener a alguien que me viera, que viera al verdadero yo y estuviera a mi lado. Pero ahora veo que no fue más que una fantasía. Que apunté demasiado alto y ahora estoy pagando las consecuencias. Aunque sea extraño, no me importa lo que pueda pasarme, ni estoy preocupado por los peligros que pueda enfrentar.

Porque todo eso es insignificante en comparación con la mujer a la que me piden que renuncie.



CAPÍTULO 23

Mackenzie

—¿Así? —Sostengo la barra de la cortina lo mejor que puedo, aunque mis brazos comienzan a arder mientras espera la aprobación de mi abuela.

—Mmm —la escucho vacilar—. Quizá un poco más a la izquierda.

—Te voy a regalar un nivel para Navidad —resoplo mientras me muevo unos centímetros en el taburete.

—Estás haciendo un gran trabajo —me asegura, y yo pongo los ojos en blanco, porque sé que puede verme.

—¿Aquí?

—Perfecto —afirma—. ¿Necesitas los tornillos?

Niego con la cabeza antes de sacarme el lápiz de la oreja para marcar dónde irán los soportes en la pared. Luego bajo del taburete y dejo caer la barra con cuidado sobre las cortinas de la abuela.

—Dame un minuto —le pido mientras giro los hombros hacia atrás—. Me has tenido sosteniendo la barra durante casi media hora.

—Eres joven, estarás bien —asegura.

—Pues estoy cansada de todas formas —protesto.

—Trae tu cuerpo agotado a la cocina que te voy a dar un café.

—Eso suena mejor.

Abandono el proyecto en el que me embarcó mi abuela junto a la puerta corrediza de cristal, la sigo hasta la cocina y me dejo caer en uno de los taburetes acolchados de la isla. Ella se ocupa de calentar el café que quedó de la mañana y de bajar dos tazas de su alacena.

Aprovecho el momento libre para revisar mi teléfono y frunzo el ceño al ver que Noah aún no ha respondido a mi mensaje de esta mañana. Sé que tiene trabajo y tampoco es para tanto que esté

demasiado ocupado para responder, así que ¿por qué sigo revisando el móvil como una adolescente? Su mensaje de anoche fue bastante escueto. Dijo algo sobre estar demasiado cansado después de un día largo y que se iba a dormir, algo normal, incluso esperable. Soy yo la que está actuando de manera extraña.

Para ser honesta conmigo misma, he estado actuando de una manera extraña desde hace unos días. Semanas, incluso. Desde que dejamos la cabaña y comenzamos a hacer cosas que ya no parecían falsas. Entre la cita, haber pasado el fin de semana juntos, abrazarnos en sofás y el deseo creciente de verlo, de hablar con él… todo me parece confuso. No puedo decidir si lo que estamos haciendo es algo que debemos seguir haciendo. No porque no quiera, todo lo contrario, porque lo quiero demasiado. Estaba feliz cuando podía escudarme en el acuerdo limitado que terminaría en cuanto Noah dejara el hospital, pero pensar en eso ahora, después de todo lo que ha pasado… Bueno, sin duda estoy experimentando varias de esas complicaciones por las que Noah estaba tan preocupado.

—Vas a hacer un agujero en la pantalla si sigues así —escucho decir a la abuela desde el otro lado de la isla, por lo que levanto la cabeza de forma abrupta.

—¿Qué?

—¿Qué te tiene tan absorta en ese teléfono?

—Bah. —Frunzo el ceño de nuevo y sacudo la cabeza—. Nada. Solo revisaba los mensajes.

—¿Buscando alguno de Noah?

—Estás demasiado emocionada con este asunto. —Noto su expresión presumida y pongo los ojos en blanco.

—¿Tan malo es querer que tu nieta sea feliz?

—Soy feliz —enfatizo—. Conocer a Noah no ha tenido nada que ver en ello.

La cafetera pita, señalando que ha terminado, y la abuela arruga los labios antes de volver a prestarle atención.

—Díselo a tu teléfono —suelta—. Nunca te he visto tan pegada a él antes.

Podría evadir la pregunta, y creo que debería hacerlo, pero ella cree que todo esto es real, así que no estaría de más conseguir algún consejo.

—¿Es extraño que alguien deje de enviarte tantos mensajes de repente?

Se gira para poner la taza frente a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Que… —Suelto un suspiro—. No es gran cosa ni nada, pero Noah suele responderme bastante rápido. Demasiado rápido incluso, pero… no sé. Ha estado bastante silencioso estos últimos días.

—¿Habéis tenido una pelea?

—No… —Pienso en la última vez que lo vi. Sí, el asunto de que mencionara la cena con su madre y yo tuviera todo un dilema al respecto fue incómodo, pero estoy bastante segura de que solo yo lo sentí. Noah parecía ajeno a mi tormento interno—. Anoche dijo que estaba cansado. Tal vez solo tuvo un mal día y me estoy preocupando por nada.

Cuando levanto la mirada de nuevo, mi abuela tiene una sonrisa radiante, y siento que he dicho demasiado.

—No —digo antes de que ella pueda comenzar.

—Solo quería decir que… —se encoge de hombros sin dejar de sonreír—, parece que Noah te gusta de verdad.

—Bueno, yo… —No estoy segura de cómo manejar esta conversación, ya que mi abuela piensa que todo esto es real, y me cuesta encontrar las palabras adecuadas—. Es un buen chico. Nos llevamos muy bien.

Ella toma un sorbo lento de la taza, mirándome pensativa por encima del borde. Emite un sonido de satisfacción y sigue observándome fijamente durante varios segundos mientras piensa.

Comienza a inquietarme, porque solo me mira así cuando está a punto de regañarme.

—¿Qué?

—Solo me pregunto cuánto tiempo tendré que seguir fingiendo que no sé que has estado intentando engañarme —dice, y me deja boquiabierta.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Mackenzie —pronuncia. No parece molesta, sino más bien entretenida—. ¿Has olvidado que te crie durante tu adolescencia? Tengo un doctorado en leer tu rostro cuando mientes.

Me siento desorientada. Es imposible que hubiera podido prepararme para una sesión de interrogatorio como esta por parte de Moira Carter, que apenas mide metro y medio. De hecho, estaba tan segura de que nos estábamos saliendo con la nuestra que la posibilidad de contarle la verdad ni siquiera cruzó por mi mente.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que lo trajiste aquí —afirma.

—¿Cómo lo notaste? —Me siento aturdida.

—Cariño —dice sonriendo—, el hombre ni siquiera sabía que eres una omega. Se le abrieron los ojos como platos cuando lo mencioné.

—Yo… Joder. ¿Y por qué nos dejaste seguir sin decir nada?

—Porque podía ver que os gustabais el uno al otro. Incluso aunque aún no lo supierais.

—¿De verdad?

—Los dos os lanzabais miradas furtivas cada dos segundos, como si no pudierais evitarlo. Parecía que estabais tan metidos en vuestra mentira que ni siquiera podíais ver la verdad.

Pienso un segundo en ello. Claro, en ese momento había atracción entre nosotros. Después de todo, casi le supliqué que subiera a mi apartamento esa noche, pero no puedo imaginar que hubiera algo más profundo tan temprano en nuestro engaño, ¿verdad?

—No lo sé —suspiro—. Creo que todavía es demasiado pronto para sacar demasiadas conclusiones. Solo hemos tenido una cita real.

—Bueno, habéis pasado tu período de celo juntos.

Casi escupo el sorbo de café que acabo de tomar.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Ya, Parker me lo dijo —dice como de pasada.

—Lo voy a matar. —Cierro los ojos y presiono los dientes.

—Venga ya. Estaba preocupado por ti. ¡Tu ciclo se adelantó muchísimo!

Me masajeo la sien, porque me resulta difícil mirarla ahora que sé que ella sabe que pasé una escapada sexual de tres días con Noah hace unas pocas semanas.

—Fue… toda una sorpresa.

—Solo significa que sois compatibles —responde ella.

—¿Qué quieres decir? —Ahora la miro.

—Cuando dos cambiaformas tienen alta compatibilidad, puede afectar al ciclo. Las feromonas te afectan un poco más. —Hace una pausa para resoplar—. Cielos, Mackenzie, eres médica, deberías saberlo.

—La compatibilidad entre cambiaformas no está en mi lista de prioridades —sentencio.

—Bueno, si le dieras una oportunidad a alguien… —me reprende—. Siempre encuentras un defecto en las personas con las que sales.

—No es que haya tenido grandes citas —refunfuño.

—Vamos, solo querías encontrarles algún defecto.

—¡Fanáticos del modelismo ferroviario, por Dios!

—Mackenzie Carter. Puedes repetir esas excusas baratas todo lo que quieras, pero no te las compro. —Coloca su taza en la encimera y me mira con seriedad—. Ambas sabemos que siempre estás buscando algo malo en los hombres, porque encontrar algo bueno significaría abrirte a algo que no puedes controlar.

—No es verdad —murmuro con la mirada en mi regazo.

—¡Claro que lo es! —exclama ella—. Lo haces desde que eras una niña. La verdad, creo que si Parker no hubiera aparecido, te hubieras conformado con quedarte en tu habitación cuando no estabas en la escuela.

—Oye, debes reconocer que me has organizado algunas citas muy malas.

—¿Ah, sí? ¿O es que tú has estado buscando razones para no darle a nadie una segunda oportunidad?

—Abuela, de verdad, algunas citas eran…

—Mackenzie —interrumpe en tono más suave—, lo entiendo. Algunas citas han sido pésimas. Pero tienes veintinueve años y nunca has estado en una relación que haya durado más de unos pocos meses. Siempre sale algún defecto o hábito que se interpone. Ronca demasiado, mira demasiado fútbol, se limpia los dientes con los dedos después de cenar…

—Venga, vamos, eso es repugnante.

—Lo que quiero decir —insiste—, es que siempre encuentras una razón para terminar las cosas antes de que puedan empezar de verdad.

Siento que una emoción demasiado pesada, que no puedo ocultar, se acumula en mi pecho, una que he evitado la mayor parte de mi vida. Me froto el brazo y desvío la mirada, pues soy consciente de que tampoco puedo mentirle sobre esto. Ella me conoce demasiado.

—No es que quiera hacerlo —reconozco en voz baja—. No es divertido estar siempre sola.

—No estoy culpándote —afirma mientras extiende la mano sobre la encimera para tomar la mía —. Has pasado por muchas cosas feas cuando eras niña. Cosas muy fuertes para alguien tan joven como tú. Tu padre… —Sacude la cabeza y desvía la mirada—. Perdió una parte de él cuando tu madre murió y no supo cómo manejarlo. Amo a mi hijo, pero no se comportó como un hombre de verdad. Tendría que haber estado ahí para ti sin importar cuánto estuviera sufriendo. —Vuelve a mirarme a los ojos—. Pero tu vida no tiene que ser así. Que tu padre te haya hecho sufrir no significa que todos lo vayan a hacer. —Se le llenan los ojos de lágrimas y las arrugas de sus labios se hacen más profundas cuando frunce el rostro—. Quizá tendría que haberte dicho esto antes. Puede que sea culpa mía.

—No —la contradigo con la voz afectada—. Habéis sido perfectos, abuela. Siempre lo habéis sido. Yo… creo que tenía miedo. —Siento que una lágrima corre por mi mejilla, y mi abuela presiona mi mano—. No fui suficiente para papá, no pude hacer que se quedara. ¿Cómo puedo esperar ser suficiente para alguien más?

—Ay, mi niña. —Ella suelta mi mano, y rodea la isla para abrazarme con sus brazos delgados—. Eres increíble. Eres hermosa, lista y divertida. A veces.

—Tengo tu sentido del humor. —Se me escapa una risita entre lágrimas, y me acurruco un poco más en sus brazos.

—Sí, no lo has heredado de tu abuelo, sin duda. —Las dos nos reímos, y ella se aleja para tomar mi rostro entre las manos—. Eres suficiente y mucho más —afirma con los ojos cargados de emoción—. A quien elijas será muy afortunado de tenerte.

Suelto un sonido que es una mezcla entre sollozo y risa quebrada, y extiendo la mano para secar las lágrimas de mis ojos. Siento que hacen daño, pero de alguna manera también me reconfortan. Catárticas, incluso. He pasado mucho tiempo fingiendo que nada de esto me afecta, y ahora que por fin puedo admitir que siempre lo ha hecho, siento como si me hubiera sacado un peso de encima.

Mi abuela me da una palmadita en la mejilla.

—Aunque esa persona no sea Noah, hay alguien ahí afuera que valdrá la pena dejar entrar en tu vida. Solo espero que te permitas encontrarlo.

—Abuela —digo con voz gruesa—. Creo que, creo que me gusta Noah. Mucho.

—No te culpo —responde con un silbido al alejarse—. Ese hombre es… Vaya.

—Abuela —río mientras seco las últimas lágrimas de mis ojos.

—Bueno, solo decía —ríe ella.

—Él es… definitivamente es algo. —Contengo una sonrisa.

—Seguro que está ocupado. No te alteres demasiado por eso. Recuerda que eres increíble y cualquiera sería afortunado de tenerte.

—Ya, ya. Ahora me estás avergonzando —lamento.

—Es mi trabajo —responde ella—. Ahora termina tu café antes de que se enfríe.

Sigo sollozando un poco mientras me giro hacia la encimera, y ella vuelve a la cafetera para rellenar su propia taza. Cuando me estiro para alcanzar mi taza, noto que la pantalla del móvil está iluminada, así que me detengo a mirarla. Siento una oleada de emoción innegable al ver el nombre de Noah y me pregunto en qué momento durante el último mes he llegado al punto en que incluso ver su nombre me hace sentir mareada.

Abro el mensaje. Su respuesta es breve, pero me hace sentir mariposas de todas formas, porque…

Noah: ¿Podríamos encontrarnos cuando salga del trabajo? Puede ser en ese café al que fuimos aquella vez.

Sonrío como una tonta al leer su invitación y me percato de que soy feliz solo por la posibilidad de verlo otra vez. Quizá me he vuelto loca.

Solo espero que te permitas encontrarlo.

Sonrío al pensar en que la abuela podría estar en lo cierto mientras escribo una respuesta.

Mackenzie: Estoy impaciente.

***

La cafetería no está tan concurrida como la última vez que estuvimos aquí, pero hay algunas parejas y estudiantes universitarios en torno a las pequeñas mesas modernas cuando entro. Fuera ha comenzado a nevar, así que me sacudo la nieve de los zapatos mientras empiezo a quitarme el abrigo y reviso el lugar en busca de Noah. Está sentado en el mismo reservado donde tuvimos nuestra primera cita falsa, y saberlo hace que sonría mientras lo saludo con la mano. Me apresuro a acercarme a él y sentarme al otro lado de la mesa, con el abrigo a mi lado.

Lo miro con atención: Noah se ve cansado, sin duda. Tiene ojeras, como si hubiera dormido poco, y los labios fruncidos en un gesto más hosco que aquel del que tanto se enorgullecía cuando iniciamos nuestro trato.

—Vaya, alguien ha tenido un día duro —bromeo—. ¿Has estado gritándole a los enfermeros de nuevo?

—Como ya te he dicho —responde agotado—, eso fue…

—*Sumamente exagerado —río—. Sí, lo sé. Pero en serio, pareces hecho polvo.*

—Así me siento —dice en voz baja—. Ha sido… un día largo.

—Lo siento. —Extiendo la mano sobre la mesa para acariciar la suya y bajo la voz—. Conozco algunas formas efectivas para aliviar el estrés, si estás interesado.

—Mackenzie…

Comienzo a notar que hay algo más bajo todo ese cansancio. Sus ojos azules parecen más ensombrecidos y su cabello está desordenado, como si lo hubiera estado alborotando con los

dedos. Se muerde el labio como si algo le preocupara, y me sorprende no solo darme cuenta de estas cosas, sino que, al parecer, mi primer instinto es tranquilizarlo. Debo añadir que me cuesta trabajo no ir al otro lado del reservado para abrazarlo. Ni siquiera estoy segura de que sea por su estado de ánimo, quizá es un deseo constante ahora.

—¿Estás bien? —Presiono su mano y le acaricio el pulgar—. ¿Ha pasado algo? —Él mira nuestras manos, con los labios hacia abajo y el ceño fruncido. Sus ojos se mueven como si estuviera luchando por encontrar las palabras, y eso me hace sentir una ráfaga de preocupación —. Noah, dime. ¿Es Dennis? ¿Te está molestando otra vez? ¿O es la junta? Puedes decirme. Lo resolveremos.

Cuando por fin me mira, parece… triste. Arrepentido quizá. No sé por qué, pero algo en la forma en que me mira me incomoda. Como si lo hubiera visto antes. Intento recordar dónde, pero no lo logro.

—Mackenzie —intenta de nuevo—. Necesito que sepas que esta no es una decisión fácil para mí. Nunca quise hacerte daño.

Mi mano se aparta de la suya, porque estoy demasiado sorprendida para procesar lo que acaba de decirme. ¿Por qué sigue mirándome así?

—Noah, ¿qué…?

Pero ahora lo veo en su expresión. Lo veo de verdad. Es la misma que usa un padre cuando le dice a una niñita que ya no podrá estar con ella. Es la misma que nunca terminas de olvidar.

—Mackenzie —repite con cuidado y con la voz tensa—. Creo que deberíamos poner fin a nuestro acuerdo.



CAPÍTULO 24

Noah

Sabía que todo esto sería doloroso, pero verlo reflejado en el rostro de Mackenzie, en cómo desaparece su sonrisa, en la sorpresa en sus ojos, que pronto se convierte en dolor, en cómo abre la boca como si no comprendiera lo que estoy diciendo, es suficiente para destrozarme por dentro. Casi puedo sentir el cuchillo retorciéndose en mis entrañas.

Pero no puedo permitir que ella lo note.

Mackenzie aparta las manos de la mesa para apoyarlas sobre su regazo y desvía la mirada mientras frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que no creo que vaya a funcionar —digo sin más. Todo mi cuerpo grita por alcanzarla y tocarla, para aliviar el dolor que reflejan sus ojos.

—No crees que vaya a funcionar. —Se ríe, pero sin humor.

—He recibido noticias de Albuquerque, quieren que empiece de inmediato.

—Ah, ¿sí? —responde inexpresiva, y siento cómo el cuchillo se hunde más profundo.

—Tendré mucha más responsabilidad de la que pensaba. Entre la mudanza y la carga de trabajo… No creo que sea el momento adecuado para intentar manejar una relación a distancia.

Ella vuelve a reír, un sonido amargo que me hace sentir dolor en el pecho, y por fin me mira con ojos llorosos.

—No crees que sea el momento adecuado.

—Escucha, no es por algo que hayas hecho tú, es…

—Por favor, no me vengas con el discurso de «no eres tú, soy yo» —dice enfadada—. No te atrevas, Noah.

Siento que mi determinación flaquea, que el dolor y la ira en su rostro me hacen ceder. Ella

intenta ocultar que mis palabras la hieren, pero puedo verlo en la rigidez de sus hombros, en cómo su mandíbula se adelanta y se muerde el labio inferior como si intentara evitar que tiemble. Nunca había visto tristeza en Mackenzie y la siento como si fuera mía, como si estuviera metiendo el dedo en una herida. Sé incluso que esa herida podría no sanar nunca.

Tengo que recordarme que la estoy salvando de mucho más dolor del que le provoca esto, que nunca me perdonaría si arruinara su carrera. Aún puedo escuchar la voz engreída de Dennis resonando en mis oídos.

Entonces, supongo que tendrás que ser muy convincente, ¿no?

Respiro hondo, agónicamente.

—Mackenzie, siempre supimos que sería temporal.

—Ya, vete a la mierda —murmura—. Los dos sabemos que lo temporal se quedó en esa cabaña. Me pediste una maldita cita. ¿Por qué me pediste esa maldita cita, Noah? ¿Y toda la mierda reciente? ¿Qué ha sido todo eso?

Me quedo impactado por un momento, viendo el preciso instante en que la estoy perdiendo reflejado en su rostro. Creo que jamás podría haber anticipado que dolería tanto. O tal vez sí lo hice, pero no quería reconocerlo. Creo que, antes de este momento, me había convencido de que sería algo que ambos podríamos superar. Siento que ha pasado muy poco tiempo desde que ella se acercó a mí por primera vez en esa pequeña sala de descanso en el hospital, ¿cómo podría algo cultivado en tan poco tiempo tener un impacto tan duradero?

El amor es jodidamente difícil a veces.

—Lo siento —digo. Es todo lo que puedo decir, porque nunca había sentido algo tan fuerte como esto—. De verdad que lo siento, Mackenzie. Nunca quise hacerte daño.

—Sí, bueno —resopla—. Qué bien, porque yo no estoy para nada dolida. — Aunque tenga los ojos llenos de lágrimas, puedo ver cómo intenta controlar sus emociones, cómo se esfuerza por no mostrar cuánto la estoy lastimando. Eso solo hace que quiera consolarla más—. Como dijiste, siempre supimos que sería temporal.

Entonces me mira a los ojos, y parte de mí ruega que vea la verdad en ellos, que pelee por nosotros. Tiene que saber cómo me siento realmente. Sé que no imaginé estas últimas semanas y todos esos pequeños detalles que fueron creciendo entre nosotros. No imaginé cómo este arreglo ha comenzado a cambiar hacia algo diferente de lo informal. Quiero que vea a través de la mentira. Quiero que me desafíe. Aunque sea solo un poco.

Ella hace un sonido frustrado y golpea la mesa con las manos.

—¿Me has citado aquí para que no montara un escándalo? ¿En serio? ¿Tenías que elegir el primer lugar al que fuimos juntos? ¿Qué, ser un imbécil no era suficiente y tenías que convertirlo en algo personal?

Dios, es tan hermosa. Incluso cuando me odia. Mis manos bullen por tocarla, por borrar todo el dolor que le estoy causando y decirle que esto no es lo que quiero en absoluto, pero tengo que mantenerlas apretadas a los lados para no hacerlo. Parece imposible imaginar no tocarla nunca más, es torturador —pero una tortura es justo lo que me espera. Esto no tiene vuelta atrás.

Sigo recordándome a mí mismo que lo estoy haciendo por ella. Aunque duela como el infierno.

—De verdad que lo siento —ofrezco en voz baja, sin saber qué más decir.

¿Qué más puedo decir?

—Lo sientes —repite con sequedad—. Perfecto. Eso significa mucho para mí.

—Mackenzie, yo…

Recoge su abrigo y comienza a deslizarse rápido fuera del asiento.

—Ahórratelo, Noah. En serio. Lo entiendo. —Mete los brazos por las mangas del abrigo y libera el cabello atrapado en el cuello. El movimiento despide una oleada de su olor, pero es menos radiante, casi amargo. Es doloroso saber que soy el culpable—. No querías un escándalo, ¿verdad? Así que terminemos con esto rápido. —Emite otra risa rencorosa—. Nos divertimos, ¿no? Disfrutamos de nuestro pequeño anexo. Eso acordamos, así que está bien, ¿no?

—No, Mackenzie, no es eso lo que yo…

Se cierra el abrigo con fuerza y me lanza una última mirada dura, y sé que será lo último que vea de ella.

—Felicidades por el nuevo trabajo, doctor Taylor.

La veo alejarse de mí, secándose los ojos, mientras que todo mi ser lucha contra mi decisión de quedarme quieto. Parte de mí se pregunta si había otra opción, si podríamos haber resuelto las cosas de alguna manera, pero la parte más racional sabe que Dennis no hubiera parado hasta arruinar mi vida y, por añadidura, la de Mackenzie.

Así que no digo ni hago nada al sentir cómo toda la felicidad que había sentido en las últimas semanas desaparece poco a poco, para dejarme vacío y hueco y, probablemente, para no volver a presentarse jamás. Mackenzie no mira hacia atrás al salir del café. Permanezco congelado en la mesa mucho tiempo después de que se haya ido para procesar el hecho de que ya no está. De que nunca volverá y yo siempre seré un mal recuerdo para ella.

Ahora resulta casi cómico lo mucho que quería evitar complicaciones como estas. Cómo han surgido de todas formas. Cómo haría cualquier cosa para volver al pasado.

Una risa amarga escapa de mí. Complicaciones.

Resulta que no hay nada más complicado que el amor.

***

El hospital en Albuquerque está eufórico de saber que acepto el puesto. Hace dos meses, yo también lo hubiera estado. Pero, en lugar de celebrarlo, me escondo en casa, intentando no pensar en todos los lugares en los que ha estado Mackenzie.

Estar en mi habitación es insoportable. Su aroma sigue aferrado a mis sábanas y me causa alivio y dolor al mismo tiempo. Después de tres días, dejé de intentar dormir ahí y me resigné a hacerlo en el sofá hasta que ella desaparezca o yo me vaya. Lo que suceda primero. No pasa un momento en el que no quiera llamarla y disculparme, explicarle todo y rogarle que me perdone, pero, cada vez que cojo el teléfono con esa intención, recuerdo lo fácil que sería para Dennis arruinar su carrera. Y que la culpa sería mía si lo hiciera. A fin de cuentas, estar conmigo no vale la pena si eso implica perder todo lo que ha conseguido con tanto esfuerzo, y lo sé.

Por eso esta última semana he pasado cada instante en el que no estoy trabajando hundiéndome en el sillón, con una copa en la mano. Ayuda, pero solo un poco.

Lo que no había intuido antes de obligar a Mackenzie a alejarse de mí es la marca que ha dejado en mí y cuánto sufriría cuando la dejara. Entiendo que no había tenido tiempo de pensarlo, ya que pasé las primeras semanas de nuestro arreglo negándome a admitir que estaba librando una batalla perdida desde el principio. Ahora lo sé. Desde el momento en que Mackenzie me pidió un inocente selfie, nunca he tenido ninguna oportunidad. Ella es demasiado buena, demasiado perfecta, y nunca he tenido ninguna posibilidad de no enamorarme de ella por completo.

Es gracioso que acabe de darme cuenta de ello justo cuando ya no tengo oportunidad de decírselo.

Esta noche no es diferente. Ya me he bebido dos copas mirando el fuego, sin dejar de compadecerme de mí mismo, pero, a diferencia de todas las demás noches después del encuentro en la cafetería, ahora escucho cómo mi teléfono móvil suena en la mesita junto al sillón, y el timbre irritante me pone nervioso. Lo cojo con la intención de silenciarlo, ya que no hay posibilidad de que sea la única persona con la que quiero hablar, pero el nombre en la pantalla hace que me detenga y me debata entre ignorar o contestar durante al menos veinte segundos antes de suspirar y contestar la llamada.

—Ah, qué bien —dice Paul—. Estás vivo.

—A duras penas —murmuro patéticamente.

—He estado llamándote toda la semana —se queja él.

Bebo un trago del vaso y disfruto del whisky que quema al bajar por la garganta.

—No lo había visto. He estado ocupado.

—He oído que has presentado tu renuncia.

—Así es.

—Entonces, ¿has aceptado el trabajo en Albuquerque?

—Eso parece.

—No suenas muy emocionado al respecto.

—No, ¿verdad? —Río con sequedad.

—Bueno, ¿has acabado con tu arreglo con la doctora Carter?

—¿Por qué lo preguntas? —Hago una mueca.

—Supongo que es por eso que suenas tan malhumorado.

—No tiene nada que ver con ella —murmuro con amargura.

—Así que eso es un sí —suspira Paul.

—Sí, se acabó —respondo—. Hace una semana.

—De nuevo, no suenas muy emocionado al respecto.

Bebo otro trago, uno más largo esta vez, y maldigo entre dientes por el ardor.

—Sí, así es. Es lo que hay.

—Ya, tonterías —resopla—. ¿Por qué terminar las cosas para estar devastado por ello?

Vacilo, preguntándome si es una mala idea contarle la verdad. Ahora que Mackenzie ya no está, el Departamento de la Amistad necesita personal. Me pregunto si hablar sobre el tema ayudará o si hará que sea más intolerable.

—No tuve opción —confieso, resignado.

—Siempre hay una opción, Noah. En todas las cosas.

—No esta vez.

—Dime qué pasó —insiste él—. Puedes hablar conmigo.

La emoción se acumula en mi garganta y hace que sienta mi lengua demasiado gruesa. No he dicho su nombre en voz alta desde que la dejé y solo pensar en ella es muy doloroso. De todas formas, tal vez me haría sentir menos loco oír que he tomado la decisión correcta. Creo que necesito escucharlo para poder empezar a intentar recomponer los pedazos.

—Fue Dennis —suspiro—. Descubrió nuestro arreglo.

—Ese maldito —resopla Paul—. Supongo que estaba emocionado de haber conseguido esa clase de información en tu contra.

—Bueno, amenazó con echar del trabajo a Mackenzie —digo con tensión, porque su nombre en mi lengua arde tanto como esperaba que lo haría—. El mío también, obviamente.

—Eso es ridículo. Deberías denunciarlo por acoso.

—¿Y de qué serviría? Él conoce mi rango y sabe que mentimos. No sé si la carrera de Mackenzie podría sobrevivir a algo así, y no estoy dispuesto a arriesgarme.

—¿No crees que ella merece tomar esa decisión por sí misma?

Eso me hace pensar. Lo único peor que pensar en poner en peligro el futuro de Mackenzie por mi mentira es la culpa de mentirle a ella. Sé con certeza que Mackenzie haría justo lo que Dennis dijo, que lucharía con uñas y dientes para intentar tenerlo todo, igual que sé que existe una alta posibilidad de que todo resulte cómo él anticipó. Ella perdería su trabajo y tal vez al principio no me echaría la culpa a mí, pero tarde o temprano… Es inevitable. Es cuestión de tiempo que se percate de que no merece la pena arruinar su futuro por mí. No tengo nada que ofrecerle a alguien tan brillante como Mackenzie. No estoy seguro de que alguna vez lo haya tenido.

—Ya está hecho —respondo en voz baja. Cierro los ojos y me reclino en la silla. En verdad me gustaría echar otro trago y desmayarme en el sofá ahora mismo, ya que la cama está fuera de discusión—. No puedo retractarme ahora.

—¿Así que harás las maletas, te mudarás y ya está? ¿Vas a dejarlo así?

—Ese siempre fue el plan —digo con creciente irritación—. Hasta hace no tanto tiempo tú querías eso para mí.

—Bueno, eso fue antes de pensar que podría haber una oportunidad de que tengas una vida real. No una que solo involucra largos días de trabajo y noches en casa. Solo.

—Nunca hubo indicios de que esto podía acabar diferente. Mackenzie y yo acordamos desde el principio que era algo temporal. Ella lo quería así, Paul.

—¿Y puedes asegurarme que aún quiere eso?

—Yo…

Con el ceño fruncido, observo el fuego crepitar en tonos rojizos y anaranjados detrás de la reja de la chimenea. El recuerdo de la expresión de Mackenzie cuando le dije con frialdad que terminaba nuestro acuerdo se mezcla en mis pensamientos, igual de desgarrador ahora como lo fue entonces. Aunque ella se esforzara por ocultármelo, era más que evidente que la estaba destrozando con mi indiferencia fingida. Saber que existe la posibilidad de que ella haya empezado a sentir algo más profundo por mí, como yo por ella, comprime mi pecho, porque, con todo lo que sé sobre ella, solo por eso es ya un verdadero un milagro que haya sucedido.

Y lo estropeé todo.

—Probablemente sea lo mejor. —Asiento con la cabeza para mí mismo, como si de alguna manera pudiera convencerme—. De todas formas, ella es demasiado buena para mí.

—Seguro que tienes razón —dice Paul—. Un hombre que la ama seguro que es la peor opción posible.

—Nunca he dicho que la amara. —Me tenso mientras presiono el móvil con más fuerza.

—Hijo —ríe él—. No tenías que decirlo. Nadie está tan devastado por alguien a menos que lo ame.

Las emociones sofocantes que me he esforzado por reprimir llenan mi mente, mi pecho y todo mi ser. Siento el cuerpo pesado, agotado. A decir verdad, me gustaría dormir por un buen tiempo y simplemente olvidar.

—Tengo que colgar —le digo a Paul en voz baja—. Tengo que hacer las maletas.

—Para lo que te va a servir… —suspira. Él también suena cansado—. Lo siento, Noah. De verdad.

—Sí —murmuro—. Yo también.

Cuelgo sin despedirme, vacío el vaso de inmediato y cierro los ojos para enfocarme solo en el ardor que provoca el whisky. Si pudiera volver atrás, nunca habría tocado a Mackenzie. Nunca me hubiera permitido descubrir lo suave y cálida que es. Tal vez volvería al principio e incluso le diría que el plan era una idea ridícula. Enfrentaría a la junta, recibiría mi castigo y eso sería todo.

Pero no hubiera descubierto cómo suena su risa. No podría recordar cómo arruga la nariz cuando está pensando. No conocería la dulzura suave de su aroma que me persigue, incluso ahora. No la conocería a ella, y siento que no haberla conocido nunca sería una tragedia aún mayor que perderla.

No recuerdo haberme puesto de pie, pero siento que mi cuerpo me lleva por el pasillo hacia mi habitación antes de darme cuenta de a dónde voy. Tardo unos segundos en caer sobre mi cama, pegar la nariz a las sábanas y respirar hondo. Su aroma sigue aquí, casi tan fuerte como el día en que ella lo dejó, y olerla es casi como tocarla, como si estuviera apartando el cabello de mi rostro o suspirando en mi oído. Hace que todo sea mejor. Hace que todo sea peor. Hace que la realidad sea aún más devastadora, porque sé que nunca la volveré a tocar.

Bajo de la cama tan rápido como puedo y me alejo del colchón como si me hubiera quemado. Luego me maldigo por haber entrado aquí cuando me prometí a mí mismo que no lo haría. Me dirijo hacia la puerta de la habitación, pero me detengo antes de salir para girar y mirar las sábanas, mientras los recuerdos de tenerla debajo de mí me acechan y hacen que la sensación sofocante dentro de mí sea casi insoportable.

Cierro la puerta al salir y vuelvo a prometerme no volver a entrar, aunque sé que seguramente no

cumpliré esa promesa. De nuevo.

Es hora de otro trago.



CAPÍTULO 25

Mackenzie

—Ya es suficiente, esta noche saldremos a echar un trago.

Parpadeo para recordar dónde estoy y veo a Parker haciendo muecas mientras remuevo la sopa sin pensar.

—¿Qué?

—No puedo quedarme aquí sentado viéndote como una zombi deprimida otro día más.

—No estoy deprimida —miento con el ceño fruncido mientras sigo removiendo la sopa, ahora con más intensidad.

Parker pone los ojos en blanco.

—*Llevas toda la semana que pareces un tributo a Anne Hathaway en Les Misérables, Mackenzie.*

—No entiendo esa referencia —murmuro.

—Bueno, no es culpa mía que te niegues a culturizarte.

—Vaya, gracias.

—Estoy hablando en serio. Me deprimes a mí. Estoy preocupado por ti.

—Estoy bien, de verdad —insisto.

Siempre que estar bien de verdad signifique llorar hasta dormirme como una heroína abatida en una comedia romántica después de ser abandonada con crueldad. Pero Parker no necesita saber eso.

—Vale. No hace falta que llores en mi hombro ni nada de eso, pero puedes admitir que te duele.

—¿Por qué me iba a doler? Era una relación ficticia.

—La mayoría de la gente no se toma un descanso por estrés al terminar una relación ficticia —me acusa—. Ni me llama llorando desde fuera de una cafetería.

—No estaba… llorando.

—Sí, claro. —Él vuelve a poner los ojos en blanco—. Da igual, esta noche salimos para echar un trago.

—No tengo muchas ganas de salir —protesto con debilidad.

—Bueno, yo tampoco tengo muchas ganas de ver cómo te marchitas frente a mí por culpa de ese idiota.

Es extraño, aun ahora mi primer instinto es defender a Noah, decirle a Parker que no es un idiota, que está cumpliendo con lo que pactamos desde el principio. ¿Por qué? Tal vez porque me había abierto (en sentido bastante literal) a algo más, a intentar algo real, solo para que mi corazón fuera pisoteado en el reservado de un viejo café en el que solía disfrutar mucho. Lo cual es un golpe doble, porque ahora no creo que pueda volver allí.

—Estoy segura de que es solo una tontería hormonal —arriesgo—. Ya se me pasará.

—Mackenzie —suspira—. Puedes irle con esa basura a alguien más, pero yo te conozco. Te vi con él ese día cuando estabas entrando en celo. No sé qué demonios pasó entre vosotros mientras no os veía, pero algo cambió. Y está bien admitir que te duele.

No digo nada, dejo la cuchara en la mesa de la cafetería y paso los dedos por mi cabello, que ni siquiera me he molestado en lavar hoy. Ahora que lo pienso, no estoy segura de cuándo fue la última vez que me lo lavé.

—Sal conmigo —insiste Parker—. Podemos olvidarnos de los hombres por una noche.

—Para ti es fácil decirlo —murmuro—. Tu relación va de maravilla.

—Y estaré encantado de inventar varios defectos sobre los que quejarme mientras nos tomamos unos cosmopolitans.

—De acuerdo, como tú quieras. —A pesar de todo, mi labio tiembla—. Saldremos a tomar unas copas.

—Perfecto —dice con alegría y revisa el teléfono—. Tengo que volver. ¿Nos vemos cuando termines?

—Sí, sí.

Me deja sentada sola en la mesa, con una sopa que sigue tristemente intacta a causa de mi apetito inexistente. ¿Así es como se siente tener el corazón roto? He logrado evitarlo en términos románticos durante casi toda mi vida adulta y, ahora que lo estoy experimentando en primera persona, sería feliz si pudiera olvidarlo.

He repasado ese día en la cafetería una y otra vez en mi mente, intentando desmenuzarlo y encontrarle sentido a que Noah haya estado tan ansioso por que nuestra relación avanzase días antes de terminarla por completo. Lo he analizado desde todos los ángulos posibles y no tiene ningún sentido, pero la expresión indiferente en su rostro cuando me dijo que todo había terminado, que no era el momento adecuado para nosotros, dejó poco margen para la duda.

Y lo más confuso es el dolor profundo, persistente como una herida que no cicatriza. Estaba tan segura de que podría mantener una relación informal, de que podía explorar su cuerpo sin que se metiera en mi corazón… ¿Por qué duele tanto?

En el fondo, sé la respuesta. Por supuesto que la sé. Creo que lo supe desde la primera vez que me tocó, pero estaba tan desesperada por mantener las distancias que, de alguna manera, lo mantuve en un punto ciego. Lo mantuve donde no podía ver cómo se iba abriendo un hueco en mi corazón. Y ahora estoy experimentando las consecuencias, completamente sola.

No permitiré que te me escapes, Mackenzie.

Tengo que cerrar los ojos con fuerza para contener las lágrimas, porque me niego a dejar que alguien en el trabajo me vea caer ante esa debilidad. Levanto el tazón de sopa, la cuchara y el resto de mi basura y la llevo al contenedor para desecharla, seguida por una emoción amarga en el pecho a la que me estoy acostumbrando y por las palabras vacías de Noah que resuenan una y otra vez en mi cabeza.

No permitiré que te me escapes, Mackenzie.

Me río por lo bajo de camino al ascensor. Resulta que él mismo hizo que me alejara.

***

Hace frío en la entrada del hospital donde estoy esperando a Parker después de mi turno. Las luces de la ciudad comienzan a encenderse, al tiempo que el cielo se oscurece y la temperatura desciende. Apoyada contra la pared junto a la puerta, me froto las manos y soplo sobre ellas para calentarlas, mientras observo los arbustos a unos metros de distancia.

Este momento me recuerda mucho a la primera mañana en la que me encontré con Noah después de establecer nuestro acuerdo, y una pequeña y patética parte de mí imagina que podría salir por esas puertas en cualquier momento. Algo que no sucederá, pues no lo he visto desde aquel día en el café. Se aseguró de eso cuando presentó su renuncia al día siguiente. Aun consciente de ello, me sobresalto cuando las puertas automáticas rechinan a mi lado y doy un respingo cuando sale alguien que no es ni Noah ni Parker, pero es igual de familiar.

—¿Mack?

No he pasado mucho tiempo con Liam desde el día en que Noah me besó en el pasillo. Me sentí

extraña cuando Priya me dijo que él podría sentir algo por mí. Todavía no sé si hay algo de verdad en eso, pero, con todo lo que ha pasado desde entonces, no tuve la capacidad emocional ni siquiera para pensar en lidiar con esa posibilidad.

—Hola —saludo—. ¿Acabas de salir?

—Ahora mismo. ¿Y tú?

—Hace un rato. Estoy esperando a Parker.

—Ya. —Baja la vista a sus pies y se mueve de un lado a otro—. No te he visto últimamente.

—Sí, bueno… —Desvío la mirada—. He estado ocupada.

—También he oído que el doctor Taylor presentó la renuncia.

Eso me hace fruncir el ceño, pero me fuerzo a mantener una expresión neutral.

—Cierto. Recibió una oferta excelente de Albuquerque. No pudo rechazarla.

—¿Y tú… te vas con él?

—No, para nada. —Fuerzo una sonrisa para restarle importancia—. Al menos no por ahora. Intentaremos seguir con la relación a distancia hasta que resolvamos los detalles.

Miradme, sigo mintiendo. Sigo manteniendo la farsa por el bien de Noah. Incluso cuando ya no hay razón para hacerlo.

—Ah, pensé que… —Liam se pasa la mano por la nuca—. Te he visto muy decaída últimamente. Creí que podría haber pasado algo entre vosotros.

—¿De verdad? —Respiro hondo.

—Noto esas cosas —dice en voz baja.

Nuestras miradas se encuentran, y hay una melancolía atípica en sus cálidos ojos de color café: están más opacos, y su boca, que suele sonreír con facilidad, es una profunda línea fruncida.

—Bueno —comienzo, porque no sé qué más decir—. Bueno… las cosas han sido complicadas.

Complicadas.

Podría estallar en carcajadas por la ironía de todo el asunto.

—¿Se trata de Noah?

—¿Por qué crees eso? —Aprieto los dientes, y miro hacia delante para evitar tener que enfrentarme a su mirada.

—Lo siento, Mackenzie. No quiero entrometerme, pero algo en todo esto me resulta muy extraño. No sé qué es, pero ¿ahora se va y te deja aquí? ¿Cómo alguien podría abandonar a su pareja así?

Otra vez siento esa urgencia maníaca de reír, porque para Noah fue muy fácil marcharse y dejarme, dado que nunca fui su compañera de verdad desde el principio.

—Él no es… —Mi voz suena demasiado gruesa—. No es exactamente…

—Mack —interviene con suavidad y extiende una mano para tocar mi hombro—. Sé que debería haber dicho algo antes, pero… me importas. Más que como una simple compañera de trabajo. Y… —Emite un sonido de frustración—. Yo no te haría sentir como pareces estar ahora. Hecha pedazos.

Ahora lo miro, lo miro de verdad. En otra vida, Liam sería el compañero perfecto. Es amable, considerado y totalmente maravilloso. Pero la terrible verdad por la que no puedo estar con él cómo él querría es obvia por el primer pensamiento que aparece en mi mente, aunque no tenga sentido.

Él no es Noah.

—Lo siento —digo en voz baja mientras miro mis pies—. No puedo…

No es una respuesta en realidad, pero creo que él entiende lo que quiero decir de todas formas, a juzgar por cómo aparta la mano. Oigo cómo toma aire y luego lo suelta, y cuando lo miro de reojo, lo veo asentir.

—Entiendo —dice en voz baja—. Por supuesto. Lo siento, no debería haber dicho nada.

—No, lo aprecio —respondo—. Perdón, es terrible decir eso. Lo siento, escucha, Liam, eres increíble, y cualquiera sería afortunada de tenerte, pero yo…

—Amas a Noah —termina por mí en tono nostálgico—. Lo entiendo. No se puede luchar contra el amor.

Lo miro aturdida e intento procesarlo.

Amor.

Por mucho que me haya estado lamentando, por mucho que la pérdida de Noah me haya herido, ni una sola vez pensé que podría ser tan terrible porque lo amo. Eso es imposible, ¿no? No ha habido tiempo suficiente para que sea amor. Es… imposible.

—Yo…

—Está bien. —Liam niega con la cabeza—. No tienes que explicarme nada. Creo que necesitaba decírtelo, al menos para estar seguro de que he hecho todo lo que he podido.

—No quiero perder tu amistad —suelto, mientras sigo pensando en lo que ha dicho, intentando

encontrarle sentido—. Eres importante para mí.

—Y no la vas a perder —afirma con una pequeña sonrisa—. Veré algunas películas románticas y lloraré un poco, pero seguro que estaré bien.

—¿Tan fácil es olvidarme? —Sonrío a pesar de todo.

—No —niega con ese mismo tono nostálgico—. Lo dudo mucho.

Abro la boca, pero no estoy segura de qué responder a eso. Ojalá hubiera mantenido la boca cerrada.

—Nos vemos luego, Mackenzie —agrega él, y me salva de tener que responder. Creo que es la primera vez que dice mi nombre completo desde el día que nos conocimos.

—Nos vemos —respondo con seriedad.

Lo veo caminar hacia el aparcamiento sin mirar atrás y me pregunto si las cosas alguna vez volverán a ser normales entre nosotros. Lo único que puedo hacer es esperar que, con el tiempo, Liam encuentre a alguien que lo merezca. Alguien que pueda darle todo lo que necesita.

No me muevo hasta que las puertas corredizas se abren de nuevo. Parker sale del edificio un poco después, arreglándose la bufanda.

—Ah, hola —dice cuando me ve—. Perdón, hubo un problema con el servidor. Me retrasé.

—Está bien.

—¿Estás lista para esas copas?

Suelto una risa por la nariz, mientras pienso en todo lo que acaba de pasar, en todo lo que ha ocurrido en los últimos meses en realidad, y sacudo la cabeza.

No puedes luchar contra el amor.

—Sí, sí lo estoy —afirmo apartándome de la pared.

***

—Se suponía que el alcohol iba a ayudarte con los lamentos —resopla Parker en el bar.

—Fue idea tuya. —Vacío mi vaso y pongo los ojos en blanco.

—Porque pensé que emborracharte haría que fueras una mejor compañía.

—Vaya —resoplo—. Eres un verdadero amigo.

—Alguien tiene que hacer que cuides de ti misma —se queja.

Dejo caer la cabeza sobre la madera pulida del bar y presiono la mejilla contra ella mientras suspiro. La ligera sensación de mareo en mi cabeza hace que el dolor en mi pecho se haya amortiguado un poco, lo admito, pero no lo elimina por completo.

—No lo entiendo —murmuro.

—Tienes que hablar más alto. —Parker se inclina hacia mi forma lamentable—. No te escucho con esta música de mierda.

—Oye. —Lo miro con los ojos entornados—. Aquí no se critica a Miley Cyrus.

—¿Es ella la que está cantando? —Él mira los altavoces con una mueca—. Me gustaba más cuando volaba en la bola de demolición.

—Lo siento, no todos pueden ser Taylor Swift.

—Eh, que ha sido la artista del año y la artista de la década —replica a la defensiva—. Nadie es como Tay.

—Tay —resoplo.

—Bueno, ¿qué me decías?

—Dije que no lo entiendo —grito.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Me invitó a una cita —gimo—. Una cita real. ¿Por qué lo haría si pensaba dejarme?

—¿Podemos decir que te dejó cuando la relación era falsa? —Lo fulmino con la mirada, y él levanta las manos en señal de disculpa—. Está bien, está bien. Te dejó. Es un bastardo.

—No es un bastardo —me quejo.

—Estoy recibiendo señales contradictorias sobre cómo se supone que debo apoyarte.

Suelto un suspiro.

—Es que acababa de decidir que iba a dejar que alguien entrara en mi vida. He tenido una larga conversación con mi abuela, en la que hubo un poco de llanto y toda esa mandanga. Y entonces sentí como si todo el universo se hubiera alineado o algo así, y luego, zas. —Golpeo la barra con la mano para enfatizar—. Abandonada.

—Bueno, es evidente que Noah solo tiene mierda en la cabeza. Es obvio que por eso hizo lo que hizo.

—Sí, puede ser —respondo en un tono penoso.

—Dime cómo puedo animarte —me urge Parker, preocupado—. De verdad que odio verte así. Es como ver llorar a un cachorro o algo similar.

—Ojalá lo supiera —suspiro.

—¿Quieres escuchar algunos chismorreos sobre para qué usan Internet nuestros colegas del Denver?

—¿Puedes divulgar eso? —pregunto, pero me animo un poco.

—Supongo que no, pero si sigues llorando me voy a morir —replica, y eso me hace sonreír.

—Creía que los gais eran fabulosos para estas cosas.

—¿Cuántas veces debo decirte que no me encasilles? —resopla—. Puedo ser un deficiente emocional si quiero. ¿Quieres escuchar los chismes o no?

—Sí, claro —exclamo.

—Bueno, hay un podólogo de la séptima planta que… le gusta demasiado su trabajo.

—¿A qué te refieres? —Levanto la cabeza y frunzo el ceño.

—Fotos de pies, Mack. De pies.

—Ostia —digo con una mueca—. Dios. Dime que no es ese hombre calvo que siempre ronda por Radiología.

—Quizá le gusten por fuera y por dentro.

—Es asqueroso, pero me gusta. Cuéntame otro.

—Alguien usa uno de los ordenadores del puesto de enfermería para ver porno todos los jueves por la noche.

—No jodas.

—Sí, llevo semanas intentando atraparlo. Apuesto a que es Kevin, el conserje rarito.

—No, él no podría… —comienzo, pero luego recuerdo que parecía muy contento cuando nos encontró a Noah y a mí en plena acción en el cuarto de suministros y lo reconsidero—. Bueno, puede ser.

Y claro, ahora estoy pensando en Noah, y eso implica que estoy deprimida otra vez.

—Me gustaba de verdad, Parker —lamento, y dejo caer la cabeza otra vez—. Pensé que no era más que una tontería de alfas, pero creo que me gustaba de verdad. Y creo que yo le gustaba a él

también.

—La verdad, yo también lo creía —suspira Parker—. Tendrías que haberlo visto ese día cuando estabas en celo. Era como… casi como un depredador. De hecho, pensé que me arrancaría el brazo por tocarte cuando nos encontró juntos.

—Entonces, ¿por qué me deja justo después? ¿Lo único que quería todo este tiempo era sexo?

—No tiene sentido —responde con el ceño fruncido—. Quiero decir, lo habéis hecho mucho, ¿verdad?

—Sí —gruño—. ¿A lo mejor era una cosa de omegas? ¿Se enteró que yo lo era y estuvo esperando hasta que entré en celo?

—¿Realmente crees que es eso?

Pienso en ello, recuerdo cómo cuidó de mí en los momentos en los que no deliraba de fiebre. Recuerdo sus palabras suaves y su contacto aún más suave, y casi puedo sentir sus dedos rozando ligeramente mi piel.

No permitiré que te me escapes, Mackenzie.

—No —respondo en voz baja—. Me parece que no es por eso.

—Sin mencionar todas esas tonterías de pareja que me contaste que estuvisteis haciendo durante las últimas semanas. Quizá sí que pasó lo que él dijo — sugiere Parker—. Tal vez no puede manejar el estrés. El tipo ya era un adicto al trabajo. ¿Y ahora será jefe de personal? Tal vez tenía miedo de no poder mantener el ritmo. Ya sabes cómo son los hombres. Piensan que están siendo nobles cuando la mitad del tiempo solo están siendo estúpidos.

—Sí, puede ser.

Puedo sentir que mis ojos se llenan de lágrimas, más difíciles de contener con el alcohol recorriendo mis venas. Siento que Parker frota mi espalda en círculos para tranquilizarme y estiro la mano sobre mi hombro para darle una palmadita en la suya, agradecida de que esté aquí.

—¿Quieres escuchar más chismes sobre el uso de Internet?

—Por favor —afirmo con debilidad.

—Déjame pensar… —Mira al techo—. Una vez tuve que bloquear Tinder del servidor porque un enfermero estaba publicando fotos de su polla desde el portátil del trabajo.

—¿Por qué?

—Quizá obtenía un ángulo más amplio desde la cámara del portátil.

—Vaya, seguro que tenía una enorme…

—Sin comentarios —interviene Parker enseguida y bebe un trago de su bebida—. Pero sí.

Se me escapa una risotada.

—Cuéntame más.

—Mmm. ¡Ah! —Chasquea los dedos—. Esto no es muy jugoso, pero es un poco triste Hay un cardiólogo en No… —Ve mi mueca cuando dice esa palabra—. Bueno, hay un cardiólogo que debe estar muy celoso de cierto… de otro cardiólogo.

—¿Qué quieres decir? —Frunzo los labios.

—Hace poco tuve que actualizar su ordenador, y su historial de búsqueda iba todo sobre cosas de alfas. Ese tipo ha estado investigándolos durante meses. Supongo que tiene envidia o algo así.

A pesar del mareo después de haber bebido tres tragos, algo en lo que Parker está diciendo apela a un recuerdo que parece importante. Me incorporo, pero me arrepiento de inmediato al sentir la cabeza demasiado pesada, y fijo la vista en la pared detrás de la barra mientras intento pensar.

—Él… —Sacudo la cabeza—. ¿Se llama Dennis Martin?

—Oye, no sé si debería darte sus nombres.

—Parker. —Cierro los ojos, trago saliva e intento ordenar mis pensamientos, aunque sigan dispersándose—. Parker, ¿has dicho que ha estado investigando sobre alfas durante meses?

—Cuando menos —suelta con desdén—. Todo su historial de búsqueda era sobre eso.

—¿Qué…? —Mantengo los ojos cerrados, pensativa—. ¿Qué buscaba exactamente?

—Eh, no lo sé. características de alfas, historias de terror sobre alfas, regulaciones legales sobre alfas en el lugar de trabajo…

Tengo que concentrarme de verdad, algo que no me resulta fácil en este momento, pero respiro hondo para intentarlo de todos modos. Un detalle en el fondo de mi mente suplica que lo recuerde. Ha pasado poco más de un mes desde que alguien delató a Noah. Si Dennis en verdad estaba celoso de él, ¿por qué habría estado investigando sobre alfas durante meses? Pienso con más intensidad, en un intento desesperado de alcanzar lo que mi cerebro quiere que recuerde, aunque siento que mis dedos apenas llegan a rozarlo.

Y entonces lo entiendo.

El día que entré en celo. La conversación que Parker y yo tuvimos. La que me convencí de que Dennis no podría haber escuchado. ¿Cómo puedo haberme olvidado de eso?

Resoplo porque sé la respuesta. Tres días de sexo como los que Noah y yo tuvimos son suficientes para hacerte olvidar muchas cosas. Me acuerdo de que Parker y yo estábamos casi gritando, de que Dennis apareció justo después, unos segundos después de lo que dijimos, y si podría haberlo escuchado.

Si Dennis… si él fue quien denunció a Noah, si tanto quiere el trabajo de Noah, ¿qué haría si descubriera que la relación entre Noah y yo era falsa?

Parpadeo y luego respiro hondo. Dentro de mí empieza una batalla entre la posibilidad de que exista una esperanza y el miedo de que todo sea en vano. Miro fijamente la pared mientras pienso qué hacer, si es que debiera hacer algo, porque ¿y si me equivoco? ¿Y si lo que había entre Noah y yo en verdad había llegado a su fin y él no siente nada por mí?

¿Qué pasa si Noah en realidad quería terminar conmigo?

Pienso que, en el fondo, en realidad solo tengo una opción ante mí, sin importar el resultado.

—Parker —digo al tomar una decisión.

Él se detiene, con la bebida a medio camino hacia la boca.

—Qué.

—¿Sería muy difícil acceder al ordenador de alguien de forma remota?

—No es difícil. —Frunce el ceño, confundido—. ¿Por qué querrías…?

Ya estoy bajando del taburete y dándome unas palmaditas en las mejillas para recuperar el foco antes de coger el abrigo.

—Vamos —le digo.

—¿A dónde vamos? —Parker mira atónito cómo me pongo el abrigo y comienzo a caminar hacia la salida.

—De vuelta al hospital —respondo por encima del hombro.

—¿Tengo que pagar la cuenta? ¡Oye!

Estoy segura de que estará quejándose por ello durante un rato, pero no puedo detenerme.

No hasta estar segura.



CAPÍTULO 26

Noah

—Y otra cosa —está diciendo mi madre—. Ya estoy cansada de enterarme de tus cosas a través de Regina, y mira que hay gente en el mundo. Es vergonzoso, Noah. ¡Si no fuera por su hija, que es tan cotilla como la madre, no sabría nada! ¡No puedo creer que no me dijeras que has presentado la renuncia! ¿Acaso pensabas irte a Nuevo México sin despedirte?

Dado que mi madre ha estado interrogándome durante los últimos diez minutos, decido que debe de ser una mala idea decirle que sí, que eso era lo que iba a hacer. En primer lugar para evitar una conversación como esta cuando aún estoy lidiando con las heridas relacionadas con la separación de Mackenzie.

—Ha sido todo muy rápido —le digo para intentar apaciguarla un poco—. Ha sido un torbellino.

—Aun así, podrías haberte tomado un momento para responder al teléfono —refunfuña ella—. Podríamos haberte hecho una fiesta de despedida.

Por supuesto que no estoy con ánimos para una fiesta en este momento.

—Está bien, mamá. De verdad. Puedes venir de visita cuando me haya instalado.

—Puedes estar jodidamente seguro de que lo haré —resopla.

—Ese lenguaje —le recuerdo, con lo que me gano otra maldición.

—¿Y qué hay de Mackenzie? ¿Qué pasó con lo de intentarlo?

Me pregunto si alguna vez podré volver a pensar en ella sin que me duela el pecho. Dejo de doblar mis camisas para respirar hondo.

—No funcionó.

—No funcionó —repite sin entusiasmo—. Eso me parece una tontería.

—No era una relación real, mamá. —Cierro los ojos y suspiro.

¿Voy a tener esta conversación con todas las personas de mi vida?

De repente, estoy muy agradecido de que mi círculo personal sea tan pequeño.

—No me vengas con eso —replica en tono acusatorio—. Ambos sabemos que era más que eso.

—Sí, bueno. —Lanzo la camisa que estaba doblando sobre el sofá con más fuerza de la necesaria —. A veces, así son las cosas.

—Puedes hablar conmigo, Noah —dice con más suavidad—. Nunca se es demasiado mayor para buscar el apoyo de tu madre.

—Estoy bien —miento—. Pero tengo mucho que hacer antes de la mudanza.

—¿El hospital ha lamentado que te vayas?

—Me han ofrecido un jugoso aumento para que me quede, pero creo que esta es una mejor oportunidad.

Otra mentira. No hay una oportunidad mejor para mí si no incluye a Mackenzie.

—Odio que te mudes tan lejos. Estarás completamente solo.

—Estoy acostumbrado —murmuro.

—Bueno, no deberías estarlo —suspira ella—. Me preocupas mucho, hijo. Estás acercándote a los cuarenta y todavía no tienes a nadie que te espere en casa. No quiero que trabajes hasta morir solo y a una edad prematura.

Mi madre no sabe lo mucho que esta conversación está empeorando mi estado, ni que me estoy esforzando por mantener mis emociones bajo control. Si ella descubre lo mal que estoy ahora, no acabará nunca.

—De verdad, mamá, estoy conforme con cómo me van las cosas. Me gusta mi vida.

Maldito mentiroso, pienso con desdén. Solo pensabas que te gustaba.

—Bueno, solo digo que podrías…

Un golpe en la puerta hace que me pierda el resto de lo que dice. Retrocedo para mirar por el pasillo con cautela. No se me ocurre una sola persona que pueda venir a visitarme, a excepción de Paul, pero me parece poco probable.

—… algún día mirarás hacia atrás y desearás…

—Un momento, mamá —murmuro al teléfono.

No creo que ella me escuche, porque todavía la oigo despotricar, aun cuando alejo el teléfono del oído y empiezo a avanzar por el pasillo. Escucho otro golpe mientras me acerco, más insistente que el primero, y miro el reloj de pared y constato que ya casi son las diez, así que tampoco debe de ser un servicio de paquetería. Tampoco es que estuviera esperando algo. Extiendo la mano

hacia el tirador de la puerta, justo cuando suena un tercer golpe, que suena como un puñetazo contra la madera. Cuando abro y veo quién es, por poco dejo caer el teléfono.

Tardo varios segundos en recordar cómo formar palabras.

—¿Mackenzie? —logro decir.

Su cabello está despeinado, casi como si hubiera estado corriendo, y parece estar sin aliento, con los ojos brillantes pero duros bajo el ceño fruncido. Noto que todavía lleva su uniforme de trabajo, lo cual no tiene sentido, dado que terminó su turno hace rato. Lo sé porque aún recuerdo sus horarios. Como un acosador patético. Ella parece enfadada al señalarme con el dedo.

—Noah Taylor, eres un maldito mentiroso.

Me echo hacia atrás, desconcertado. No sé qué esperaba que dijera, pero sin duda no esas palabras.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. No puedo creer que hayas… —Nota el teléfono en mi mano—. ¿Estás hablando con alguien?

—Mierda. —Recuerdo a mi madre, que sigue dándome una lección al otro lado, ajena al hecho de que no he estado escuchando. Devuelvo el teléfono a mi oído para interrumpirla—. Mamá, te llamo después.

—¡No te creo! Ambos sabemos que no lo vas a hacer…

—Hablamos pronto —digo, todavía confundido. Después de colgar, meto el teléfono en mi bolsillo despacio, atónito por la mujer enfadada que está ante mi puerta—. ¿Quieres seguir gritándome dentro?

—Eh… —Por un momento, parece menos iracunda—. Sí. Lo siento.

Me esquiva sin girarse para mirarme, y cierro la puerta con cuidado tras ella, preguntándome si por fin he perdido la cabeza. Tal vez todo esto es una alucinación. Cuando la encuentro en medio del salón, tiene los brazos cruzados y me mira con irritación, al tiempo que repiquetea con un pie en el suelo.

—¿Cómo has podido mentirme así?

—Mackenzie, yo… —Estoy dividido entre una confusión absoluta y la alegría de que ella esté aquí. De que esté a mi alcance, aunque sea solo por un instante. Joder. Su esencia es espesa por la rabia, y tengo que resistir el impulso de cerrar los ojos e inhalar profundamente, consciente de que eso seguro que empeoraría su estado de ánimo—. Lo siento, no entiendo.

—Dennis te amenazó, ¿no es así?

Me deja boquiabierto y olvido todos los motivos por los que la mentira era importante.

—¿Cómo sabes…?

—¡Lo sabía! —Aplaude como si acabara de resolver un acertijo muy complicado—. Ese maldito hijo de puta. Te denunció ante la junta y luego, cuando nos escuchó a Parker y a mí hablando el otro día, debió de sumar dos más dos y… —Parece casi arrepentida—. Lo había olvidado por completo. Fue el día en que entré en celo; me sentía terrible, y él se acercó mientras Parker me estaba reprendiendo por haberme acercado demasiado a ti, y yo solo… lo olvidé por completo.

—Espera. ¿Parker pensaba que te estabas acercando demasiado a mí?

—¿Es lo único que has oído de todo lo que te he dicho? —dice riendo.

—Lo siento, estoy muy confundido en este momento.

—¿Sobre qué parte, Noah? —Da un paso hacia mí hasta clavar un dedo en mi pecho. Y en lo único que puedo pensar es en lo feliz que estoy de que me esté tocando otra vez—. ¿Sobre el hecho de que me mentiste? ¿Sobre cómo rompiste mi maldito corazón por no confiar lo suficiente en mí para decirme que Dennis te estaba amenazando?

—¿Te rompí el corazón? —Parpadeo, todavía aturdido.

—¿Quieres que te golpee? ¿Es eso? No me importa lo grande que seas, juro que lo haré.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por Parker. Me dijo que Dennis había estado investigando sobre alfas durante meses. Yo sumé dos más dos y supe que algo estaba pasando. Cuando entramos en su ordenador, encontramos las fotos que había tomado con su teléfono de los resultados de uno de tus exámenes médicos que habías dejado en tu escritorio. Supongo que así fue como se enteró.

—¿Entraste en su ordenador?

—¿Por qué te concentras en las cosas equivocadas? —dice con las manos en el aire.

—¿Entonces, Dennis me denunció?

—Bueno, ¿te sorprende? Esa rata cobarde deseaba tu puesto desde hace siglos, ¿no? No es tan descabellado que fuera el candidato más probable para sabotearte.

—No puedo creerlo —jadeo—. Sabía que me odiaba, pero nunca pensé que entraría a fisgonear en mi oficina de esa manera.

—Lo que ha hecho es un delito, Noah. Podemos acusarle de violar el secreto profesional, eso como mínimo. También está el chantaje. Podemos colgar la cabeza de ese imbécil en la pared.

—¿Podemos? ¿Nosotros?

Ella se detiene. Por primera vez desde que llegó parece insegura.

—A menos que… —Arruga la nariz—. A menos que lo de la cafetería no fuera una mentira.

—Mackenzie, yo… sé que te hice daño.

—Sí que me lo hiciste. Cuando por fin pensaba que podría intentar mantener una relación sana, apareces tú con tus estúpidas excusas de «no sé si es el momento adecuado para nosotros». Y, si no creyera que lo hiciste por alguna estúpida idea de macho alfa sobre eso de que tienes que protegerme, ni siquiera estaría aquí. —Levanta el mentón para desafiarme con la mirada—. ¿Por eso lo hiciste, Noah?

Aún podría seguir con la mentira. Todavía hay una parte de mí que piensa que, tarde o temprano, ella se habría dado cuenta de que no soy suficiente para ella, que hay mejores opciones ahí fuera, que tal vez una buena persona que le pueda dar esa oportunidad. Quizá una mejor persona la acompañaría hasta la puerta para asegurarse de que nada malo le pase jamás.

Pero tal vez no soy una buena persona.

—Él me amenazó con que perderías tu trabajo —digo despacio—. Iba a denunciarte por mentirle a la junta.

—Ese imbécil —exclama Mackenzie—. Le estrangularé los testículos cuando lo vea de nuevo.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Ja, sí que estoy enfadada contigo —me asegura—. Tendrías que haberme dicho la verdad. Podríamos haber encontrado una solución juntos. Deberías haber confiado en mí, Noah.

—Debería haberlo hecho —repito como un tonto, consciente de que tiene razón—. Lo siento.

—No soy una damisela en apuros que necesita que la salves. También estaba en juego mi carrera y merecía poder decidir al respecto. Pero me quitaste ese derecho cuando te pusiste en tu papel de macho alfa.

—Lo sé. Lo sé, pero yo…

—Eso es justo lo que quería evitar cuando supiste lo que soy. Nunca he querido ni necesitado que alguien me proteja, ¿entiendes? Puedo hacerlo yo solita. Lo que quiero es alguien que esté a mi lado, sobre todo cuando las cosas se ponen difíciles. —Parpadea sorprendida—. Maldita sea. Ni siquiera sabía que quería eso hasta que llegaste tú.

—Mackenzie, yo… —Me paso los dedos por el pelo con ansiedad—. Tienes razón. Tienes toda la razón, ¿de acuerdo? Nunca quise hacerte daño, tienes que creerme. Es solo que… —Suspiro y lucho por encontrar las palabras—. Nunca me ha importado nadie como lo haces tú.

Ella parpadea sorprendida otra vez, y cualquier comentario enfurecido que estuviera por salir de su boca queda olvidado.

—¿Qué?

—No sé cuándo sucedió y sé que queríamos evitarlo, pero en medio de toda esta tontería de ser compañeros ficticios, empecé a tener sentimientos reales por ti. Y eso me aterrorizó. No solo porque tu carrera estuviera en peligro de repente, sino porque sabía que un día te darías cuenta de que mereces algo mucho mejor que yo.

—¿Mejor que tú? —repite en tono pausado.

Asiento con la vista mirando mis pies.

—Soy mayor que tú, no soy divertido y estoy descubriendo que soy completamente posesivo, y mírate tú. —Señalo todo su cuerpo—. Eres divertida, brillante y todos te quieren. A mí me llaman el maldito Hombre del Saco del Hospital General de Denver, por el amor de Dios.

—Noah… —comienza, pero parece que ahora que he empezado a hablar ya no puedo parar.

—Lo último que quería era herirte, pero sabía que si seguíamos juntos te lanzaría de cabeza a luchar contra Dennis, y no podía arriesgarme a que echaras toda tu carrera a la basura. No por mí. Puede que no lo lamentes hoy, o mañana, pero algún día me guardarás rencor por ello. Y me lo merecería. Pensé que ese futuro sería mucho más doloroso para ti que terminar las cosas entre nosotros. Pensé… —Respiro hondo y exhalo mientras por fin levanto la cabeza para mirarla a los ojos—. Pensé que sería más fácil para ti olvidarme antes de que tuviera la oportunidad de herirte todavía más.

Ella no dice nada durante un largo rato. Los segundos pasan mientras nos miramos el uno al otro. No puedo imaginar cómo va a responder a todo lo que le he dicho, pero me estoy preparando para lo peor.

—Tienes razón —dice ella sacudiendo la cabeza.

—Lo sé —respondo desalentado al sentir el peso de la derrota sobre los hombros—. Entendería que tú…

—Me hubiera lanzado de cabeza a luchar contra Dennis —me interrumpe, y eso hace que olvide lo que estaba a punto de decir—. No solo por mí, sino también por ti.

—¿Qué? —Me deja atónito una vez más.

—Noah —suspira, pellizcándose el puente de su nariz—. No eres tan malo como quieres hacer creer a la gente. Eres un buen médico y una buena persona, me haces reír, aunque no lo hagas a propósito. Y no eres el Hombre del Saco. Solo eres un genio estúpido con buenas intenciones y malas decisiones.

—¿Lo soy?

—Sí —afirma cansada—. Sí, eso es lo que estoy comenzando a descubrir.

—De verdad, pensé que estaba haciendo lo mejor para ti —añado con debilidad.

—Pero ahora entiendes por qué no lo era, ¿verdad?

—Sí —respondo en voz baja—. Creo que lo entiendo.

—Acabas de decir que te importo —dice ella con una expresión indescifrable.

—Sí, me importas. —Contengo el aliento.

—¿Por qué?

—Porque… —Titubeo, no porque no sepa la respuesta, sino porque me cuesta encontrar las palabras adecuadas—. Porque cuando estoy contigo no siento que simplemente esté siguiendo el flujo de la vida. Cuando estoy contigo siento que estoy viviendo de verdad.

Su labio tiembla, pero esa es toda su reacción antes de aclararse la garganta. Luego asiente despacio y me sorprende por completo al curvar los labios hacia arriba.

—Eso ha estado peligrosamente cerca de ser poesía, Noah Taylor.

Me animo un poco al sentir que la esperanza se enciende en mi pecho. Es una sensación desconocida.

—Bueno, a mí me parece bastante terrible.

Ella sigue analizándome, al tiempo que vuelve a repiquetear con el pie en el suelo, distraída.

—Es que me has hecho mucho daño.

—Lo sé —afirmo, atravesado por una punzada de culpa—. Lo siento mucho, Mackenzie.

Deja de sonreír, y ahora reflexiona con la nariz arrugada y recorriendo mi rostro con la mirada. Cuento hasta diez, luego hasta veinte. Cada segundo es una agonía a la espera de que me dé otra oportunidad o salga de mi vida para siempre. Sé con certeza qué opción merezco.

—Bueno —dice por fin, acompañando la palabra con un suspiro y apretando los puños contra sus caderas—. Definitivamente, vas a compensármelo.

—¿De verdad? —Esa pequeña chispa de esperanza reaparece y amenaza con crecer.

—Por supuesto —resopla—. Tendrá que arrastrarse mucho, doctor Taylor.

—¿Mucho tiempo? —No puedo evitar sonreír.

—Sí —responde en el mismo tono gruñón—. Podría exigir sopa sin mesura, orgasmos múltiples, más de esa poesía terrible, aún no lo he decidido.

—Puedo con ello —afirmo, invadido por una sensación de felicidad que me nubla la mente—. Puedo arrastrarme durante el resto de mi vida.

Eso hace que respire entre dientes y que su expresión se suavice mientras se muerde el labio inferior.

—Seré una pesadilla —añade.

—Está bien. —Doy un paso cuidadoso hacia ella—. Yo soy experto en ser insufrible.

—Y a veces me asustaré —agrega.

—Estaré ahí para asegurarme de que el susto no dure mucho —le aseguro con otro paso hacia ella.

—Y no puedes irte jamás. —Sus puños se relajan en sus costados.

—Nunca estuvo en mis planes en realidad. —Extiendo los dedos para tomar sus brazos con suavidad—. Y no quiero volver a dejarte jamás.

—Y si alguna vez…

No puedo esperar un segundo más: cubro su boca con la mía y la atraigo hacia mí, y ella se deja llevar como si lo hubiera estado esperando tanto como yo y aferra mi camisa para acercarme más. La beso con torpeza mientras deslizo las manos por sus brazos, sus hombros y su cuello hasta enredar los dedos en su cabello.

—Lo siento —jadeo sobre sus labios—. Lo siento.

—Tendrás que arrastrarte —murmura—. Mucho.

Sonrío sobre ella y bajo las manos por su espalda.

—No tengo sopa ahora, pero… podría comenzar con otro elemento de la lista.

—Si crees que tienes… ah.

La levanto en brazos, cubro su boca otra vez y por poco salgo corriendo por el pasillo hasta la habitación, temeroso de que, si dejo pasar un segundo más, ella desaparezca, de que todo esto haya sido un sueño. Sus manos tiran de mi camisa para quitármela, tan fuerte que está a punto de desgarrar la tela. La dejo caer sobre la cama y termino la tarea por ella. Después de dejar mi camisa en el suelo, levanto la suya para besar su abdomen. Huele muy bien, muy dulce, mucho más embriagadora ahora, después de haber pensado que podría no volver a sentirla jamás.

Levanto su sostén con brusquedad para poder lamer la piel suave de sus pechos y morderla despacio, mientras ella se sacude debajo de mis manos. Cuando le saco la camiseta del uniforme para arrojarla sobre mi hombro, sus pechos erectos saliendo del sujetador tienen toda mi atención. Su piel tiene el mismo sabor a miel que su aroma, y creo que podría pasar horas saboreándola centímetro a centímetro, si me dejara. Me alejo solo porque ella levanta una mano para presionar un broche de plástico entre sus senos, y luego sonríe ante lo que debe ser una expresión azorada en mi rostro al ver que el sostén se abre para facilitarme la tarea.

—Apertura frontal —ríe.

—Una absoluta genialidad —murmuro sobre su piel después de zambullirme para acariciar un pezón con la lengua.

—Noah —jadea cuando succiono. Curva los dedos sobre mis hombros, con las uñas clavadas en mi piel, un recordatorio bien recibido de que ella está aquí, de que está aquí de verdad.

Comienzo a bajar por su cuerpo, recorriéndola con los labios, hasta rozar su bajo vientre con los dientes mientras deslizo los dedos por el elástico de los pantalones. Los bajo por sus piernas, después su ropa interior y luego la rodeo con las manos de inmediato para poder besar sus muslos suaves y cálidos con mi lengua.

—Noah —repite con impaciencia—. Han pasado casi dos semanas, ¿por qué no…?

Suelta un gritito cuando le muerdo el muslo.

—Han pasado casi dos semanas, y dijiste que parte del proceso de arrastrarme para que me perdones eran los orgasmos múltiples.

Se estremece cuando lamo su piel en dirección a su coño abierto, mojado para mí. Cuando trazo una línea entre sus piernas, me recompensa con un jadeo de placer.

—Ah.

Y pensar que corrí el riesgo de no volver a saborearla así… Cierro los ojos y repito la acción más lentamente. Ella se sacude, por lo que tengo que cogerla con ambas manos por los muslos para inmovilizarla mientras saboreo su coño mojado. Por su sabor, sé que está disfrutando en grande, y el recuerdo de estar envuelto en ese calor es suficiente para que muera de deseo.

Pero lo primero es lo primero.

La provoco atacando los alrededores de su clítoris con la lengua, pero sin llegar a tocarlo, mientras ella suspira con frustración y me tira del pelo con suavidad. Entonces, acaricio su botón hinchado antes de cubrirlo con la boca por completo y lamerlo con la lengua y succionarlo después.

El efecto es inmediato: ella levanta las caderas sin control y me tira del pelo con más fuerza. Cuando succiono un poco más hasta hacerla gemir, siento cómo sus muslos presionan mis manos como si quisiera cerrar las piernas para escapar de la sensación, como si fuera demasiado.

—Noah —jadea—. Noah, no… Joder.

Ya no estoy provocándola. Han pasado dos semanas, lo que a fin de cuentas puede parecer poco, pero a mí me parece una eternidad no haber podido tocarla. Suelto sus muslos para meter una mano debajo de su culo y levantar sus caderas hacia mi boca. Con la otra mano, meto dos dedos dentro de ella para presionar ese punto sensible que sé que estimularé con la polla en poco tiempo. Casi puedo sentir cómo se ajustará sobre mí cuando mi nudo se hinche.

Entro y salgo con los dedos, al tiempo que succiono su clítoris con más fuerza, y ella presiona mis orejas con los muslos con tanta fuerza que es casi doloroso, pero eso no me detiene. Comienza a temblar cuando está a punto, sus manos aferran todo lo que puede alcanzar, ya sean las sábanas, las almohadas, mis hombros o mi espalda. Verla correrse por fin, temblando sobre mi lengua y jadeando complacida casi es suficiente para hacer que me corra con ella. Casi.

Comienza a tirar de mis hombros un poco antes de que el clímax empiece a amainar, con mis dedos todavía en su interior para extender el placer mientras mis labios se encuentran con los suyos. No sé por qué el hecho de saber que puede sentir su propio sabor en mi boca me pone más cachondo, pero así es. Siento cómo intenta bajarme los pantalones que aún llevo puestos y tardo unos segundos en ayudarla y patearlos luego a un lado, de modo que no queda nada entre nosotros más que piel, calor y la necesidad de mi polla de frotarse contra ella.

—Creí que nunca sentiría esto otra vez —me lamento sobre sus labios.

—Date prisa, Noah. —Eleva las caderas para recibirme dentro de su coño, ahora ya empapado.

Ella me abraza por el cuello, y yo la rodeo con un brazo para comenzar a penetrarla despacio. Contemplo su expresión al avanzar centímetro a centímetro para disfrutar mientras sus labios se separan, sus párpados se cierran pesados, para ver la forma en que me mira como si estuviera dándole todo lo que necesita.

Me besa cuando la penetro por completo, enreda su lengua con la mía, mordisquea mi labio inferior y asiente despacio como para decirme que me mueva. No es que necesite motivación. Siento sus pezones duros contra mí, que me hacen cosquillas en la piel mientras mi polla disfruta de la humedad de su coño. Apoyo una mano junto a su cabeza y sostengo su cintura con la otra para poder aferrarla contra mí al empujar mis caderas contra las suyas.

Percibo la necesidad que crece dentro de mí, una palpitación constante bajo mi piel al ritmo de «mía, mía, mía» que proviene de un profundo lugar que apenas comienzo a comprender. Uno que solo ella puede alcanzar.

—Joder —digo entre dientes—. No quiero dejar de hacer esto nunca.

—Suena tentador. —Ríe sin aliento, y me atrae hacia ella para poder besarme en la barbilla.

—Podría mantenerte así, llena con mi nudo para siempre —murmuro dejando caer la cabeza para rozar su hombro con los dientes. Se queda sin aliento cuando poso los labios en la glándula que palpita en la base de su garganta y la acaricio con la lengua.

—Noah.

Tengo el impulso insensato de clavarle los dientes ahí, de marcarla para siempre para que todos sepan que es mía y yo soy suyo; pero la pequeña parte de mi mente que conserva un ápice de cordura sabe que no es el momento. Aún no. La beso otra vez, con la fuerza suficiente para dejar una marca al menos.

Algún día.

—¿Puedes correrte para mí? —La penetro más profundo, hasta hacerla gemir en mi oído, lo que me hace sentir más salvaje—. Estás tan mojada. —Mis dientes recorren su mandíbula y mi aliento acaricia su piel—. ¿Es por mí?

—Sí, Noah… ah… Sigue así.

—¿Así? —Empujo con las caderas y gruño al sentir que mi pene comienza a hincharse, y la presión y el calor aumentan—. ¿Es esto lo que quieres?

—Sí. Estoy tan… tan…

—Córrete conmigo —jadeo—. Quiero sentirte en mi nudo. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Ah, ah…

Clava los dientes en mi hombro y su grito suena apagado contra mi piel mientras se desarma debajo de mí. Yo presiono los dientes cuando mi nudo comienza a hincharse, dilatándola hasta un punto en que parece imposible que pueda seguir moviéndome dentro de ella. Los dos estamos sin aliento, y mi cuerpo tiembla al descargarse para llenarla. Las caricias de sus manos queman mis hombros en la calma que sigue.

No puedo creer que haya estado a punto de elegir vivir sin esto, sin ella. Ahora todo lo que pensaba antes de esta noche parece estúpido. Me levanto para mirarla y veo sus ojos brillantes y su sonrisa complacida. Mis labios imitan los suyos cuando extiende una mano para apartar el cabello sudado de mi frente.

—Ha sido un buen comienzo para empezar a arrastrarte —dice tras una respiración agitada.

—Estoy listo para pasar muchísimo tiempo compensándote —respondo con sinceridad—. Varias veces al día si es necesario.

—Vaya —dice riendo—. Qué sacrificado.

—A veces merece la pena hacer sacrificios.

No deja de sonreír al besarme, pero, cuando desciendo para acercarme a su boca, siento un ligero tirón en el nudo que me corta el aliento y me hace jadear.

—Será mejor que no vuelvas a hacer eso —me advierte de pronto y, cuando levanto la cabeza otra vez, sus ojos reflejan preocupación—. No vuelvas a mentirme.

Vuelve a invadirme la culpa de haberle causado toda esta preocupación.

—Jamás. —Subo la mano por su espalda para acunar su cabeza y que no aparte la vista de mis ojos, con esperanzas de que vea la sinceridad en ellos—. No te dejaré, Mackenzie. Nunca más. Fui un idiota al pensar que podía hacerlo. —Descanso la frente contra la suya—. Sé que no crees en el destino, pero… —llevo los dedos a la comisura de sus labios para susurrar—, creo que yo sí.

—Creo que yo… me estoy haciendo a la idea.

—¿Sí? —Levanto la cabeza con una sonrisa.

—Tal vez —se corrige—. Solo un poco.

—Puedo vivir con ello.

Ella me mira con seriedad otra vez.

—Mañana iremos a hablar con la junta.

—¿Iremos?

—Sí. Nos aseguraremos de que ese hijo de puta no se salga con la suya. Quiero que se pudra, Noah.

—Mírate —río mientras acaricio su cabello—. Y yo que pensaba en protegerte cuando eres tú la que me protege a mí.

—Alguien tiene que hacerlo —sentencia—. Eres demasiado frágil después de todo.

—Lo soy —respondo con una sonrisa pícara.

—Asúmelo, Noah, necesitas que te cuide —bromea.

Estudio cada centímetro de su rostro, ya sin reírme y con la sonrisa casi desdibujada.

—Sí, creo que lo necesito —respondo en voz baja.

Mañana será una pesadilla y no hay forma de saber qué nos deparará el futuro, pero ahora, en este momento, lo único que me importa es el calor de Mackenzie, sus sonidos suaves y su cuerpo aún más suave, que encaja a la perfección en el mío. Y todo eso hace que un pensamiento sobresalga por encima de todos, algo que tendría que haber comprendido antes.

Nunca volveré a dejar que esta mujer se aleje de mí.



CAPÍTULO 27

Mackenzie

—Entonces, ¿me están diciendo que no están emparejados?

Noah y yo nos miramos, y él asiente hacia mí animado.

—No —respondo, sosteniéndole la mirada al anciano miembro de la junta—. No lo estamos.

—Entonces, ¿mintieron en las declaraciones de relación personal? —comenta otro hombre desde el otro lado de la mesa.

—No es que me hayan dado muchas opciones —dice Noah, irritado.

—Bueno, doctor Taylor —interviene una mujer canosa—, nunca se habló de medidas disciplinarias con respecto a su rango, eso debe quedar claro. Esta pantomima era completamente innecesaria. Y poco ética, diría.

—No —replico enfadada—. Lo que es poco ético es la atmósfera que esta situación ha creado. Todos sabemos cuáles serían las repercusiones tácitas para alguien como Noah. Sin mencionar el hecho de que probablemente él es el médico más cualificado que hayan contratado.

—Doctora Carter, eso no es…

—Si son tan tolerantes, ¿por qué preguntar por el rango durante el proceso de contratación? —reflexiono, y me cruzo de brazos—. ¿Cómo afecta eso a las habilidades de una persona?

El primer anciano chasquea la lengua.

—Comprenderá que es responsabilidad de esta junta garantizar la seguridad de nuestro personal, incluso aunque eso signifique hacer preguntas incómodas.

—¿Y alguna vez Noah ha demostrado que podía ser peligroso de alguna manera para este hospital? ¿No ha desempeñado sus funciones con una pericia ejemplar?

Algunos de los miembros de la junta intercambian miradas.

—Eso es… cierto —afirma la mujer mayor—. El doctor Taylor nunca ha dado señales de que

necesitara supervisión.

—Porque es un excelente médico —afirmo.

—Mackenzie —me advierte Noah con suavidad al tomar mi mano.

Lo miro con el pecho hinchado por la indignación, y él presiona mi mano y me ofrece una sonrisa antes de volver a mirar a la junta.

—La culpa de haber omitido mi rango cuando fui contratado recae solo en mí. Lo mismo ocurre con la idea de presentar a la doctora Carter como mi compañera para proteger mi trabajo.

—Noah, no…

Él me lanza otra mirada de advertencia antes de continuar.

—Pero, más allá de eso, he cumplido con todos los requisitos de mi puesto sobradamente durante mi estancia aquí y, si me dan la oportunidad, me gustaría continuar haciéndolo.

—Bueno —dice un hombre—, lamentablemente ya ha presentado su renuncia.

—Respecto a eso —responde Noah—, nadie me ha informado de que la persona que me denunció ante la junta era un colega cardiólogo y que ha obtenido esa información metiéndose en mi oficina sin mi permiso y violando mi privacidad como paciente al revisar mis registros médicos personales. Desde entonces, el doctor Martin me ha amenazado y me ha chantajeado, no solo con hacerme perder mi puesto de trabajo, sino también con despedir a la doctora Carter, y creo que ambas situaciones justifican una demanda, si decido seguir adelante con ello.

—Sin mencionar la demanda por discriminación que podríamos presentar si deciden despedir a Noah solo por lo que es —agrego.

Los miembros de la junta intercambian miradas nerviosas.

—Bueno, no nos apresuremos. No hemos decidido ninguna sanción oficial. ¿Por qué no nos tomamos un respiro?

—No creo que pueda sentirme cómodo si al regresar el doctor Martin sigue aquí dispuesto a quebrantar la ley solo para quedarse con mi puesto —comenta Noah—. En primer lugar, si él no hubiera intervenido, nunca hubiéramos tenido ningún problema. —Noah mira al presidente de la junta a los ojos—. Además, dado que nunca adoptaron una postura oficial en contra de los alfas durante sus procedimientos de contratación, no hay motivos oficiales para despedirme por eso, ¿verdad?

—Pero su renuncia…

—Creo que se me ofreció un aumento significativo en caso de que decidiera quedarme —añade Noah con alegría—. Aún no he dado una respuesta oficial sobre ese tema, ¿verdad? Me gustaría aceptar los términos.

Los cuatro miembros de la junta parecen sorprendidos, se han quedado boquiabiertos tras percatarse de que los hemos acorralado.

—También nos gustaría dejar constancia oficialmente de nuestra relación —añado.

La mujer parece confundida.

—Pero acaban de decir…

—Ya, no estamos emparejados —le aseguro.

Noah se aclara la garganta.

—Aún no.

Lo miro boquiabierta, con una sensación alegre burbujeando en mi pecho. Sus ojos son cálidos, demasiado cálidos para la situación, y tengo que reprimir una sonrisa mientras vuelvo mi atención a la junta.

—Y también nos gustaría solicitar el despido del doctor Martin. Eso, si quieren evitar que tomemos medidas legales por las múltiples infracciones que ha cometido.

El miembro de la junta más anciano se inclina hacia la mujer que está a su lado, susurran nerviosos entre sí a gran velocidad y luego giran para repetir la misma conversación con los otros miembros sentados alrededor de la mesa. Mientras deliberan en voz baja, Noah no suelta mi mano, la sujeta con firmeza para recordarme que está aquí, que, pase lo que pase, estamos juntos en esto.

Es una sensación nueva para mí, pero descubro que no me desagrada en absoluto.

—Doctor Taylor —dice por fin el anciano, que parece cansado—. A la luz de estos nuevos hallazgos, creo que puedo afirmar que puede reanudar su trabajo a partir de la próxima semana. Nos gustaría ofrecerle una disculpa oficial por hacerle sentir que no sería bien acogido entre nuestro personal debido a su rango. No es del interés de esta junta excluir a nadie, en especial a alguien tan talentoso como usted.

Siento que estoy sonriendo de oreja a oreja, que mi rostro refleja claramente la victoria.

—¿Y el doctor Martin?

—Sí, claro —dice la mujer mayor haciendo señas a la secretaria que lleva las actas al final de la mesa—. Patricia, ¿podrías llamar al doctor Martin? Parece que tenemos mucho de qué hablar.

—Nos aseguraremos de adjuntar una transcripción oficial de esta reunión en los registros de ambos —informa un miembro calvo de mediana edad—. Y, una vez más, acepten nuestras más sinceras disculpas.

—No son necesarias —responde Noah. Suena sincero. Luego mira hacia mí—. Bien está lo que bien acaba.

¿Noah Taylor siendo cursi? Después de esto, podría caerse el cielo.

Después de despedirnos, él me saca de la sala de juntas y ninguno de los dos dice una palabra hasta que estamos en el pasillo, lejos de los oídos de los miembros de la junta. Suelto un grito cuando gira de repente y me levanta del suelo para acercarme a él y cubrir mi boca con la suya en un beso ardiente. Me sostiene así por mucho más tiempo de lo apropiado, dada la situación, pero no encuentro nada por lo que deba preocuparme, solo disfruto el calor de sus brazos, de su beso y de todo lo demás.

Poco a poco, me va bajando, mientras mi cuerpo se desliza contra el suyo hasta que toco el suelo y vuelvo a hacer pie. Él sonríe como si yo fuera algún tipo de obsequio, y me resulta contagioso, pues mi boca imita el movimiento.

—No puedo creer que lo hayamos logrado —digo riendo.

—Si empiezas a hablarles de demandas, se cagan en los pantalones. —Noah se encoge de hombros.

—Probablemente esa debió ser nuestra primera decisión —digo con falsa irritación.

—Resulta que no soy tan inteligente como pensaba —dice entre risas.

—Está bien —respondo con seriedad—. Me aseguraré de enseñarte un par de cosas.

—Perfecto —dice con una sonrisa.

No escuchamos los pasos mientras hablamos, así que nos sorprende un poco escuchar una voz áspera.

—Vaya, miren a los dos tortolitos —dice Dennis—. Qué curioso veros aquí. ¿Habéis decidido que vuestro trabajo no valía la pena, después de todo?

Siento cómo Noah se tensa a mi lado, pero apoyo una mano en su pecho y le sonrío a Dennis con dulzura.

—En realidad, acabamos de tener una larga conversación con la junta sobre algo mucho peor que mentir en una declaración de relación personal. ¿Verdad, Noah?

—Así es —Noah asiente con rigidez—. Resulta que están mucho más interesados en cosas como extorsión y violaciones de la privacidad de los pacientes. —Chasquea la lengua—. No deja en muy buen lugar al hospital que uno de sus empleados ande enredado en asuntos como esos.

Ver cómo Dennis palidece es muy satisfactorio, y su expresión deja en evidencia que jamás ha pensado en esa posibilidad. Realmente pensó que ganaría, que se burlaría de nosotros, y pensarlo hace que quiera darle una patada en las pelotas. Pero decido que arruinar su carrera es mucho mejor.

—Que te diviertas ahí dentro —murmuro.

—Maldita perra —ruge con un paso hacia mí, pero no alcanza a dar el siguiente, porque Noah lo acorrala contra la pared con un antebrazo sobre el pecho y lo mira con ojos asesinos.

—Doctor Martin —murmura con rabia—, si la tocas, te demostraré de qué va eso del famoso temperamento de los alfas. Te arrancaré los brazos para asegurarme de que nunca vuelva a suceder, ¿comprendes?

Percibo cómo Dennis traga saliva y se pone blanco como el papel. Así se ve más viejo, más frágil, pero no siento ni una pizca de pena por él. A fin de cuentas, es un maldito bastardo.

—Te voy a soltar y tú te vas a ir —agrega Noah—. Y jamás volverás a mirar a Mackenzie. —Dennis no dice nada, solo abre y cierra la boca como un pez—. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo —responde Dennis en un susurro y presiona los labios.

—Bien. —Noah sonríe con alegría, y cambia completamente de actitud en un instante—. Suerte en la reunión.

Dennis se da la vuelta con celeridad, como si temiera que Noah se lanzara sobre él, y no puedo negar que me pone cachonda ver a Noah en su papel de alfa. Soy profeminismo, pero… que le den.

—Eso ha sido… muy satisfactorio —comenta después de un momento al girar de nuevo hacia mí.

—Mmm, hubiese sido mejor si lo hubieras golpeado —respondo con las manos en sus hombros. Él se ríe por lo bajo y sacude la cabeza.

—Creo que la junta lo lastimará más de lo que yo podría hacerlo.

—Dios, quisiera poder estar ahí. ¿Crees que se va a echar a llorar?

—Sí, es muy probable que lo haga.

—¿Aún te parece bien renunciar al trabajo en Albuquerque? Es una buena oportunidad.

—Mackenzie… —Me atrae hacia él, con una mano en mi espalda—. Eres la mejor oportunidad que podría elegir.

Siento una oleada de calor que enciende mis mejillas y llena mi pecho.

—Vaya, te estás volviendo todo un sentimental, ¿eh? ¿Qué sigue, un soneto? Podrías…

La boca de Noah resulta ser un método muy efectivo para hacerme callar.

Rodeo su cuello con los brazos mientras saboreo más su beso, sin importarme lo más mínimo que estemos en un pasillo público, de un hospital muy público, por donde podría pasar cualquiera. Ahora somos una pareja real y oficial, no hay nada ficticio. Todos pueden pasar de largo. Siento cómo sus manos se cierran sobre mi cintura presionándola. La intensidad de su

aroma comienza a marearme y a hacerme pensar en cómo podría persuadirlo para que salga de aquí conmigo y me lleve de vuelta a casa para que pueda seguir «arrastrándose».

Noah se aparta con una expresión de dicha en su rostro, más feliz y liviano de lo que jamás lo he visto. Y es por mí. Saberlo acelera mi corazón y hace que mi cabeza dé vueltas. Y, aunque todo eso sobre el destino todavía me es ajeno, aún está un poco fuera de mi comprensión, mirarlo ahora me hace sentir cosas que nunca pensé que fueran posibles.

—¿Podemos irnos de aquí? —pregunta mirando el pasillo—. Si seguimos así, te voy a llevar a otro cuartucho…

—Creo que te amo —digo como si nada, como si estuviera anunciando el clima.

Noah me mira como si le hubiera dicho que el cielo está hecho de queso, mirándome atónito mientras procesa lo que acabo de decir.

—¿Crees que me amas?

Asiento con la cabeza, y siento cómo las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—No estoy del todo segura, porque nunca he amado a nadie antes. Bueno, excepto a mis abuelos. Y a Parker, obviamente, pero solo como amigo. Sé que debe de sonar tonto, porque no ha pasado tanto tiempo, pero hace poco alguien me dijo algo que me hizo pensar, y creo que hay una buena posibilidad de que…

Él me calla con otro beso (está mejorando mucho en eso) que disipa todo el nerviosismo que sentía y acelera el pulso que corre debajo de cada centímetro de mi piel, bombeando dicha absoluta por mi sangre. Me relajo con la presión de su boca, y él deja que sus labios permanezcan sobre los míos varios segundos, como si estuviera saboreando el momento.

Cuando se aparta, su sonrisa es radiante.

—Te amo —dice—. No me importa cuánto tiempo haya pasado. Eres la única a la que he querido y querré. No me importa si es tonto, loco o lo que sea. Te amo, Mackenzie.

—Vaya, está bien —respondo con ligereza, pues yo también tengo que procesarlo todo—. ¿Está bien que todavía crea que te amo? Porque no quiero…

—Aceptaré lo que tengas que ofrecerme —afirma después de interrumpirme con otro beso—. Te quiero a ti, como sea.

—Bueno, estoy bastante segura —agrego en voz baja.

—Bastante segura es suficiente para mí. —Sonríe, y se inclina para besarme en la mejilla.

La felicidad que siento es aterradora, pero también me provoca dulzura y una sensación de satisfacción, como si hubiera encajado la última pieza de un rompecabezas para ver la imagen

completa. No puedo decir si es el destino, no sé si alguna vez creeré en eso, pero parece algo que se acerca bastante.

Nos separamos cuando escuchamos pasos otra vez. Noah se aclara la garganta, y una chica morena y delgada se acerca por el pasillo, con expresión preocupada. Se detiene en seco al vernos, con los ojos desorbitados y la boca entreabierta por la sorpresa.

—¿Doctor Taylor? ¿Doctora Carter?

—¿Sí? —Levanto una ceja.

—Lo siento —dice, y se señala a sí misma—. Soy Jessica, de Radiología. Bueno, es que, eh, es increíble verlos juntos. ¡Son el tema de conversación del hospital!

Mis ojos se abren con una revelación.

Esta es la maldita Jessica.

—Ah, sí… —Me muevo con incomodidad, y cojo a Noah del brazo—. Ha sido… como un torbellino.

—Vaya —ríe ella—. Esto es genial. He apostado todo el tiempo por ustedes.

—Gracias —respondo, ansiosa por que termine la conversación—. En fin…

—Tendrá que disculparnos —interviene Noah para salvarme—. Tenemos algo que hacer.

—Ah, claro, por supuesto. —Jessica nos despide con la mano—. Adelante, ¡nos vemos! —Parece extasiada.

Se despide antes de seguir su camino, y Noah espera hasta que está fuera de alcance antes de inclinarse hacia mí.

—¿Por qué me resulta tan familiar?

—Créeme —suspiro—, mejor que no lo sepas. —Dejo que mi mano se deslice por su brazo para tomar la suya y le doy un tirón, pero él todavía tiene esa expresión arrugada en su rostro.

—Jessica —murmura.

—¿La conoces? —Levanto una ceja.

—Me felicitó por nuestro «emparejamiento» el otro día.

—Parece que tenemos nuestro propio club de fans.

—¿Su madre se llama Regina? —pregunta con los ojos entornados.

—No estoy segura. ¿Por qué?

Él murmura algo para sí mismo y sacude la cabeza.

—No importa. —Desliza su mano en la mía—. ¿Qué opinas de conocer a mi madre?

—Vaya, un «te amo» y ya quieres que conozca a tus padres.

—No —se burla—. Es por autoprotección. Mi madre detecta los cotilleos como un sabueso. Si se entera por otro antes de que pueda decírselo…

—Qué romántico —bromeo—: «Ven a conocer a mi madre para que no me asesine, Mack».

—Será mejor hacerlo de una vez, ya que estarás en mi vida mucho tiempo.

—¿Sí? —Mi corazón se sobresalta—. ¿Mucho tiempo?

—Para siempre si dependiera de mí —murmura él antes de inclinarse para besarme en la sien, y yo tengo que esforzarme para no derretirme aquí mismo.

Al diablo con el «bastante segura». Amo a este hombre.

Mi rostro se ilumina con una sonrisa. Se lo diré después.

—Vamos —lo insto tirando de su mano—. Si esperamos en la entrada, tal vez podamos ver cómo escoltan a Dennis fuera de las instalaciones.

Noah suelta una risotada sacudiendo la cabeza.

—Das un poco de miedo, ¿lo sabías?

—Quizá —respondo mientras lo arrastro y me vuelvo para guiñarle un ojo—. Supongo que soy más valiente con mi alfa al lado.

La expresión en su rostro afirma que experimentaré las repercusiones de esa frase más tarde, en su cama o en la mía, pero jamás diré que eso sea una mala noticia. Sonrío mientras Noah me sigue, incapaz de detenerme, llevada por la fuerza de todo lo que ha sucedido y maravillada por cómo ha cambiado mi vida en tan poco tiempo.

Porque puede que Noah Taylor ya no sea mi compañero ficticio, pero es mío.

Y eso es totalmente suficiente.



EPÍLOGO

Noah

—Deja de dar vueltas —le digo mientras tomo la mano con la que no deja de jugar con su pelo.

—¿Y si resulta un desastre?

—Todo irá bien. —No puedo evitar reírme.

—No ha pasado mucho tiempo desde que conocí a tu madre, ¿y ahora vamos a presentarle a mi abuela? Ni siquiera ha tenido tiempo suficiente para decidir si me aprueba.

—¿Si te aprueba? —Suelto una risotada—. Mis padres no son aristócratas. Créeme, están encantados de que existas.

—Cielos, qué bajas expectativas —suelta con desdén.

Extiendo la mano a través del coche para entrelazar mis dedos con los suyos y llevar su mano a mi boca para besarle los nudillos. Han pasado meses desde que revelamos nuestra relación a la junta del hospital, esta vez de verdad, y solo hizo falta un encuentro (que tuvo lugar unos tres días después de revelar nuestra relación; de verdad, mi madre y la abuela de Mackenzie debieron ser hermanas en otra vida) para que mi madre se enamorara de Mackenzie por completo, aunque nunca tuve dudas de que sucedería. Es imposible no amarla. A decir verdad, creo que la quiere más que a mí, lo que también es comprensible.

—Tengo que admitir que estoy deseando ver a tu abuela y a mi madre en la misma habitación —confieso.

—¿Será horrible? —Mackenzie hace una mueca—. ¿Cómo hemos acabado aceptando esta tontería de juntar familias?

—Es una ocasión especial —le recuerdo—. Es mejor terminar con esto de una vez. Como arrancarse una tirita.

—Es fácil para ti decirlo —resopla—. Tú no estás en la silla de interrogatorios. Mi abuela ya era suficiente, y apuesto a que ella y tu madre se unirán contra mí. Tendremos que pasar toda la noche esquivando preguntas sobre bebés.

No puedo fingir que la idea no me hace sentir un revuelo en el estómago, pero tenemos tiempo suficiente para eso más adelante.

—Ahora sabes cómo se siente —río al pensar en la noche angustiante en la que me llevó a conocer a su abuela. Las cosas eran muy diferentes entonces.

—Parker traerá a su novio —dice—. Se llama Vaughn. Es muy conversador, tal vez mantenga ocupadas a las señoras.

—Nunca hay que dejar de tener esperanzas —murmuro.

—Por cierto, ya me he enterado de lo que pasó hoy —dice en tono burlón—. ¿Una de tus pacientes te envió flores?

—Solo quería agradecerme por haber cuidado bien de ella. —Siento calor en las mejillas.

—¿Debería sentir celos, doctor Taylor?

—Tiene setenta y cuatro años —respondo.

—¿El accidente de esquí que atendiste fue de una mujer de setenta y cuatro años?

—Al parecer, la señora Wythers y su esposo decidieron que era hora de tachar el esquí de su lista de planes pendientes.

—Vaya, tengo que reconocer su tenacidad.

—Es todo un personaje, sin duda. Insistió en que la llamara Wanda y se negó a dejar que las enfermeras la ayudaran a ir al baño.

—Ahora que lo pienso, ¿cómo acabaste atendiendo un accidente de esquí?

—Resulta que ya había sufrido un infarto antes y llegó con una angina de pecho preocupante después de la caída.

—Vaya, espero que su apuesto cardiólogo no le haya causado una arritmia.

—Tiene setenta y cuatro años, por el amor de Dios. —Pongo los ojos en blanco.

—Parece que ha vivido lo suficiente como para saber lo que hace, de ahí que te enviara esas flores coqueteando —dice Mackenzie con expresión seria.

—Por favor, no metas esas imágenes en mi cabeza. —Suelto un gemido.

—Está bien, está bien —dice riendo—. Parece que has avanzado desde que hacías llorar a las enfermeras.

Pongo los ojos en blanco. No había oído eso en meses. Pensé (esperaba) que se le había olvidado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte? Eso fue…

—… *sumamente exagerado —termina entre risas—. Sí, lo sé.*

—Pues ya hemos llegado —anuncio mientras desacelero para girar hacia la entrada de la casa de mis padres.

—Dios, nunca me acostumbraré a lo enorme que es su casa —dice maravillada—. ¿Estás seguro de que no son aristócratas?

—Lo estoy. —Sacudo la cabeza y pongo punto muerto para detenerme detrás del coche que reconozco como el de los abuelos de Mackenzie. Ella asiente para sí misma, como para darse ánimos, y yo le tomo el mentón con la mano para acariciarla con el pulgar—. Oye. —Ella se vuelve para mirarme con ojos preocupados—. Todo va a ir bien, todos ahí adentro te adoran —le prometo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo te adoro.

—Está bien. —Asiente de nuevo, más segura esta vez—. Está bien. Tienes razón.

—Lo sé.

Abro la puerta del coche para ir hacia su lado, luego abro su puerta y extiendo la mano para ayudarla a bajar. Se ve deslumbrante con un vestido verde oliva oscuro que hace que su cabello parezca más brillante, pero en lo único que puedo pensar es en que me gustaría sacarle las horquillas del pelo y envolver mis dedos en él, aunque imagino que eso no es lo que necesita ahora mismo.

Ella sigue concentrada, como si estuviera dándose una charla motivacional mental, y solo sale de su trance cuando la puerta se cierra tras ella. Luego me mira con una ceja levantada, con expresión distraída.

—Oye, Noah…

—¿Sí? —Me detengo con una mano en su cintura.

—¿Por qué estaba llorando esa enfermera?

Mis labios se mueven y me encojo de hombros ligeramente.

—Se le rompió una lentilla. Dicen que es una experiencia muy dolorosa.

—Ay, Dios. —Su boca se abre por la sorpresa—. ¿En serio? ¿Eso es todo?

—¿Eso acaba con tu ilusión?

—Por supuesto que sí. Ahora ya no puedo seguir usando la carta de «el Hombre del Saco es

mío» para conseguir galletas gratis en la cafetería.

—¿De verdad has estado haciendo eso?

—No —admite—. Pero no podré hacerlo si se enteran de la verdad. Más te vale mantenerlo en secreto.

—Sí, señora. —Mis labios se tuercen hacia un lado.

Mackenzie mira hacia la puerta principal de la casa de mis padres, y su garganta se mueve cuando traga saliva y se dirige un último asentimiento alentador.

—Todo va a ir bien.

—Así es —le aseguro.

—No dejaremos que ninguno de ellos nos intimide para que tengamos bebés tan pronto.

—No lo haremos —respondo, aunque cruzo los dedos detrás de mi espalda. No tengo por qué decirle que no estoy tan en contra de la idea como ella—. Todo va a ir bien.

—Me preocupa que tu madre me odie en secreto por todo el asunto de la pareja ficticia —admite en voz baja.

—Es probable que le gustes más que yo debido al asunto de la pareja ficticia —respondo—. Piensa que eres la mujer más audaz que ha conocido.

—Claro. —Parece determinada y arruga la nariz—. Claro, soy la mujer más audaz que ha conocido.

Río por lo bajo y me inclino para besarle la frente.

—Lo eres —la animo—. Y además… —Bajo los dedos de su nuca hacia el costado de su cuello y trazo la marca oscura que aún no ha comenzado a desdibujarse. Cada vez que la veo me hace sentir un aluvión de emociones al recordar que es igual a la que ella me dejó a mí, lo que significa que estaremos juntos por el resto de nuestras vidas. Me detengo para besarla allí, y ella se estremece—. Ya no es ficticio.

Mackenzie me sonríe y presiona mi mano, y yo me pregunto si será consciente de que tiene todo mi mundo en la palma de su mano.

—No, ya no lo es —afirma en voz baja.

Aún no sé si cree en el destino, pero una cosa es segura: yo sí creo.

Agradecimientos

Es extraño escribir los agradecimientos de un libro que estoy terminando de editar apenas un mes después de la publicación de mi primer libro. Lo más confuso de todo este proceso de «ser autora» ha sido habituarme al cronograma de publicación. Me encantaría decir que, después de un año, ya lo tengo dominado, pero, si tuviera el descaro de hacerlo, estoy segura de que todo mi equipo me fulminaría con la mirada (#bombasticsideeye). Y, hablando de mi equipo, os aseguro que mi amor y admiración hacia cada uno de vosotros no ha disminuido en absoluto. Mi editora, Cindy Hwang, la calenturienta animadora de mis sueños, gracias a cuyo empeño este libro cuenta con encuentros sexuales en un consultorio, me ha demostrado que es una profesional perfecta. Jess Watterson, quien me alegra afirmar que aún acaricia mi cabello siempre que la situación lo requiere (que es muy a menudo, porque soy el equivalente humano de una catástrofe natural, un tornado lleno de vacas girando y mugiendo por el aire mientras las personas gritan aterrorizadas), es la mejor y, aunque me despidiese por ser insufrible (lo que sería justo), aun así la seguiría amando. Jessica Mangicaro (marketing) y Kristin Cipolla (publicidad, y mi pequeña cebollita): pienso en vosotras como un dúo, lo cual puede que no sea correcto, pero eso no evitará que os incluya a ambas en mis correos (y ahora, además las obligue a tolerar un chat grupal en Instagram). Las dos merecéis vuestras medallas de oro por la cantidad de correos que os he escrito enteros en mayúsculas, llenos de preguntas neuróticas que habéis tenido que tolerar (muchas veces la MISMA pregunta, porque tengo la capacidad de atención del perro Dug, de la película Up). Me encantaría deciros a ambas que las cosas MEJORARÁN, pero no soy una mentirosa. Siempre seré una tragedia no griega, ya que no soy tan importante. Pero sí os pido disculpas por decir tanto «raw dog». Mi equipo creativo de Penguin, que es dueño de mi corazón y de mi trasero (sí, esto se está poniendo extraño): Monika Roe, gracias por otra portada INCREÍBLE (ojalá siempre estés disponible para crear más), y un agradecimiento especial para Ruby Dixon, quien no solo promocionó mi primer libro, sino que después soportó con gracia y elegancia la tarea de ser mi amiga durante todo un año (amo sus libros, pero más a ella). Y siguiendo con esta misma idea, gracias a todos los que después de Ruby habéis halagado mi libro; gracias a cada una de vuestras acciones estoy jugando en la cama como un gatito bueno.

Amor animal ha tenido muchos defensores mientras lo escribía, aunque Dan, mi más viejo amigo, no haya sido uno de ellos. (Dan, tonto aburrido y con mal gusto, ¡nunca conocerás lo glorioso que es anudarse!). Gracias a mi dulce Katie, quien ama todo lo que hago, aunque no sea interesante. También agradezco a mi adorable Keri por su gusto inferior por las trampas de seducción de Sleep Token (IV es superior, lo siento) y por su entusiasmo más que competente por mis lobos cachondos. A mi madre postiza, Andria, gracias por llamarme por FaceTime para gritarme cuando estaba en un estado de depresión, y a mi papi, Kristen, por afirmar también, después de una lectura beta, que esta historia NECESITABA un poco de acción erótica en un consultorio médico (el universo te ha puesto en mi vida justo para eso, y yo soy mucho mejor por ello).

Un reconocimiento especial a todos los bookstagrammers, blogueros, periodistas, lectores, booktokers y escritores de reseñas que habéis difundido mi primer libro y habéis demostrado

entusiasmo por el segundo. No puedo negar que tenía miedo de que rechazarais este por ser (o al menos así lo sentía yo) demasiado experimental en su género. Pero, si habéis llegado hasta aquí, quiero que sepáis que estoy muy agradecida. Me encantan mis dos libros y espero que a vosotros también (es decir, ¡adelante NUDOS!).

Y a mi compañero de hace más de diez años, perdón por no haberte podido convertir en un amo de casa aún, pero sigo trabajando en ello, ten fe.

Índice

Capítulo 1. Mackenzie

Capítulo 2. Noah

Capítulo 3. Mackenzie

Capítulo 4. Noah

Capítulo 5. Mackenzie

Capítulo 6. Noah

Capítulo 7. Mackenzie

Capítulo 8. Noah

Capítulo 9. Mackenzie

Capítulo 10. Noah

Capítulo 11. Mackenzie

Capítulo 12. Noah

Capítulo 13. Mackenzie

Capítulo 14. Noah

Capítulo 15. Mackenzie

Capítulo 16. Noah

Capítulo 17. Mackenzie

Capítulo 18. Noah

Capítulo 19. Mackenzie

Capítulo 20. Noah

Capítulo 21. Mackenzie

Capítulo 22. Noah

Capítulo 23. Mackenzie

Capítulo 24. Noah

Capítulo 25. Mackenzie

Capítulo 26. Noah

Capítulo 27. Mackenzie

Epílogo. Noah

Agradecimientos

Título original: The Fake Mate

Traducción del inglés: María Laura Saccardo

Arte de tapa: Mónika Roe

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Esta edición se publicó mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House.

Primera edición: febrero de 2025

© 2023, Lana Ferguson

© 2025, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.

Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Todos los derechos reservados.

Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 979-13-87601-17-1

EUROPA

Seguinos



VReuropa

Índice de contenido

Cubierta

Sobre este libro

Sobre Lana Ferguson

Portada

Dedicatoria

Capítulo 1. Mackenzie

Capítulo 2. Noah

Capítulo 3. Mackenzie

Capítulo 4. Noah

Capítulo 5. Mackenzie

Capítulo 6. Noah

Capítulo 7. Mackenzie

Capítulo 8. Noah

Capítulo 9. Mackenzie

Capítulo 10. Noah

Capítulo 11. Mackenzie

Capítulo 12. Noah

Capítulo 13. Mackenzie

Capítulo 14. Noah

Capítulo 15. Mackenzie

Capítulo 16. Noah

Capítulo 17. Mackenzie

Capítulo 18. Noah

Capítulo 19. Mackenzie

Capítulo 20. Noah

Capítulo 21. Mackenzie

Capítulo 22. Noah

Capítulo 23. Mackenzie

Capítulo 24. Noah

Capítulo 25. Mackenzie

Capítulo 26. Noah

Capítulo 27. Mackenzie

Epílogo. Noah

Agradecimientos

Índice

Créditos

Landmarks

Cubierta

Portada

Créditos

Índice

Tabla de contenido